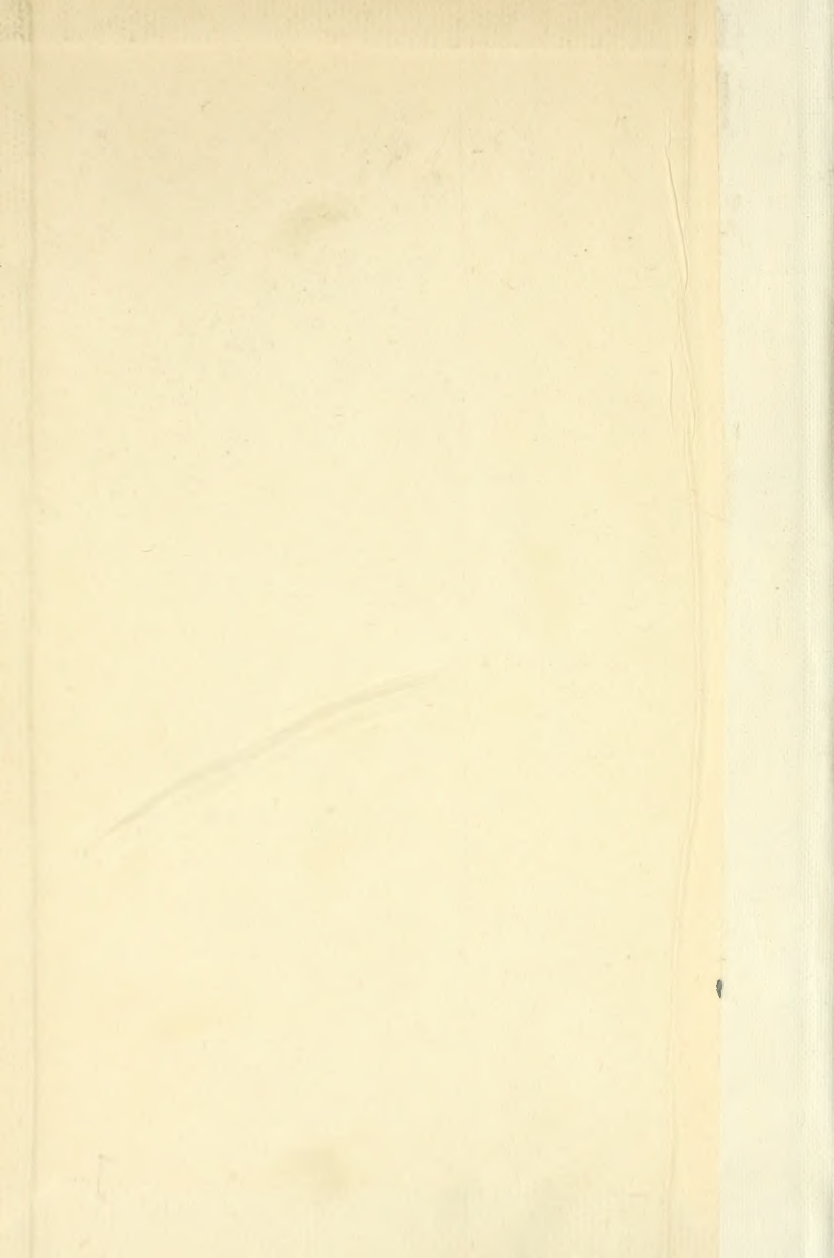


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY



~~Span. Lit.~~
REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Septiembre 1920.

47
60
C4
1920
Set-dic.

LETRAS AMERICANAS

Algunos poetas chilenos de hoy.

Acaso en este breve estudio de algunos poetas de Chile no alcance a sintetizar en toda su valía la producción de los modernos Apolonidas de mi patria.

Se me dirá que soy apasionado y que olvido premeditadamente algunos nombres que merecen un sitio de honor; pero respondiendo a la verdad interna que bulle en mí, sólo me ocuparé de aquellos que pueden ser citados en el extranjero como el precioso exponente de nuestro lirismo.

Ante todo, creo que la poesía en Chile—la verdadera poesía se entiende—, aquella que no imita rastremente, ni dice vaciedades risibles, oídas desde los primeros albores del mundo, empieza hace treinta años. Antes se hacían versos de méritos relativos; los

173153
4/8/22

poetas rendían vasallaje a los bardos españoles, todos eran fatalmente «becquerianos», o imitadores de Zorrilla, o esclavos de Núñez de Arce, en quien pretendían ver la cumbre de la poesía hispana de todos los tiempos.

En aquella época se distinguieron Guillermo Blest Gana, melancólico y suave, y José Antonio Sofía, poeta y diplomático, que dejó versos emocionados y sencillos. Más tarde descolló Pedro Antonio González, lírico de una notable riqueza de léxico y de una inspiración indiscutible.

Para muchos, González tuvo las características de un Mesías en medio de la desolación y aridez de la poesía chilena de esos años.

Después aparecieron Antonio Borquez Solar, Diego Dublé Urrutia, Francisco Contreras y Carlos Pezoa Véliz.

Borquez Solar ha hecho una labor fecunda como poeta y prosista; su personalidad es lo suficientemente conocida en América para agregar nada sobre ella; Dublé Urrutia, que había guardado silencio durante mucho tiempo, dió a conocer últimamente como una muestra de su nueva modalidad lírica su poesía «Fontana Cándida», cuyos versos enternecieron por la sencillez y la hondura de los conceptos, que tienen la pureza de una estatua helénica. Carlos Pezoa Véliz, gran temperamento de poeta, se impuso en el ambiente literario de la época con sus cantos agrios y deslumbrantes. Pezoa llevaba en el espíritu una tristeza y un desencanto imperecederos que reveló en sus ver-

sos. Él no tuvo en su cuna el amor de un hada madrina; desde sus días infantiles lo envolvió la desgracia, nublándole el horizonte. Murió como Verlaine, en un hospital.

La labor de Francisco Contreras ha sido intensa en Europa; desde hace años es crítico de arte de la sección hispanoamericana del *Mercur de France*. Sus libros *Toisón*, *Los modernos* y *Luna de la Patria*, le han merecido elogiosos comentarios de grandes escritores americanos y españoles.

De una época posterior a Contreras es Víctor Domingo Silva. Su estro vigoroso trajo a la poesía chilena una nota de juventud. Era aquel que decía: «Pero antes que poeta soy revolucionario». Silva es uno de los poetas chilenos más conocidos en América. Su labor como dramaturgo es fecunda y de mérito. Periodista de combate, ha hecho campañas valientes y justas.

Después de citar los nombres de los anteriores poetas, hablaré de aquellos que son en Chile los poetas de hoy, o sea los que representan con más dignidad la actual lírica de mi patria. Algunos de ellos son jóvenes que no han llegado a los treinta años y cuya labor aún no es conocida de todos los países de América. Esto no es, sin embargo, un inconveniente para que yo elogie sincera y entusiastamente sus cantos de alborada, forjados en una prematura visión de la vida.

Uno de los poetas de Chile de más prestigio, de los aparecidos hace cuatro lustros, es Manuel Magallanes Moure. Su lira solloza por el amor y vibra en la tris-

teza del paisaje, y aún sabe adivinar la angustia que brota de los seres que la naturaleza ató a una coyunda de tormento. Su poesía «Los bueyes» es un ejemplo de este sentimiento de hombre compasivo y bueno.

En su último libro *La casa junto al mar*, su espíritu ha descendido en un pozo de hondura tranquila y triste. Leed su serenada poesía «Apaisement»:

«Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer,
conscientes de ser nuestros nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:

del color del agua del mar.

Desnuda, en ellas se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.»

Después de nombrar a Magallanes—canto de seda en la tarde azul—, citaré a Ernesto Guzmán, que no reveló en sus primeras obras *Albores* y *En pos* los óptimos frutos que nos diera después en *Poemas de la serenidad* y *El árbol ilusionado*. Guzmán es el poeta de la austeridad y la concisión; nunca da a sus conceptos una vana ampulosidad; va hacia la luz a veces ásperamente; pero llevando en alto su espíritu torturado y hondo.

Don Miguel de Unamuno, con quien tiene similitudes Guzmán en el pensar, y que fué su prologuista en *El árbol ilusionado*, lo distingue especialmente entre los líricos de América.

Y con esto Unamuno le hace justicia, porque Guzmán es un gran poeta.

Admirad este canto a «Jesús»:

«Aquí bajo este sol que me liberta,
de las malas pasiones, porque es tibio
como mano de madre; en esta tierra
toda nueva de flores y llamados
sucesivos y pródigos, suprema
por la reciente lluvia y puesta hermosa
de solemnes comienzos; bajo todo
esto que solemniza en mis adentros
y de envíos me sacia, en que espíritu

es resplandecimiento y es propósito,
Jesús yo te comprendo. Eternizaste
tu yo en algún instante parecido,
pero más grande que este mismo instante
que me hace soberano de la hora
y de la eternidad y de la tierra.
¡Ahora te comprendo, Jesús!

Fuiste

en todos los minutos de tus años
sereno enteramente; como hierba
húmeda sobre el suelo, tus acciones
y tus voces sumían sus raíces
lozanas en tu cuerpo; ¡qué de extraño
que sintieran los hombres un callado
rumor de tierra que elabora y nutre
al acercarse a ti! ¡Porque en tu cuerpo
hacía resonancia toda cosa
y dentro de tu alma se agrandaba
el alegre universo!

¡Saturado

de todos los aspectos, poseído
de los ecos diversos y la gracia
de horizontes sobrantes!...

Tus dos ojos

eran dos corazones, e infundían
en la profundidad del organismo
cálidos crecimientos; suscitaban
en los hombres maduros una fuerza
que los hacía niños, y ponía
bajo sus rudos sueños la confianza,

que fertiliza todos los instantes.
Eras el admirado permanente
del minuto, y la brizna los hallazgos
acudían a ti desde la hierba,
desde el astro lejano a la partícula
de polvo del camino; ningún hecho
te negó su recóndita sustancia,
ninguna sensación, su preferencia,
y ningún pensamiento dejó su obra
para ti sin cumplirse: tú tenías
más atención que el sol y penetrabas
todos los hemisferios del espíritu.
¡Oh, I fúto R-manso serenado
de mirar a los cielos cara a cara!
Todo lo más pequeño, lo superfluo
y lo insignificante se tornaban
magníficos en ti; se hacían hondos
los gritos de las bestias; la montaña
turbadora y estéril, florecía
meditaciones altas; el comienzo
del balbuceo humano se llenaba
de grandes pensamientos; los endebles
y diminutos brazos se cubrían
de resueltas acciones, y la nube
tenía una conciencia bienhechora.
Maravillado y Pródigo, tus manos
mensajeras de ti, manos de siembras
no pudieron cerrarse, como fuente
que por las altas cimas con el cielo
comunica, y agotarse no puede. •

No es el poeta poseedor de una rima brillante, ya que él la desdeña para ir con los ojos fijos en la visión total y armoniosa de su mundo.

Una antítesis de Guzmán es el poeta Jorge González Bastias, cuyo libro *Misas de primavera* evocó la poesía de égloga fragante del lírico de *Pastorales*, Juan Ramón Jiménez.

Los versos de González tienen la sencillez de la vida de los agros. En ellos se respira como en un campo abierto hacia los cuatro vientos. La poesía es flúida y armoniosa, con una dulzura de paisaje en la tarde que muere.

En *Egloga del camino*, dice:

«Mi viejo camino, un poco
quiero conversar contigo
y ante las sombras que evoco
hablarte como a un amigo.

Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas;
en tus hierbas amarillas
cayó alguna vez mi llanto.

¡Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas!

Hace tanto tiempo que,
camino, no te veía;

acaso sea alegría
esta que siento, no sé.

¡Acaso sea alegría
lo que hay en mi corazón;
se parece a una canción
llena de melancolía.

Acaso sea alegría
lo que hay en mi corazón!

Nunca tuvo para mí
ningún camino tu encanto.
Sé de la sangre y el llanto
que han vertido sobre ti.

¡Nunca tuvo para mí
ningún camino tu encanto!

Tras de andar y andar me pierdo
mirando tus lontananzas,
y un perfume de añoranzas
surge de cada recuerdo.

Miro tus huellas y leo
en ellas una leyenda...
los poemas de la senda
que no adivina el deseo...

...Y mañana, cuando ya

esté yo lejos, mañana
cuando suene la campana
de mi aldea, quién sabrá.

¡Camino!, que aquí mis huellas
quedan también, ¿quién sabrá?
¿Alguien me recordará?
¿Me habrán visto las estrellas?»

Carlos Mondaca es uno de los líricos de más prestigio de Chile. Se caracterizan sus versos por la desolación que los conmueve: siempre la muerte pone su pavor en los sollozos del poeta. Es una tristeza de cumbre abandonada. Su angustia se alza como una sucesión de momentos desencantados que formaran una escala hacia el infinito.

El libro *Por los caminos* señaló a Mondaca como a uno de los más notables bardos del idioma. Después de publicar la citada obra ha dado periódicamente a las revistas poesías bellísimas que pudieran fulgurar como joyas en la más exigente antología. El espíritu de Mondaca, profundo y atormentado, se sintetiza en la *Elegía*, a la muerte de su madre, que reproduzco para solaz de los amantes de la poesía lírica:

I

«¡Gracias, madre!
¡Por todos los dones de tu corazón,

por tu santa emoción,
y por la exaltación
y la pasión!

¡Por tu espíritu de fuego y de luz,
por tu amor de Jesús,
por tu ansia de la Cruz,
y por la excelsitud
de tu virtud!

¡Gracias, madre!
¡Por la intensidad del vivir,
por la belleza de sufrir,
por el encanto de escuchar,
por el milagro de mirar
y la amargura de pensar!
¡Y por la angustia de querer
y no alcanzar,
y por la gloria de caer y levantar,
y de creer,
y de esperar!

II

Cristo te dijo: sigue mi camino.
Y fué la santa ley de tu destino.
¡Abrázate a la cruz de mis amores!
Y te abrevaste en todos los dolores.

Tu vida fué más pura que una estrella,
Dios se miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una fuente
que manara de Cristo eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el cilicio
y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor,
y te ciñó de espinas el amor.

Y ahora, madre, en la infinita
noche de nieve que llegó,
tu corazón ya no me grita
sobre el abismo del terror.

Ya no se posan en mi frente
tus manos, que eran el perdón.
El sol de Dios secó la fuente,
la fuente de mi redención.

Ya no me alumbran el camino
ni tu mirada ni tu voz.
Voy tropezando ebrio del vino
con que la vida me abrevó.

Ebrio del vino de la muerte
que, envenenando hasta el amor,

me va arrastrando como inerte
por los caminos del dolor.

III

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
¿Es una estrella que se apaga?
¡Es un recuerdo que se va.

¡Es mi dolor—pobre de mí—
que no he podido eternizar!
¡Limitación para sufrir
y pequeñez para gozar!

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de tu corazón?
¿O son tan grandes mis miserias
que no merezco tu dolor?

Yo no sé, madre, no sé nada.
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada
y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muero en las sombras del vivir.
Tú que «viviste», sombra amada,
vas a decirme qué es morir.

Yo no sé dónde está el camino,
voy aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir.

Yo vivo, madre, eternamente,
sobre el dolor del desamparo,
aquel minuto de tu muerte
cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral
¿Qué resplandor te deslumbró?
¿Qué inmenso arrullo maternal
entre la sombra te adormió?

En la frontera de su imperio,
¿te habló la muerte su verdad?
¿Dijo la vida su misterio?
¿Se iluminó la Eternidad?

¿O era la Nada? ¿Y tú la velas?
Háblame, madre, sin piedad,
porque si tú no la revelas,
¿quién me diría la verdad?

Te adoré viva; muerta te venero,
y si aún he de vivir de ti lo espero.

Algo de Dios florece en tu memoria;
que tus huesos se alegren en su gloria.

Y tu espíritu en goces eternos
cante con las potencias celestiales.

Vencedora de los siete dragones
las Virtudes te ciñen con sus dones.

Y sobre tu corona de azucenas
ponen un resplandor de luna llena.

Pero en la soledad del cementerio
el gusano voraz tiene su imperio.

¡Y sobre tu cadáver se levanta
y lo engendró tu carne sacrosanta!

¡Y luego no será mas que ceniza
que ha de aventar un soplo de la brisa!

¡Y ya no te verán
estos ojos mortales, nunca más!

¡Y cuando pienso, madre, cuando pienso
que no he de verte más, siento un inmenso
deseo de escaparme de mí mismo,
ansias de ir a perderme en un abismo,
y a solas con mi pena y tu recuerdo
aullarte como un perro!...»

Un poeta hermano de Mondaca, en el sentimiento,
es Max Jara; su corazón se desgarró y tiembla, como

la luz de una antorcha movida por un viento que viene de quién sabe qué mundo.

Jara solloza virilmente, como un hombre triste; no es el llanto femenino y lánguido de los poetas de salón, que hacen madrigales para la señorita X que está de moda. Su primer libro, *Juventud*, fué un guiño punzante. Él, como Darío, pudo preguntar: «¿Fué juventud la mía?»

Los intelectuales de Chile de más prestigio profesan a Max Jara el respeto que merece este gran poeta doloroso.

Leed sus *Elegíacas*:

I

«Cerca del banco rústico, de madera pintada,
entre largas raíces de árboles corpulentos,
reposa mi alegría de vivir, desdeñada
que fué por mis cobardes y amargos pensamientos.

Hay entre todas una negra raíz que pesa.
Y se hunde en el sitio que su cuerpo marcara,
cual mi brazo extendido hiciera a su cabeza
hueco para dormir, pegada a mí su cara.

Y un desmayo infantil me posee y rebosa
suave y lípidamente de mi triste razón,
cuando tocando al árbol—¡oh locura armoniosa!—
siento que está más cerca de ti mi corazón.

II

En el verde rincón donde tu cuerpo yace
siento la tierra pródiga y el cielo protector.
Te conozco presente en la yerba que nace
y con un rumor de aguas entras en mi interior.

Me enternece la yerba naciente que te cubre;
admiro agradecido al insecto armonioso;
mi desamparo en todas las cosas te descubre;
me parece que todas saben que fui tu esposo.

Mas tan grata ilusión mi hambre de ti no sabía.
Estrujo tu recuerdo como un panal de miel.
Como ayer me posees y por darte las gracias,
con doliente inocencia te permanezco fiel.»

Después de hablar de Max Jara, debo recordar la obra de ese gran poeta que se llama Pedro Prado, artista que ha sido merecedor en España y América de unánimes alabanzas por su labor fecunda y selecta. Sus libros *Flores de cardo*, *La casa abandonada*, *El llamado del mundo*, *La Reina de Rapa Nui*, *Los pájaros errantes*, *Los Diez* y *Ensayos* son uno de los exponentes más firmes y representativos de la actual literatura de Chile. Poeta fuerte que huye de la rima y del verso medido y prosista admirable, ha logrado derramar su espíritu en versos y poemas en prosa que se caracterizan por sus imágenes trascendentales y por el amor que siente hacia la Naturaleza.

Prado es un lírico que no puede traducir su inspiración vehemente y desbordante en las estrofas sujetas a los cánones de la retórica. Sus versos libres llevan toda la reciedumbre de su temperamento.

Al hablar de Prado no puedo olvidar que él fué el fundador de la notable revista *Los Diez*, en la cual se agruparon los más valiosos poetas y escritores jóvenes de Chile. Ella fué en América un luminoso jardín de las Hespérides.

Reproduzco a continuación el poema «Lázaro», en el cual lucen todas las virtudes de la poesía de Prado: «¿Quién me llama?» Y Lázaro, saliendo de la tumba, miró a Jesús y lo comprendió todo.

¿Eres tú, o todo es un sueño? María,

¿Eres tú, o todo es un ensueño? María,
¡mi hermana! ¡María, hermana mía!...

Hablaba lenta y vagamente como un canto
que brotara de las aguas.

Sus miradas sin brillo iban errantes
por el ardiente paisaje de Judea.

Su voz estaba impregnada del opaco
silencio de la muerte.

Y su faz serena y pálida, comenzaba a rizarse
como un lago dormido a la llegada del céfiro.

Una frágil apariencia revestía su cuerpo.

Trasparentaba su carne los truncos,
futuros designios;
adivinábase un empeño interrumpido
de transformarse en lirios,
en miel de los higos
en agua y aire alado.

Marta y María contemplaban atónitas
el curso revelado de un misterio.
Un terror ardiente y una alegría enloquecedora
corrían como fuego por sus venas.
Allí, el hermano y el devenir del hermano.
Allí, Lázaro vivo y el anuncio de sus lirios.
Tan sólo la muerte no estaba en parte alguna.
La muerte es un instante fugaz,
el vuelo de un segundo, el cambio de un estado.

«Lázaro, anda», exclamó Cristo.
Lázaro pareció no oír, e inmóvil
en la puerta del sepulcro, dijo al Nazareno:
«Como tú me llamaste, me llamaban
las raíces de las vides y de los olivos,
para resucitar en aceite y vino.
Con igual imperio que el tuyo,
el agua me inducía a disgregarme
y a huir con ella.
Empecé a comprender con el morir
el sentido de la voz de las cosas,
y todas ellas no cesaron de llamar.
Innúmeras vocecillas llenan los sepulcros:

¡Lázaro, ven! ¡Lázaro, canta! Lázaro,
sube por nosotras y en nuestro perfume vuela,
exclamaban las silvestres flores de mi tierra.
¡Oh, poder de las voces veladas de la tumba!
Yo solicito, en mitad de todas ellas,
me sentía escurrir. Era
un caer sin fondo,
blando como el sueño de un niño.
¡Qué de secretos descubiertos
en el comienzo de mi transfiguración!
¡El dolor de mi sangre
camino de ser roca!
¡El triste revolar de los cabellos,
alentando sobre mi frente como las hojas secas,
cuando el viento campesino se colaba
por las rendijas de la losa!
Las hormigas trepaban sobre mis piernas
como yo, de muchacho, por las suaves
colinas de Bethania, y mordían mi carne
como pican los mineros
a las montañas del oro.
Cuando vivimos es un dolor el dar;
cuando muertos, una gran alegría.
Es el único camino que nuevamente
conduce a la vida.
¡Mi carne se entregaba gozosa
a la santa labor de las hormigas!
Jesús, tú que todo lo das,
y con placer, en vida;
tú que juntas con el vivir la única

alegría de la muerte, ¿mueres o vives?
¿o quedas más allá de la muerte de la vida?»
Y Lázaro lloró y dijo: «Yo lo sabía;
sí, lo sabía cuando durmiendo estaba;
pero toda mi conciencia de la tumba
rueda a lo más hondo del olvido.
¡Ay! para siempre he perdido
el saber que alcanzara en mi agonía.
Por eso lloro...»

Y como llorara,
los ojos opacos de Lázaro adquirieron brillo:
quedaron con la luminosa y húmeda
mirada de los vivos.

Y Lázaro exclamó en medio de sus lágrimas:
«Si por la muerte gimo,
como por un bien perdido,
por la vida que retorna, río.»
Y volvía la sangre a sus mejillas y a sus labios;
y el fuego del amor, a su corazón.

Cayendo de hinojos bajo el plateado
follaje de los olivos, dijo
con una voz que parecía arañar los corazones:
«He pasado y pasamos por la vida
y por la existencia que se sigue a la muerte:
y cuando rige el imperio de una de ellas,
se borra de la otra la memoria.
¡Gracias, maro inconmensurable del olvido,

atalaya de ambos mundos que en la muerte te elevas!

¡Oh, recia muralla impenetrable
que nadie escala si no renuncia
a tu saber antiguo!

Gracias, porque quien no recuerda
el embeleso de la muerte

puede abrazar la vida con placer.

¿Qué muerto no estuvo entre los vivos?

¿Qué vivo no fué entre muertos?

Y así como nadie guarda memoria
de su estadía en el materno vientre,
nadie alcanzará jamás a recordar
cuando muerto, a la vida,
cuando vivo a la muerte.

Para mí se evapora la ciencia del no ser
como el rocío que cae por la noche
y que el sol bebe con avidez.

Ya ignoro los goces del sepulcro;
ya las doradas colinas y las rojas
amapolas, y los ojos de María
me ciegan de amor.

Llueve a torrentes el olvido
sobre mi ser.

Vuelvo como viajero que retorna
de islas remotas, cien veces más bellas
que los paternos lares.

Y, porque regreso, vengo
sumido en un goce que mece más suave
que las ondas azules.

Vuelvo a mis duros terrones

con amor prodigioso que todo lo enaltece,
y veo que ellos se alzan más desenhables
que las islas maravillosas del otro lado del mar.
¡Cuanto a la vida vivifica el olvido!
Envuelto en su manto clemente
siento que todo es posible para mí:
brota otra vez límpida y hermosa
una esperanza interminable!»

Entre las yerbas, María y María yacían agotadas;
estremecidos los apóstoles veían llorar a los judíos;
pero sólo el Nazareno comprendía
la voz de Lázaro...

«Muerte dulce; vida intensa, esposas mías!
Por vosotras dos se ha estremecido mi corazón;
pero al volver a tu lado,
¡oh, vida en juventud perenne,
arriba como llegaría el viudo
a quien le fuere dable gozar otra vez
de las ardientes caricias
de su primer amor desvanecido!»

He reproducido entero el poema «Lázaro», no atreviéndome a dar a conocer sólo algunos versos aislados, ya que él forma un canto armónico y grande que debe presentarse tal como lo creó el poeta.

El bardo chileno más eminente de la escuela parnasiana es Julio Munizaga Ossandón, artista que obtuvo un gran triunfo con la publicación de su libro *Las rutas ilusorias*, en el cual hay poesías que pueden

figurar honrosamente entre las más conocidas producciones de Leconte de L'Isle y de Heredia.

Su soneto a «Caupolicán», merece estar esculpido en la estatua del toqui araucano, que burilara la inspirada mano de Nicanor Plaza.

Munizaga dirige actualmente en Punta Arenas, en compañía de Gabriela Mistral, la revista *Mireya*, publicación de arte refinado y moderno.

Uno de los poetas jóvenes que ha desarrollado una labor intensísima es Daniel de la Vega. Desde la aparición de su libro *Al calor del terruño*, hasta la publicación de su última obra *Las montañas ardientes*, ha ido en una ascensión lírica brillante, dando profundidad y firmeza a sus conceptos, que hoy poseen una solemne serenidad: parecen sollozos de algún bardo de la India milenaria. Sus poesías tienen una espontaneidad admirable; no es el artífice de laboratorio que después de cruentas maceraciones espirituales y metafísicas encuentra el oro de la maravilla. De él fluye la poesía con la sencillez de las cosas naturales; el viento que pasa, el crepúsculo que languidece; el corazón que sufre en la eterna espera de algo que lo salve...

...Leed esta oración del poeta titulada «Ofrenda a Jesús»:

«Jesús Nazareno, tú que los querías,
tú que los buscabas, tú que defendías
las blancas mañanas de sus alegrías,
tú que a tus hermanos siempre les decías:

«Dejad a los niños que vengan a mí...»
Toma este florido rayito de luna,
carne de mi carne, sin mancha ninguna,
candorosamente dormida en su cuna,
Jesús Nazareno, te la entrego a ti...

Te pido que nunca la dejes perdida
en las fragorosas aguas de la vida.
Está por tu propia sangre redimida.
¡Jesús Nazareno, te la doy dormida!
Su corazoncito también está así...
Su madre ha querido que te la dé plena.
Tómala así humilde, tómala así buena,
tómala, Maestro, por ella y por *mí*...

Su madre ha querido que te la dé plena.
Haz que sea dulce, haz que sea buena,
haz que sea un rayo de luna serena
sobre las angustias de nosotros dos...
Yo quiero que sea su fe la más viva,
yo quiero que sepa mirar hacia arriba
con hambre de altura, de lumbré, de Dios...

Tómala, Maestro, tómala inocente,
quiero que te rece fervorosamente,
y que en las mareas de su vida ardiente
ame humildemente, ame dulcemente,
todas esas cosas que su padre amó...
Y tú, Jesús, déjale esas ilusiones,
esas alboradas, esas devociones,

esas alegrías, esas oraciones,
esas inquietudes que he perdido yo...

Señor Jesucristo, es mala la vida...
Señor Jesucristo, la fe está perdida,
la esperanza muerta, muerta la ilusión...
Tú, Jesús, apártala de nuestros abrojos,
y quema sus labios y alumbra sus ojos
con el evangelio de tu corazón...

Toma este florido rayito de luna;
es rosa de sangre, sin mancha ninguna;
Jesús Nazareno, tómala en la cuna;
ella me ha pedido que te la dé así...
Es luz de nosotros, es luz de mi vida.
Tómala, Maestro, ¡te la doy dormida!
Tómala, Maestro, ¡por ella y por mí!

Vicente Huidobro es un poeta que no puede ser confundido con nadie. Su personalidad, en los últimos años, ha cobrado una sorprendente originalidad. Ya no es el poeta que hizo aquellos torturados versos de «Cuando yo me haya muerto» y de los poemas de «Las pagodas ocultas»; hoy su arte se ha desligado totalmente de las antiguas cláusulas retóricas, animándose de nuevos impulsos; vive la dinámica vida de hoy.

Huidobro ha conquistado en París, donde radica actualmente, aplausos que muy pocas veces se otor-

gan a escritores de América. Estos triunfos se han repetido en Madrid. Sus últimas obras *Horizón Carré*, *Halali...*, *La Tour Eiffel*, *Poemas Árticos* y *Ecuatorial*, son el exponente más sólido y completo de la escuela llamada «Creacionista». Los tres primeros libros nombrados son de poesías e críticas en francés, idioma que Huidobro domina admirablemente. La obra de este poeta, especialmente la de hoy, ha dado margen para que muchos escritores fracasados y profesionales del epigrama luzcan su vanidad lamentable.

Los versos de Huidobro desconciertan por la novedad y el atrevimiento lírico que vibra en las imágenes; pero el espíritu se regocija ante el gran poeta que hay en él. Pero, ante todo, ¿qué es el Creacionismo?

En una entrevista que hice a Huidobro hace varios meses, a mi pregunta de «cuál era la estética del Creacionismo», respondió lo siguiente:

«Para contestar necesitaría escribir un libro. En una conferencia que dicté hace tiempo en Francia, y que consta de más de 80 páginas, pude apenas señalar los puntos principales, mostrando la seriedad de nuestra estética. Queremos hacer un arte que no imite ni traduzca la realidad; deseamos elaborar un poema que, tomando de la vida sólo lo esencial, aquello de que no podemos prescindir, nos presente un conjunto lírico independiente que desprenda como resultado una emoción poética pura. Nuestra divisa de guerra fué un grito contra la anécdota y la descripción, esos dos elementos extraños a toda poesía pura y que du-

rante tantos siglos han mantenido el poema atado a la tierra.

En mi modo de ver, el *Creacionismo* es la poesía misma; algo que no tiene por finalidad ni narrar ni describir las cosas de la vida, sino hacer una totalidad lírica independiente en absoluto. Es decir, ella misma es su propia finalidad.

En general, los poetas de todas las épocas han hecho imitaciones más o menos fieles de la vida real.

Yo creo, y esto es fácil concederlo, que una obra de arte, mientras mejor imitada o interpretada esté, será menos creada.»

Copio a continuación la poesía «Mar», que pertenece al libro *Ecuatorial*, de Vicente Huidobro, publicado en Madrid el 1918:

«Mar de humaredas verdes.

Yo quería ese mar para mi sed de antaño
Lleno de flotantes cabelleras
Sobre esas olas fuéronse mis ansias verdaderas
Bajo las aguas gaseosas

Un serafín náufrago
Teje coronas de algas

La luna nueva

con las jarcias rotas

Anció en Marsella esta mañana

Y los más viejos marineros

En el fondo del humo de sus pipas

Habían encontrado perlas vivas
El capitán del submarino
Olvidó en el fondo su destino
Al volver a la Tierra

Vió que otro llevaba su estrella
Desterrados fibrosos del planeta viejo
Muerto al alzar el vuelo
Por los cañones antiaéreos
Un emigrante ciego

Traía cuatro leones amaestrados
Y otro llevaba al hospital del puerto
Un ruiseñor desafinado
Aquel piloto niño

Que olvidó su pipa humeante
Junto al volcán extinto
Encontró en la ciudad

los hombres de rodillas
Y vió alumbrar las vírgenes encinta
Allá lejos

Allá lejos
Vienen pensativos
los buscadores de oro

Pasan cantando entre las hojas
Sobre sus hombros
Traen la California
Al fondo del crepúsculo
Venían los mendigos semidesnudos
Un rezador murmullo

Inclinaba los árboles
Sobre los mares
Huyó el Estío.»

La labor de Gabriela Mistral, la máxima poetisa del idioma, se ha impuesto incontestablemente en América, no obstante el alarido estúpido de uno que otro criticaastro ahito de hiel. La Mistral empezó a publicar poesías en las revistas de Chile el año 1912, llamando inmediatamente la atención de los intelectuales por sus versos vigorosos y desolados. En ellos se adivinaba ya el clamor solemne de su espíritu, que hoy se levanta fulgente y radioso con la gracia de una estatua bellísima y eterna.

En el alma de la artista el dolor se destrenza y bulle y canta en gritos levantados; llora desde su cumbre; su llanto es un vuelo a través de una tormenta celeste; la imagen de Dios la acompaña.

La Mistral posee además de la sensibilidad femenina el recio impulso del sufrimiento, que libertándola de las frivolidades y languideces propias de la mujer, levantan su espíritu vigoroso a zonas de éxtasis y de maravilla que sólo vislumbran los grandes iluminados.

Siempre la muerte la ronda.

Leed *El Ruego*:

«Señor, Tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi plegaria te invoca,
ahora se enciende por el compañero mío
mi vaso de frescura, el pañal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste,

me cuido hasta de aquellos en que no puse nada,
¡no pongas gesto torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fué en una tarde sin esperar tu signo
trizándose las sieues como cuencos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado
de la misma manera que el nardo de su frente
todo su corazón dulce y atormentado
¡Y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fué cruel? Olvidas, Señor, que lo quería,
y que él sabía suya la entraña en que llagaba
¿Que enturbió para siempre mis lunas de alegría?
No importa; Tú, comprende: ¡Yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
es mantener los párpados de lágrimas mojados,
es refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas,

y la cruz (¡Tú te acuerdas, oh, Rey de los Judíos!)
se lleva con blandura como un gajo de rosas.

Di el perdón, dilo al fin. Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de diez pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras
y, comprendiendo, el monte que de piedras forjaste,
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la Tierra tuya sabrá que perdonaste!

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollezos,
lamiendo, lebel tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

Porque fuera sumar amargura a amargura
y dureza a dureza, si en tu pecho no tienes
cuando a Ti vaya, el rizo de su cabeza oscura
junto al pequeño hueco reservado a mis sienes.

Pálpame el corazón hondo y atribulado.
Fué dulce y lo vendieron; saliéronle al camino

malas manos, y fuéronse con el que era su aliado por ley de la armonía y hechura del destino...

Gabriela Mistral aún no ha publicado un libro; su aparición sería un acontecimiento en América y España. Actualmente la poetisa vive en Punta Arenas, donde es directora del Liceo de niñas.

De la generación de Daniel de la Vega y Vicente Huidobro es Jorge Hübner Bezanilla, lírico hondo y sereno que ha dado a la literatura chilena poesías maestras, en las cuales descuella una agria desolación brotada de la vida y del continuo análisis de los sentimientos que conmueven al hombre.

Hübner es un doloroso, pero a su modo; esto es, como siente la desgracia el espíritu que vive tenazmente en la meditación y que se ha creado a su albedrío un universo; en el cual los ritmos externos golpean produciendo una angustia más leve y tamizada. No es el dolor violento de aquel que no analiza, es el grito suavizado del alma pensadora que a fuerza de mirarse halló el camino de la serenidad.

Hübner es uno de los más esclarecidos cultores de la poesía lírica de Chile; forma parte de ese grupo cuyas cumbres son Jara, Prado, Mondaca, Guzmán, La Mistral, Magallanes, De la Vega. Ha publicado innumerables poesías en las revistas de su patria, negándose siempre a reunir las en un volumen que lo consagraria definitivamente en los países de América y en España.

Reproduzco la poesía «Plegaria», de Hübner:

«Virgen, tus ojos mártires
rezan, como las llamas de los cirios,

Virgen, tus manos pálidas y trémulas
piensan, como las manos de los ciegos,

Por tu fervor, mi beso se hizo hostia
y llevó toda mi alma a tus entrañas.

Nuestras vidas serán como dos manos
que se unirán apasionadamente,

mis estrofas serán como esas naves
que parten silenciosas en la noche.

Y me entraré contigo en el silencio
de las pasiones grandes...

A la poesía de mi país, tan rica en la actualidad, no podía faltarle su poeta elegante y melodioso como un madrigal versallesco. Este poeta es Juan Guzmán Cruchaga. Ha publicado *Junto al brasero*, libro de los quince años en el cual ya aparecía su espíritu exquisito; *La mirada inmóvil*, obra que recuerda por su armoniosa suavidad de surtidor, lánguidas sombras, mujeres de encantado perfil, angustias de Verlaine en jardines irreales; y «Chopin», poema emocionado en el cual se siente latir el corazón del divino músico en su retiro de la Isla de Oro.

Escuchemos la poesía de Juan Guzmán *En el alba azul*:

«Nevada y olorosa carne desconocida,
bien presienten mis manos la luna de tus manos.
Tu sonrisa de triunfo vagará por mi vida,
dando música a mis dolores cotidianos.

Oiré tus palabras en la voz de la lluvia,
sufrirá tu dolor el viento en los cristales...
...Otra vez el recuerdo de la cabeza rubia
luminosa de antiguos oros sentimentales.

Tus ojos darán una voz distinta a las cosas
familiares. Bendita tristeza de quererte,
que alarga la menuda sonrisa de las rosas
en el camino helado por la luz de la muerte.

Este poeta, esencialmente aristocrático, que parece haber nacido en la Francia de Samain y Francis James, tiene actualmente veinticuatro años.

Puede repetir con Darío: «¡Mas es mía el Alba de Oro!»

Al hablar de los poetas de la generación de Juan Guzmán Cruchaga no puedo olvidar a Pedro Sienna, actor y dibujante, que ha hecho un primoroso libro de sonetos de teatro. En ellos Sienna, que es un lírico de buena cepa, ha vaciado la psicología de esa existencia de bastidores que tiene los sufrimientos y las alegrías de la gran comedia humana. Sienna publicó hace dos años la obra *Muecas en la sombra*, producción que por ser de lejana fecha no traduce fielmente al ardoroso y definido poeta de hoy. La publicación

de los sonetos de teatro de Sienna será un triunfo indescriptible.

Copio su hermosísimo soneto *Esta vieja herida*:

«Esta vieja herida que me duele tanto
me fatiga el alma de un largo ensoñar;
florece en el vicio, solloza en mi canto,
grita en las ciudades, aulla en el mar.

Siempre va conmigo poniendo un quebranto
de noble desdicha sobre mi vagar.

Mientras más antigua, tiene más encanto
¡Dios quiera que nunca deje de sangrar!

Y como presiento que puede algún día
secarse esta fuente de melancolía
y que a mi pasado recuerde sin llanto,

por no ser lo mismo que toda la gente,
yo voy defendiendo románticamente
esta vieja herida que me duele tanto.

En el primer número de la revista *Los Diez* aparecieron dos poesías firmadas por Daniel Vázquez. Ellas fueron admiradísimas por los intelectuales chilenos, porque delataban a un lírico de grandes imágenes. Nadie conocía al poeta. En torno de su nombre se hizo una especie de misterio; alguien dijo que era un adolescente que vivía en los extramuros de la ciudad de Santiago leyendo y cultivando su espíritu.

Pero un día se supo que Daniel Vázquez era el pseudónimo de Domingo Gómez Rojas, uno de los poetas jóvenes que había ocultado su reciente obra en un silencio meditativo.

Y desde entonces el bardo misterioso fué considerado como uno de los más legítimos representantes de la lírica chilena. Más tarde O. Segura Castro y Julio Molina en su Antología de los poetas de Chile *Selva Lírica* publicaron una decena de poesías de Gómez Rojas. En la austeridad de ellas latía un espanto de belleza y de muerte; son cantos hechos en éxtasis prolongados y acedos. Gómez Rojas en esa época no tenía veinte años.

Leed este *Miserere*, que es una de las poesías aparecidas en *Los Diez*, en 1916:

«La Juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizá la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

Los líricos de Chile se caracterizan por la concisión con que expresan sus sentimientos y por el horror que

tienen a la ampulosidad que daña la producción literaria de algunos países americanos. Esta concisión y el afán de síntesis los lleva a elaborar una poesía profunda, basada en conceptos trascendentales de la vida. Cantar bella y hondamente las cosas. He ahí la clave. No andar en las ridículas repeticiones de tanto pseudo poeta que aun dice que «el sol aparece por Oriente», y habla de la «rosada aurora», y aturde con versos que sólo tuvieron mérito en aquel lejano poeta desconocido que alzó por vez primera la voz alabando a la Naturaleza.

Estamos en una época dinámica. Sólo podemos aceptar aquello que nos conmueve instantáneamente. En la matemática de la vida de hoy es tan insoportable un poeta ampuloso como un charlatán de feria que vende una mercancía.

Dolor vivido y síntesis. He ahí los atributos que hacen al gran poeta. Y estos requisitos creo que animan las producciones de los líricos de mi patria.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA.
(*Chileno.*)

POETAS HISPANOAMERICANOS

Ofrenda a la Muerte.

Muda nodriza, llave de nuestros cautiverios,
¡oh!, tú, que a nuestro lado vas con paso de sombra,
emperatriz maldita, de los negros imperios,
¿cuál es la talismánica palabra que te nombra?...

¡Puerta sellada, muro donde expiran sin eco
de la humillada tribu las interrogaciones,
así como no turba la tos de un pecho hueco
la perenne armonía de las constelaciones!

Yo cantaré en mis odas tu rostro de mentira,
tu cuerpo melodioso como un brazo de lira,
tus plantas que han hollado Erebos y Letheos,
y la serena gracia de tu mirar florido
que ahoga nuestras almas, exentas de deseos,
en un mar de silencio, de quietud y de olvido.

Velada.

Tú, cuyo amor ha sido como un lecho de plumas
para mi corazón, en las difuntas horas,
o como un sol de estío que ha dorado mis brumas,
ángel anunciador de las nuevas auroras,

mientras la lluvia pone su vaho en las vidrieras
hablemos, en voz baja, de los muertos queridos
y se abrirán las rosas de falsas primaveras
a la débil penumbra de los sueños huídos...

Es nuestra alma lo mismo que una estancia desierta,
de polvosas molduras, de raso desteñido
y de espejos que copian una imagen ya muerta;

por ella los recuerdos dejan sus sepulturas,
y en la alcoba sin nadie sus blancas vestiduras
vierten un suave olor de ultratumba y olvido.

MEDARDO ANGEL SILVA.

(Ecuatoriano.)

Paseo nocturno.

El cíclope,
ciego a pesar de su ojo luminoso,
desenreda el laberinto de la ciudad,

guiándose
por el hilo de Adriana.
El ojo del cíclope
inútil para él
nos señala un peligro.
Si pasara un avión,
las calles,
serían ríos retorcidos
donde cuajaron todas las estrellas.
Las manos de las mujeres
se han convertido en Iris.
Caminamos sobre charcos de luz
que salpica
en las hebillas de los zapatos.
De fondos insondables,
viene un aire musical,
apagado y quejumbroso,
como la última hora nocturna.
Se han borrado
las figuras geométricas
en las terrazas de los bares.
Las cuatro.
El alba infla sus carrillos rosados
disponiéndose a apagar las estrellas.

La tormenta.

Las teas apagadas de las fábricas
humean

impotentes para prender los cielos.
Pero yo he visto esta tarde
arder, entre un humo muy denso
y muy alto,
las teas, que encendían las estrellas
para la noche.

Nostalgia.

Del fondo de nieblas
donde duermen
todas las músicas que hemos oído
como suspendidas
en un calderón interminable,
me llegó
por el telégrafo del recuerdo
una incongruente melodía.
Un fresco olor de rosas recién abiertas
me conmovió.
Mis oídos, ávidos
para todas las voces inmóviles en la niebla
recogieron esta vez, mojada
como si saliera de una piscina.
Voz que venía temblorosa
como si hubiera corrido de estrella a estrella
hasta llegar a mí
y que me estremecía
como nos estremecen los adioses
que sólo se dan con la mirada.

¿Qué voz era ésta
que tantos retornos incoherentes
levantaba dentro de mí?
¡Y era mi voz más antigua,
la que lloró
por una estrella y por un beso,
la voz blanca,
aún no teñida por ningún matiz;
la voz aún no moldeada
por palabras exóticas,
mi voz más antigua!
Y yo la desconocía
porque mi voz de hoy,
que se ha confundido con otras voces
y se ha torcido con palabras enrevesadas,
ya no sabe llorar por las estrellas.
Esta tarde
la ternura de mi voz más antigua,
me ha hecho llorar
mis lágrimas más amargas.

LUCIANO DE SAN SAOR.

6 Junio 1919.

MÚSICA PROHIBIDA

El Símbolo.

I

Rara facha, la facha de un hombre
tallado en madera,
que a pasos muy lentos avanza
cual si se moviera
mecánicamente. Muy alto, muy alto,
semeja un espectro
que zancos tuviera.

II

Aunque hay en su cara rigidez de cosa,
produce, al mirarlo, sensación de vida,
pues tienen sus ojos, de extraña apariencia,
fulgor que intimida
vigorosamente. Muy hosco, muy hosco,
diríase absorbido
por idea suicida.

III

Esos ojos piensan, exclamo al fijarme
en la alta figura.
Hacia ellos se ha ido la vida

y en ellos fulgura
dolorosamente. Muy lejos, muy lejos,
va aquella mirada
que el dolor apura.

IV

Pasaba a mi lado, y al yo preguntarle
quién era, imprimiendo
a sus voces un tono gigante,
me dijo, siguiendo
mecánicamente: — «Yo soy la Experiencia».
En tanto el tumulto:
— «¡Ahí va la Locura!...» — gritaba riendo...

ALBERTO GHIRALDO
(Argentino.)

LIROGRAMAS

Crepúsculo.

Cúpulas dirigibles...
Columnas humeantes...
Relojes elásticos miden
la fiebre de la tarde.
Por todas partes días nuevos
rompen los cascarones eléctricos,
y gallos de cresta dorada
saludan las auroras voltaicas.

El crepúsculo es tan sólo una pausa.
Las calles ruedan sobre sus bastidores
para la mutación nocturna,
y la flecha de luz clavada en el paisaje
marca el cambio de rumbo
de los expresos siderales.
La ciudad vertiginosa gira
en el centro de los planetas,
y los *policemens* alzando los brazos
en las glorietas soñadoras,
por entre los autos sinfónicos,
abren camino a las estrellas.

JUAN LAS

CUENTISTAS ESPAÑOLES

Fuensanta.

La mozuca, linda y pulida como galana rosa marceña, había bajado aquella tarde, arrastrada por no sabía qué extraño y acuciador presentimiento, hasta el horrible cubil de la señora *Diabla*.

Muchas habían sido las veces que la taimada y carantoñera centenaria requiríerala contumaz y dulzarrona:

—Has de bajar al fin, hija Fuensanta. Te daré un cuenco de la más rica leche de mis cabras; te regalaré un escapulario del bienaventurado San Benito, el *negrazo* de Palermo. Conocerás a mi *Tigre*, el gato más majo e inteligente de todos los gatos del mundo. Además he de hablarte de una cosa que te interesará mucho...

Pero Fuensanta, la linda y pulida moza del Cumbrerío, no parecía muy inclinada a satisfacer aquel tenaz deseo de la vieja *Diabla*. En honor a la verdad,

más que respeto inspirábale temor el fosilizado eserpento. ¡Gozaba tan mala fama la picarona vieja! Chismorreábanse mil horrores de la *Diabla* por aquellos incultos andurriales del Cumbrerío.

La *Diabla* era un bruja temible, que tenía hecho pacto con el Enemigo, encarnado en la negra y chamorra humanidad del *Tigre*, el gato famoso. *Tigre* tenía más talento que muchos hombres, y cuando se ponía furioso había que temblarle. La *Diabla* no necesitaba otro guardián más temido ni valiente. Bastábale con su gato, que según queda dicho era el mismísimo demonio.

También afirmábase entre los pusilánimes y sencillos habitantes del Cumbrerío que la vieja platicaba de noche con los espíritus; que leía el porvenir de las criaturas, así como que acertaba a fecha fija, sin discrepar ni un segundo, cuándo iba a morir tal o cual persona...

Y en cuanto a las maldiciones de la vieja *Diabla*, más valiera no caer en desgracia con ella. Podía contarse seguro con la *mala sombra* para toda la vida y hasta con la muerte.

Fuensanta era una excepción para la odiosa vejancona malsinada. Pudiera afirmarse que hasta la amaba demasiadamente. Llamábala siempre hija Fuensanta y regalábala con las más tiernas y melosas palabras.

Al principio la tímida y virginal mozuca del Cumbrerío, pasmarota y prejuiciada, huía de la *Diabla* como del propio diablo. Su corva silueta, lengua y en-

lutada, hacíala estremecer de pánico. Era la bruja, la perfidia, el espíritu del mal.

Pero poco a poco la vieja fué ganando a la moza espantadiza y zahareña. Menudearon los regalos y los piropos. Veíase que la *Diabla* conocía el secreto de granjearse voluntades y domeñar altiveces mal consolidadas.

Un día llegóse la bruja hasta el nido de la torcaz paloma. Portaba un rico y galano presente campesino: entre las más espléndidas flores de su parcela, los sabrosos y dorados frutos del tiempo, olorosos melocotones, ciruelas carmesíes, guindas de roja púrpura, esponjosas y rezumantes moras, formaban una pirámide de polícromas y almibaradas pulpas reventonas.

Hallábase sola Fuensanta, porque el padre, viejo león de la gleba inculta, trabajaba todavía bajo las débiles caricias del sol postrero. Su primer intento fué de huida, de dar gritos pidiendo ayuda. Pero hubiera sido en vano. Nadie la oiría y, además, hubiese alarmado inútilmente al que la oyese, porque la vieja venía en son de paz.

A las pocas palabras cruzadas con la *Diabla*, Fuensanta ya estaba convencida de que aquella pobre mujer era una infeliz y no un demonio como todos creían en el Cumbreño. No había percibido todavía el nauseabundo olor de azufre que decían exhalar del cuerpo de la miserable vieja. La *Diabla* hablaba con su vocecita melosa y cansada de cosas tan lindas... Era además profundamente religiosa. No pronunciaba una sola vez el santo nombre de Dios que no se

santiguara devotamente. La pobrecita *Diabla* era hasta simpática, alegre, bonachona de más.

Quedaron muy amigas, y a partir de aquel día, la *Diabla* no dejaba de visitar a Fuensanta cuantas veces podía. «Has de bajar un día a mi *palacio*—repetiale la vieja muchas veces a la conquistada mozuca, congraciándose irónicamente—; verás todo aquello; beberás un cuenco de la más rica leche de mis cabras; te regalaré un escapulario del *negrazo* bendito; conocerás a mi *Tigre*, que no es el Enemigo, como alguien asegura. Y, sobre todo, te hablaré de una cosa que te gustará mucho...»

*
* *

Ya intrigada por las extrañas palabras de la *Diabla*, Fuensanta habíase decidido a bajar a la choza de su vieja amiga. Recordaba indignada las muestras exageradas de contento con que acogíerala.

—Hija, Fuensanta, preciosa, al fin, al fin viniste.

Y la abrazaba y la besaba casi llorando de alegría.

Dióla todo lo ofrecido, mas una rica torta de miel blanca con piñones y garrapiñadas. Le hizo coger flores y frutos. Colgóle al cuello el escapulario de San Benito, todo brillante de lentejuelas y una medalla de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Fuensanta estaba muy agradecida y contenta, y ya pensaba despedirse, cuando la *Diabla*, hábilmente y como el que no da importancia a lo que habla:

—¿Y tu zagal?—preguntó sin mirar a la moza.

Esta púsose encarnada, bajó los ojos al suelo y contestó:

—Bien, señora *Diabla*. Mañana torna ya al Cumbreiro.

—¡Vaya por Dios!—agregó con retintín la fantasma—. No acierto a comprender, hija Fuensanta, cómo has puesto los ojos en ese bestia de Antonio. Es tan bruto, además de tan pobre, que...

Fuensanta, sorprendida por aquella salida de la vieja, quiso oponer algo; pero la astuta *Diabla* atajóla ladinamente:

—Tú mereces mucho más, Fuensantica. Con tu palmito y tu juventud, ¿por qué no aspirar a otra cosa? ¿No tienes ahí al mismo Joaquín el de la Terranca, por no citar más que al primero que a las mientes me vino, que daría su vida por ti?

Y no dirás que Joaquín no le aventaja en todo a tu Antonio: rico, mucho más galán, apasionado, valiente... Una alhaja, hija Fuensanta, el sueño de oro de cualquier doncella tan hermosa como tú...

La mozuca guardaba silencio, avergonzada y confusa. Ni dudaba ni temía nada. Pero algo le había enmudecer, sin ánimos para defenderse.

La *Diabla* acercósele decisiva y carantoñera:

—¡Ay, hija Fuensanta, si tú quisieras! Mismamente que una reina habías de verte. ¿Y sabes quién iba a ser tu más sumiso esclavo, varita de nardos? Joaquín el de la Terranca, que te adora, que vive pensando por ti, que está dispuesto a cometer una locura si no le haces caso... Si tú no fueras tonta, criatura, cómo ibas

a ser la señora de todo el Cumbrierío, y aun de la Terranca y de muchas más leguas a la redonda... ¡Si supieras cómo te adora el buen mozo, y todo lo que está dispuesto a hacer por ti!

Un momento Fuensanta sintió todo el bochorno de aquella escena indigna, premeditada, repugnante, y se rebeló altiva y colérica, apostrofando a la alcahueta:

—Dijérame que tal era la cosa que tenía yo que saber y nunca hubiera bajado, señora *Diabla*. Me engañó miserablemente. No sé si sentiré asco o vergüenza al salir por esa puerta. ¡Adiós!

La *Diabla* intentaba reír cínicamente. Detuvo a la huidora con un gesto imperativo. Hurgóse luego entre los vestidos remendados y grasientos. Los rosarios, las llaves, las monedas, todos los menudos útiles de costura, zurrieron en revoltijo en el fondo de la faltriquera.

—¡Valgame Dios, hija Fuensanta! ¡Quién iba a decir que tan mal te sentarían mis palabras! ¡Ay, palomita blanca! ¡Pobre! ¡Pobre!

Y así diciendo, desliaba un paquetito envuelto cuidadosamente con papel de seda roja y sujeto por delicada cinta de moaré del mismo tono. Ya desflorado el envoltorio, apareció un estuche de peluche rojo, y en las crujientes y tibias entrañas de la minúscula cajita, mágicas, deslumbradoras, la tentación misma hecha temblorosa y polícroma luz, unas soberbias arracadas y una gargantilla sutilísima—oro y corales en espléndido contraste de filigranas—parecían dormir,

acurrucadas, con la pereza hipnótica de sus irisadas fulgencias.

La *Diabla* reía cada vez más cínicamente. Y habló de nuevo:

—Todo esto y algo más que no puedes imaginarte siquiera será tuyo, sólo con que te decidas a querer un poco a Joaquín, el más rumboso, el más valiente y apasionado de todos los mozos de la Terranca.

Fuensanta miraba las joyas con rápidas miradas de deseo y admiración. Pero rechazó presto el pensamiento infame. Se acordó de su padre, el viejo y noble león de la gleba inculta; de su novio, pobre, pero honrado y enamorado de ella con todas las fuerzas de su alma brava y sencilla; de su misma reputación intachable, envidia y orgullo de todas las mozas del Cumberío.

Y huyó. Salió rápida, serena y altiva. En la puerta tropezóse con una sombra que agazapábase traidora en la obscuridad del bosque. Era Joaquín el de la Terranca que espiaba, pronto a caer sobre su presa.

Fuensanta corrió desolada, alejándose del peligro.

Y aunque nada pensaba decir a su padre, por evitar la tragedia, juró que nunca más volvería a descender hasta el horrible cubil de la vieja *Diabla*.

El pequeño Gorio, aquel avispado y encantador rapazuelo que catava de todos los frutales de Fuensanta y a la que parecía adorar el diablillo, en justa y franca reciprocidad de cariño llegó hasta el nidito

de la *Santica*, como llamárala el condenado, con visibiles muestras de agitación y de susto.

Apenas columbrara la blanca casita de su joven amiga, llamóla nervioso y estridente:

—¡*Santica! ¡Santicaaa!*

La muchacha acudió al llamamiento, un tanto desgarrado, apresurada y reidora. Burlóse del impaciente mocoso, haciendo visajes, desde lo alto del portal.

—Ahí va, condenado. Y ¿quién se te ha muerto, Gorio?

Reía copiosa y sonoramente.

Pero Gorio llevaba cara de susto y temblaba como un azogado. Volvía de vez en vez la mirada atrás, con pánico creciente.

Fuentsanta púsose seria al fin. Acogió al chiquillo besuqueadora, mientras limpiábale el sudor de la frente, un sudor abundante a pesar del frío de aquella tarde de invierno, ya avanzado.

Inquirió la moza tratando de calmar al rapaz.

—¿Pero qué es ello, Gorio? ¿Qué te ha pasado, miedoso?

Y refirió el chiquillo minuciosamente:

—Subía yo a verte, *Santica*. Al pasar junto a la choza de la señora *Diabla* vi a Joaquín el de la Terranca furioso, casi queriendo pegar a la bruja. Llamábala perra, vieja, alcahueta y otras muchas palabras feas, que ya no pude oír porque la vieja chillaba.

Suspeché que algo gordo pasaba y quedéme oculto detrás de un árbol, a espaldas de la choza. Oí gemir

a la *Diabla*. El rumboso de la Terranca apostrofábala violento:

—Hará su mercé lo que yo diga, endemoniado eserpento. Antonio debe desaparecer y desaparecerá. ¿Qué le va en ello, vieja perra? Esa orgullosa niña ha de ser mía, mía o de nadie.

—Pero ella no te quiere, condenado—gruñó la *Diabla* iracunda—. Ni ternuras, ni dádivas, ni promesas. Nada pudo conmover su altanería de doncella honesta. ¿Por qué insistir, Joaquín, di, por qué?

—Porque ha de ser mía o de nadie—obstinábase Joaquín—. Esa es mi voluntad, ya lo sabe. Mire, vieja perra—percibi un ruido de monedas agitadas con rabia—, este dinero, la mitad de mi hacienda, todo para usted si me ayuda...

La vieja resistíase.

—¡Pero matar! Se sabrá todo, nos perderemos.

Joaquín el de la Terranca lanzó una estridente y nerviosa carcajada.

—Lo dicho, bruja del diablo. Usted irá a ver al mozo esta misma noche... Le hará creer que va de parte de Fuensanta. «Ella te aguarda allá en la Barrancada, junto al Turbión—le engañará su mercé—, tiene que hablarte de algo que sólo a los dos interesa... Así me advirtió la enamorada moza».

La *Diabla* pareció convencida al fin. Volvió a sonar el dinero. Luego habló resuelta:

—Bien, Joaquín. Avisaré a Antonio y que Dios me perdone.

El de la Terranca respiró satisfecho:

—¿Estará Antonio, a las doce, en la Barrancada?

—Estará. Pero... ¿le matarás?

Joaquín respondió secamente:

—Le mataré.

Nada más pude oír—terminó el pequeño Gorio—. Pero es bastante, *Santica*. Hay que salvar al pobre Antonio.

—¡Miserable! ¡Canallas!—rugió la mozuca del Cumbrerío. Y luego, ya decidida:

—Vete, Gorio. Yo salvaré a Antonio. Nada puedes tú hacer sino obedecerme.

El rapaz abrazó a Fuensanta, que correspondió a la caricia conmovida, y emprendió el regreso, peñas abajo, hacia su choza, en el llano.

.....

La noche era clara, noche de plenilunio de enero, inteusamente fría, maravillosa de estrellas y de nieve.

Al filo de las doce, Fuensanta, sigilosa, leve como una sombra, abrió la puerta del blanco nido, procurando no hacer el más pequeño ruido para no despertar al padre que, dentro, dormía profundamente, ajeno a toda inquietud.

Portaba un traje del padre, hábilmente disfrazada como un rudo gañán de la serranía. Sobre su hombro siniestro brillaba el acerado cañón de una escopeta. Parecía ingrávida sobre la punta de los pies, pisando quedamente.

—¡Leall!—zarandeó al noble can pacífico y dormidón, que euroscábase voluminoso junto al portal.

El perro saltó a los pies de su ama desprecizándose.

—¡Silencio!—le ordenó Fuensanta, acariciándolo—. ¡Andando!

El can precedió a su ama, saltarín, pero silencioso. Anduvieron largo trecho bajando, acercándose a la Barrancada. El viento silbaba entre los boscajes y remolineando entre las breñas.

A Fuensanta parecía querer salirse el corazón del pecho. Sentía el frío, se cansaba, pero anduvo, anduvo todavía largo rato.

De pronto, percibióse ya cerca el ruido siniestro del Turbión, arrastrado entre terribles peñascales.

—Anto...—fué a gritar la mozuca. Pero no pudo acabar la frase. Un tiro seco y certero buscó el corazón, atravesádoselo.

Fué instantáneo. El disparo produjo un tableteo siniestro, que fué apagándose lejanía adentro, entre las sombras insondables. El perro aulló dolorido, desesperado, furiosamente acometedor, rondando alocado el cadáver de su ama.

Y bajo el glorioso plenilunio de enero florecieron monstruosas rosas de sangre sobre la nieve blanca...

JUAN BAUTISTA SASTRE.

TROZOS HUMORISTAS

LA CARA ANTIPODA

Por mi rostro cabalgan de espaldas los diablos, dejando sobre él todas las tardes secas que se habían dormido en las tierras calcinadas.

Es un rostro que hace cerrar las puertas de esos espíritus amasados sobre líneas rectas y colores uniformes, pero sabe suavizar las alas movibles de los ojos alfileres.

Yo he visto cómo en mi cara han muerto, degollados a un solo golpe, multitud de cuadros serenos, y cómo por él lloraban angustiadas las manos vestidas de perfumes, *polissoires* y guantes, clamando contra los engaños de la noche.

En el lecho de mi cara parece que reposan flagelos dislocados que, subitaneando con el clamor de voces secretas, azotan inesperada e imprudentemente las pacíficas lunas de los escaparates que le miran cariñosas, las cuales dan crujidos en el mismo momento—expiación—, arrepentidas de su curiosidad.

Al pasar por mi lado los vertiginosos automóviles pati-

nan violentamente a efecto de la extraña superior tracción que le tienden los colores apagados de mi cara, y en seguida aullan endemoniados hacia el ocaso, llenos de protestas.

Por lo visto, hasta el sueño tendido de los asfaltos mudos y lisos se retuerce a mi paso.

Más de una doncella curiosa, amiga de bañarse en los templados arco-iris y de ser envuelta en los figurines aún por venir, se ha caído desde un quinto piso al fondo obscuro de mi cara.

Ya se ha hecho célebre en la gran ciudad el hombre de la «cara muerta que mata», y las perfectas máquinas humanas se ponen las fundas estéticas para prevenirse contra el polvo de sus gritos agoreros o despiden la lluvia seca y maléfica de sus risas, velando discretamente las cabecitas con sombrillas juguetonas.

Pero en la densidad del ambiente se ha abierto una brecha. Y vino una voz entrecruzando vergonzosa por la multitud implacable y cosquilleó con un halago mi rostro callado; un halago que descendió hasta el suelo, corriendo por mi manga, muerto por la asfixia en el mismo momento de la posación.

Y la brecha cada vez abría más sus brazos, y por ella en vez de pasar suspiros, ya corrían ríos de mieles que borraaban todas mis agilidades; y sobre los ríos cabalgaban tempestades, que se mullían a mis pies para acogerme, permitiendo a mi pecho toda su amplitud.

¿Quién tendería ese rayo transparente en el opaco y bruido cristal que sostiene la humanidad rectilínea?

De quién era el dedo capaz de descubrir el celaje que acariciaba todas las serenidades azules y todas las rosas pe-

taladas de emoción del rostro del hombre de la «cara muerta que mata». Esa cara que las gentes signaron en un desastre, con humedades traídas del rincón más perdido y subterráneo: mi cara modelada con manos de arcilla, en la que las gentes armónicas perdían el compás del tiempo, llegando a dudar si guiñaba el véspero, si se lavaba el alba, se hinchaba el sol o deambulaba la noche.

Dudé un momento si el abanico social había perdido su regularidad mecánica, cambiando la intensidad y el viento por una hora.

¡Pobre de mí!, que fuí tonto en el retablo liso y engañado un momento por las argucias de una idiota habilidosa.

Pensé que el viento nuevo echó a mi espalda los diablillos rejobscuros que guardaban con el velo calcinado toda mi flora dulce interna, mecida en la serenidad.

Vi mi indultación rutinaria; las fiestas del descubrimiento; las puertas que se llenaban de sol para mi deporte, y las gentes contritas, oblaconando ante mí con las manos cargadas de arrepentimientos, promesas, reconocimientos y adoraciones.

¡Pobre de mí!, que fuí tonto.

Una simple idiota, que en el momento de nacer enajenó su belleza, fué la que puso aquella brecha. Había comprendido la sentencia de las gentes, sumó las probabilidades, y el resultado matemático la obligó a exigir la cooperación de un deforme, sacado de fuera del redil geométrico. Y viendo cómo sus gracias se iban inutilizando en las muecas inhóspitas de horriblos gemelos suyos, tendió la eléctrica red conspiradora al último-yo, el hombre de la «cara muerta que mata», segura de la captación por derecho.

Y yo creí en el engaño de aquellas tempestades y en los ríos nuevos; pensé que de las frentes se desprendían las ramas obsesionantes y que los reflectores magnos se batían sobre mi rostro para abrir una claridad, llegando el momento de la admiración en las aguas limpias.

La idiota amorfa hizo, inocente, un juego con el muñeco de barro.

Yo me perdí en el hilamiento de mis pasos y de mis gestos. Y casi aprendí a perdonar.

* * *

Hoy sigo viendo que las gentes aún saben trazar líneas rectas, y continúan llamándome el hombre de la «cara muerta que mata»; que en el cauce ordinario y enfarolado donde se unen las perfectas personas hay rótulos incitativos para hacer transporte del hombre de la «cara», por quererlo así la Santa y Noble Estética.

TOMÁS LUQUE.

PERDIDA

Las tijeras de lo fatal cortaron todos los hilos que los habían tenido unidos durante tanto tiempo.

El poeta y la amada se separaron.

Los diablillos de las circunstancias hubieron de concurrir en un mismo círculo de tiempo y lugar, y tan sólo las manos de un Dios tuvieran poder para construir el puente que los salvara en un intrépido juego de combate.

No ha sabido ser aún el hombre ese perro habilidoso, que sería preciso para saltar por el aro de los diablillos de las circunstancias hechos círculo.

El albur marca, pues, la primera de las etapas de este relato:

AL
B U
R

Durante el tiempo en que el poeta tuvo su pista de ternura, que sobre los hombres y las cosas le dispusiera Amor, para que caminase sobre la cuerda floja de sus mieles, tuvo lugar el nacimiento de su corazón.

Como si hubiese sido un sonrosado hijillo, más encariñado con la mamá, ahora que las tijeras de lo fatal cortaron todos los hilos que los habían tenido unidos durante tanto tiempo, se quedó con la amada.

He aquí las injustas vías por que se desliza el tranvía de los fenómenos pasionales.

El corazón no era de la amada: ¡lo tuvo el poeta con ella!

Pasados los primeros momentos, el poeta, asustado de repente, no le sintió llorar.

Entonces lo buscó en la cuna vacía de su pecho sin encontrarlo...

Quiso dar a la llave del grifo de sus lágrimas y vio que todas las cañerías internas se le habían esfumado en una sonrisa inconsciente muy triste.

Es una cosa muy seria eso de pretender llorar un corazón, que no se sabe fijamente dónde se ha dejado olvidado, aunque presumamos que la amada se ha quedado con él. Es una cosa muy seria porque precisaríamos encontrarle para llorarlo. Ahí es nada el conflicto que eso supone. Equivale a tanto como si se nos ocurriese disparar un revólver que no tuviéramos.

¿Qué hacer en semejantes instantes?

Esperar.

Poner en práctica todos los medios de que el poeta dispone para eso.

La hora más a propósito: el amanecer.

Lugar: el lecho.

En efecto, el poeta tendió sus manos en el espacio para sumergirlo en el acostumbrado baño inefablemente tibio, y sus dedos se entrecruzaron secos de desaparición.

Ante tan doloroso suceso y el implacable mandato del sol, anciano matemático rutinero, que no se olvida ninguna mañana de acudir a la oficina de la tierra, levantóse.

Su primera diligencia consistió en buscar por esos tupis de Dios, junto a las pianolas-comisaria a su corazón. Las notas, cascadas una a una por sus oídos, resultaron vanas. El poeta hundía en ellas sus ojos, escarbaba con las afiladas uñas de su seco dolor en sus concavidades estúpidamente colocadas y no lograba hacer saltar el viejo surtidor capaz de ablandarlo..

Como polícromos globillos saltarines jugueteaban los do, re, mi, fa, sol, la, si, en el espacio. Iban a posarse en las anaqueleías del establecimiento, hacían un guiño a la línea de luz de los frascos de jarabe, y llenaban burlonamente los bolsillos del poeta, pero ni un latido de su pecho logró perforar. Uno sólo para sorprender el gemido de su corazón.

Una vez en la calle el poeta quedóse prendido en el lazo de una tonadilla que tuvieron a bien arrojarle unos ciegos. Nada en la calle hablaba.

Entorpecidos los pies por las enredaderas de recuerdos deshojados que trepaban por las paredes de su camino, se dirigió a su casa. Los humildes vientres de las calles, en una prolongación de sus oscuros pensamientos, llegaban a hacersele afines, ofreciéndole las duras flores marchitas de sus adoquines...

* * *

Entró en los libros-casa de socorro. Ningún médico hermano le hizo una cataplasma de palabras.

Preguntó a los aromas conocidos de los jardines de la

vida, a los aromas familiares de un jabón, de unos polvos...

Interrogó a unas canzonetistas.

Se hundía en todos los vehículos.

Nadie sabía nada.

* * *

En vista de una tan contundente desaparición, el poeta hizo publicar en todos los periódicos un anuncio que decía así:

PÉRDIDA

Fulano de Tal, que vive en la calle de los Menganos, número tantos, ha perdido su corazón. Aun cuando espera sorprender su gemido un día en una esquina de la vida, ante alguna tierna mirada, gratificaría espléndidamente a quien se lo devolviese con miel y azahar de poemas.

J. RIVAS PANEDAS

E-n-s-a-y-o-s d-e m-e-l-a-n-c-o-l-í-a

I

El rostro del hambre y el reloj.

Que el temor—lectora y lector—no embargue vuestro ánimo. Nuestra doctrina del hambre quisiéramos ahogarla en esa copa del alcohol negro que se llama el tintero. Creemos que para librarnos del miedo al hambre debía haber cátedras y laboratorios adjudicadas a los famélicos supervivientes. Las gentes ven a estos hombres como las luces que se apagan. El hambre es la musa del pesimismo: un paño que viste al sol de luto. Para el que no come no existe la primavera, en oposición al satisfecho, que ve los raudales, armoniza la vida. Se dice que se aleja la luz, la idea y la esperanza, y que os

viene la caída y la duda. El famélico es el desgraciado grano de arena que se descompone y sobre el que pesa la inexorabilidad de la naturaleza y de la humanidad. Un desasimilador—una ocupación barata—que vive de la ruina de su carne. El estómago no puede escamotear los pasos y la metafísica fría y aritmética del reloj. Que son las doce del día—bueno, bueno—, cada uno puede alistarse a su humorismo. Respetuosamente quisiéramos aclarar que en la lucha entablada entre el reloj y el humorismo vence el reloj. El cronómetro o estómago es el cuerpo, la materia, el objetivo, triunfando sobre lo interior y lo celestial, del que se retira de la vida. Lo inmundo y bajo, imponiéndose a lo superior, al espíritu. El hombre interior es el que menos cosas posee, véase esa hambre que se ha arrojado a las grandes biografías. En general, la Historia es la narración del dolor al través del estómago. El libro en torno al hambre—de los hambrientos, porque no trabajan con sus manos, de los soñadores, enfermos, de los hombres absurdos e irresolutos que no se determinan a tomar parte en el manejo pucheril, los parias de la suerte caprichosa e inexorable...—sería el libro más amplio e intenso de la vida. Porque claro, da la casualidad que la justicia de la cuna no franquea a todos el plato. El grosero, los parados..., como tipos más corporales e instalados en la vida, comen; mas los hombres específicamente espirituales los persigue el ayuno, a cambio de voces celestiales. Esta es la

clásica lucha entre la bestia y el ángel, las presiones míopes de lo objetivo y la mirada interior hacia lo impalpable e infinito. Los grandes hambrones—místicos, poetas, filósofos...—se cuentan entre los acaparadores de supervivencias y de naderías, esos mirones de ultratumba... y los que quieren sacar metafísica a las cosas. Las bofetadas y el ayuno son temas de meditación para los píos. Los hombres interiores—pensadores, poetas y místicos—integran la aristocracia y verdadera estética del hambre. Pero el negocio humano, el comercio nauseabundo de los hombres hace otras víctimas, más claras y vulgares, esos parias de la acera cotidiana, en su extensa matización, hasta los mendigos, esa gente que forma el infierno visible de la vida. El hombre es libre, con libertad más o menos amplia de morirse de hambre, según la civilización, si no se entromete en el yantar de la vida. «Al través de todas las disposiciones se descubre un objeto único—dice Domsday-boock.—*Froude's History of England*—, que en Inglaterra todo hombre tiene definidos su puesto y su deber, y que ningún ser humano es dueño de vivir a su antojo sin rendir cuentas a nadie. Es la disciplina...» Los rostros del hambre, ya sea la participación democrática o ideal en el ayuno—poeta u obrero, el inútil y el caprichoso—se debaten amargamente, como alelados, ante la gimnasia uniforme del reloj.

ANTONIO M. CUBERO.

HACIA OTRA VIDA

En el tranvía una mujer del pueblo lleva un niño en los brazos. Es una criatura escuchimizada, raquítica, enteca. Da miedo y repugnancia el mirarla. También remuerde sordamente la conciencia, como si el tanto de culpa que nos alcanza en la horrible depauperación de aquel niño se hiciese sentir. Todos los viajeros, con esa extraña y grotesca seriedad que tenemos en público, tratan, en vano, de apartar los ojos de la esquelética criatura. Lo feo atrae y sugestiona tanto como lo bello.

Frente al niño enfermo, una burguesa ofrece su pecho blanco y abundante a un chiquillo sonrosado y hermoso.

El placer de la madre afortunada se hace más intenso por la comparación entre su hijo y el de la pobre mujer del pueblo. Hay muchos goces que nacen de esa fuente injusta y malsana: el sufrimiento ajeno. Si la vida, en vez de una lucha, fuese una concordia, nuestra simpatía, ensanchada en

ondas cada vez mayores, nos haría felices sin daño de nadie.

* * *

El cerebro, esa máquina maravillosa, inventora del Universo, no ha utilizado aún mas que una parte mínima de sus asombrosas facultades. Las ruedas más bellas y delicadas de su vulcanismo no han funcionado todavía. La santidad y el genio son posibilidades abiertas a todo el mundo. El horizonte de la vida moral es ilimitado. Entregada la humanidad desde sus orígenes a una lucha feroz y cruenta, sólo han llegado a su madurez y pleno desarrollo las facultades ofensivas y defensivas. El género humano ha gastado hasta ahora todas sus energías en batallar consigo mismo. El arte, la ciencia, la religión, la moral, son como breves paréntesis en esa lucha. Y en él, entre tanto, el enemigo común, la naturaleza, se sigue burlando de nosotros. Las consecuencias de esa guerra fratricida han sido funestísimas. Hubo desde un principio vencedores y vencidos, abriéndose un abismo de odio entre los hijos de Adán. Y los vencidos, humillados, despojados, embrutecidos y degradados, cayeron en una condición muy semejante a la de las bestias. Mientras que los vencedores, orgullosos, sensuales, frívolos y vacíos se hundieron en la ineptitud del parasitismo. Y sólo un reducido número de hombres salvó milagrosamente el jugo sagrado de la inteligencia.

El cerebro humano no ha entrado aún en funciones, sino en aquella parte peor y más grosera de su maravillosa substancia.

Vueltos los hombres hacia el enemigo común, empleadas las máquinas como único instrumento de trabajo, rota y desbaratada la estructura social de hoy, cuando no queden mas que hermanos luchando por un mismo ideal, las células cerradas se abrirán misteriosamente y el secreto del universo se nos revelará como una música inefable.

* * *

Me preocupa el hombre feroz. Tiene la frente estrecha, los ojos juntos, la mandíbula prognata. Suele ser moreno. Pero también hay hombres feroces que son rubios como las candelas, con los ojos de color celeste, ancha y despejada la frente y boca de labios húmedos y golosos. Es la bestia rubia de que habla Federico Nietzsche. La crueldad de estos hombres es menos visible. Y hay que mirarlos por la espalda y fijarse en su carnoso colodrillo para comprender su filiación de hombres de presa.

Pero la causa principal de la crueldad se halla en la sociedad y en sus funciones. ¿Puede acaso un verdugo ser de ánimo apacible e inofensivo? Supongo que los matarifes, esos hombres corpulentos y ensangrentados que rondan alrededor de los Mataderos, deben llevar sobre su conciencia un gran número de crímenes no descubiertos.

Don Ramón Gómez de la Serna sabe de esto se-

guramente. La milicia es la crueldad convertida en ciencia. Un fiscal tiene, necesariamente, que inclinarse a la ferocidad. Y al cirujano, que con admirable frescura abre el vientre del enfermo y corta el apéndice, tampoco han de parecerle cosa de mucha monta los dolores del prójimo.

Somos feroces por naturaleza. Ahí están, si no, las uñas y los dientes como testimonios de nuestra ingénita indicación. Lo somos, además, por las necesidades del vivir. Con otra vida más desinteresada y armónica seríamos mejores. Porque hay que declarar honradamente que apenas si hemos empezado a salir del estrecho círculo del individualismo grosero y salvaje, y que la vida social no existe todavía.

JUAN HÉCTOR PICABIA.

Julio, 1920.

POEMAS EN PROSA

Canto al no nacido.

Al través de las calles y las plazas y de los parques de la ciudad, ante los grupos familiares, he pensado en ti, ¡oh, amado no nacido!, que ya deberías venir conmigo de la mano y que a esta hora podrías tener el tamaño de una antorcha, junto a mis pasos solitarios.

Y te he llorado como a aquellos que tuvieron una vida ligera, ¡oh!, tú que no tuviste en el huso fatídico ni el peso de un cabello, y mi corazón se ha angustiado como el de los padres que llevan un luto infantil sobre su corazón.

He aquí que este es el tiempo en que tú, todo semejante a mí, deberías marchar al lado mío, lleno de gracia en la flaqueza de tus piernas, fresco y risueño bajo mi melancolía, semejante a un jardín bajo la sombra de la luna.

Este es el tiempo en que tus leves muslos deberían pesar sobre mis rodillas, y tus manos como una

guirnalda sobre mi cuello, y en que tu sombra pequeña y diáfana debería moverse a mis pies como una mariposa.

Este es el tiempo, ¡oh, amado no nacido!, en que tú, abandonando el regazo materno, serías entero para mí y por primera vez desde tu nacimiento, yo saborearía plenamente la dulzura de la paternidad, y sobre tus mejillas impregnadas de los perfumes de tu madre yo dejaría besos viriles y profundos.

En este tiempo, firme ya sobre tus piernas gráciles, yo te llevaría conmigo a todas partes, como un trofeo perfecto de mi juventud, y a los ojos de todos te mostraría como un trofeo.

Juntos recorreríamos las calles luminosas y los parques floridos, y nuestra marcha tendría la gracia de tus pequeños pies, y mi corazón, al lado tuyo, se abriría como una adormidera.

Mi mano se haría suave para oprimir la tuya y mis labios también para besar tu frente, y yo sería como una madre para calmarte tu sed y dormir tu cansancio.

Mi amarga experiencia velaría sobre tu candidez como un ramaje obscuro sobre una rosa clara, y siempre junto a mí te enseñaría una dulce prudencia; conmigo aprenderías a ser cauto y ser fuerte, y en las tardes serenas, ¡oh, hijo de poeta!, te mostraría la luna.

Junto al padre enlutado tus rubias guedejas tendrían una dulzura pastoral; tu rostro adquiriría la palidez de los frutos velados, y una melancolía ar-

diente y prematura se sentiría arder bajo tus ojos.

Y serías semejante a mí mismo en otro tiempo, ¡oh, amado no nacido!, con tus rubias guedejas y tu claro traje de marinero, y al verte junto a mí sentiría la frescura de los que ven su imagen en la dulzura de una fuente.

Las cosas claras y risueñas volverían de nuevo hacia mi corazón, y sería como un espejo en el que se reflejan vaporosas imágenes, o como una antigua estancia que se adorna nuevamente de gasas y de velos flotantes.

Y volvería a sentir de nuevo en tu carne infantil la dulzura de las cañas en leche y la suavidad del musgo que no se ha hecho verde todavía, y una juventud más prodigiosa que la de los quince años florecería en mi madurez.

Tu presencia me ornaría de un encanto nupcial, fresco y ligero, y sería más juvenil que un joven esposo, gracias a ti, cuya dulzura superaría a la de las vírgenes veladas.

Y al verte junto a mí, semejante a mí mismo, me parecería que el tiempo se hendía mágicamente como un roble hechizado, y creería sentir la frescura de los bancos de madera de la escuela bajo mis leves muslos.

Y mi vida se llenaría de un encanto supremo y se haría como un agua en la cual se ha arrojado un áncora de oro, y por ti, ¡oh, amado no nacido!, yo tendría mi parte en la alegría.

Por ti mi alma se llenaría de generosidad y de

heroísmo y no habría cosa que rehusase por ti.

Por ti sería igual a las aguas que corren sobre las duras piedras por reflejar la luna, y a las raíces que se hunden en la obscura tierra, compañeras de los ciegos vermes, por sostener en la altura un áureo fruto.

Por ti sería con gusto como las cariátides arrodilladas y como las cenizas acumuladas bajo el fuego y me hundiría con gusto en la vejez y en el olvido, encorvado bajo el peso de tu perfecta juventud.

¡Oh, amado no nacido! Mi vida estaría completamente en ti, y no habría nada fuera de nosotros, fuera de la elipse hermética de nuestros corazones.

Tú serías para mí todos los pasos inútiles, todos los sueños y todas las turbaciones; tus suaves gudejas serían más fuertes que los lazos de las cortesanas, y yo sentiría cantar la primavera en lo profundo de tu fresco corazón.

Contigo junto a mí todo estaría completo, y yo sería como la noche que tiene al día entre sus brazos, y entre los cantos de mi juventud, ¡oh, hijo de poeta!, tú te erguirías como mi salmo más hermoso.

Bajo los árboles floridos y ante las familias sonrientes, ¡oh, cómo he soñado contigo, amado no nacido!, y qué besos tan ardientes he tenido en mis labios para ti.

¡Oh, hijo de una madre joven y delicada! Tu imagen invisible ha hecho desfallecer mis ojos y te he

soñado entre los niños blancos y puros, más blanco y más puro que todos.

Hijo de poeta, dulce y soñador, ahijado de la luna, con una palidez de oro en el semblante y un halo de congoja sobre la frente.

¡Amigo del silencio y de las grandes lirás de la soledad, de los reptiles y de las aves, de la tarde y de la primavera!

¡Oh, amado no nacido! Cómo te he amado en la tarde florida y cómo te he llorado entre los niños desconocidos.

¡Oh, don de una madre bella y joven, cómo he llorado por cuanto habría en ti de fresco y de nupcial!

¡Oh, hijo que no has venido con tus albos pañales y tu olor de alhucema a renovar en la casa festiva el juvenil encanto de la boda.

¡Oh, hijo que no has venido de manos de tu madre a alegrar la tristeza de mis años maduros—tal una amapola en un campo segado—, por ti y por tu madre no encontrada, cómo he llorado!...

He aquí que en mi vida no habrá ya ese portento de luces y de blancos velos que ilumina la vida de otros hombres.

Y ni por una vez las cosas claras y virginales entrarán en mi vida con los pies de una esposa.

Y para embellecer la vida masculina no vendrán unas claras guedejas, ni blancos velos, ni ramilletes en los ángulos

Y la vida se hará una cosa definitivamente amar-

ga, como un agua que sale de su último cauce labrado y se pierde en la tierra...

¡Oh, amado no nacido! Símbolo de toda esta alegría. ¿en qué limbo dorado o en qué seno inmaculado de mujer te has detenido? En la tarde florida, te he llorado como a los que tuvieron una vida ligera.

Y he pensado en ti como en los que se malograrón tiernamente, ¡oh, nonato que tanto has vivido en mis sueños!

Hasta que mi corazón se ha adormecido en su pena y he sentido la resignación de las que engendraron en vano y he doblegado mi pena a tu felicidad.

Y con mis ojos llenos de lágrimas he exaltado los tuyos, más secos y diáfanos que los espejos, y tus guedejas semejantes a asfodetas, y tu frente semejante a la pureza de la aurora.

He aquí, ¡oh amado no nacido!, que en el fondo de mí ser tienes una vida maravillosa, y te siento en el fondo de mí, pequeñito como los panales.

Por ti una herida de dulzura se abre en mi costado y mis pies se entorpecen de una embriaguez materna.

Y te siento dentro de mí como una alegría pura, como un peso ligero que hace caminar con una graciosa languidez, y mis miradas son dulces como las de los que guardan una esperanza.

Por ti, ¡oh, no nacido! presente dentro de mí mi corazón tiene una eterna frescura; por ti hay en

mis labios una risa infantil, y en medio de los hombres, agotadas, semejante a estos, soy constantemente como una primavera.

¡Oh, amado no nacido! En la tarde florida, tu imagen increada tiene para mí una dulzura más grande que la realidad, y eres para mí como un sueño ligero, exento de pesar y de fatiga.

Y te poseo por el ensueño, a la manera pura de los poetas, y eres para mí como una estrofa que aun no ha descendido a los labios.

Mi corazón te ama en los hijos ajenos, y te besa en sus frentes rosadas y se hace más grande a causa de tu falta.

Mis ojos te ven siempre pequeño y puro, a pesar del tiempo destructor, y en mi imaginación eternamente permaneces como un símbolo de mi juventud.

Por ti, ¡oh, amado no nacido!, yo viviré siempre en la esperanza, con la inquietud resignada de las vírgenes, y tendré hasta el final la esbeltez aguzada de los solteros.

Esperándote siempre como un don juvenil, mis ojos tendidos hacia ti no verán la marcha de las horas, y con el corazón de un adolescente te aguardaré, ¡oh, nonato!, a ti y a tu madre, bella y joven, bajo las acacias y los cipreses esbeltos.

Mi corazón os ornará a ambos de todas las bellezas, y cada primavera se preparará para recibirlos como una estancia cuyo suelo se cubre con juncia; mis labios lanzarán por vosotros suspiros lle-

nos del fuego de la juventud, y seréis para mí ese velo piadoso que oculta las arrugas.

Por ti, ¡oh, nonato!, amaré a todas las mujeres con la pureza de un prometido, y hasta las cortesanas serán estrechadas castamente contra mi corazón; por ti seguiré las huellas de todas las mujeres con la impaciencia de un adolescente.

Por ti, ¡oh, nonato!, el canto de elegía se alternará con el de esperanza, y hasta el final me reservaré para ti como para la más grande obra, y más feliz que los que vieron corromperse sus frutos, seré como esos árboles que alzan sus frondas aguzadas.

R. CANSINOS-ASSENS.

Itinerario noviespacial del paisaje

¿Existe estéticamente el paisaje rural, integrado por células silvestres, panoramas estáticos y mirajes campesinos?

Para nosotros, los espíritus de ciudad, enamorados de las perspectivas multitudinarias, de las sinfonías multánimes y de los tentaculares ritmos whitmanianos, esta candorosa interrogación adquiere un alto relieve sugeridor, cuando alejados transitoriamente del vórtice mundano, nos enfrentamos con el cuadriculado panorama del paisaje arquetípico español, del paisaje castellano.

Al surcar—propulsado por mis deseos velivolantes—tierras de Castilla la Nueva, fronterizamente meridionales, he observado cómo esta contigüidad purifica las siluetas y da un colorido menos cárdeno al lineamiento clásico del enteco, cernido y rasurado paisaje castellanista...

Así, ante esta grata constatación visual me sentí líricamente elevado y transfundido en una cordial ósmosis hermenéutica con los módulos agrestes, primicialmente esmeraldinos... ¡Cariciosa mirada sensorial, anuladora de pretéritos desdenes! ¿Por qué mis pupilas perforadoras, habituadas a hendir voluptuosamente la neblina intelectual de los

brumarios nórdicos, habían de refractarse inundadas ante la llamarada fulgurante de los horizontes meridionales, y ante las aristas buidas de las ocre estepas castellanas, sin lagos ni umbrías? Gustaban, por el contrario, acariciar la lasciva verdorosidad de las praderas norteñas, bautizadas por brisas pluviosas, y el oleaje bravo de las estilizadas marinas cantábricas.

¿Cómo penetró en mí la inquietud vívida del paisaje, y el anhelo introspectivo de captar sus inmaculadas perspectivas y su itinerario noviespacial? Castilla, antes de su exacta vislumbraza y a través de pictóricas visiones literaturizacas, era para mí la topificación pétrea del paisaje cardinalmente español y la síntesis de los más enraizados tropismos iberos, en cuyo páramo osificado se aventaban las últimas alegolías marchitas...: Sombras de siglos. Tradiciones heroicas. Soledades cóncavas. Y al fondo, la silueta dementizada de Don Quijote visionario.. Mas una de mis emotivas pesquisas a través del paisaje me ha descubierto algunas facetas insospechadas de Castilla ubérrima y potencial y otras sugerencias frondosas en su misma escueta arborescencia. Y en la dilección comprensiva, mis miradas fluyeron proyectadas inicialmente hacia el dintorno característico de la realidad paisajista castellana, tan sutilmente estilizada en las primorosas interpretaciones azorinianas.

Urge ratificarlo, jóvenes amigos. Entre los literatos novecentistas sólo *Azorín* y un su epígono levantino, Gabriel Miró, han sabido reflejar la elocuencia plástica y monócroma de las campiñas emocionadas y los poblachos dormidos... Otros intérpretes del panorama español, como Pío

Baroja el errante, Ortega Gasset neo kantiano, y Valle-Inclán neosófico, han diluido sus exégesis en una polarización pintoresca, metafísica y fantasista, respectivamente.

De las interpretaciones azorinianas, pues, de sus veraces cuadros descriptivos, en el ciclo que alcanza desde «La Voluntad» a «Los pueblos», receptores impasibles, como nítidos espejos, de la realidad atmosférica, habríamos de arrancar para toda exégesis de concreción paisajista o descripción costumbrista de tipos y aspectos pueblerinos. Mas en nuestro apasionamiento abstracto, rehuímos el reflejo anecdótico y la localización provincianista. De ahí que nuestras excursiones divagatorias en torno al paisaje aludan a su abstracto concepto intelectual y no a su concreción realista. Así, pues, salgamos de Castilla, aunque en su dintorno espacial situemos las características del paisaje límpido y abstracto, henchido de perspectivas estéticas y sugerencias meditativas...

II

Liminarmente, ¿qué medios ópticos utilizaremos, qué trayectoria visual debemos seguir para hallar la sensación fragante de la Naturaleza desnuda en el paisaje campestre? Y después, ¿tiene existencia independiente, autonomía emocional y repercusión sensitiva el paisaje exterior, o es sólo un reflejo amplificado y complementario de nuestra panorámica psíquica íntima?

¡Arduas interrogaciones, abocadoras al Vértice Sugridor!

El paisaje varía y se transmuta, según el ángulo de visión que el espectador, quieto o móvil, adopta, y en virtud de la tensión sensorial con que éste afronta los panoramas. Así es muy distinta la aprehensión paisajista del caminante nostálgico que va lentamente surcando la gleba, a la del motorista ubérrimo que rasga velozmente en un 80 HP. las carreteras serpenteantes, fijando en su retina y en su mente la sensación simultánea, en la apoteosis del vértigo, de los horizontes vibracionistas...

El automóvil ha transformado el paisaje—, propugnan los teorizantes de la Estética Nunista. Y paralelamente, podemos afirmar que una nueva comprensión estética del paisaje ha nacido con el avión. La temeridad del alpinista montes escalando los más altos riscos estratégicos, descubridores de insólitas perspectivas, ha sido superada por el piloto velivolante que planea su avión sobre las terrazas célicas.

En el plano de audaces realizaciones estéticas, la penetración espacial de la figura dinámica en el paisaje móvil con el vibrar de los volúmenes, forja la ecuación de cuadros futuristas que como los de Boccioni, Russolo y Balla—*Dinamismo de un ciclista, Dinamismo y Velocittá así tratta* (1)—condensan la plasmación de los paisajes desfiantes. Líricamente existen análogas visiones—en los últimos poetas futuristas, cubistas y ultraístas—situadas allende el dintorno tradimensional y en el territorio sinfrónico. En definitiva: la ruta visual del paisaje no es contemplación extática de ruralistas encantos, sino captación e ine-

(1) Véase *Pittura, scultura futurista*, por U. Boccioni.—Edición «Polsia».—Milano.

terpemetración dinámica de los elementos panorámicos con la sensibilidad automovilística.

En la segunda interrogación liminar, partiendo de aquel psíquico teorema, formulado, por el nostálgico Henrich Friedrich Amiel: «todo paisaje es la proyección de un estado de alma», llegaríamos a logaritmizar estéticamente una ecuación introspectiva y meditativamente autoscópica. (Oh, la fusión contangencial del haz fibroso humano, núcleo de sensibilidad, con el paisaje arborescente o la arcilla sensibilizada!)

Cuando imperaba otro clima literario, tenían categoría de admirables las pinceladas de los cuadros verbalmente descriptivos. Mas hoy, éstas transcripciones plásticas por virtud de un estilo colorista, y menos aun la estricta reproducción fotográfica, que sólo refleja el tegumento superficial, la epidermis objetiva del paisaje, pueden satisfacer nuestra avidez noviespacial.

Entonces—se dirá—, para henchir tal deseo, ¿cómo hemos de espejar literariamente los filamentos impolutos que tejen el horizonte abstracto del paisaje resurrecto? Siguiendo la trayectoria de las normas creacionistas hasta el hallazgo espasmódico de los módulos noviestructurales paisajistas. Así obtendremos mayéuticamente la imagen re-creatriz y re-vivificadora que condense la sensación fragrant e impoluta del paisaje subjetivizado. En la introyección psíquica intraobjetiva. Forjada en un lírico espasmo sensorialmente demiúrgico. Al transformar vivificadoramente, en el crisol de la imagen múltiple y dinámica, los elementos basamentales de la realidad lineal objetiva. Permutando, en el simultaneísmo visual, sus alegorías fisionómicas.

Todos los esfuerzos mayéuticos de los lucíferos intelectuales que hoy rasgan los porveniristas brumarios estéticos, tienden al hallazgo de una objetividad espiritual dentro de la objetividad cósmica—intropatías emocionales, que diría Lipps. (En los más desolados páramos novelescos urdidos por Dostoyewski, Andreieff, Kuprin y Artzybacheff, es donde se forja la aurora de un doble proceso: subjetivación de lo objetivo, y objetivación de lo subjetivo, con la interpenetración osmósica de las almas rusas ateridas, y los paisajes esteparice; todo ello contorsionado, bajo la amenaza de huraños horizontes y patéticos cielos lívidos.)

De ahí que intentemos crear un paisaje espiritual dentro del paisaje objetivo. Por el momento, los líricos cubistas y simultaneístas—desde Cendrars a algún epígono ultraísta español—consiguen formar cuadros poemáticos, donde el paisaje aparece mapumitado de su aprehensión real, en estilizadas síntesis geométricas, o desdoblado en una serie de perspectivas cinemáticas. Mas la visión inmaculada y dehiscente del paisaje, sólo surgirá oprimiendo el resorte taumatúrgico de la imagen múltiple o noviestructural en el poema creacionista. Pues el paisaje, para emocionarnos o captarnos literariamente, ha de ser transformado—aunque no falseado—en la extravasación interpretativa de la realidad atmosférica, re-creada, al abocar, tras la trayectoria sensorial, en las vías líricas...

Escolio: El más bello y perfecto paisaje rústico o cosmopolita, estático o móvil, unilateral o tornátil, será aquel que armonice en su dintorno la calidad ofrendorosa de sus rasgos exornadores, fundidos con las proyecciones o emanaciones psíquicas de los viajeros que surcan su latitud, en

una telúrica asunción emocional. En acorde espejamiento, los matices sentimentales del paisaje varían rítmicamente paralelos a nuestros estados de alma: a las proyecciones psíquicas que vaciamos visualmente en su dintorno. (Así ha podido constatar Mauricio Bacarisse en un sagaz ensayo sobre «La poesía, la tristeza y la tierra», y al parafrasear unos versos de Antonio Machado, como los reflejos anímicos de los hombres errantes a través de los paisajes castellanos, infunden un alma y una tristeza gemela a la ocre arcilla hilozoística.) ¡Tácita fusión tangencial de los elementos psíquicos y terráqueos, tan avariciosamente eternos estos últimos! Porque hay indudablemente un sentimiento de absorbente y maternal avaricia en la Naturaleza, de cuyas entrañas procedemos, y a cuyos estratos retornamos metamorfoseados.

III

Como un vértice causal reprochador, y paralelamente a esta franja de polarizaciones meditativas, surge otra interrogación: ¿Acaso no implica un estigma de anacronicidad, y una dirección regresiva—en nuestra esfera ultraica de preocupaciones hipereespaciales—, la orientación hacia el paisaje natural y silvestre, propio de cantores, campesinos y bucólicos? ¡Extraño dualismo antípoda el que implica la simultaneidad dilectiva de los paisajes rústicos y urbanos, ornados de atracciones equivalentes! No obstante, siempre ha existido, y hoy se acentúa, la disimilitud del lirismo es-

pecífico que caracteriza la glosa de cada uno de estos panoramas.

¡Difícil gesta poética la que supone saber armonizar y fundir, en un mismo espíritu lírico, la exaltación plural de fuerzas distintas y perspectivas antípodas! La mayoría de los espíritus unilaterales se anegan en un lago silvestre o se pierden en una avenida multitudinaria. Sólo temperamentos de alto voltaje como el de Walt Whitman—¡gran reóforo lírico!—son aptos para exaltar simultáneamente todas las cósmicas perspectivas: así en el canto *Give me the splendid silent sun* de sus *Drum Taps*, plasma como un relieve eternal, y en ondulantes versículos, la libre fluencia de su espíritu multanimista. En su precursor simultaneísmo visual, en su plural ramificación amoratoria y en su eléctrica polarización centrífuga, Whitman exalta con ímpetu y plasticidad equivalentes todos los paisajes y sus alegorías. Así, tras una matinal invocación naturista: *Give me solicitude, give me Nature, give me again O Nature your primal sanities!* («Dadme la soledad, dadme la Naturaleza, restitúyeme, ¡oh, Naturaleza!, tus sanas primitividades»), y habiendo oreado su alma con las auras silvestres inicia una curva en el espacio, y estrofas más allá, exclama alucinado ante las perspectivas tentaculares de Yanguilandia: «Dadme las calles de Manhattan! Con su potente palpitación, con tambores que redoblan como ahora. ¡La vida de los teatros, cafés, *music-halls* y hoteles enormes para mí! ¡Oh, que todo eso sea para mí! ¡Oh, la vida intensa, llena hasta desbordar y diversa!» Esta rápida transición de predilecciones y exaltaciones, dentro del mismo canto, y en estrofas fronteras, revela la potencialidad del lirismo

cósmico de Whitman, y como sólo un espíritu de atlante poliédrico, cual el suyo, es capaz de desplegarse frondosamente en un abrazo inmenso y plural, hacia todos los horizontes.

Este gesto whitmaniano de desdoblamiento biédrico, al exaltar simultáneamente el campo y la urbe, es un ejemplo de altitud lírica para las generaciones de nuestro tiempo. Sin embargo, en la consciencia del momento decisivo, y rehuendo aceptaciones dispares, no podemos compartir esa doble comunión naturista y urbana. Debemos optar vitalmente por los panoramas dinámicos de ciudad, o los fabriles de la campiña, en un gesto de pugnaz superación frente a aquellos cantores delicuescentes que sólo divisaron dormidos mirajes rústicos. He ahí por qué resalta como uno de los basamentales imperativos categóricos de nuestro occidental ideario ultraico y pragmatista, el alejamiento de los paisajes muertos y eglógicos—rehuyendo exprimir la ubre sentimental de la vaca crepuscular—y en contraste, la orientación perseguidora de nuevos aspectos en los multánimes panoramas de ciudad.

¡Rotundo despertar vibracionista de las trepidantes perspectivas urbanas, orquestadas al ritmo motorístico! Porque así como existe milenariamente el paisaje clásico de la Naturaleza prepotente—escenario de vida en una época más arcillosa—ha surgido ahora, más imperativamente, el paisaje de ciudad, el panorama de las urbes multitudinarias, y de las grandes vías henchidas, cauces por donde fluye, goza y sufre una humanidad enfebrecida y vertiginosa.

IV

Repercusoramente, las actitudes del hombre medularmente contemporáneo y del poeta conscientemente sinfronista han evolucionado ante el paisaje. El primero ha de sentir dirigida su más aguda dilección hacia los panoramas encrespados de la ciudad, donde la vida moderna alcanza su más alta diástole, mirando como un remanso de turbulencias el escenario campestre de la Naturaleza. Y el poeta o artista que aspire a construir un arte esencialmente vitalista y contemporáneo, sin ningún basamento anacrónico, y, por el contrario, henchido de intenciones porveniristas, habrá de exaltar las perspectivas urbanas, concediendo una valoración estética a los paisajes tentaculares, y a sus intensos matices peculiarizantes.

Hoy, en que el hombre goza de su plenitud potencial, se afirma la resurrección de un panteísmo novimorfo. El panteísmo afirmativo y enaltecedor, deificación de la Naturaleza eterna, y en un más amplio sentido, transfusión entre arcilla carnal y arcilla terrenal—moléculas integrantes del Gran Todo—prendidas por el circuito osmósico, nivelador de cualidades anímicas, es el único reducto de humanista religiosidad, donde se inmolan los espíritus pragmatistas, forjadores de nuestra gesta occidental. Las alegorías teúrgicas y las toponimias características del panteísmo han variado. Y paralelamente, la floración de este sentimiento, que sólo tenía lugar en el seno de la esplendorosidad silvestre, frutece hoy más intensamente al dintorno de las grandes urbes. Donde el hombre pleonéxico, en vez de

sentirse franciscanamente transfundido con cualquier elemento de la fauna o flora naturales, se siente fraternalmente interpenetrado por la plasticidad de los tranvías céleres, los *affiches* multicolores, las máquinas inundantes o cualquiera otra célula vibrante del organismo cosmopolita.

Asistimos, pues, a la transición de un panteísmo naturalista, en que eran absorbidas las potencias humanas por el imperativo de la Naturaleza, a un panteísmo urbano donde el hombre olvida su estirpe arcillosa, y en un impulso superador rima fraternalmente sobre el fondo de ciudad innúmera sus latidos vitales con la armonía motorística de las dinamos sensibilizadas...

V

Toda la selva frondosa de las antologías literarias está henchida de jaculatorias virgilianas y exaltaciones triptolé-micas, tributadas por típicos cantores silvestres, madigalizantes de Arcadias floridas, y eternamente extasiados ante las praderas lunarias y los arco iris resurrectos...

Avanzamos sobre el umbral del siglo xx. Hay una mutación total de perspectivas vitales. Un trueque de ideologías vigentes. Una polarización de impulsos dinámicos. Y el forjamiento de nuevas alegorías energéticas y de nuevos módulos estéticos. De ahí que ante la cristalización de estas tipificaciones preveamos el surgimiento de nuevos temperamentos lírico-atlánticos, capaces de hallar sus interpretaciones dehiscentes.

Porque hasta ahora vivíamos hastiados ante la monoto-

nía obsedente del poeta monocorde y pueblerino, que canta instintos selváticos, zagalas impúberes y regatos silenciosos... Sin haber aún surgido el poeta lírico—y no épico del civismo social—que exalte noviestructualmente el horizonte paróxico y los paisajes trepidantes de la población vertiginosa, con sus aspectos vibracionistas y sus personajes ebrios de vida accional...

Unicamente una constelación triunfal de líricos multanimistas ha intentado tal gesta de aclimatación poética. De Yanquilandia y de su profeta Walt Whitman arrancan las anticipaciones del lirismo cósmico, humanista y centrífugo. Que luego, tras hallar una repercusión sonora en *Les villes tentaculaires*, *Les campagnes hallucinées* y otras obras de Verhaeren, y en el grupo de poetas unanimistas franceses—Jules Romains, Duhamel, Porcéb, Vildrac—prolongando su peculiar tematismo, mas dentro de la estructura aceptada y de la visión normal desemboca en Italia. Allí recogen su ideario energético, dándole una alta categoría estética y una proyección porvenirista toda la falange de poetas futuristas, introductores en el arte de las alegorías eléctrica y maquinísticas. Y últimamente tal dirección se aclimata triunfalmente en la nueva lírica al ser exaltada en sus más sugerentes facetas insólitas por audaces poetas cubistas, expresionistas, imaginistas y ultraístas—Cendrars, Wolfenstein, Addington, nosotros—que hallan nuevos nódulos de lirismo inmaturo, y un límpido cauce del verbo noviestructural.

Corolario: Todo paisaje modernamente estético acusa su dinamismo y profundidad en la plasticidad novidimensional de sus matices, ritmos y coloridos intenso. Nuestro

ensueño de itinerarios noviespaciales y nuestra predilección saciadora de jóvenes vitalmente neopanteístas urbanos, debe emproarse decisivamente hacia los sonoros paisajes multicolores de plasticidad dinámica y ritmo motriz, desdenando el falaz encanto medioevo de los paisajes silvestres, envueltos en sudarios de silencio y sombras de soledad.

GUILLERMO DE TORRE.

Campos de Castilla, agosto 1920.

Un libro interesante.

España y los judíos españoles.
El retorno del éxodo.

DE R. CANSINOS-ASSENS

Así se titula la última obra que ha publicado este fecundo escritor y que desde hoy aumenta nuestra biblioteca.

Es de notorio interés, sobre todo, para los que convivimos en Africa con los descendientes de Israel.

Da a conocer muchos hechos nobles y muchas bellas acciones de los judíos españoles.

Bajo el epígrafe «Anunciaciones», entona el autor un himno a su patria, la misma patria que en estas tierras africanas añoramos nosotros, nuestra España, la madre de naciones, y dedica un sentimental recuerdo a las Repúblicas hispano-americanas «renuevos de la vieja raza latina».

Al hablar de los sefarditas, dice: «Distingúense de sus hermanos, como si el haber vivido en España los hubiese marcado con un lucero de nobleza en la fren-

te». Cita el gesto arrogante de D. Isaac Ben Israel, rabino mayor de la Sinagoga de Toledo, gesto que aún se conserva entre los sefarditas de Oriente.

Afirma que estos sefarditas que en el fondo de su vida sienten una inmensa nostalgia por España, en cuyas tierras reposan las sagradas cenizas de sus abuelos, son la aristocracia de Israel, sus hijos escogidos, y aspiran a reivindicar su ascendencia latina.

Al hablar de la designación del sabio doctor Yahuda para desempeñar la cátedra de Lengua y Literatura rabínica en la Universidad Central de España, escribe Cansinos-Assens párrafos de brillante estilo, en los que, como en toda la obra, campea un vibrante amor hacia la nación española, su patria amada y la nuestra.

Cita en otros artículos al describir una obra del doctor Yahuda: «El Hidaia de Ibn-Pakuda, la inmensa labor literaria y científica de los Maimonides y los Ha-Levy, del gran filósofo hebraico Bachia Ibn Josef Ibn Pakudo, autor de «Hidaiai la Faraid el Kulub», Menahem ben Saruch, ben Labrat, Nágrela, Gabirol, Alcharisi, Enrique Heine y de tantos otros sabios de la raza hebraica que en todas las épocas laboraron por el progreso.»

Relata a continuación el interés de las conferencias pronunciadas por el sabio orientalista doctor Yahuda, que ante sus oyentes «ha esbozado el gesto parco y cauto de un removedor de perlas».

Al tratar de «La Epigrafía semítica en España», nos describe el hallazgo en la ciudad castellana de las

siete colinas y casa que habita el doctor López Fando, de la lápida sepulcral—piedras acumuladas como almiares de fúnebres cosechas—, de la tumba del Rabi Jacob, hijo de R. Isaac, médico toledano que falleció en el 12 de Talmuz del año del descanso.

Describe en varios artículos con pluma galana las obras de Sam Levy y el heroísmo derrochado en los campos de batalla en la guerra europea por los israelitas; relata el bello gesto del Sefardi Abrahamche al salvar en Kumanovo una bandera de un regimiento de Servia, y copia el interesante documento que los israelitas de Francia dirigieron a los de los demás países neutrales, con motivo del expresado bélico conflicto, escrito vibrante de gallarda y noble entonación.

Trata extensamente de «Kol-Israel»; dedica un recuerdo al libro *Extremos y grandezas de Constantinopla*, obra muy curiosa con tapas de pergamino, impreso en esos duros tipos castellanos en que se imprimieron las primeras ediciones del *Quijote*, en el que su autor el Rab Jacob Ben Cansino hace a modo de prólogo una relación de los servicios que él y sus ascendientes han prestado al trono español.

«Un rasgo de Francia», «Los Chuetas», «Un libro del general Bazán», y muchos artículos más integran, con los que anteriormente hemos torpemente comentado, la admirable obra de R. Cansinos-Assens, que consta de 287 páginas. En toda ella vibra gallardamente, con arrogancia, el alma de poeta y enamorado de la causa sefardí, de la que también somos, aunque modestos, fervientes defensores.

ESPAÑA Y LOS JUDIOS ESPAÑOLES, EL RETORNO DEL EXODO, merece y debe ser leído por todos los descendientes de las viejas familias israelitas, por todos los sefarditas, por todos los amantes de la unión entre todas las razas.

El notable libro de R. Cansinos-Assens debe ocupar lugar preferente en todas las bibliotecas.

L. DE D.

(De *Diario Marroquí*).—Larache.

EPILOGO DE UN NOVELISTA CELEBRE

(En el cuarto aniversario de la muerte
de Felipe Trigo.)

Nunca se borrará de nuestra mente el cálido recuerdo de aquella ardorosa tarde del 2 de septiembre de 1916. El día anterior habíamos llegado de Vigo, y descansando de las fatigas del viaje, nos hallábamos en nuestra casa de Madrid, cuando recibimos un aviso telefónico de Villaespesa, llamándonos con gran urgencia; pero sin decirnos para qué. Salimos inmediatamente en busca del poeta que, a la sazón, vivía en un hotel de la calle de Carretas. Al llegar a la Puerta del Sol, oímos a los vendedores de periódicos gritar: «El suicidio de Felipe Trigo»; pero como al mismo tiempo ofrecían unos ejemplares de la *Novela Corta* con el retrato del popular escritor, creímos, al principio, como muchos, que se trataba de una novela con

ese título. Compramos uno de esos cuadernos, encontrando que era una reducción de *La Altísima*, hecha por su propio autor. En aquel momento, notamos que compactos grupos de gente se estacionaban frente a los transparentes colocados en los balcones de las oficinas de *La Correspondencia de España*. Nos acercamos también nosotros, y nuestra sorpresa fué enorme al leer, en esos transparentes, esta noticia: «Esta mañana, en su residencia de la Ciudad Lineal, se ha suicidado, disparándose un tiro en la sien, el ilustre novelista Felipe Trigo.» ¡Conque era verdad! ¿Cómo podía explicarse el suicidio de un autor en pleno triunfo, del más leído de los novelistas españoles, que esos mismos días había hecho públicos unos grandes proyectos editoriales, para los cuales sabíamos había hasta logrado levantar buena parte del capital necesario? El desenlace trágico se presentaba con todos los caracteres de lo inverosímil y hasta de lo absurdo; pero allí estaba la noticia concisa, fría, escueta, y ella nos vino a explicar el motivo de la urgente llamada de Villaespesa. Sin duda nos necesitaba para que le acompañáramos a visitar el cadáver del fecundo novelista, con el cual había cultivado siempre una estrecha amistad.

Y así había sido, efectivamente. Al llegar al domicilio de Villaespesa, encontramos al poeta afectadísimo. Estaba acompañado de ese otro gran poeta y gran amigo, Luis G. Urbina.

—«Quería que viniera—nos dijo Villaespesa—

para que nos acompañara a casa del pobre Felipe.»

Juntos salimos los tres, y en la puerta del Sol tomamos el tranvía de las *Ventas*. En él hicimos el recorrido de toda la calle de Alcalá. Al final de la magnífica vía, y en el punto denominado *Ventas del Espíritu Santo*, hay que trasbordar a otro tranvía, que hace todo el recorrido de la Ciudad Lineal, hasta los Cuatro Caminos.

El aspecto de la ciudad comienza, entonces, a cambiar, paulatinamente. A la suntuosidad, a la magnificencia, suceden la ruindad, la pobreza de las edificaciones; a la limpieza, a la pulcritud de las anchas vías, la suciedad, el desaseo de las callejas tortuosas. Esas barriadas extremas, verdadero cinturón de miseria que constriñe al Madrid opulento, presentan todo el aspecto de aduares africanos. Pero esta visión deprimente no dura mucho, por felicidad. A poco de andar el tranvía, el lujo, la gracia, la modernidad de los edificios vuelven. Ahora son palacetes, villas, chalets esbeltos, armoniosos, elegantes, todos rodeados de parques y jardines, en los que la gracia del agua pone su nota cristalina y parlera en fuentes, surtidores, cascadas y fontanas. Hemos entrado ya en la Ciudad Lineal, que, como su nombre lo indica, no es sino la línea larguísima de una gran avenida, ornada de fincas de lujo y de recreo, formando un gran arco que cierra una tercera parte del circuito de Madrid. En un mañana muy próximo esta línea se robustecerá, se engrosará, poniéndose en contacto con el

extremo del barrio de Salamanca, la parte más suntuosa, más europea de la villa y Corte, y habrá desaparecido para siempre ese cinturón de miseria que los separa, verdadero baldón de la gran urbe.

A la entrada de la gran avenida de *Ciudad Lineal*, nos bajamos del tranvía y empezamos a caminar, buscando la villa del novelista muerto. La perspectiva que se presentaba ante nuestros ojos era encantadora. Dos filas de acacias, el árbol amable de los paseos, se alargaban hasta donde la vista alcanza. Verjas decoradas y florecidas cierran los parques, en medio de los cuales se alzan las lindas y lujosas mansiones. Las frondas comenzaban a languidecer y a amarillearse con los oros de septiembre, y un cielo purísimo, radiante, en el que predominaban las tonalidades anaranjadas, fundidas con las tonalidades lilas, se alzaba, sobre todo, como un inmenso dosel imperial.

Muy poco habíamos caminado cuando nos detuvimos ante una preciosa villa, en cuya puerta de verja decorativa se leía este nombre: *Villa Luisiana*. El aspecto de la finca no podía ser más riente, más luminoso, y a no ser por una mesa cubierta con tapete negro, en la que estaban esparcidas unas tarjetas de luto, nadie diría que en esa mansión había penetrado la Intrusa y había agitado sus alas de sombra la tragedia.

— «Aquí es» —nos dijo Villaespesa—, y traspusimos esa puerta y una de las sendas enarenadas del jardín. Al llegar al vestibulo del palacete, nuestros

pasos resonaban lúgubrementemente y un fuerte olor a éter empezamos a percibir. Empujamos una puerta y nos encontramos en el *hall*, en cuyo umbral nos detuvimos unos segundos. La estancia estaba llena de personas y sumida en una suave penumbra. Del fondo surgía una voz varonil ahogada en lágrimas que, pausada y alta, iba diciendo unas palabras, de las cuales alcanzamos a oír las siguientes: «Consuelo, mártir mía, hijos míos, perdonadme...» Eran de la carta que el célebre novelista escribió para su familia momentos antes de suicidarse. En aquel momento uno de sus hijos dictaba el texto de esa carta a un diario madrileño. Nuestros ojos acostumbráronse en seguida a la obscuridad y comenzamos a distinguir a las personas allí presentes, con las cuales saludamos. Allí estaban los tres hijos de Trigo, ya hombres todos y oficial del ejército el mayor, otros literatos y periodistas, cuyos nombres se nos escapan en este momento. Todos comentaban en voz baja el inesperado y trágico desenlace de la vida del fecundo e intenso escritor, y opinaban que el suicidio no obedecía a otra causa que a la neurastenia que padecía Trigo. Tal era la clave aparente y materialista de la tragedia. Mas ¿quién podía sondear un alma y un alma tan profunda y complicada como la del novelista famoso?...

Unos gemidos, unos sollozos, oyéronse cada vez más cercanos. Formando un grupo de dolorosas, vacilantes, vestidas aún de blanco, flotantes las ca-

belleras, anegadas de lágrimas las profundas ojeras, sosteniéndose del pasamano con manos temblorosas, bajaban la escalera que pone en comunicación el *hall* con las habitaciones superiores de la casa las hijas de Felipe Trigo, que iban a dar el último adiós a su padre. De ellas, conocíamos a la señorita Luisa Trigo, que poco antes había obtenido, con gran lucimiento, el título de doctora en Medicina de la Facultad de Madrid. Al dirigirse a la alcoba mortuoria, sus hermanos quisieron oponérseles, pero vencieron esa resistencia y, al fin, ellas y ellos entraron. Se acercaba el momento en que debía ser sacado de la casa el cuerpo inanimado del novelista, y casi todos los concurrentes decidieron ir a contemplarlo por vez postrera. Luis Urbina, alguna otra persona y el cronista optamos por quedarnos. No habíamos tenido con Trigo sino una amistad ligera o sólo lo habíamos conocido de vista, y juzgamos que esa contemplación hubiera sido en nosotros la satisfacción de una curiosidad malsana, de la que estaban lejos nuestros espíritus. El único recuerdo personal que el cronista tenía de Trigo era el de haberle visto cruzar las calles de Madrid o la Puerta del Sol, guiando un magnífico automóvil gris, en el que iba acompañado de sus hijas. La imagen que de él conservamos es la de un hombre de cincuenta años, de rostro cetrino, rodeado de una barba gris cerrada y recortada; los ojos eran de mirada dura, y una cicatriz le rayaba la frente, que era ancha y abombada.

Con Luis Urbina salimos a la terraza que daba al jardín. Acodados sobre la balaustrada, mirando al Poniente, que fulgía en el incendio de la hora vespéral, evocamos la vida agitada y la obra cálida y sensual del personalismo creador de tantas y popularísimas novelas.

Felipe Trigo había nacido, allá por el año 1864, en un pueblo de Extremadura. Los que le conocieron íntimamente aseguran que muchos episodios interesantes de su existencia constan cálida y vívidamente relatados en varias de sus novelas, sobre todo, *En camisa de rosa*, *Sed de amar*, *La clave*, *El médico rural*, *Del frío al fuego*, *La bruta*, *En la Carrera* y *Las Ingenuas*. Concluido el bachillerato en su provincia, vino a Madrid con el objeto de seguir los cursos de Medicina. Entonces hizo sus primeras armas como escritor, en un periódico de segunda orden de la Villa y Corte. Concluida su carrera y ya casado, fué a ejercer su profesión en uno de tantos misérrimos pueblos de una apartada provincia. La vida tediosa y estrecha que allí se vió obligado a hacer, consta íntegramente en los capítulos de su novela *El médico rural*. De aquel pueblo pasó a otro y a otro, siempre buscando su alma inquieta más amplios escenarios para la la ingente actividad que en ella latía. Por fin, ingresó en el Ejército, en calidad de médico militar, siendo destinado a Sevilla, en donde permaneció poco tiempo, y, después, por pedido de él mismo, a Filipinas. Ya su espíritu aventurero, su *alma viajera*, como él de-

cía, encontraron ruta y campo abierto en el lejano y misterioso Archipiélago. Una vez en Manila se dedicó al periodismo de combate, desde el que atacaba todos los abusos, corruptelas y demasías que maleaban la administración de las islas. En vista de semejante actitud, sus jefes superiores le destinaron, con su grado, a un lugar distante de la capital.

Comandaba en esas soledades un destacamento de presidiarios tagalos. Allí se desarrolló el episodio más trágico y heroico de su vida, la que estuvo a punto de perderse para siempre. Eran más de trescientos presidiarios armados de machetes y sin más ley que sus fieros instintos, frente a un puñado de españoles y su jefe. Él mismo cuenta lo crítico de esta situación en *Las ingenuas*: «Siempre reputaron su sumisión por la mayor prueba de su imbecilidad, pues nada más sencillo para trescientos presidiarios armados de machete que atar a los veinte soldados y a los diez europeos y largarse al bosque, a la libertad, después de desvalijar el campamento...» Y una noche sobrevino la tragedia: la sublevación que tanto se temía estalló, feroz, incontenible. Los soldados resistieron como pudieron; el jefe, armado de su revólver, se batió como un león. Siete machetazos le tajan el cuerpo, un tiro le abre un surco en la frente, y en el campo lo dejan por muerto. Pero su gran alma puede más que la materia destrozada. Reacciona, logra reponerse un tanto, y arrastrándose, sangrando, atormentado por dolores horribles, emprende una fuga de pesadilla y, al fin,

logra ponerse a salvo. A España llegaron los ecos de su hazaña. Trigo, que entonces no era conocido como escritor, cobró celebridad como valiente. Fué un momento el hombre del día. Casi todos los grandes periódicos y revistas publicaron su retrato, con esta leyenda: *El héroe de fuerte Victoria*. Después de su gran hecho de valor, y como el riguroso clima de Filipinas hacía peligrar seriamente la vida del herido, las autoridades de Guerra resolvieron que Trigo volviese a España y a España volvió, en ese dulce estado de la convalecencia, en el que tan amable y acariciadora sentimos aumentar en todo nuestro ser la vida que vuelve. Separado ya del Ejército, como inválido, y después de pasar un poco tiempo en Mérida, ejerciendo la Medicina, volvió a Madrid, y ya no vivió sino para su familia y para su arte. Estaba en plena madurez de su vida y de su talento, cuando publicó *Las ingenuas*, que fué uno de los más grandes y resonantes éxitos editoriales de que hay memoria. Estimulado por este primero y definitivo triunfo, Felipe Trigo se entregó por entero de una manera febril a la producción literaria. Fué entonces cuando empezaron a surgir, en raudal inagotable, novelas y más novelas, que iban devorando millones de lectores en los veinte países de lengua castellana y siempre pidiendo, exigiendo más del mismo autor. Trabajo tan intenso era para romper y aniquilar el espíritu más fuerte. El de Trigo era de los más bien templados; pero, al fin, la abrumadora tarea pudo más, logrando rendirle: la

garra fría e implacable de la neurastenia hizo presa de su organismo y empezó a arañar y romper el cordaje tenso y vibrante de sus nervios. Para descansar, para aturdirse, marchó el infatigable novelador a Buenos Aires. En la babiliónica urbe bonaerense fué recibido y paseado en triunfo. Ahito de esa vida de agitación y de fárrago, volvió a España bastante repuesto de su mal, entregándose de nuevo al trabajo, pues los editores no le daban punto de reposo. Con los magníficos rendimientos que obtenía construyó su espléndida residencia de Ciudad Lineal, la amuebló y decoró principescamente, compró automóviles y se puso a vivir, con los suyos, a lo gran señor. Como cuanto más tenía, más quería su espíritu insaciable, concibió Trigo y empezó a poner en práctica unos grandes proyectos relacionados con una magna empresa editorial, de la cual sería síntesis y exponente una revista que se titularía *Vida* y que sería tan estupenda como nunca se ha hecho en ningún país, y con la cual pensaba redimir de la explotación a todos los autores españoles, pagándoles amplisimamente sus trabajos. Los ajetreos constantes que tenía que sufrir para llevar a cabo sus proyectos y la labor creadora que no paraba, hicieron surgir más intensa, fatal e irremediable que nunca, la neurastenia. La familia había vuelto a inquietarse y a sufrir al notar al padre más enfermo y extraño cada día. Le vigilaba constantemente y había resuelto llevarlo al campo por una temporada. Pero cuando todo esta-

ba dispuesto, sobrevino rápida y desoladora la catástrofe... Aquella mañana del 2 de septiembre había estado Trigo, como un obseso, mirando, con los ojos desorbitados, el fondo del pozo de su casa. La presencia del asistente de su hijo, que tenía la misión de vigilarle, le apartó de allí. Subió a su despacho y se cerró por dentro. Escribió una carta de despedida a los suyos y sacando un revólver que había tenido oculto se disparó un tiro en la sien... Nadie oyó la detonación. Sólo cuando alarmada la familia por el largo encierro del padre forzó la puerta, le encontró tendido y ensangrentado, debatiéndose en la agonía, la cual duró dos horas más, siendo inútil el auxilio que le prestara la hija médica. Al cabo de ese tiempo, todo había terminado...

La obra total de Felipe Trigo es, sin disputa, la más desconcertante y discutida dentro del novísimo movimiento de la literatura española. Mientras unos quieren poner a este autor al margen del arte, considerándolo sólo como un elaborador de afrodisiacos, un vulgar sicalíptico, al que le está muy bien aplicada la frase de *Clarín*: «Felipe Trigo es un corruptor de menores... y del idioma»; otros estudian su obra con todo detenimiento, la analizan, la glosan, la comentan, encuentran en ella un verdadero valor estético, un hondo alcance social, escribiendo el nombre de Trigo entre los de las mayores glorias de la novela española. Y el público, rey y señor, juez inapelable en estas cuestiones, ha

agotado y sigue agotando millones de ejemplares de las obras de este novelista.

Ante un caso así, imposible no detenerse, con interés, con respetos, con admiración.

Felipe Trigo hablaba, él mismo lo decía, *en nombre de la Vida*. Su obra es una obra real, sentida, vivida, que exhala un inmenso perfume de humanidad. Después de analizar la realidad, sacó en consecuencia que todos los problemas humanos se reducían a un problema sexual y que éste era irresoluble, mientras existieran las leyes, las preocupaciones, los prejuicios que regulan, limitan y ponen trabas y cortapisas al instinto, a la atracción de los sexos. Proclamaba y era un convencido del amor libre, el único capaz de redimir y de hacer feliz a la humanidad. Casi todas sus novelas son tendenciosas, de tesis; pero ésta no está tratada de la manera artificiosa de otros novelistas que, ante todo, quieren sacar triunfante la conclusión que se propusieron, falseando y subordinando la vida a su pensamiento; sino que, al contrario, en la obra de este autor la vida es lo que priva, desprendiéndose de ella, espontánea y lógica, la necesaria conclusión de carácter moral o sociológico. Sin salirse un punto de la realidad, procediendo con elementos arrancados directamente del natural, él aspiraba a una idealización vitalista. Su anhelo, en arte, era: «*Venus afrodita con el resplandor de la Inmaculada Concepción*».

Nada más combatido también que el estilo de

este autor. Ha venido a ser ya un lugar común el asegurar que Felipe Trigo no sabía escribir. ¿Es cierto que era un estropeador de la gramática, un desmañado y torpe escritor? No tal. Felipe Trigo sabía escribir, y páginas suyas hay que, por su plasticismo e intensidad, pueden ponerse entre las mejores de los modernos novelistas castellanos. Pero como todo innovador, como todo revolucionario, su fuerte, ardoroso y desenfrenado temperamento parecía hacer gala de romper con todas las leyes de la gramática e introducir en el léxico inusitados elementos. Era ante todo, como él mismo se llamaba, un novelista pasional, que aspiraba a transmitirnos la emoción intacta de la vida, por los medios que él consideraba los más expresivos, dislocando, retorciendo la frase, agrupando las palabras, no conforme a las reglas de la construcción gramatical, sino siguiendo el giro caprichoso, desordenado, rápido, febril, de ciertos estados de ánimo cuya expresión se desborda de los cauces serenos y rectilíneos que ha abierto el código del idioma. He aquí como él mismo nos explica la razón suprema de su estilo, tan combatido por los que no ven más allá de lo externo y aparente:

«El único molde, el único guía, la única lógica inflexible de mi estilo, he querido yo que sea *la lógica de mi pensamiento y de mi emotividad*. Así imito a todo el mundo sin imitar a nadie; y así yo y los demás que en esto sigan la misma regla tenemos el derecho de afirmar que, frente a los escritores co-

rrectos, que no somos nosotros los que escribimos un lenguaje distinto del de las gentes, sino ellos que se juzgan obligados a adoptar dos lenguajes: uno para escribir tieso, engolado y confuso... y otro para comunicarse en la vida con los demás mortales, exactamente como el de los demás mortales. Se me dirá que este es un lenguaje antigramatical; y yo, con Unamuno, ese hombre raro que dice buenas cosas muchas veces, respondería que no, que es *supragramatical*, y además *claro*, clarísimo, si no se le pide más que lo que el lenguaje puede dar: su efecto sugestivo.

• Cada uno debe expresarse según su pensamiento. La lógica del mío, vivificado por las emociones, es la única lógica que yo impongo a mi estilo...

.....

• Para imitar este estilo anárquico y multiforme que yo defiendo, hay, sin embargo, un procedimiento eficaz, el único, que ya queda dicho: olvidar todos los estilos y seguir cada escritor el proceso de su pensamiento. Pero su propio pensamiento tal como salta en la emoción, no tal como queda de borroso y petrificado, cual escoria fría, si se pretende recogerlo en los moldes de la *frase hecha* o de los rígidos oración y períodos gramaticales. Al revés, él es el que, mantenido ardiente mientras bulle sin su forma verbal, debe caer ardiente sobre la palabra y desbaratarla, fundirla, apropiándosela a su forma para siempre, y de tal modo que las palabras vueltas a arrancar de él no fuesen ya sino

cosas rotas. y sin valor alguno por si propias.» (*El amor en la vida y en los libros.*)

Después de oír declaraciones semejantes, es absurdo empeñarse en seguir juzgando a Trigo como estilista, echando a mala parte sus voluntarias incorrecciones. Para los estilistas, cinceladores de la palabra, repujadores de la frase, los vocablos tienen un valor substantivo, son un fin en sí, hasta el punto de asegurar que el significado es una derivación defectuosa de los mismos: al paso que para Trigo, no son sino medios deficientes para transmitir sensaciones, emociones, que necesitan ser fundidos con el fuego de la pasión. El fuerte autor de *La clave* no será, pues, un estilista; pero es indudable que es un intenso y potente transmisor de emociones, lo cual le da derecho a pervivir con la realidad permanente de lo humano.

Absorbidos por estos pensamientos seguíamos en la terraza cuando vimos que la gran puerta de cristales se abrió y todos se disponían a salir. El cadáver del famoso novelista iba a ser sacado de su casa para ser conducido al depósito del cementerio del vecino pueblo de Canillas, en donde se haría la autopsia, siendo inhumado al día siguiente. En una camilla sostenida por militares iban los yertos despojos de Felipe Trigo. Detrás seguían sus hijos y todos los concurrentes formando el cortejo, que atravesó las callejas enarenadas del jardín y siguió por las largas avenidas de acacias, bañadas, en esa hora, por la luz dorada del crepúsculo.

El cortejo iba lento, iba triste... Como un homenaje al gran amador y exaltador de la vida, el magno artista Helios, creador y padre, parecía entonar en el cielo, con una maravillosa orquestación de colores deslumbrantes, una estupenda marcha fúnebre wagneriana...

CÉSAR E. ARROYO.

ARTES PLASTICAS

A propósito de una convocatoria.

Como todos los años por esta fecha, acabamos de leer en la Prensa diaria una convocatoria para exámenes de ingreso en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de San Fernando. Su lectura nos ha movido a insistir sobre un tema ya diversamente tratado, pero que no pierde nunca actualidad.

No será la primera vez que nuestros lectores hayan visto salir de nuestra pluma los conceptos que vamos a exponer; mas la insistencia está justificada por la necesidad de corregir errores harto perjudiciales y lo conveniente de dar a la juventud artística aquellas orientaciones que mejor puedan acomodarse a la verdadera naturaleza de la disciplina que pretenden seguir y que faciliten el éxito de sus justos anhelos.

La enseñanza escolar en materia de arte ha perdido todo su prestigio, debido a que no ha sabido transformarse de manera que en vez de ser una traba y representar un peligro para el desarrollo de las facultades, fuera un constante estímulo de ellas.

La creación de la Academia de San Fernando respondió

a una necesidad; pero la necesidad que aconsejó al Rey Fernando VI a crearla no está justificada en los momentos actuales. Se creó la Academia para contener la crisis en que se hallaba el arte nacional y tratar de devolverle su perdido vigor. Una práctica de más de cien años nos ha demostrado hasta la saciedad que con la Academia no se logró ningún resultado beneficioso, y que lejos de ser un reactivo saludable, fué un mantenedor de los gérmenes de decadencia.

La enseñanza escolástica partió de un error: se creyó que era lo mismo enseñar a pintar o a modelar que enseñar cirugía o matemáticas. Con el mismo criterio con que se organizaron los Institutos y las Universidades se fundó la Academia de Bellas Artes, con su cuadro de asignaturas, su horario correspondiente y su claustro de profesores. Se establecieron los cursos de rigor y se descansó con la tranquilidad de quien ha hecho una magna labor en provecho de la humanidad.

Los organizadores, después de convenir el plan, pensaron que ya España podía estar tranquila, pues con la misma seguridad de que al cabo de seis u ocho cursos tenía un nuevo plantel de médicos, abogados o ingenieros, al cabo de parecido tiempo, poco más o menos, contaría con nuevas generaciones de artistas ilustres. Y con semejante creencia, hemos vivido durante un siglo, y aun hay muchos que siguen teniendo igual convicción.

Nadie cayó en la cuenta de que el Arte no era cuestión de cursos ni de cátedras, puesto que no es materia que pueda enseñarse ni aprenderse, sino que vive en el individuo, como la mariposa en el gusano de seda, y en vez de rendir el servicio que pensara su egregio iniciador, la Academia

vino a aumentar los males que ya padecíamos aun en tiempos de Goya, si bien éste mantuvo con su genio el grandioso esplendor de la pintura española.

La creación de la Academia de San Fernando fué un error que hemos venido purgando con demasiada dureza, perdiendo una tras otra generaciones de artistas que se malograron a causa de la pésima orientación que se las dió y del falso concepto que se las imbuyó.

Y como esto es así, hay que advertir a las nuevas generaciones que no se dejen engañar y que no crean que la Academia de San Fernando es una fábrica de artistas como los Institutos y las Universidades son fábricas de bachilleres y de abogados o médicos.

Deben tener presente que todos los grandes artistas fueron refractarios a la enseñanza escolar; que todo pintor o todo escultor de verdadero mérito se alzó en rebeldía contra la Escuela y no admitieron jamás sus enseñanzas. De la escuela no salen más que pintores o escultores adocenados, llenos de reglas y prejuicios que secan su espíritu y obstruyen su inteligencia. Para echar por la borda el pesado lastre que deja la enseñanza escolar, es preciso haber nacido genio; es decir, ser un ser de excepción. Pero aun siendo genio siempre resultará que la Academia ha entorpecido su desarrollo y dificultado su manifestación.

Para que fuera útil la Escuela habría que hacer en ella una total reforma. En primer lugar, habría que desechar la pretensión de formar artistas, de hacer pintores y escultores con arreglo a un plan inalterable e incommovible, en el que todo esté sujeto a normas determinadas; en segundo, habría que limitar las facultades de la Escuela a ser la facilitadora de los medios que el propio artista creyera necesari-

rios para su educación, lo que quiere decir que debiera estribar su misión en instruir a los futuros artistas en los pormenores técnicos indispensables para que puedan en su día expresar las inspiraciones de su numen y en ofrecerles la cultura más adecuada a sus temperamentos.

En arte no hay más principio generador que el individualismo, y éste, según lo ha descrito Maclair y se desprende de la historia de todos los grandes artistas antiguos y modernos, no es mas que una reacción instintiva contra la enseñanza, la disciplina, la escuela; la tentativa de encontrar en ellos mismos libremente los principios y métodos de crear la belleza y el deseo de huir del espíritu de jerarquía y carrera y de dar a la originalidad personal la mayor licencia posible.

Esto podrán considerarlo como una herejía engendradora de la anarquía aquellos que viven a expensas del sistema imperante; sin embargo, sólo de esa manera han podido crearse las obras de arte que son gala de la humanidad.

En la biografía de todo artista famoso encontraremos siempre una condenación para la enseñanza escolástica y una exaltación de la rebeldía, en el mejor sentido que puede expresar esta palabra, en el sentido de ir tras la verdad huyendo de todos los convencionalismos y saltando por encima de todas las mentiras aceptadas. Y siendo esto así, cuando leemos la convocatoria a ingreso en la Academia de San Fernando, no podemos por menos de expresar claramente nuestro pensamiento a los futuros artistas que se dispongan a seguir la enseñanza oficial. La Academia tal como hoy está constituida, tal como hoy funciona, equivale a perder el tiempo sin provecho y con el riesgo de malograr cualidades bien dispuestas. Si se ingresa en la Academia, debe

hacerse con el espíritu de no aceptar de ella mas que aquello que no sea un perjuicio posible o un trastorno cierto. Antes que a las lecciones de los profesores hay que atender al propio sentimiento y descubrir las peculiaridades de nuestro yo. Como que en rigor la única enseñanza que cabe es la de ir despertando en el artista el espíritu de crítica de su propia obra, que equivale a desarrollar las facultades perceptivas con el acrecentamiento de la sensibilidad y la cultura.

BALLESTEROS DE MARTOS.

BIBLIOGRAFIA

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.—*El despertar del alma* (treinta años de mi vida, lib. I) y *Literaturas exóticas* (tomos IX y X de las obras completas).—Editorial Mundo Latino.—Madrid, 1920.

Literaturas exóticas es una continuación de esos admirables libros de viajes *Jerusalén*, *El Japón heroico y galante*, *Ciudades de ensueño*, *Vistas de Europa* y *Cultos profanos*, en que el inimitable cronista ha ido recogiendo, como un diario sentimental, sus emociones de caminante. Con su prosa cálida y vibrante, prosa que tiene el secreto de fascinar al lector, el espíritu inquieto, perennemente andariego de Gómez Carrillo presenta, a través de sí mismo, visiones y paisajes exóticos, figuras extrañas, tipos de leyenda, secretos de razas.

El despertar del alma. Dice Sienkiewicz que «dejar un diario sincero, bien o mal redactado, es transmitir a los psicólogos y novelistas del porvenir no solamente una imagen fiel de pasados tiempos, sino los únicos y verdaderos documentos humanos a los cuales podrán recurrir sin desconfianza».

Y añade: «La forma preferida de la novela futura será la de notas íntimas tomadas día por día...» A esto pode-

mos añadir, como ampliando el concepto: que si el libro de Memorias o diario es de espíritu elevado, de un pensador, de un artista, en fin, este libro íntimo, personal, adquiere un valor superior. Prescindiendo en este caso de que el libro de Gómez Carrillo sea sincero, «absolutamente sincero», es indudable que la confesión más o menos completa de la vida íntima, particular de este gran artista, ha de tener un valor muy ponderable, no únicamente para los psicológicos y novelistas del porvenir, sino para el público en general, que actualmente es contemporáneo del autor.

HENRIK IBSEN. — *El Niño Eyolf*. — *Hedda Gabler* (tomo XII del Teatro completo). — Editorial Mundo Latino. — Madrid, 1920.

El primero de estos dos dramas, que integran el tomo, es uno de los más intensos y sombríos de cuantos ha producido la pluma del insigne dramaturgo noruego.

El abismo insondable que va poniendo la muerte delante de nuestro camino durante el curso de nuestra vida; ese vacío que se va formando en torno de nosotros, hasta que nos hundimos en él a nuestra vez definitivamente, es la gran interrogación que con imprecador acento se hace en este drama de profunda vibración interior.

Ibsen no da la fórmula consoladora de ese terrible dolor de la definitiva ausencia. Señala al espíritu el horrendo paisaje del misterioso silencio y no busca la respuesta a su interrogación.

Hedda Gabler es otro drama en el que se plantea un problema de honda realidad humana, o en el que la víctima del error social formula su protesta eliminándose por medio de la muerte.

Esta solución violenta, en realidad, deja sin solucionar el problema, pues la reacción que este acto de rebeldía pueda producir no es suficientemente eficaz para salvar el error por su propia fuerza purificadora.

EMILIO CARRERE.—*El dolor de la Literatura*.—*El Divino Amor humano* (tomos V y VI de las obras completas) —Editorial Mundo Latino.—Madrid, 1920.

En estos dos nuevos tomos de la serie de sus obras completas se recogen varios trabajos en prosa: novelas cortas, cuentos y artículos.

La novela *El divino amor humano* es una de las más bellas de cuantas ha producido el autor de la *Musa del arroyo*.

En esta novela vibra un intenso anhelo de sublimidad, de perfección: es el amor humano purificándose hasta elevarse a lo divino, a través de la ruta dolcrosa de la humanidad.

Carrere en esta novela, verdadero poema del humano amor, ha puesto el prodigio de su prosa de poeta, prosa rítmica y policromada.

En *El dolor de la Literatura* la fauna pintoresca de de la bohemia triste y doliente, de la bohemia que es solo fracaso y miseria, cruza como una atormentada caravana.

En este libro Carrere exhibe, como un retablo, las figuras muñecos de ese mundo farandulresco y oscuro de la bohemia mísera.

Los tipos que presenta están dibujados con el trazo caiente y vigoroso de las aguas fuertes, y en el tono humorístico con que describe las tartarinescas aventuras de estos héroes de imaginación; hay un acorde de comprensiva ternura, de fraterno dolor por los dolientes, por los que lu-

chan contra su cruel destino de sombra y de miseria, animados por la luz azul de la ilusión.—R.

* * *

ERNESTO LÓPEZ-PARRA.—*Poemas del bien y del mal*. Madrid, 1920.

Este libro del joven poeta López-Parra contiene bellos e interesantes poemas, cuya lectura nos va poniendo de manifiesto la evolución del arte de su autor.

Sus primeras composiciones, aunque destacando una personalidad inconfundible, aparecen un tanto influenciadas por otros poetas como Carrere, Rubén, Machado... Pero esta influencia es sólo externa realmente, y corresponde al período de formación de todo artista, que nunca puede sustraerse en sus primeras manifestaciones a las reminiscencias: tal por ejemplo, el poema titulado «La última pirueta de Pierrot», donde se aprecia la manera de Manuel Machado, y el soneto «El hijo de la ramera», en que el poeta canta los temas predilectos de Carrere.

No obstante esto, López Parra, como hemos afirmado, nos muestra en este libro una personalidad y todo un temperamento de artista.

En el transcurso del libro, se va superando gradualmente su arte, y ya en las últimas composiciones—«Las nuevas inquietudes», «Jardines» y «La rima inefable»—se afirma, definitiva, la personalidad de este poeta que canta:

«El sol cuelga collares de oro
de las gargantas de las fuentes.»

(«Siesta», pág. 120.)

O

«El abanico-gasa de la Luna
sobre el estanque estremecido tiembla.»

(«Salutación primaveral», pág. 127.)

O

«Cuando cerró sus puertas el crepúsculo
y abrieron sus balcones las estrellas...»

(«Surtidor», pág. 131.)

Esperamos, pues, con verdadera ansiedad el nuevo libro *Las fuentes del silencio*, donde hemos de gustar bellezas modernísimas de este poeta, que ha orientado su sensibilidad hacia el ultraísmo, logrando así toda su fuerza de originalidad espontánea.

* * *

ANTONIO MARTÍNEZ TOMÁS.—*Letanias paganas*.—Editorial Levante La Unión. Murcia, 1920.

Un poeta adolescente, que vierte en un libro de versos sus primeras inquietudes, aun tembloroso de dudas ante el espectáculo del mundo y de amarguras ante las incomprensibles contradicciones de los múltiples sentimientos desorientados. Un alma lírica que posee «la capacidad de emoción y la de expresión, es decir la aptitud de hallar sufrimiento y deleite allí donde los demás hombres no encuentran sabor a la vida, y el don de devolver este dolor y este

placer estilizados, multiplicados, como esos prismas diáfanos que hacen de un solo rayo de sol los siete colores del arco iris»—según nos afirma Juan Pujol en su prólogo del libro, rebotante de sinceridad y de sentido crítico.

Necesariamente, inevitablemente, tras la lectura de estos primeros libros, cuando son trasunto de un alma sensible y comprensiva, experimentamos un dulce consuelo, una suave tranquilidad que remansa nuestros desalientos cotidianos crónicos, descubriéndonos horizontes ideales presentidos. Pero estas visiones espontáneas, incomplejas no son luego repetidas. Corresponden al período contemplativo y baibuciente del poeta, que ha de presentárenos en lo sucesivo más perfeccionado y seguro, acaso más intenso y amplio; pero nunca más sincero y puro...

Por eso, estas primeras vibraciones espirituales tienen para nosotros—aun a trueque de algunas vacilaciones y puerilidades—un valor afirmativo.

C. A. C.

* * *

Matices (poesías), por JOSÉ MARÍA CAJARAVILLE, prólogo de MANUEL BENAVENTE (Minas-Uruguay).—Un tomito de versos, ya sentimentales, ya humorísticos. Entre los poemas que contiene hay algunos bellísimos, como el que lleva por título *Canto olvidado*, y que nos hace perdonar a su autor algunos otros demasiado flojos de inspiración y descuidados de técnica. De José María Cajaraville nos dice su prologuista:

«Cajaraville es gallego; llegó muy niño a estas tierras hospitalarias... Empleado público, periodista, orador, poe-

ta, todo lo ha sido Cajaraville. Actualmente desempeña un puesto de verdadera responsabilidad en el departamento de Minas. Cajaraville se ha mantenido digno y honesto en un ambiente que le es hostil; se ha impuesto por sí mismo, y es hoy, entre los pocos jóvenes que cultivan las letras, en su departamento, la más formal esperanza.»

* * *

Tradiciones Vascas; Begoña-Izaro, por DOROTEO BERRIATÚA.—En el presente volumen ha reunido este joven escritor dos narraciones cortas, que se leen con agrado. Renunciando a todo esfuerzo de estilo, Doroteo Berriatúa cuenta sencilla y llanamente, al modo de un narrador campesano que evoca sus recuerdos al amor de la lumbre. Sus cuentos tienen amenidad. Esto puede parecer poco a los literatos; pero acaso sea bastante para el público.

* * *

La retama, de LEOPARDI, traducida en verso, por MIGUEL ROMERO MARTÍNEZ (Sevilla).—El traductor de este poema leopardiano, inspirado por la *humilde* retama, como ha dicho el académico Ricardo León, es un poeta tan grande como modesto. Aplicase a traducir obras ajenas, en vez de ordenar al fin la edición correcta de esas poesías suyas que se publican desparramadas por las revistas. Pero puesto a traducir tan generosamente, ¿por qué no elegir autores más interesantes, más modernos, menos conocidos? Claro que Leopardi es un poeta siempre actual a la manera del Partenón, etc. Pero ser actual así, es no serlo apenas. Tra-

ducciones de poemas como *La Ginesta* nos recuerdan las versiones de Virgilio y nos hacen pensar en las tareas escolares. ¿Cuándo iniciaremos al fin la era de la devoción a lo vivo, a lo contemporáneo, a lo nuestro? Centenares de poetas han elaborado ya la tristeza leopardiana en mil formas más cercana a nosotros: ¿por qué Romero Martínez, que es un traductor excepcional, prefiere darnos a conocer esas vejeces de museos literarios en vez de primicias verdaderamente dignas de despertar su avidez espiritual y la nuestra?

* * *

La Dictadura del proletariado, por N. TASIN (Biblioteca Nueva).—El escritor ruso Sr. Tasin ha recogido en este libro opiniones de Carlos Marx, Engels, Kautsky, Lenin, Trotsky y Otto Bauer, sobre la dictadura del proletariado. Estas opiniones son contrarias a la referida dictadura, incluso la de Lenin, aunque éste rectificó luego de una manera bastante práctica desde el poder. El Sr. Tasin comparte indudablemente—eso se ve por la elección de sus textos—las opiniones de los enemigos de la dictadura proletaria y esto da a su libro un carácter algo tendencioso, sobre todo de franca oposición a la política de Lenin. N. Tasin, que es un marxista puro, no le perdona al dictador de los *soviets* su dictadura, y le recuerda para confundirle palabras suyas de la víspera. Esto podrá estar bien desde el punto de vista teórico. Pero la continuación de la República soviética es un hecho de tal magnitud práctica que impone silencio a todas las teorías, como fuente de otras nuevas.

Es un poco ridículo querer coger a Lenin en contradic-

ciones como a un político cualquiera, ni aquilatar con un sentido casuístico, propio de los ergotizadores de la ortodoxia, la legitimidad o pureza de su dictadura. El hecho es que la dictadura del proletariado existe a pesar de todo y nada nos prueba que sea más terrible que ninguna otra. Aunque sólo fuera una anticipación, representaría lo nuevo, la creación, el paso adelante por encima de todas las teorías, el hecho superior a todo ese socialismo libresco que constituye ya algo tan pesado e inútil como una teología.

Colonia Escolar de Santo Domingo

(Verdadera residencia de estudiantes)

Záncara (Ciudad Real)

En pleno campo y con los mejores adelantos pedagógicos y excelente Profesorado, está llamada a cumplir una misión educativa verdaderamente formidable.

Explotación Agrícola en la misma finca que permite enseñanzas especialmente prácticas, que difícilmente pueden conseguirse

Director propietario:

J. Fernando Fraile

Diríjase la correspondencia al Secretario de la Colonia,

D. Angel Dotor

Záncara (Ciudad Real)

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, octubre 1920.

El encanto inexpresable

Poema con asteriscos

¡Oh, poesía, encanto inexpresable de la hora y del sitio! ¿Por qué me envuelves de ese modo? ¿Por qué me agobias, por qué me oprimes, por qué llenas de tal modo mi pecho? Mi pecho es débil y escaso para contenerte; mi pecho necesita lanzar de sí en gritos, en suspiros y violentos sollozos esta carga abrumadora; mi pecho necesita devolver así al aire y a la estrella su dardo.

¿Qué te pasa, ¡oh, alma!, que tan enajenada estás? Tan exaltada sobre tiernas y reales alfombras, ¿qué te pasa, ¡oh, alma!, que saltas y brincas y agitas dentro del pecho tu pandero argentino, como una

danzadora? ¿Qué te pasa, qué te pasa, que abandonas tu estancia interior y olvidada de tu regio atavío, te lanzas a los patios como una mujercuela? ¿Qué te pasa, qué te pasa, dime?

Tú eres pobre, eres triste, eres sola; tú no tienes broche para tu túnica, ni compañía para tu estado; tú eres como la más desdichada mujer que sólo posee la tela que la envuelve; como la más desdichada criatura que sólo posee su corazón.

Y, sin embargo, esta noche andas loca y enajenada de alegría, y como desfallecida bajo el peso de tu felicidad; bajo la carga, pesada cual de oro, de tu dicha. ¿Por qué esto, alma?

¿Qué dulce beso se ha posado en tu frente, qué diamante radioso ha entrado en tu joyel, qué mágico reino se te ha dado esta noche?

¡Oh, alma!, ¿por qué no contestas? ¿Por qué no das al aire una leve palabra? ¿Por qué no dejas oír siquiera un balbuceo?

La ternura de la propia alegría no deja hablar al alma; la ternura y el llanto entrecortado ahogan benignamente su voz; mi alma es tan dichosa esta noche que posee la ventura de la lágrima inmotivada.

Mi alma llora ingenuamente, reclinada con amor sobre su cuerpo; reclinada sobre su cuerpo, como sobre un tronco florido; llora por la magnitud de su dicha.

¿Por qué esto, alma? ¿Por qué tú, tan triste siempre, esta noche estás tan alegre que lloras? ¿Por qué tú, tan pobre siempre, manejas esta noche diamantes? ¿Quién te ha puesto así, oh, alma?

Tú vas sola, sin embargo, como siempre; tu manto, viejo y pobre, no se ha ornado de fiadores de oro, como siempre; tu sueño de amor no se ha revestido de unas manos para acariciarte, como siempre. ¿Por qué, pues?

Tu dicha no está en el beso ni en la dulce palabra; tu dicha no está en el fulgente anillo ni en la vara florida; tu dicha no está en lo que se percibe. ¿Dónde, pues?

¿Quién te ha trastornado, pues, hasta este punto, ¡oh, alma mía!, que saltas y brincas grotescamente, que te esparces en grandes gritos como un sapo de la fresca ribera?

¿Quién te enajena así, oh, alma? ¿Qué vino dorado, qué gallardo mancebo te transporta? En verdad, yo no he visto llegarse a ti ningano; pero, ¿quién entonces?

¿Es el aire, poblado de músicas y de luminarias? ¿Es la clara estrella, más clara esta noche y más amiga que nunca? ¿Es el cielo azul, más benigno y sereno esta noche que ninguna otra noche serena?

¿Es la fresca sombra, es el árbol fragante, es la risa lejana, o la voz argentina? ¿Es la cara risueña o el amante coloquio que al paso se percibe? ¿Es el son musical que el viento amorosamente susurra?

¿Es el dulce recuerdo bajo la fronda trémula? Es todo eso y lo que no puede decirse.

* * *

¡Oh, encanto inexpresable de la hora y del sitio! ¿Por qué me atormentas? ¿Por qué me haces vagar interminablemente del lado que la fuente ha puesto verde y húmedo? ¿Por qué me haces mirar tantas veces al brillante lucero y enternecerme sin motivo?

Fronda, fuente, luz de cielo, ¿por qué solicitáis mi alma? ¿Por qué llamáis con espada a mi pecho? Yo no tengo la palabra suave, la palabra ascendente, vaga e inmaterial, como un incienso o una excelsa vía que necesitáis. Yo no tengo la rima aérea, fragancia y claridad, ni el verso cristalino, trémulo como un ala. Yo no tengo en mi tesoro la palabra decisiva de nácar o de oro que haría falta en este instante. Yo no tengo mas que una emoción y un sacudimiento.

Yo no tengo mas que esta ternura, que como una niebla me envuelve suavemente; yo sólo tengo mi trémulo suspiro y la humedad de mis ojos; yo sólo tengo este anónimo amor que mi pecho fatiga.

Fronda, fuente y tú, ¡oh estrellita!, más terrible que todas las miradas, ¿por qué agobiáis mi espíritu? ¿Qué extraño sentimiento, que melancólica alegría, qué dichosa locura infundís en mi alma? Mi pecho necesitaría dar ahora un grito sobrehumano para descargar su plenitud; mis ojos llorarían un

largo llanto con alegre sentido; mi cuerpo todo necesitaría entregarse ahora a violentas y gloriosas acciones para rendir su fuerza.

Mis manos necesitarían matar un león o abatir un cedro, o quebrar todas las lanzas de un escuadrón de héroes; mis pies necesitarían correr la llanura y el monte y apagar con sus plantas una hoguera; mi cuello necesitaría para rendirse sostener racimos de ardorosas amantes.

Mi alma siente dentro de sí un sordo palpitir y un desbordamiento; siente dentro de sí, de una fuerza insabida, el borbotear impetuoso; mi alma necesitaría luchar o amar bravamente, o rendirse a sí misma con sus suspiros o sus sollozos, como el mar en la noche.

Mi alma se siente capaz de vencer a un ejército por la caricia o por la espada; mi alma se siente capaz de sostener sobre su pecho una muchedumbre.

* * *

¡Oh, noche! ¿Por qué me infundes esta heroica locura? ¿Por qué me infundes esta bravura inútil? Ciertó; nadie quiere probar conmigo ni su espada, ni su corazón; cierto, yo estoy solo con mi amor y mi ensueño entre la multitud.

Mi alma ha llorado un instante; pero estas lágrimas le han sido dichosas; mi alma, con estas lágrimas, se ha sentido fresca y fragante como el blanco de una acacia; y ha sentido dentro de sí, en su soledad, una inmaculada alegría.

¡Oh, alma mía!, ¿por qué estás tan alegre esta noche? ¿Por qué una sonrisa de infancia tuerce esta noche grotescamente tus arrugas? ¿Por qué engalanas con una alegre mueca la antigua y sombría pena de tu cara?

¿Es que has vuelto a recobrar tu vestidito blanco y tus tirabuzones sobre la frente, y una joven y bella mamá que te sonreía al regreso? ¿Es que has vuelto a recobrar la antigua inocencia y el sueño tranquilo bajo la oliva santa?

¿Es que el corcel de tu amante ha hecho sonar de un modo claro las piedras de la avenida? ¿Es que el corcel de tu esperado ha hecho estremecer, como a un luciente guijarro, tu corazón?

Yo no sé, yo no sé—dice mi alma—; mi vestido no es blanco, ni mi pelo a tirabuzones, y al regreso no me aguarda nadie ni para sonreír ni para mirarme airado, y el amante soñado no sé yo de qué lado camina; mi vida, hoy como siempre, está presa en su cerco de ensueño.

Ninguna flor fragante ha dado su perfume en mis cabellos; ninguna pluma erguida ha adornado mi sien; ni perlas, ni diamantes, han refulgido entre mis dedos.

La mirada ajena no se ha tornado dulce al pasar yo; mi presencia no ha turbado los corazones; cada uno a mi paso ha seguido con su odio o su amor, y ninguno ha alterado por mí su indiferencia.

La voz no ha resonado para mí ni la mano se

ha movido; el pie no ha corrido a mi encuentro; los ríos han seguido su curso, llevando las frondas adelante; yo he atravesado sólo la multitud, anónima para mí, como un mar o como un bosque.

Mi suerte ha sido esta noche la misma que todas las noches serenas y todas las noches tormentosas; la suerte imperturbable, bajo la clara estrella y bajo el negro rencor de los cielos: la triste suerte que nadie ha querido alterar.

Y sin embargo, yo no sé por qué esta noche una imperial alegría, más fuerte que todas las penas y que todos los temores, una alegría más fuerte que la embriaguez del vino, una alegría que parece armada de su espada y su casco, llena dichosamente mi corazón, que late ligero y animoso bajo esta púrpura inviolable.

* * *

Mi corazón se regocija esta noche de su soledad, de su suspiro o de su lágrima; mi corazón se regocija del pulcro harapo que es todo mi atavío; y esta noche lo engalana todo con una regia suntuosidad.

Todo es bello esta noche para mi corazón, que corresponde la estrella fulgente con el limpio guijarro y con la negra pupila; y con los ecos diversos, compone una acorde armonía.

Mi corazón lo halla todo grato y propicio: grata y propicia la negra fronda que la luna hace azul, el banco de piedra bajo la fronda, y en la sombra callada, el fresco olor campestre y el silencio.

Mi corazón lo halla todo como hecho para su deseo: el árbol florido en que el brazo se apoya, la dulce estrella a la que se vuelven los ojos y la fuente invisible, que difunde en las sombras un estremecimiento; mi corazón halla esta noche su complacencia en cada cosa.

Bajo la celeste palidez de los cielos, mi corazón posee un tesoro; por él desdeña el oro y la victoria y, sonriente, yergue un cetro pacífico.

Mi corazón posee parques floridos y deslumbrantes pedrerías; mi corazón se ciñe una corona astral, y reina como rey sobre vastos dominios.

* * *

Una inefable alegría llena todo mi ser; rara y loca alegría que no tiene razón y que no ríe; alegría de infancia, clara y luminosa, que hace de oro la vida y que no se sabe por qué viene; mágica alegría de mañana de domingo que pone el alma transparente.

Victoriosa alegría, más fuerte que el recuerdo y la pena actual y el razonar prudente; alegría dichosa que colma como un agua la cavidad del corazón y no deja lugar para otra cosa; alegría que triunfa del temor y la duda y del siniestro aviso, y como la claridad de la tarde prolonga sobre todo su rayo.

Mi corazón esta noche es en mi cuerpo leve y fragante como un ramo florido; trasciende por doquiera su perfume como una flor oculta en una estancia.

La ingenua alegría ha puesto mi corazón trasparente y encendido como un astro; como un plenilu-

nio que aduerme las aguas con su lumbre serena y su quieto reflejo.

El corazón ha acordado su ritmo al temblor de la fronda y al nocturno fulgor; el suave latido es lento y tranquilo, como el difuso estremecimiento que atraviesa el azul.

Mi corazón esta noche tiene quietas sus alas y cerrados sus surtidores y recogido en su concha el disperso caudal; esta noche del castillo carnal ha cerrado las puertas.

Se ha añadido a las estrellas, se ha fundido como un olor en la fragancia nocturna; como un perfume se ha desvanecido en el viento.

En la paz de la noche, nada hay que turbe su serenidad; no hay un soplo que encrespe su onda ni estremezca su llama; inmóvil está y sereno como una hoguera sobre un monte.

Por el latido sólo mi corazón existe; sólo por el latido se manifiesta su presencia; a él mismo extático sólo su latido le estremece.

Mi corazón está encantado en su onda de dicha; no siente la envidia, ni el rencor, ni el inquieto deseo; no desea más de lo que tiene en esta hora.

No desea el beso, ni la dulce palabra, ni la fiel compañía; no desea la mirada ni el ajeno contacto; del fugaz pasajero ha esquivado los ojos y ha encontrado en sí mismo su contentamiento.

Mi corazón desdeña la perla y el diamante o el ajeno corazón; sólo desea la posesión de su pro-

pio latido, que es como su perla siempre renovada.

Mi corazón esta noche siente la alegría de su soledad, que, como la del cielo, se adorna de brillantes estrellas; la alegría de su soledad que no turba el acceso inoportuno; en que es libre la lágrima y espontáneo el ensueño.

Mi corazón esta noche siente la alegría de poseerse a sí mismo por entero; de ser de sí mismo la espiga y la flor, y la fulgente estrella, y el bello paisaje y todas las horas; la dicha de haber puesto en sí mismo el deseo y la esperanza: de haber puesto en sí mismo su ternura difusa.

Mi corazón ha desdeñado las cosas breves y fugaces, la mano ajena que sólo un instante nos retiene; la ajena mirada que sólo un momento nos encuentra; la palabra ajena, cuya dulzura es casual; tan solo ha amado lo permanente y lo estable y lo que siempre se encuentra; en sí mismo ha encontrado la fiel compañía y el amor inalterable como la bonanza de los espejos.

En esta hora tranquila no suspira por el ausente, ni por el esquivo ni por lo que hay más allá de los ojos; no suspira por la vacuidad de sus manos; tiene en sí mismo su plenitud y su contentamiento.

Mis ojos no se inquietan por las sombras ligeras que ha turbado la luz; mis oídos, del aire no escuchan los rumores; mis oídos y mis ojos se han inclinado hacia mi corazón.

Una alegría inaudita, una feliz ternura mana de mi pecho, sutil y fresca como una humedad: alegría de lágrimas, clara y silenciosa que surge de la hondura hasta el párpado trémulo y hace vibrar el alma como un viento amoroso.

Como viento nocturno leve y tácito que estremece la fronda y el frágil surtidor sin quebrarlo y no turba el silencio: viento suave y blando, cuya languida ráfaga acaricia la frente sin alterar la cabellera.

Una dulce alegría invade el corazón, y dilata los ojos, y aquieta las manos sobre las rodillas, y pone el alma como una luz transparente en el cuerpo: alegría inexcusable, sin causa ni razón que viene de la estrella o del aura fragante y devuelve al alma su ingenua niñez.

¡Oh!, divina alegría que llegas temblorosa como un ave, ¿de dónde vienes hasta mí? ¿Por qué me trastornas de este modo? ¿Qué nueva ventura se ha agregado a mi alma? ¿Qué ventura, de que no tengo noticia?

En la sombra fragante mi corazón está dichoso; está florido de quietud y de paz; ha olvidado toda pena y todo deseo.

Mis manos han enlazado amorosas sus dedos; mis manos que han estado en otras manos tantas veces, se han recogido ahora en sí mismas; mis pies que han hollado la roca y la arena, tras la dicha engañosa, reposan ahora juntos como herma-

nos, sobre el césped, y mis ojos, como astros, se han alzado de las cosas terrenas.

Mi alma no desea nada en este instante; goza su vida como nueva e intacta y halla en cada cosa la dicha suficiente, y sólo quisiera poder dilatar largamente esta hora como la gasa de una bayadera.

Mi alma se arrepiente de sus peregrinaciones; de su duro vagar bajo el astro y bajo la nube; quisiera a semejanza de la perla en la claustrada no haber salido nunca de sí misma.

Se arrepiente de su sabiduría y su negra experiencia de haber ejercitado sus labios y sus ojos; quisiera haber permanecido siempre ignorante como en esta hora bendita.

Se arrepiente de sus palabras y de sus miradas; quisiera haber sido siempre ciega y muda como en este instante.

Mi alma olvida ahora todas las caras que ha visto, todas las voces que ha oído y todos los nombres que sabe; poco a poco una divina inocencia va purificando mi cuerpo de los besos recibidos y de las presiones sufridas; poco a poco mi cuerpo se va tornando alma.

Una celeste pureza y un bendito olvido va redimiendo poco a poco la liviandad pasada; poco a poco mi alma va recobrando su doncellez.

Mi alma ha sacudido de sí como un polvo el recuerdo del mundo; se ha vestido una túnica blanca y se ha ceñido de un lirio cada sien; mi alma ha plantado su vara florida en un valle de paz.

Ahora olvida todo lo que la atormentó; la ajena presencia que la puso pálida un instante y la huella ligera que la hizo caminar: olvida todo lo que la hizo suspirar una sola vez!

¡En esta hora tranquila mi alma se ciñe una mitra y pacífica se ciñe al cuerpo ella misma como una ráfaga de claridad!

* * *

Mi alma comprende la más alta ciencia que sólo se aprende en el claro silencio; adquiere ahora el olvido y la paz.

Mi alma halla ahora en sí misma lo que tanto buscó y descubre en sí misma otro mundo más bello.

¡Mi alma comprende ahora lo inútil de su peregrinar!, ¡mi alma quisiera haber estado siempre consigo misma, haber consumido en sí misma su perfume!

Mi alma se arrepiente de haber puesto su dicha en la veleidad de los seres, de haber arrojado sobre este torbellino su frágil corazón.

¿Quién podría quererte como tú propio? ¿Dime? ¿Quién podría querer a la flor más que el árbol?

Y mi alma comprende ahora su yerro, y a la luz de esta hora tranquila ha descubierto el camino de su corazón, y se ha dado a sí misma una lágrima como prueba de amor.

¡Oh, fronda!, ¡oh, fuente!, ¡oh, luz!

¡Qué sentimientos tan dulces infundís a mi alma!

¡Mi alma os da gracias conmovidas y sollozantes! quisiera daros el beso material de su gratitud.

Mi alma quisiera besar el árbol y el musgo, y la estrella lejana; quisiera poder tenerlos a todos sobre su corazón, poder hacerles una rima de oro o de incienso por haberla consolado de su desdicha, por haberla hecho olvidar su soledad y su pobreza y su pena habitual, por haberle infundido esta noche tan dulces sentimientos que le han puesto húmedos los ojos y fragante el corazón: por haber hecho llegar hasta ella esta tierna alegría, tan dulce y apacible casi como una pena.

R. CANSINOS-ASSENS.

LA MENSAJERA

I

Noche consolatriz.

Irgnióse con un gesto lento y fatídico... con ese gesto, pesado de melancolía, que delata el íntimo cansancio del alma, sin mermar en nada las frescas energías físicas... Y desde arriba contempló largamente las cuartillas que tanto tiempo afanaron sus días.

¡Oh, qué sin fin de hojas cubrió con su nerviosa letra irregular y sensitiva! ¡Qué multitud de páginas palpitantes de vida y de dolor ordenaban sus manos ahora, para formar, delicadamente, aquel cúmulo pulcro, esmerado y único! En ellas, al vuelo de la pluma, cedió su alma. En ellas dejó fluir, fluir cual río irresistible, el anhelo íntimo, el ansia sin tregua que le enfebrecía el corazón hasta hacerle desfallecer.

Mas... ¿sabrían decir luego su mensaje esas palabras trazadas que arrancaron velos al alma pudorosa, y al corazón atribulado, al amparo de aquel suave antifaz oscuro que era su defensa y recato?... ¿Alcanzaría finalmente a

salvarla de toda duda?... ¿Lograrian descubrirle la senda que buscaba ella, ciega de apasionado ensueño, la senda endoselada de rosas y alfombrada de divinas estrellas, la senda de la dicha anhelada... infinita... e inefable?

Vertía la lámpara su circulito brillante sobre el montón de papeles, acariciados sin cesar por los finos dedos nerviosos. Pero aunque derrochaba su claridad sobre la mesa, la pantalla, de antiguo herraje, forrada de seda carmesí, al matizar su fulgor dejaba perdidas en sombra las facciones de la esbelta joven, cuya piel tenía esa mórbida y lechosa nitidez de pétalo de magnolia, que casi siempre acompaña las cabelleras de oro rojizo y los ojos gris verdes.

—¡Al fin terminé!—murmuraron sus labios sonriendo con tristeza—. ¡Cien años parecen gravitar sobre mí, desde que di comienzo a esta pobre novela sin título ni artel...

Cuidadosamente recogió luego sobre su regazo el manuscrito terminado, meciéndole como se mece a una criatura soñolienta, con vagos arrullos, y la mirada lejana e imprecisa de quien quisiera rasgar los horizontes así y hallar presto el secreto lugar de sus recónditos deseos.

Abrazada, pues, a las cuartillas, totalmente absorto el espíritu, con paso de sonámbula llegó hasta la ventana abierta sobre el parque, y la noche, una inmensa quietud, húmeda y perfumada, se apresuró a su encuentro envolviéndola.

Fulgían las estrellas tremantes de pureza, y recamaban de oro inquieto el sombrío manto azulado de la noche. El aire apenas estremecía el silencio inmediato, pero en lontananza columpiaba, cual rara melodía, el croar de las ranas en algún estanque y el ulular solitario y acompasado de un buho entre los álamos negros que bordeaban el río.

Y los ojos de la mujer, ensombrecidos de nostálgico dolor, atisbaban ansiosos sin vislumbrar sino su ilusión enamorada, reflejada en toda la umbría como en un espejo sin brillo. Y cual si naciese inesperadamente de la misma quietud nocturna su voz juvenil y candenciosa, brotó en un quedo lamento que era toda amargura y pasión.

—¡He de libertaros como a palomas mensajeras, oh desdichadas páginas del alma mía! Yo... que adoraba el silencio os revestí de palabras... Y es ahora como si me arrancase el corazón para lanzarlo al viento... Sois mi corazón, mi corazón que sangra y tiembla y desmaya. Pero le sostendrán, sin temor a nada, las alas valientes del viento. Son blandas y magníficas. Ellas son fuertes e insuperables ¡Oh, alas del viento, alas divinas, impulsad con vuestra diáfana velocidad mi corazón hacia él... hacia él, por quien tan sólo vive y palpita! ¡Hacia él, alma hermosa y adorada! ¡Oh, os suplico, con lágrimas de mi alma, os suplico... llevadme a mí también! Llevadme por entre zonas bonancibles y ráfagas de tormentas, sobre las nubes y las cumbres y los mares. Llevadme a él, por quien gime mi espíritu en la soledad terrible, y mis brazos se quiebran en el vacío... Llevadme... Llevadme... ¡Oh, llevadme!...

Insensiblemente aflojó la presión de sus manos sobre el manuscrito, y las páginas se deslizaban paulatinamente. Pero cuando tendió los brazos hacia la compasión de la noche, toda la gavilla de hojas escritas cayó revoloteando a sus pies con un leve rumor de sedas que se rasgan, o de un llanto súbito, súbitamente acallado.

Y sin cuidarse de nada, sin darse cuenta de nada, embotados los sentidos en su tortura, el alma en suplicio escu-

drinaba los sembrados de estrellas, buscando en ellos el augurio ansiado, como en un jardín de raras floraciones, la rosa peregrina del amor.

Su nostalgia se sorbía la noche, la noche caliente y em balsamada. Por todos los poros sedientos se la sorbía: por los labios jadeantes, por las delicadas aletas estremecidas, por los ojos famélicos, enormemente abiertos, por los oídos en febril escucha. Y su corazón vibraba, sensitivo como un harpa, al sufrimiento exquisito y fatal. Sus nervios latían lastimosamente, semejando estar al descubierto. Todo su ser tornóse tenso cual cuerda de poderoso arco que lanzase su espíritu recogido al corazón de la noche, clavándole allí, saeta de dolor inconsolable.

Y era como si su plegaria ardiente e infinita, su nostalgia muda y abrasadora, abriese en la inmensa piedra nocturna un refugio para su pena, un santuario para su aflicción...

II

Las alas desplegadas.

A feliz término llevó, ella sola y secretamente, los trámites necesarios para la publicación de su novela.

Y ahora yacía sobre la mesa el tomo esbelto, puleramente impreso, con su cubierta de piel azul mate engalanada con unas finas iniciales áureas, a semejanza de título y dedicatoria. Intencionadamente le vistió de oro vivo sobre un sombrero azul, como recuerdo y ofrenda de gratitud a la no-

che que llenó de sublimes fortaleza su espíritu desmayado, y dió esperanza a su desconsuelo y calma a su locura, a su sed abrasadora.

A su libro había dedicado ella su remuneración y sus pechos de institutriz en una familia aristocrática, donde, una vez cumplidas sus obligaciones cotidianas, la dejaban enteramente sola y enteramente libre. No die se preocupaba de sus largas horas ni de su personalidad aislada. No pudo ser más completa ni más respetada esa soledad, favorecedora a la fricción de su espíritu tanto como a la evolución de su novela.

Y aquí estaba ya el libro. Aquí el contrato firmado por los editores; a más de éste otro documento en el cual ellos le obligaban al silencio más absoluto para que nunca fuese divulgado ni el nombre de su autora ni aquel otro que correspondía a las iniciales de oro en la tapa de color de la noche... Ya todo estaba dispuesto para esparcir sus palabras sobre un mundo falto de perspicacia, a semejanza de un *conetti* estorreado entre el cascabeleo loco de un fantástico carnaval...

Blindamente abríanse las alas del viento para conducir su ansia al pecho del amado... Ella las sentía latir y temblar de inquietud... Sentía cómo su belleza oscura abandonaba su mente hacia el aturdimiento y le colmaba nuevamente de dudas y temores desalentados. Y se sonrojaba genuamente, pensando.

—¿Y qué si me lo encuentran al fin?... ¡Oh, si sobre esas alas benditas viniese él...

Tenía que ser así. Sobre esas alas, equiparadas para el vuelo había que abandonar su corazón ennumerado—cual

ofrenda sobre un altar—si quería lograr que a su alma de mujer alcanzara el alma compañera...

Por la grandeza de su amor, sabría esperar, noblemente, al amado, aunque el péndulo del tiempo barriese su alma desde el éxtasis al abismo del dolor desesperanzado para nuevamente posarla en las alturas de su ilusión acariciada, columpiándola sin cesar de la nada al olvido.

Ella sabría ser valerosa como las mismas alas del viento. Ella vencería el susurrar de temores secos que deseaban hacerse perceptibles en las reconditeces de su espíritu, minando su heroísmo. Sería fuerte para la tediosa espera que gasta acabando con la voluntad y la fortaleza. ¡Sería invulnerable... aunque sobre su resolución se cerniesen centurias de pardos siglos! Mantendría también desplegadas sus alas espirituales, vibrantes, prontas al vuelo, equilibradas en el vacío expectante y sin sosiego...

¡Así pensaba ella... frente a los fugaces instantes eternos, frente a la obra terminada!...

III

El vuelo.

Allá lejos, en la playa azul de una isla, en medio de linmenso Pacífico, anclaba una goleta.

De dos en dos años se le veía llegar así, con sus blancas velas tensas y tremantes ante el impulso del viento, cabalgando ligera sobre las crestas de las ondas, con la gracia de las gaviotas.

Venía a traerles víveres, correo y encargos a unos cuantos europeos allí dedicados al cultivo de las especias y del tabaco, del caucho y del coco. Se detenía tan solo para cargar luego aquellos productos antes de seguir su rumbo, con idéntica misión, hacia otras islitas cercanas esparcidas por el Océano, cual perlas desprendidas de algún collar roto de la diosa mar.

Después no se le vislumbraba más ni les era posible a aquellos hombres desterrados de la civilización renovar su contacto con la patria, hasta que volviera a transcurrir otro par de años.

Entre esos seres blancos había un hombre que aparentaba tener más tiempo que sus treinta años. Era ancho de hombros, rubio de rostro y cabellos. Tenía los ojos pardos como un humo obscuro, la mirada franca y resuelta. Y sin embargo, las líneas incisas junto a los finos labios flexibles, ponían en ellos un dejo inequívoco de amargura y desencanto, entristeciendo el rostro simpático.

El liote de cartas y publicaciones que le correspondía debió parecerle de escaso interés, puesto que lo dejó olvidado en la casa mientras vigilaba la carga de la goleta o charlaba con sus jefes y tripulantes. Y quedaba solo en la playa todavía cuando la goleta partió, perdiéndose en lontananza.

Las claras olas volvieron a cerrarse sobre su recuerdo. Hundióse el sol en las aguas luego, hasta tal punto rojo y candente que parecía inverosímil no las hiciese sisear, sofocadas al percibir aquel su ardor en medio de su diáfana frescura azul. Un breve tiempo siguieron sus reflejos poniendo sangre y lumbre en todas las oquedades de las olas

curvas, y entretejían hebras escarlata y rosa a la plateada franja de espumas. El cielo cubrióse de velos de púrpura real y violeta, obscureciéndose prontamente, y el disco de la luna, roto y blanco lució al fin en alto, sobre innumeras estrellitas remotas e ingenuamente blancas también...

El mar, sin cesar se quejaba bajito al tropezar con la tierra y gemía, alejándose más y más. Dejaba en la brumal pedrería de las rocas, charquitos que relucían como lágrimas, y al besar las cálidas arenas, he velos húmedos, tal como si evocase la sonrisa de la tierra.

La luna abandonó luego el firmamento, dejando esplender a las estrellas en la negrura de la noche. Las palmeras crujían secamente, meciéndose al compás de la brisa, y el mar, retirado respiraba rumorosamente.

Y el hombre rubio permaneció todas esas largas horas inmóvil junto a las rocas, con los ojos fijos hacia el punto donde vió inclinarse airoosamente la goleta sobre el horizonte y deslizarse sobre la lejaría del mar, lenta y tranquila, a impulsos del viento arumado por todos los flujos de flora y especia de aquella maravillosa región.

Miraba como si esperase verla resargar, cual las aves marinas.

Miraba con insistencia y olvidado del mundo. Y en su faz se dibujaba una amarga nostalgia sin medida, una ternura apasionada y sin esperanza que no se podría describir... y un hambre insaciable, un fuego de deseo que asomaba como un tormento a los ojos tristes en medio de la juventud...

Llegó también la alborada, fresca y ruborosa como la mujer que torturaba su recuerdo. Y creyó oír su voz en la ju-

gosa brisa matutina. Y sintió la presión de su mano persuadirle a abandonar la playa que se doraba al sol e invitaba al mar que se acercara, más intensamente azul, más amoroso y seductor que nunca.

IV

El mensaje.

De retorno en su casa, hubiérase entregado por completo a la melancolía que le desgarraba el pecho con sus silenciosos quejidos... sólo que su mazo descansó distraídamente en las cartas y en el paquete de revistas y libros que le enviara su librero.

Entre los libros le llamó la atención un tomo esbelto, con tapa azul sombrío, con tres áureas iniciales largas, a guisa de título.

—Es singular—comentó para sí—. Se diría que eran mis, igual que la dedicatoria. Y es absurda esa idea. En el mundo tendrán muchas personas nombres y apellidos correspondientes a esas iniciales. Además, lo mismo puede estar dedicado a un hombre que a una mujer, porque no hay tampoco ningún indicio acerca del sexo del autor de esta narración.

Y sin embargo, atraído por la belleza de su impresión, con el solo propósito de hojear en el lindo libro, se dejó cautivar por el sencillo estilo conmovido que por momentos acrecentaba su interés.

Seguía a la niña cuya vida infeliz narraba la novela.

Por todos los rincones y revueltas del destino la seguía. Con ella se sonrojaba de la sorda vergüenza de su origen, obscuro fruto de un amor ilícito y monstruoso. Padecía, con su almita ingenua, todo el dolor de conocerse abandonada a la fría caridad de un hospicio, y el horror de verse reclamada por esa pareja de seres malditos que se decían ser sus padres.

Tal era verídica la manera de contar del mágico libro, que él sintió repercutir en su espíritu los sufrimientos de la pequeña, las angustias de su hambre, las del frío y toda suerte de crueldades; y el trato infame y todo el terror del frágil cuerpecito endeble, compelido a trabajos acrobáticos, a revolotear por los aires y sostener pesos superiores a sus pobrecitas fuerzas, o a lanzarse al vacío sobre la cuerda floja con ese susto en el corazón que le helaba la sangre y la volvía torpe y pusilánime en sus arrojos y tretas en aquel circo ambulante de los padres.

Con el hálito en suspensión la seguía por todas las sendas de la adolescencia, nuevamente abandonada por esos seres que ella llamaba «padres», sin poder nunca convenirse que lo eran en realidad. Y corrió con ella el peligro con que los hombres cercaban sus encantos nacientes. Y se estremecía con su misma repugnancia al verla pisar, cantando, el tablado de algún misero cafetín. Sentía la convicción de que su inocencia, tantas veces humillada nunca se vió vencida; pero respiró aliviado al encontrarse en aquellas páginas a la «mocita vieja»—vieja y coja y de aspecto ridículo bajo sus cabellos blancos—que buscaba por el mundo almitas en pena como la de aquella niña.

Las atraía a su gran corazón maternal y tierno. Las vin-

culaba con lazos de amorosa gratitud. Y él hubiese querido gritar con los mismos labios de la chiquilla:

---¡Bendita seas tú, que la amparaste cuando más grande fué su apremio!—Se regocijaba con ella en los días bonancibles, en los que logró despojarse de los recuerdos indignos como se despojó de sus harapos de mendiga. Y se inclinaba con ella sobre los pupitres del colegio para saturarse de la ilustración que dan los libros, y aprendió con ella a dar suelta a los pajarillos melodiosos encerrados en su maravillosa garganta, pulida, blanca y torneada como sutilísima pilastra o el tallo de una grácil flor.

Seguíale los pasos aún, hasta encontrar en ellas la mujer espiritualmente bella y bellamente apasionada.

Pero entonces se apercibió, con un sobresalto escalofriante, que asistía a hechos íntimamente conocidos y ligados a sus más tiernos recuerdos. Tropezaba con lugares y caracteres que llevaban un nombre fingido como un transparente antifaz. Y esa revelación, cegándole con su vivísimo resplandor, le hizo comprender que escribía para él la amada que bruscamente se desvió de él. Esas iniciales le llamaban alto y por su nombre íntegro para que escuchase sus palabras conmovidas, que querían hacer luz sobre su vida ya vivida antes de que se encontraran sus corazones.

Habíanle representado a ese hombre como un ser de instintos nobles, muy caballeroso y altivo y de una rectitud inflexible, como intachable era su conducta. Ella comprobó todo eso y tuvo miedo.

Sus palabras palpitaban como un seno lacerado, y él sentía cómo sollozaba al decirle cuánto le costó separarse de su abrazo y su vida, más bien que dar lugar a verle des-

preciarla, porque la vida suya y su origen estaban tan apartados de esa recta línea recta que era norma para la moralidad y la virtud, a juicio suyo.

Titubeante y desnuda su alma, condújole de nuevo a aquél crepúsculo inolvidado en que su canto le había arrullado, en que reclinó la mejilla en la suya, dulce y embelesada. Y aquel gesto rudo con que él quiso arrancarle el alma por los labios, estrujándola contra su pecho, frerético y temible en su loco apasionamiento.

Ella le había repelido con una fuerza extraña, nacida de su mismo desfallecimiento. Le había afeado su conducta, y aunque le temblaba el corazón y hubiese deseado rendirse a su pasión, le había dicho frases duras, frases que no se perdían fácilmente, que ponen un abismo entre dos amores y ensombrecen la vida toda.

Pero más valía eso... y guardar el recuerdo puro... que ver en el hombre amado el menosprecio ante su sórdida historia, mancillada desde la cuna... Por eso huyó del jardín..., huyó de su alcance...

Luego había recapacitado, y ante la convicción de que un amor tan grande y dolorido llega a hacerse generoso, aun en el más austero moralista, se decidió a buscarla, a contarle todo, humildemente, esperando todo de su bondad. Y porque en ninguna parte le hallaba, y porque le ansiaba con cada respiración de su vivir, y porque sólo pudo averiguar que él se había embarcado, con rumbo desconocido, en busca del olvido, ella escribió aquel cuento, anónimo y claro, para que la grandeza de su amor todo se lo perdona...

Así suplicaba ella, tendiéndose hacia su misericordia...
tremante y amorosa...

V

El retorno.

Y ahora, ella le esperaba en el mismo jardín que los vió separados años antes, después de la suprema violencia de aquella escena que llenó sus vidas de remordimiento.

La promesa de la dicha la había transformado. Recordaba ahora a quien le viera las palabras del amante que dijo de su amada: «De pronto se había hecho más grande su estatura..., parecía ella toda salud y leve ligereza y luz y valentía..., y pensé que andaba cual joven ciervo y se detenía cual fresno sobre la montaña...»

Mil veces leyó la carta breve en la cual le comunicaba él que una feliz casualidad había traído a la isla unos amigos en su *yacht*..., en el cual faltóle tiempo para embarcarse, para llegar a ella con la mayor presteza posible.

—Porque—acabó diciendo—he perdido tantos años de dicha fuera de tu lado, que no puedo sacrificar ni una hora más. Tu libro lo llevo sobre el corazón. Te lo llevo para que a mis iniciales enlaces las tuyas, como desde la eternidad se enlazó tu alma a la mía...

Y estaba al llegar...

CARLOTA REMFRY DE KIDD.

Agosto, 1920.

POETAS HISPANOAMERICANOS

NOCHE

A Juan José Llovera.

La ciudad
ha visto morir al pájaro
que la encendía
detrás de la sombra de su ala.

¡Qué bien vestida estás de negro
viuda de todas las tardes!

¡Qué bien hacen
en tu cabeza azul
los diamantes!

¡Qué bien hacen
los bomberos
Sol
en apagarte!

Mundos de cristal

EPITALAMIO

A León Felipe.

Puesto que puedes hablar
no me digas lo que piensas.
Tu corazón
 envuelve
 tu carne.

Sobre tu cuerpo desnudo
mi voz cosecha palabras.

Te traigo de Oriente el Sol
para tu anillo de Bodas.

En el lecho que espera
una rosa se desangra.

SILENCIO

A José Bances.

El camino nublado
asciende hasta la cima
del sol.

Mis pasos
y el aroma
de mis primaveras muertas.

El reloj
(fuga de las horas
que caen)

(
c
o
m
o
l
a
p
l
o
m
a
d
a
)

tiene el dedo en la boca.

ELIODORO PRUPP.

Fuentes de silencio

Horas

Llegaron en sus barcas

las Horas

marineras de todas las distancias.

Miraban a mi tarde

desde los lienzos negros

las gaviotas blancas.

Las alas de mis versos

salpicadas de espuma

ceñían con sus velos

el cuerpo palpitante de las olas desnudas.

Bálsamos

Unas hoces de oro

iban segando estrellas.

Vendimiador de astros

me encaramé al trapecio de la Noche

para cortar sus frutos.

El zumo del otoño

gota a gota, en mi copa

fué cayendo en silencio.

Y me bebí los bálsamos

del divino esenciero.

Vendimiaré mis ojos

y te daré su llanto
para que bebas mis recuerdos.

Nocturno

Noche de primavera.
Joyería de estrellas.
¿Quién ensaya un «Nocturno»
en el piano de los lagos?
Bajo la sombrilla de gasa
del plenilunio, esperaremos.
Las plumas del silencio
nos besarán los ojos entornados.
Vendrá mi Noviabrisa
sobre la blanca lira de los lirios.
Los sorbetes de fresa de sus senos
me brindarán sus dulces crestas
de seda helada.
Para hilvanar los lienzos
de mis sueños
me ofrecerá el divino
lino de los luceros.
Todo el jardín la espera y la preludia.
Los besos arden en las frondas
como frutas maduras.
¡Solo mi corazón con Noviabrisa!

ERNESTO LÓPEZ-PARRA.

Lirogramas

Otoño

Con su guadaña el jardinero
cortó las trenzas de las niñas.
Plenilunios marchitos
ruedan por las colinas.
La ventana al cerrarse
quebró todo el paisaje.
De nuestras manos voló la última rosa.
El viento se ha llevado
nuestros poemas amarillos
y nuestros rizos infantiles
a lo largo del mundo han formado un gran río.

JUAN LAS.

Cafard.

Casualidad perpendicular
Oh las geometrías incendiarias
Naufragan entre los arrecifes mentales
Cubiertos de líquenes viscosos
Los pulpos neuróticos
Arterias henchidas y sonoras
Verticalidad de los instintos nómadas
En la plenitud tetradimensional

Dehiscencia de la Rosa Nihilista
En el jardín del cafard cenestésico

La turbina dadá subvierte el
Océano geométrico donde sólo
Sobrenadan las muecas verbales

Numeración de los balbuceos
En el circo extrarradial
Ululan las sombras del brumario
Röntgénica proyección intraobjetiva
Oscilación de los androides mecánicos
Taumaturgia sensorial
Infinitas luminarias rojas

Ariadna.

Galería equinocial

Noche anclada

Sombras velivolantes

En el laberinto oceánico

los hilos de mi alma

tejen una red arácnida

DEL NOVILUNIO ARBORESCENTE

SE DESGAJAN DOCE CAMPANADAS

En la noche ovípara

afloran las umbrías siderales

Y entre las nubes ateridas

la arboleda

camina

V
E
R
T
I
C
I
L
O
S

Floración de pomas astrales

Se iluminan sonoramente
los jardines

pendientes del horizonte
rayado por asteroidales trolleys
Psyche forma el circuito
de las trayectorias boreales

Hay una suversión planista
en las perspectivas tornátiles

Tras el arco iris inaugural
se irisa un sol de media noche

Y adviene una metarritmización
auroral

en la hélice consciente
del avión cósmico

El simoun del nocturno
disipa los horizontes incendiados

Los panoramas viajeros afluyen
al vórtice de la red arácnida

Las naves perforan
los túneles de la atmósfera

noicatumsnart

Sobre los ríos emergen
las locomotoras jadeantes

Y en los rails del éter
los espíritus motorísticos
se enfloran de alas
en los ímpetus ascensionales

F a l e n a s

H é l i c e s

I o n e s

¿Qué nube ha borrado
los itinerarios?

¡He perdido la clave
del laberinto arácnido!

Mas los dedos de Ariadna
manipulan los cables zodiacales

Y su corazón magnético
deviene
la brújula del laberinto.

GUILLERMO DE TORRE.

Los versos de la vida.

I

Pasan las grandes naves en las noches dolientes
llevando el cargamento de podredumbre humana:

bajo las sedas se oyen rechinando los dientes;
el hermano posee la carne de la hermana.
Sobre tierras de escarnio se va la caravana
de demonios venidos de cinco continentes;
por toda senda humana se alargan las corrientes;
no les lava los ojos la luz de la mañana.
En vez del verso alado dicen la parla ruda;
la gloria de los hombres es la mujer desnuda;
la infancia de los banquillos de la cárcel se ilustra.
Tiempo de vilipendio, de terror nunca visto,
en que el Papa echa panza con el nombre de Cristo
y el mercader propaga la voz de Zarathustra.

II

Carne de las mujeres, fragante carne de oro,
hecatombe en que mueren mis dolientes sentidos;
entre mis dedos griegos sabiamente desfloro
como rosas de otoño los senos florecidos.
Amo la carne rubia más que todo el tesoro
que se encierra en las arcas de los favorecidos;
la carne me entristece, con ella sufro y lloro,
pero tras ella corro como los poseídos.
Ante un cuerpo vendido mi dolor es profundo,
pero como ellos hacen la delicia del mundo
mi pobre carne flaca arde como un carbón.
Cuando supo mi boca de la miel femenina
me alcé vibrantemente y en la loca hornacina
como un arco de sándalo tiré mi corazón.

III

Señor, yo soy el hombre que salió de tus manos,
hace ya muchos siglos tú me llamaste Adán;
desde entonces me arrastro con un eterno afán
y han visto maravillas mis dos ojos humanos.
Por toda tierra he visto las hermanas y hermanos
luchando a puño limpio por el lecho y el pan,
mis carnes purulentas desgajándose están,
mañana han de ser fiesta de los pardos gusanos.
Señor, yo sé que enorme fué el pecado del huerto;
la serpiente engañosa me venció y estoy cierto
que por todos los siglos mi delito he de expiar.
Pero Señor, te juro que si en la vida nueva
mis pupilas descubren los dos senos de Eva
te besaré las plantas y volveré a pecar.

IV

Mujer, por la doliente palidez de tus manos,
por tus senos egipcios, por tu perfil heleno,
en este otoño de oro fragante a rosa y heno
mi juventud te busca por senderos humanos.
Los fuegos tropicales de tus ojos paganos,
el ritmo de tu vida cadencioso y sereno,
las curvas elegantes de tus brazos cristianos
me están parlando siempre para hacerme más
(bueno.
Mi pobre reja llora la inquietud de una espera,
en mi jardín tres meses vivió la primavera

pero ya fatigada se alejó de mi aduar.
¡Por Dios, qué pesadumbre tienen hoy mis venta-
(nas!;
el cielo me ha negado sus blancas resolanas;
mi boca es más amarga que las aguas del mar.

V

Yo, yo mismo poseo la verdad de la vida,
ni cátedras, ni libros, ni religiones, nada
llegará a la penumbra de mi alcoba cerrada.
Yo he encontrado la ciencia de la senda escondida.
Mi huerta idolatrada me da miel encendida,
con el sol y la luna mi alma se halla saciada;
desde el silencio dulce de una casa cerrada
no hay cosa más hermosa que el dolor de la vida.
Mis sueños se desgajan en suaves gobelinos,
toda palabra mía lleva esencia de trinos,
los hombres del futuro cantarán mi canción.
Llegó Dios una noche a mi oculta pagoda,
con él fué la velada como noche de boda,
Dios se hizo ritmo y llama sobre mi corazón.

ARTURO TORRES RÍOSECO.

(Chileno.)

VERANO

Los altos hornos
pronuncian un discurso
de fervor y codicia

ruborizados de sí mismos
y acumulan ira
pletórica
de vehementes fulminaciones
radioactivas

Doctores geniales
fríen pescados preciosos
en las inmensas lentes
de vida propia

Colores corrosivos
centrípetos
acumulan ígneas materias
cósmicas
sobre los centros puntuales
de las seguras abundancias

Sonidos plásticos
ponen pomos
a los espadones ideales

Aumentos ascensos fortificaciones

Cantos sanguíneos musculares

Yunques

Hinchazones globales incendiadas

El ancho bostezo aspirante

engulle brasas vitales
frente a los escudos duros
superpotenciales

La opresión de todos los tiranos
es aplastante

Fogosidades lógicas consuntivas

Congestión pulmonar universal

Letargia colmenar

Voces antiguas de distancia
ceden trémulo abrazo
metamórfico y cordial
Y la calma interior
se torna sedentaria
como una cucúrbita

El espejo dormido
de fulgores colgantes
recoge las imágenes genealógicas
para apaciguarlas en sus cunas
de velos ricos y agujereados

La madeja dorada
de las constantes circunvoluciones
forma el anillo saturnal
de la hirviente colmena alambique
e innumerables gotas de ámbar
que lacran los envíos
encienden constelaciones eléctricas
entre las blandas carnosidades de los almohadones

Nuestras proximidades blancas incorpóreas
acendran sus crisálidas radicales
y enchufan en el gran gasómetro
los políferos cordones umbilicales

En las cuencas miueras
los panales metálicos
sangran adobos múltiples azota los
Y en las altas canteras
sólidos mármoles jaspeados

hacen rigentes
las corporificaciones
de la caducidad inevitable
transformándolas
bajo la acción del gran molino tumulario
en insípida harina de camuñas
cuyo pan es consuntivo
de todo lo sustantivo
representativo
de lo vivo

Y entonces
en nuestra fórmula de calor
despejamos la incógnita
niña traviesa ingrávida
que hace nuestra motricidad ávida
de saturación ácida
entre cuchillos de risas
cañaverales arrobadores
bomba aspirante impelente
germinadora educativa
pleno saber fajal

Ergo incondicionalmente
se hace la entrega antiparafernai
catalépticamente
por omniscencia

CÉSAR A. COMET.

EN LA CUMBRE

Realizábase mi más soñada ilusión, mi ferviente deseo. Iba a conocer al gran hombre, al privilegiado pensador de clara inteligencia, de valer inmenso, que, de la nada, había conseguido elevarse por el trabajo, por la sabiduría, por la voluntad.

Amigo de la infancia de mi padre, al venir a la Corte en busca de una posición, le había manifestado el deseo de que me guiara, me aconsejara y me protegiera. No desmintió su corazón magnánimo, ni olvidó el hondo y antiguo afecto que a mi progenitor profesara. Con sumo gusto accedía a su ruego. Mándale, había contestado, será mi predilecto discípulo, mi hijo, el báculo que me sostenga y auxilie en las postrimerías de mi valetudinaria y caduca existencia. Le guiaré, le orientaré, infundiéndole alientos para la tremenda lucha del porvenir, del nombre, de la fama, de la gloria, y en su alma juvenil despertaré energías para que triunfe en el combate. Él, en cambio, me dará el calor que me falta, el afecto que echo de menos, el cuidado de que un anciano se halla tan necesitado.

Y allá me dirigí, contando impaciente los instantes hasta hallarme en su presencia.

La morada lujosa, el confort que en toda ella se respiraba, eran desconocidos para mí, pues jamás llegaron al obscuro rincón de mi provincia, y lo contemplé admirado, sa-

cándome de mi abstracción unos pasos que, más que acercarse, se arrastraban penosamente.

Llegó el anciano a la habitación en que aguardaba y se arrojó en mis brazos.

—Te recibo—dijo a manera de saludo—como a un hijo que acude a calentar esta casa, a traer áuras de juventud, aromas de ilusión y energías de luchador; a este hogar, frío por la vejez del que lo habita, y triste por el pesimismo del que acaba de tenderte sus brazos.

Al hablar así, habíase dejado caer en una butaca, donde casi le depositó un criado que le daba el brazo.

Sentado, pude observarle a mi sabor. Tratábase de un anciano, pálido, demacrado, con senectud aparente, mucho más prematura que los años que contaba, sin el vigor con que aún podía contar y sin las energías que, seguramente, fué perdiendo en su vida de luchador, en su labor de titán y en su obra, llegando a la cumbre en ocasión en que no le era dado poder gozar su triunfo.

«—Bien venido seas, hijo mío!, pues como a tal desde este momento te considero. Atenderás mi vejez, refrigerarás mi hogar, serás un rayo de sol en las sombras de mi tristeza. Si, cual engañador espejuelo que atrae al pajarillo incauto, te atrae del mismo modo el rumor de admiración que llegó hasta el obscuro rincón de tu provincia, mi fama, mi nombre, la afirmación de que llegué a la cumbre, fíjate, mira en mí al anciano valetudinario, que gota a gota, jirón a jirón, día por día, fué dejando la juventud, las energías, el vigor en las arideces del camino y en las zarzas de que hallábase erizado, clavándose espinas en lo más hondo e íntimo de mi alma. Tengo un nombre ilustre; la aureola de la gloria nimba mi cabeza, en la que encanecieron los escasos cabellos que me quedan, y en cuyo rostro las arrugas son los indelebles testigos de lo intenso y sin cuartel del com-

bate. En mi suntuosa morada admirarás refinamientos y lujos de que, excepto una temperatura elevada, para nada me sirven. En pleno estío tiritita mi cuerpo y hiela el frío mi alma. Sometido a régimen, no puedo gozar de los succulentos manjares de mi bien surtida mesa; con carruajes y automóvil, raro es el día en que mi criado puede, a empujones, entrarme en el carruaje, para contemplar la alegría de los campos, el encanto de la naturaleza y el concierto del tiempo, que tan triste resuena en mi alma.

Las mujeres hermosas me recuerdan que ante lo rado de mi labor, lo no interrumpido de mi obra, no me dejé tiempo para el amor, y con el corazón joven aún, sería ridículo hacer gala de su lozanía ante la ilusión que se aleja y la juventud que se marchó para siempre.

¿Para qué quiero la fama? De qué me sirve la gloria, la riqueza, los honores, el nombre, y cuanta suntuosidad me rodea, si llega cuando es ya tarde para gozar de su posesión, a tanta costa adquirida?

Tal es la verdad; ese es el camino que ante ti se abre; si te seduce su perspectiva, si te encuentras con fuerza y te satisface el análogo resultado, inicia la marcha, empieza la obra, y aquí me tienes para ayudarte; mas ya sabes lo que te espera al final del camino, al término de la jornada. Si no, querido, vuelve a tu provincia; regresa a tu terruño. Goza de la vida, y que no llegue a ti el bienestar cuando no estés en condiciones de gozar de su posesión leal, honrada y legítima. »

Las palabras del grande hombre causaron tal impresión en mi ánimo, que siguiendo sus leales y sinceros consejos renuncié a la gloria, convencido de que aquello que de lejos nos seduce, nos embriaga y nos ofusca, creyéndolo grande, augusto, inmarcesible, y la total y absoluta aspiración para su afortunado poseedor, de cerca nos convencemos de

sus verdaderas y exactas proporciones; lo vemos entonces tal cual es, con su pequeñez, con su desconsoladora realidad, con su insignificancia, lamentando que otros, del mismo modo que nos había ocurrido, se ofusquen, se sientan atraídos, si en la lucha no perecen ya agotados ante su intensidad o arrollados ante el aluvión del excesivo número de combatientes; si vencen, al obtener la victoria llegan a ella sin ilusión, sin vigor, sin entusiasmos y sin la natural alegría para poder saborear el triunfo.

JULIO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ.

EL PROFESOR EINSTEIN Y SU NUEVA TEORIA DEL UNIVERSO

Recientemente en la Sala de la Sociedad Real, en sesión común de las Sociedades Real y Astronómica, se discutieron los resultados obtenidos por los observadores ingleses con relación al eclipse total del 29 de mayo.

Sir Frank Dyson, de la Real Astronómica, expuso la obra de las expediciones enviadas respectivamente a Sobral, en el Brasil septentrional, y a la isla del Príncipe, hacia el oeste de la costa africana. En ambos lugares, si el tiempo fuera propio, el día del eclipse sería posible tomar una serie de fotografías del sol eclipsado y de cierto número de estrellas situadas en su inmediata vecindad. El objeto propuesto era el de investigar si la luz de esas estrellas, pasando cerca del sol venía directamente a nosotros como si aquél no estuviese allí o si se producía una desviación debida a su presencia, y en ese caso, qué amplitud alcanzaba.

Produciéndose la desviación, las estrellas aparecían en la placa fotográfica a una distancia apreciable de sus posicio-

nes teóricas. Dyson describió al pormenor el aparato utilizado, las correcciones que diferentes factores hicieron necesarias, y los métodos mediante los cuales comparáronse las posiciones reales y teóricas. Y convenció a la asamblea de que los resultados eran decisivos y concluyentes.

Una desviación tuvo lugar, y las medidas mostraron que la amplitud de ella concordaba con la proporción teórica prevista por Einstein, y no con la mitad de la misma, cantidad que dimanaría de los principios de Newton. Es interesante recordar que Sir Oliver Lodge, hablando en la real institución, el mes de febrero último, aventuróse a formular una predicción. Dudaba que fuese observada una desviación; pero pensaba que si se producía sería según las leyes de Newton y no las de Einstein.

Hasta aquí el asunto era claro; pero cuando se entabló la discusión, se evidenció que el interés científico residía más en las consecuencias que en las observaciones mismas. El propio presidente de la Sociedad Real, declarando que acababa de escuchar «uno de los enunciados más extraordinarios si no el más extraordinario del entendimiento humano», tuvo que agregar que no había conseguido fijar en términos claros lo que era realmente la teoría de Einstein.

No obstante, admitióse que Einstein, basado en su teoría, había hecho tres predicciones: la primera, relativa a la revolución del planeta Mercurio, había sido comprobada. La segunda, respecto a la existencia y el grado de desviación de la luz cuando atraviesa la esfera de influencia del sol, estaba justificada. En cuanto a la existencia de influencia del sol, estaba ahora justificada. En cuanto a la tercera, que dependía de observaciones espectroscópicas, sub-

sistía la duda. Pero el orador estaba persuadido de que era preciso actualmente contar con la teoría de Einstein y modificar completamente la noción que tenemos del espacio.

De una manera general puede exponerse la teoría del espacio, como sigue: los principios newtonianos admiten que el espacio es invariable; que, por ejemplo, los tres ángulos de un triángulo valen y deben valer siempre dos ángulos rectos. Pero tales principios se apoyan en la observación de que los ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos y que un círculo es verdaderamente circular. Mas existen ciertos hechos físicos que parecen arrojar una duda acerca de la universalidad de semejantes observaciones, e inducen a pensar que el espacio puede sufrir en determinadas circunstancias, por ejemplo, bajo la influencia de la gravitación, una deformación, una ligera dislocación, que obraría tanto sobre el fenómeno medido como sobre los instrumentos de mensura. La doctrina de Einstein afirma que las cualidades del espacio consideradas hasta ahora como absolutas, dependen de las circunstancias. Deduce de su teoría que en ciertos casos, medidas actuales sobre la luz mostrarían los efectos de esa contracción en un grado que podría predecirse y calcularse. Sus vaticinios han sido verificados en dos o tres casos; pero queda en pie la cuestión de saber si la verificación prueba la teoría de la que ella ha sido deducida.

Desde Euclides hasta Kepler, de Kepler a Isaac Newton, se nos ha llevado a creer en la inmutabilidad de ciertas leyes fundamentales del universo. El centro de un círculo ha estado siempre a igual distancia de todos los puntos de la circunferencia. La suma de los ángulos de cualquier trián-

gulo ha valido siempre dos rectas. Y sobre tales creencias se han fundado la práctica y la filosofía. La teoría de la luz y la concepción de la organización solar y planetaria se apoyaban sobre ellas. Ahora, según el presidente de la Sociedad Real, que discutía las observaciones hechas con ocasión del eclipse solar del mes de mayo último, «ha ocurrido uno de los acontecimientos más grandes, quizás el más grande de la historia del espíritu humano» y debemos cambiar nuestra concepción del orden del Universo. En último análisis, la teoría de las superficies invariables en el espacio dependía de la observación. Cuando se medían ángulos y círculos, ajustábanse a la teoría, proporcionalmente a la precisión de los instrumentos empleados. Mas surgieron ciertos casos sumamente difíciles respecto a los cuales la doctrina parecía no convenir a la práctica, y así una serie de delicadas medidas y de cálculos condujeron progresivamente a un nuevo aspecto del problema, cuya más completa expresión dió Niinstein, profesor de Física en la Universidad alemana de Praga.

Según Einstein, las dimensiones del espacio no son absolutas, sino relativas y variables. Las alteraciones han pasado inadvertidas, porque, cuando el espacio se deforma y un círculo, supongamos, se convierte en una elipse, los instrumentos que lo miden sufren igualmente deformación. Pero existen determinados casos en que debe ser posible observar y medir el efecto de tal deformación. Aplicando esta teoría a la luz, pronosticó que la órbita oval del planeta mercurio, en el punto más próximo al Sol, cambiaría más rápidamente que lo admitido por la antigua teoría. Sus predicciones han resultado exactas. Luego predijo que los

rayos luminosos procedentes de las estrellas, al pasar cerca del Sol, en dirección a nosotros, sufrirían una desviación doble de la que justificara el principio de Newton. Las expediciones inglesas a Sobral, en el Norte del Brasil, y a la isla del Príncipe, proponíanse observar el eclipse solar del mes de mayo pasado a fin de estudiar esta segunda predicción, y todos están de acuerdo en declarar que la han probado y verificado. Un tercer vaticinio de Einstein continúa dudoso. Mas créese ya que es necesario formular una nueva Filosofía del Universo, filosofía que barrerá casi todos los axiomas físicos hasta ahora admitidos.

* * *

Cuando Einstein, el profesor israelita, se atrevió a aparecer con sus ideas nuevas sobre la teoría del Universo, hubo muchos que sonrieron irónicamente. Los estudiantes de Alemania, durante una conferencia que debió dar en una de las Universidades hablando de su teoría, que contradice a la de Newton, le silbaron gritando: «¡Abajo el judío Einstein!»

Sábase que el Gobierno de Holanda invitó hace unos días al profesor Einstein para que dictara conferencias en una de las Universidades del país, creando una cátedra especial para él.

En el artículo que reproducimos se demuestra la verdad de la teoría de Einstein, que destruye completamente todo lo que hasta hoy se creía exacto y matemático.

Con la nueva teoría quedan explicados ciertos hechos extraños que observaban los sabios, que no se atrevían a dudar de las grandes verdades sentadas por el genio de la Astronomía.

(De *La Revista de Francia*.)

ENSAYOS SENTIMENTALES

COHETE DE BENGALA

A la memoria de un aviador que no tuvo nombre.

Llegó torvo Desengaño, tras Seducción, y desfloró a Inocencia.

Vino agosto transformando la cosecha en oro y ascendía Vejez de su parábola el punto culminante cuando el ánimo al fin se despidió regando—ya de noche...—un haz de luces deslumbrante!

De la tierra sobre la faz, muy remotas como en el vientre de un inmenso bajel aéreo, parpadearon un instante millones de miradas—regio manto poblado de chispas diminutas—encendidas al rapaz leve-vuelo del asombro.

NOCTURNO DE MAYO

Eres, carita linda, teoría del dolor supremo, que obediente al secreto de la gota de agua labras tu nicho en la roca de mi memoria, mientras duermo y guarecido atisbo entre

sueños cómo la lluvia engalana atronadora o apaciblemente a la campiña fértil, para que el sol, al nacer, nos regale la vista y por allí se nos entre rielando en plena alma y se renueve la alegría fecunda del vivir.

MACEDONIO GARZA

(Mejicano.)

París, 1920.

Iniciaciones ejemplares

IV

Cervantes, poeta

La erudición literaria cuenta entre los dorados anales de la retórica castellana con la excelsa figura cervantina, madre de tantas otras famosas e inmortales que llenaron de espiritual relieve la sabia ideología de la raza. Incontables y dispersas inteligencias han sentido la hispana obsesión de rendir sus plumas ante el habla gloriosa del gran escritor.

Ilustres varones desentrañaron mil graciosos aspectos episódicos, siempre acrecentados y revestidos de eruditas novedades, de la pintoresca vida cervantina y comentado los múltiples méritos del alto ingenio castellano. Justo es recordar en nuestros díastales aseveraciones biobibliográficas, por loable reconocimiento a tan prolija labor y tan sinceros homenajes como se le dedicaron siglo tras siglo, desde aquél en que el apergaminado hidalgo verificara su primera salida a la clara luz del alba, en el alba del espíritu. Pero séanos también lícita una importante referencia a las cualidades poéticas del peregrino ingenio, tal vez injustamente desdeñadas por sus contemporáneos y de cuya transmisible

exención hanse hecho eco cronológicamente casi todos los comentadores, muchos de ellos con cierta doméstica terquedad bien burguesa y manifiesta hasta en importunas citas.

Que Cervantes era poco o nada poeta, que sus versos acusaban cierta inferioridad poética, que eran hasta medios, hemoslo leído y oído decir a seres relativamente autorizados, con bastante indisculpable indiferencia. Se ha repetido en unas cuantas efímeras apreciaciones en que muy a la ligera y pasajeramente se le negaba el lírico estro. Tratemos, pues, ahora de reivindicarle en la posible medida de lo justo, desenmohecendo algunos de sus versos, que, como la acerada pluma de Cide Hamete, bien pueden estar tocados de algún herrumbroso orín, sin que nadie la mueva de la inmortalizada espetera bengalí, porque ingenuamente creemos no son de envidiable calidad a los de Garcilaso, sino producidos en tan gran medida, a los que parecían hermanarse en impalpables inspiraciones de endechadas corrientes cristalinas; ni a los del armónico Herrera, de vieja humanidad clásica; ni a los de Meléndez Valdés, sencillos como flores silvestres; ni a algunos de Góngora y Calderón, de chispeante malicia y alegre jácara, como veremos.

La hispana tierra, pródiga de ingenios, es madre de los más grandes y universales poetas, no muy malquista con su hijo Miguel. El espíritu universal de Shakespeare es quizá toda Inglaterra; pero España es Cervantes y Lope y Calderón y Quevedo, todos tan geniales y todos tan distintos; la musa romántica, triste y errante de Cervantes, la celestial inspiración de Lope, la lira épica de D. Pedro, el brujo talismán de D. Francisco de Quevedo, sobre cuyos excelsos atributos vibraba acorde y diversa la raza en universales armonías de eterna sirena de los mundos.

En verdad que si no nos causaba mucho asombro se le negara a Cervantes como poeta, era porque ya apuntaban en el espíritu las primeras canas del escepticismo acerca de los prejuicios ajenos, y no ignorábamos lo muy humano que se ha hecho ese sentimiento cicatero de regatear condiciones al mérito en ostentosamente vanos provechos. Y ya bien dijo el sutil Valera que «el crédito que una persona adquiere de hábil en cualquier oficio suele estorbar, y a veces hace imposible que la celebren o aplaudan por otra habilidad, aptitud o merecimiento...» Así tan cierto es lo no muy holgado de alabanzas que anda el género humano para servirse de las cosas del mundo, que hasta tratándose del mismo Cervantes se demuestra bien claramente tan poco hidalga parvedad.

Sin embargo, y no precisamente por ir río arriba en esa corriente de comentarios de un vulgo murmurador de suyo, creemos que los grandes genios gozan de cierta ubicuidad indudable a despecho de mil profanos taimaduelos. No sólo, pues, vamos a afirmar que Cervantes era buen poeta, piensen como quieran adversarios y detractores, ni a especificar un tanto qué suerte de más o menos recónditas relaciones le unían con las musas, sino que transcribiremos versos suyos que creemos notoriamente inspirados.

Un ilustre diplomático americano aseguraba que el poeta es un ser que sabe hacer todo lo que los demás, y además... versos. Creemos que Cervantes se hallaba en este casi desesperado trance. Tan gran hombre de acción, que como un genio de la pluma y de la espada supo trazar el formidable discurso de las armas y de las letras, no olvidó en otro tan hechicero, aunque menos renombrado, su página descriptiva de la «doncella poesía», por la que en pleno Quijote y ya metidos de lleno en el libro celeberrimo pasa en alto, er-

guida y arrogante como una bandera, la quijotesca lanza inmemorial...

* * *

En toda la obra cervantina, dulce y castizo evangelio de las picarescas, la mística, el ingenio y la poesía de un siglo y de una raza, lucen las perlas poéticas de la resplandeciente inspiración que quisiéramos acertar a engarzar definitivamente en singular doxología, resistiéndonos a creer que no fuese poeta quien pintaba la vida realista con los más vivos colores de la paleta humana, elevándonos en muchos pasajes a las grandes cumbres de la fantasía y de la inspiración. Su centellante prosa, maestra, amena y castellana, la hemos visto sembrada de poesía, habiéndonos parecido más de una vez que sobre ella, como sobre el campo manchego lucían las estrelladas noches silenciosas en claros versos, como vagos murmullos de armonías distantes.

Escribió bellos versos Cervantes, aunque abrumado por el contemporáneo juicio y con la natural medida de su humilde grandeza, tan peculiar en él, viérase sugestionado de algún abatimiento por la ajena estimación y llegara a apesadumbrarse melancólicamente:

Que yo soy un poeta de esta hechura,
cisne en las canas y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.

Decían los antiguos que sólo el verso era el lenguaje de los dioses, y aunque Cervantes no lo trabajó como un dios desde las internas luchas de su espíritu, sino por domar el

«rebelde, mezquino, idioma» que le era tan especialmente sumiso, al menos por encerrar en él tanta poesía como se le escapaba a raudales de los puntos de la pluma, reconocéremos que los hizo como un perfecto iniciado en el arte poético de los retóricos ritos, quedando obligados a desechar la fácil declaración de mal y achirlado poeta en que abiertamente se ha incurrido.

El viaje al Parnaso, lleno de amables alusiones, flúidas sátiras y risueñas quimeras, sobre el que se desliza una ligera ironía como la caricia de un hada, es digno de un alto poeta y resucita en alguna manera el clásico recuerdo de la Epístola a los Pisones del venerable Horacio. Claro que Cervantes no poseía como muchos poetas modernos y modernistas ningún recetario de formularias versificaciones, ni tampoco, por otro lado, podría comparársele en el afiligranado refinamiento a un Rioja, sin que por eso sus versos fueran trozos de arte menor ante el *Quijote*, pues compartían ya la galanura del rutilante Garcilaso, ya el eglógico misticismo de Fray Luis, ya el gracejo urbano de Góngora y a veces la bucólica paz virgiliana.

En vez de someterse a los más estéticos caprichos de las musas, prefería obtener de ellas más graciosos favores para regalarnos luego la imaginación con el amable regocijo y la cómica aventura. En él todo hacíase episódico, lírico, menudo, detallado en su grandeza. Era un buen poeta lírico. ¿Cabe, aparte sus versos, mayor lirismo dentro de la humana literatura al de su divina ironía prendida espiritualmente entre el llanto y la risa que fluyen como una vena de oro y sangre por el libro magnífico? Y ese como entrañable zumo de lágrimas que humedece poéticamente la parte más personal de *Galatea*, *La gitanilla*, *El Persiles*, delicados ramilletes que sólo podían ser arrancados del escondido jardín lírico.

Sus pastores traen a la memoria los de Garcilaso, así como la pintura que hace ora en prosa, ora en verso de rústicos lugares, sencillas miserias y pobres costumbres, evoca el acertado poder descriptivo de algunas poesías en Góngora y Baltasar de Alcázar. Veamos de muestra el siguiente romanzuelo de *La entretenida*, en que por boca de Miguel habla la gente del pueblo, cómo no desdice nada de otros, debidos al prudente Góngora, y cómo en nuestros días, bajo la positiva égida del sindicalismo, tiene una actualidad bien inmediata:

Tristes de las mozas
a quien trujo el cielo
por causas ajenas
a servir a dueños
que entre mil no salen
cuatro apenas buenos,
que los más son torpes
y de antojos feos.
Ajenas ofensas
pagan sus cabellos,
oyen sus oídos
siempre vituperios,
parece la casa
un confuso infierno
que los celos siempre
fueron vocingleros.
La tierna fregona,
con silencio y miedo,
para sus desdichas
malogra requiebros,
porque jamás llega
a felice puerto
su cargada nave

de malos empleos;
pero ya que falte
este detrimento,
sobran los del alma
que no tienen cuento.
Ven acá, suciona,
dónde está el pañuelo.
La escoba le hurtaron
y un plato pequeño.
Buen salario ganas,
dél pagarme pienso
porque despabiles
los ojos y el seso,
vas y nunca vuelves
y tienes bureo
con Sancho en la calle
con Miguel, con Pedro.
Otra vez repito,
con cansado aliento,
con lágrimas tristes
y suspiros tiernos,
triste la moza
a quien trujo el cielo
por causas ajenas, etc.

.....

No es creíble se le pueda achacar a Cervantes, espléndido de fantasía y de pródiga descriptiva, ramplonería ni vaguedad alguna en su métrica, si bien por su fatigosa odisea de hombre de acción, soldado y poeta, a las veces no luciera las envidiables galas y gloriosas libertades de Lope y Calderón, acercándose más por los inquebrantables motivos de su realismo genial a los saludísimos pasos en que resaltara Lope de Rueda y a las picarescas invectivas de Rojas.

Poseía Cervantes rara habilidad madrigalesca, de que no andaba desprovisto en romances, coplas y canciones diseminados aquí y allá, y apartaba de sí la vulgar enemistad de sus alarbes con su fluyente inspiración, digna de la oda pindárica. Cierta convicción de su fecundidad inagotable autoriza a suponerle generoso, desprendido y despreocupado de multitud de composiciones suyas, acaso perdidas e inéditas y de las que cualquier otro poeta—un Quintana, un Nicasio Gallego—se hubieran cuidado más. Si existe alguna flojedad narrativa en los versos del inimitable escritor o cualquier otro leve achacamiento, deberáse a que más los viviera que los pergeñara, lo que no obvia para que se le niegue alta condición de poeta y se le expulse por mero prurito de singularidad de los altos montes del Parnaso español.

Lope, era inspiradísimo, Calderón, lo más épico; Quevedo, sabio y culto. Pero la musa de Cervantes, por más humana, traíale más atareado y entretenido, olvidadiza del olímpico abolengo de sus hermanas. Aquéllos diríase escribieron fuera del tiempo; pero Cervantes, cristiano, poeta y caballero, «con las ansias de la muerte», tenía por superiores características adaptables a las fáciles costumbres de la época «llaneza, muchacho, llaneza...», la sinceridad y la ternura, sentimiento poético, dulce y tranquilo como su alma, por lo que sus versos inclinábanse más de la adicción que del regocijo:

Dulce esperanza mía,
que rompiendo imposibles y malezas
sigues firme la vida,
que tú misma te finges y aderezas,
no te desmaye el verte
a cada paso junto al de tu muerte

.....
 Que amor sus glorias venda
 caras, es gran razón y es trato justo,
 pues no hay más rica prenda
 que la que se quilata por su gusto,
 y es cosa manifiesta
 que no es de estima lo que poco cuesta

Hay aquí la alada y rítmica dulzura de los buenos poetas, como hay calderoniana semejanza en el romance de Alimuzel en el *Gallardo Español*:

Escuchadme los de Orán,
 caballeros y soldados...

Otro de los trechos más importantes que a las claras demuestran su épica expresividad galana y fluída, su castellana marcabilidad, patriótica bizutería y bética arrogancia, es el de la—bastante larga, y para cuya resplandeciente acción evocadora, sin que desmaye ni decaiga, se necesita verdadero *temperamento* de poeta—epístola que dirigiera a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, pintándole, entre otras cosas, la gloriosa jornada de Lepanto:

.....
 No fué la causa aquí de mi venida
 andar vagando por el mundo acaso
 con la vergüenza y la razón perdida.

Diez años ha que tiendo y mudo el paso,
 en servicio del gran Filipo nuestro,
 ya con descanso, ya cansado y laso.

Y en el dichoso día que siniestro
 tanto fué el hado a la enemiga armada,

cuanto a la nuestra favorable y diestro,
 de temor y de esfuerzo acompañada
 presente estuvo mi persona al hecho,
 más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
 y de bárbara gente y de cristiana,
 rojo en mil partes de Neptuno el lecho;

la muerte airada, con su furia insana,
 aquí y allí con priesa discurriendo,
 mostrándose a quien tarda, a quien temprana,

el sol confuso, el espantable estruendo,
 los gestos de los tristes miserables
 que entre el fuego y el agua iban muriendo;

los profundos suspiros miserables
 que los heridos pechos despedían,
 maldiciendo sus hados detestables.

•••••

Á esta dulce sazón, yo triste estaba
 con la una mano de la espada asida,
 y sangre de la otra derramaba;

el pecho mío, de profunda herida
 sentía llagado, y la siniestra mano
 estaba por mil partes ya rompida,

Pero el contento fué tan soberano,
 que a mi alma llegó, viendo vencido,
 el crudo pueblo infiel por el cristiano,
 que no echaba de ver si estaba herido,
 aunque era tan mortal mi sentimiento
 que a veces me quitó todo el sentido.

•••••

Pasó aquella edad, pero quedaron para siempre, como
 dioses del Arte, Lope, el «monstruo de la Naturaleza»;
 Calterón, a quien pudiera ofrecérsele el trono de Empera-
 dor de la épica castellana; Quevedo, con el cetro de Miner-

va, y Cervantes, que ostenta el incomparable Principado del Ingenio. Suyos son también estos versos, que restituémosle, musitándolos en su memoria de maltratado poeta:

¡Oh, santa edad, por nuestro mal pasada,
a quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de la edad dorada.....

ANGEL SUÁREZ.

Páginas Hispano-israelitas

SIONISMO

Dios en Sión es grande y ensalzado sobre todos los pueblos. (Exódo.)

La manifestación más entusiasta del pueblo hebreo es la palabra Sión, que representa el nombre de una de las colinas que rodean la ciudad de Jerusalén.

Esta famosísima colina, situada al Oeste de la ciudad santa, fué conquistada por el rey David en la segunda mitad del siglo xi, antes de la Era Cristiana.

Sión es la expresión más terminante que el mundo entero acepta como propiedad de la nación que ha sido elegida entre los demás pueblos de la tierra para exhibir la pureza del reflejo de Dios en todo el universo.

Esta rotunda afirmación, hecha por cualquier otra raza, sería calificada como la mayor de las impiedades. Los judíos han afirmado y siguen afirmando, sin que nadie les contradiga, que Sión es el único lugar en el mundo donde el Dios de Israel, que lo es de todo

el universo, resplandece con toda su perfecta omnipotencia.

Jamás los judíos han tenido un Dios especial, no; el Dios de Israel es el Dios de toda la humanidad. El templo que el rey Salomón consagró a Dios en Jerusalén fué también el templo de la humanidad.

Estos días se está celebrando en Londres el más nutrido Congreso sionista que jamás se ha conocido. En él toman parte las figuras más sobresalientes de la política inglesa y multitud de delegados judíos llegados de todos los ámbitos del globo a dicha capital.

El rey de Inglaterra, en su extenso mensaje al alto Comisario en Palestina, entre otras cosas referentes a los judíos, dice lo siguiente: «Ya sabéis que las naciones aliadas y asociadas han acordado asegurar gradualmente el establecimiento de los judíos en la tierra santa. Esta medida no afectará a las demás creencias ni a la prosperidad de la población de Palestina.»

El sionismo no es una nueva fórmula, no; es la más genuina aspiración de un pueblo que dió religión y moral a todas las criaturas del globo.

Hay que leer la historia del pueblo elegido a través de sus terribles vicisitudes para comprender y precisar lo que esta mágica palabra significa.

La historia de Israel es la de un oso de combate, atacado por los perros de todas las naciones: éstos lo han mordido y destrozado; pero no han podido acabar con su presa.

El sionismo es hoy una cuestión de trascendental importancia internacional, cesando, por consiguiente,

de ser un deseo judaico. Para el Cristianismo es la vuelta del pueblo de Israel a la tierra prometida y el cumplimiento de las profecías bíblicas.

Para la Gran Bretaña es la solución de un problema enojoso, entendiéndose que Inglaterra jamás conquistó Palestina para anexionársela a su vastísimo imperio, no, como tampoco podía entregársela a Francia. Tampoco puede dársela al nuevo estado de Siria, porque sería una constante amenaza para Egipto.

Sólo el sionismo puede libertar al imperio inglés de un rarísimo dilema, dándole la oportunidad de demostrar una generosidad digna de su grandeza y de completo acuerdo con las jamás desmentidas tradiciones de su pueblo.

Los ingleses pueden decir con orgullo: «Si la Palestina y los hebreos no existieran, habría necesidad de crearlos.»

* * *

He dicho que por unánime voluntad del pueblo inglés, Palestina será muy pronto un Estado eminentemente judaico. Confirma este aserto el último discurso pronunciado en el seno de la última Conferencia Sionista por el coronel Wedgwood, jefe del partido laborista de la Gran Bretaña, que, como es sabido, representa el mayor empuje de la opinión política de Inglaterra.

«Nada de preocupaciones, nada de fanatismos —dijo—. El mundo debe comprender, hoy más que nunca, que el nombre *judio* ya no es una palabra fal-

samente considerada como degradante ante los ojos de los mal llamados religiosos, no; es el título de una raza que ha sabido, como ninguna otra, sufrir la injustificada inquina de pueblos sumidos en el más negro fanatismo y en la incapacidad de comprender las excelentes dotes del pueblo de Israel.

Pueblo ha habido—siguió diciendo—que después de que los judíos ayudáronles, como excelentes patriotas, a vencer al enemigo, sacrificando vidas y haciendas, por no querer reconocerles estas grandes virtudes los expulsaron del hogar nativo, lanzándolos a la merced de bárbaros fanáticos para que la ingratitud apareciese como una virtud religiosa.

A la Gran Bretaña le ha sido reservado el poder de desagraviar a ese admirable pueblo, que todo buen inglés respeta y elogia, reintegrándole sin trabas su patrio hogar: Palestina.»

La Conferencia Sionista que acaba de terminar en Londres ha sido un verdadero Congreso, tanto por la misión que tenía que desempeñar, como por el número de delegados que en él tomaron parte. Sesenta federaciones sionistas estuvieron representadas en dicho Congreso. Puede decirse con satisfacción que el nivel intelectual de los delegados estuvo a la altura de su gran misión. La Asamblea parecía tener verdadera conciencia de las grandes responsabilidades, únicas en estos momentos de la historia judaica, de la labor que le había sido confiada.

Una de las delegaciones que más llamó la atención fué la de los Estados Unidos, compuesta de cuarenta

delegados y presidida por el renombrado Juez, monsieur Brandeis, del Supremo de América. Este Juez, que goza de gran popularidad, este gran jurisconsulto, es uno de los más fervientes sionistas que al pronunciar sus primeras palabras se captó la más afectuosa simpatía de todos los delegados. Entre otras cosas interesantes, dijo: «Hemos traído con nosotros los planos relativos a toda nuestra actividad. El tiempo de pronunciar brillantes discursos ha pasado. Tenemos conciencia plena de que son hombres de gran energía y actividad lo que necesitamos.

La Dirección Sionista que fué creada para la propaganda y organización, ya no tiene razón de existir. Necesitamos una Dirección de especialistas y técnicos para la reconstrucción de nuestra amada patria, y los encontraremos.»

Otra nota profundamente simpática de la Asamblea fué un telegrama de M. Lloyd George, jefe del Gobierno inglés, dirigido al doctor Weizmann, presidente de la misma, que dice así: «Envío mis más sinceras felicitaciones a la primera Conferencia Sionista que se celebra después de la gran guerra, para que sea un hecho la restitución de Palestina al pueblo hebreo. Tengo plena confianza de que el pueblo de Israel sabrá desplegar todas sus cualidades de energía y de determinación, al mismo tiempo que de tolerancia necesarias para sus conciudadanos de Palestina. Creo firmemente que el pueblo hebreo aportará una vez más su contribución bienhechora al progreso de la humanidad.»

El local donde la Asamblea Sionista se reunió puede decirse que es uno de los más amplios y suntuosos del mundo, pues contiene 12.000 asientos; hasta las escaleras del edificio estaban ocupadas, ofreciendo un grandioso y pintoresco espectáculo, pues los delegados asistieron ataviados con los típicos trajes de cada país.

Por iniciativa de los delegados franceses los representantes de las Federaciones francesa, belga, holandesa, egipcia, española, griega y otras muchas, fueron invitados a una recepción en el suntuoso Savon Hôtel. Después de cambiar impresiones los señores Max Nordau y el catedrático de la Universidad Central, Dr. Yahuda, hicieron uso de la palabra, decidiendo la formación de un grupo de acción parlamentaria en el seno de la Conferencia. Este grupo, que se compondrá de cuarenta delegados, será presidido por el Dr. Max Nordau.

Por votación unánime se llegó al acuerdo de la organización y regularización de la emigración a Palestina. Una Comisión permanente, compuesta de distinguidas personalidades, establecerá en Palestina «La Central de Emigración Judaica».

Otra de las interesantes resoluciones de la Asamblea fué el votar un crédito de *cien mil libras esterlinas* para que en este año empiece a funcionar la Universidad de Jerusalén. Uno de los votantes de este importante crédito fué el gran Rabino de Londres, quien en grandilocuentes palabras, dijo: «Recuerdo a ustedes que hace diecisiete siglos, grandes figuras del

judaísmo dijeron que la reconstrucción de Palestina está basada en cuatro principios: el estudio, la verdad, la justicia y la paz. Tengo la seguridad de que así será. Las puertas de la igualdad y de la justicia están abiertas. La hora solemne ha sonado; todo judío que ayude a la reconstrucción de Palestina, construirá para sí mismo y para los suyos.»

JOSÉ FORACHE

Asociación sionista

El 1.º de elul 5680 (15 agosto), se fundó en Tánger una Sociedad de carácter puramente sionista, denominada *Bene-Syon*.

Esta entidad cuenta con un programa muy interesante. En primer lugar se propone organizar conferencias en una sinagoga de la localidad acerca del tema del sionismo y judaísmo universal; además el Comité cuenta con profesores hebreos para enseñar gratuitamente dicha lengua, el español y el francés. Cuenta también con un grupo de señoritas distinguidas de la localidad que forman la Comisión de fiestas.

El Comité de la Sociedad *Bene-Syon* está constituido por las siguientes personalidades:

Presidente honorario: D. Hilario Benoliel.

Presidenta honoraria: Srta. Celeste M. Benarrosh.

Presidente activo: D. Jacob M. Elbaz.

Presidenta activa: Srta. Messodh Maudy.

Vicepresidente: D. José D. Bensadon.

Vicepresidenta: Srta. Mazalroy Assor.

Secretario general: D. Isaac Mandy.

Secretaria general: Srta. Sara Serruya.

Secretario adjunto: D. José Schocrou.

Inspector general: D. Arón J. Assor.

Tesorero: D. Bension S. M. Benarrosh.

Vocales: D. Jacob J. Assor, D. León Sibony, don
Arón M. Pinto, D. Isaac Laredo, D. Arón R. Pinto y
D. Moisés Marrache.

SOLILOQUIO

Paseando, con tristeza grande y en compañía tan sólo de los recuerdos de un pasado venturoso, ya muy lejano, nos sorprendió el atardecer de un día, entre las tibias sombras de la arboleda del que fué en otro tiempo sitio Real de la Moncloa...

¿Momento?... El supremo instante en que al morir el resplandor del día se esconde el sol tras el último celaje, que hace al paisaje cambiar de aspecto súbitamente, poniendo en precipitada fuga el enjambre humano, que momentos antes plácidamente gozaba del frescor de tan ameno paraje y huye luego de la escarcha fría que pregora ya la otoñada próxima.

Así la escena, y aunque hermosa la tierra, nuestra inquieta fantasía nos indujo a mirar al cielo, y allá se fueron nuestros ojos mirando sobre el opulento follaje con miradas de amor puro y sincero, pretendiendo descubrir en aquella inmensidad al que dispuso tan brillantes dones. ¿Qué espíritu, de no estar dormido, no siente alguna impensada hora el dulce arrullo de la poesía?... Mirábamos con insistencia, porfiadamente, al azul del cielo, donde antes brillaba el sol, preguntándonos: Si aquí en la tierra, debajo de tan espléndido astro, todas las obras que por los hombres se hacen es vanidad y aflicción de espíritu, ¿sucederá lo pro-

pio tras esa orbe diáfana que rodea al raquíptico y miserable astro en que vivimos?...

... Ya la tristeza cambió de modo de ser, ya no hay tristes, el soñador de cosas altas, grandes e inmensas ya no existe; a tiempos nuevos, nuevas tristezas, atorméntanse los hombres a sí propios, recorremos nuestro calvario asistidos por el orgullo, la impiedad y los malos deseos, *no sabemos subir al cielo*, y sin fe y sin valor y sin energías, la desesperación, consecuencia lógica de nuestra miserable pequeñez, abruma nuestro pensamiento con un profundo dolor.

Pero esto no es nuevo, aunque lo supongamos así. *¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará.* Nada hay nuevo debajo del sol...

¿Hay en el mundo algo, cosa alguna, de la que se pueda decir: he aquí, esto es nuevo?... Lo fué ya, en los siglos que nos han precedido; lo que sucede, es que no hay memoria de lo que sucedió, como tampoco la habrá de lo que sucederá en los que sean después.

Trabajamos, trabaja el sabio y trabaja el necio, y el resultado y producto de nuestra actividad lo dejamos a otros que vendrán después, sin obtener de nuestros afanes y trabajo mas que sufrimientos, penas y desengaños, donando casi siempre nuestra hacienda a seres que nunca trabajaron en ella... Esto también es vanidad y soberbia... Produciendo además nuestro esfuerzo y nuestras buenas obras un movimiento de envidia, casi siempre, a nuestro prójimo.

Todo lo que existe bajo el sol tiene *su tiempo y su sazón*... Tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de reir y tiempo de llorar, tiempo de amar y tiempo de aborrecer, tiempo de paz y tiempo de guerra, tiempo... así, hasta el

infinito... Todo lo hizo Dios hermoso en su tiempo: aquello que fué, ya es, y lo que ha de ser, también fué ya. . Felices los que murieron, pues no verán las violencias que se hacen debajo del sol, sin que las lágrimas de los oprimidos encuentren mano cariñosa que las enjague y consuele, encontrando tan sólo debajo del astro Rey, amparo, fortuna, amistad, gloria y .. ¡los opresores!, en cuya mano está la fuerza, siendo en el día ésta, la *razón suprema*.

¿Qué fué de vosotras, alegrías de mi alma? ¿En dónde estáis, que ya el dolor obscurece mi pensamiento?... Ilusiones y esperanzas, ¿cómo huisteis, ahora que el dolor más duro que nunca penetra en mi dolorido corazón, y el alma triste, muda y medrosa desfallece?... Mas idos en paz. ¡Quién sabe si no es justo castigo a la vanidad y aficción de mi espíritu vuestra ausencia!...

Como sucedió a otros, me sucederá también a mí; ¿para qué, pues, he trabajado y luchado hasta ahora?... Por vanidad tan sólo, pues ni del necio ni del sabio habrá recuerdo para siempre; pues en los próximos días, en los días venideros, todo será olvidado, morirá también el sabio como morirá el necio... Aborrezco, pues, la vida; pues la vida que se hace debajo del sol es vanidad, todo es aficción de espíritu...

.....

EDUARDO MARÍA SEGOVIA.

Septiembre, 1920.

ARTES PLÁSTICAS

Artistas españoles contemporáneos

Por Ballesteros de Martos.—Prólogo de José Francés. Editorial *Mundo Latino*.—Madrid, 1920.

He aquí, lector, un gran libro en materia de Arte, llamado a ocupar lugar preeminente entre todas las publicaciones españolas de divulgación crítica.

Artistas españoles contemporáneos viene a llenar un gran vacío en las publicaciones de Arte español, en las que apenas si existen juicios críticos sinceros sobre nuestro desarrollo y progreso artísticos contemporáneos.

La obra del Sr. Ballesteros llevaba implícita gran serie de dificultades, porque resulta, en verdad, arduo y escabroso el juicio imparcial y entusiasta que se haga de los valores artísticos de actualidad, en lo que precisa un apartamiento grande de vulgares corrientes, de falsos éxitos, de aparentes triunfos que muchas veces se consiguen con el compadrazgo y la parcialidad, o con el mal gusto y la ignorancia, vicios y defectos tan arraigados en España.

Este libro, tras un erudito y razonado prólogo del ilus-

tre crítico de Arte y novelista José Francés, bosqueja la historia artística contemporánea de cada una de las Bellas Artes, con especialidad la pintura, y hace consideraciones acertadísimas, juicios imparciales y peritos, y observa el curso y desarrollo del Arte en su concomitancia con los tiempos y países, todo tan atinadamente, que coloca a su autor en el lugar que tuviera una profunda y reconocida autoridad en la materia.

Después de inquirir las orientaciones de la pintura y la escultura actuales en España, entra de lleno en el estudio de la obra de los principales artistas jóvenes que luchan por regenerar el Arte, tan sometido aún a prejuicios y arcaísmos.

Y así, tras de ponderar brevemente la obra de Sorolla, Zuloaga y Anglada—la triada de las más altas cumbres del genio pictórico en España, que tienen tendencias iconoclastas y renovadoras—viene en estudiar la labor de esos otros maestros—algunos incomprensidos en sus méritos—que se llaman Viladrich, los Zubiaurre, Alvarez de Sotomayor, López Mezquita, Hermoso, Pinazo, Beltrán, Llorens, Winthuysen, Bello Piñeiro, Ruiz e Iturrino en la Pintura, e Inurria, Julio Antonio, Macho e Higueras en la Escultura.

En estos estudios campea la imparcialidad y el buen sentido. En todos se elogia lo digno de ello, y se censura, parcamente, lo amanerado y anacrónico. Y estos estudios críticos, sobrios en cuanto al personalismo, enérgicos en los principios, se encuentran amenos, porque en ellos se sahumán bellas narraciones de la policroma gama de emociones y escenas de la vida de estos héroes del arte, casi todos

verdaderos luchadores contra el medio inhábil en que predominan, como notas características, la incomprensión y la falta de premio, y en el que es tan difícil conseguir y tan meritorio lograr el asentir el reconocimiento de la personalidad, fin individual a que debe dirigir sus miras el artista para ennoblecer y hacer progresar el Arte.

* * *

Todos los estudios que de nuestros ilustres artistas en este libro se hacen nos parecen justos. En todos se deja ver el merecido aplauso a la noble labor, así como la ingenua censura a los reflejos de academicismo y demás defectos que algunos en determinadas manifestaciones conservan. Y esa ecuanimidad en el juzgar campea en la crítica de todos los artistas mencionados, lo mismo para el austero catalán, los refinados hermanos vascos, el reposado ferrolano, el laureado granadino, el entusiasta extremeño, el ilustre valenciano, el sensual cubano, el paisajista coruñés, el sevillano «pintor de los jardines», el seiñense pintor de Galicia, el místico andaluz y el poco conocido bilbaíno, que para el profundo cordobés, el malogrado tarraconense, el palentino genial y el modesto jaenés.

De todos esos estudios individuales cuatro hay que nos encantan sobremanera: son los dedicados a Eugenio Hermoso, Cristóbal Ruiz, Julio Antonio y Victorio Macho. Estos son, a nuestra manera de ver, los mejores y los que constituyen rotundos y claros modelos de expresión.

El estudio de la obra de Hermoso es un bello canto a la modestia y a la humildad tutelar, que no es óbice para que alumbre prodigiosos genios que llegan por su propio va-

limiento a la cúspide de la celebridad. El caso del artista extremeño es tal vez el más notable capaz de presentarse, en que se funden el entusiasmo y la inspiración juvenil, la pobreza de medios materiales con que desarrollar las dotes artísticas. ¡Y qué hermoso es pensar en toda una serie de inconvenientes, de escaseces, de oposiciones que el artista sufrió hasta lograr lo necesario para abrirse paso! ¡Y qué hermoso y admirable para él y para sus deudos—así como para todos los que apreciamos el verdadero valer ajeno a terrenos intereses—evocar aquellos tiempos no lejanos en que el que había de ser gloria del arte estaba convertido, a la sazón, en un chico sin instrucción, hijo de un humilde jornalero pueblerino, a quien ayudaba en sus rudos trabajos agrícolas!

Tratando de la obra de Cristóbal Ruiz se ve la labor de un místico de la pictórica; pero un místico que no coarta la libre expresión de la manifestación artística, sino que se complace en presentar los temas más sobrios y sencillos, los paisajes más escuetos y desnudos: esos temas que a nosotros tanto nos gustan para hacernos ver en ellos toda la fuerza y el realismo todo artístico de la Naturaleza. Y a este respecto nada podremos decir nosotros que en hermosas observaciones no nos diga el autor del libro.

De Julio Antonio trata admirablemente, descubriendo toda una vida de perpetuo combate del héroe contra la sociedad presente en España imperante, que con sus venalidades y sus nepotismos hace que se presente un caso como éste de que muera minado por la enfermedad que produce la obscuridad y la ignorancia, un genio portentoso como el de Julio Antonio, víctima de las escaseces y los desempe-

ños, de la falta de tributo merecido por un coloso del sentimiento como este insigne, poco ha de la vida arrebatado. Aquí, al hablar de este escultor, no podemos por menos de reflexionar en el significado de aquel pasaje de su vida que nos refiere Ballesteros, cuando el malogrado artista, acompañado por su hermano espiritual el pintor, también catalán, Viladrich, recorrían pobres e ignorados los pueblos de nuestra España para ir adquiriendo el conocimiento pleno del alma de la raza en esos tipos fuertes, inconfundibles de los esclavos del *agro*, de los habitantes del terreno, a la vez que contemplando el tesoro artístico de cuadros y monumentos antiguos, disperso en pueblos y capitales. Nos referimos a cuando llegaron, rendidos de caminar a pie, ante la vetusta Pamplona, cuando gritaron y exclamaron aquellas gentes, devotas de la religión en su falso concepto, que vieron las abluciones higiénicas de nuestros artistas en la fuente a la hora en que la aurora despuntaba por Oriente; y las mismas que luego, al irreverente pero desintencionado ruido de los mismos, cuando descansando en la Catedral, a hora de oficios litúrgicos se durmieron—carienciendo de otro albergue—, les persiguieron y arrojaron de la ciudad con una nube de piedras, a ellos, ¡a dos insignes artistas carentes de medios para realizar su obra! ¡A Julio Antonio, uno de ellos, el escultor del alma castellana, que pasaba o ignorado o despreciado por la masa estulta y cretina de la población, que sólo cuando hubo de morir se supo apreciar la labor excelsa del insigne escultor, labor que con ser grande sólo constituía las ofrendas incipientes de un coloso en los comienzos de sus facultades!

El otro estudio que nos agrada sobremanera es el de la

obra de Victorio Macho, artista que, a no dudar, ostenta hoy el cetro de la escultórica española, por la espiritualidad de su estilo y lo distintivo de su personalidad en sentir y crear algo supremo en el ideal de la raza, y del que hay que esperar mucho más dada su juventud. En lugar tan preeminente le colocan, a nuestro juicio, obras como la del monumento a Galdós y el del doctor Llorente, de que es autor.

* * *

Para finalizar vamos a transcribir algunos párrafos del libro que ponderamos, fragmentos que nosotros substituímos como expresiones hermanas de otras que nosotros tenemos proclamadas como expresiones de nuestro ideario. Unas son juicios atinadísimos sobre los grandes genios del arte; otras, consideraciones del verdadero gusto que debe existir en materias de estética, y las demás tienen amplio y exquisito significado en el acervo de consideraciones y doctrina de la filosofía de la vida en su amplia manifestación.

Veamos algunas líneas que nosotros tenemos subrayadas en el libro:

—«Goya, que ha sido el pintor más grande de todos los tiempos.»

—«... lo único plausible, lo único perdurable en el arte es la manifestación espontánea del temperamento.»

—«... los tres genios de la pintura universal: Teotocópuli, Velázquez y Goya.»

—«El arte es otra religión que tiene por dios la Belleza y por apóstol el Sentimiento, y no puede, sin apostatar, sin

declarar su muerte, renunciar a su credo, cuyas bases son la libertad y la independencia. ¿No fué el Renacimiento un grito subversivo que reclamó para el arte esa libertad e independencia negadas por el catolicismo?»

— «En el mundo no hay mas que un privilegio: el del talento, y éste no es patrimonio de nadie, nadie goza su exclusiva.»

— «Italia, la inmortal tierra que con España comparte el cetro del Arte.»

— «Axioma del Arte: renovarse o morir.»

— «La Naturaleza, como mujer pudorosa, no se desnuda ni muestra sus encantos a los que van a ella como simples curiosos; únicamente se entrega a aquéllos que la han rendido antes su alma, a aquéllos que dieron reiteradas pruebas de su amor y su lealtad. No los concupiscentes, los caprichosos y los vanos sino los verdaderos amantes, los devotos, los limpios de corazón son sus elegidos.»

— «Las cataratas del Niágara son imponentes, a no dudar; pero, ¿acaso un campo en barbecho, inundado de Sol, bajo un cielo impoluto de intenso añil, no es emocionante? Los bosques de árboles centenarios, cuyas frondosidades tejen caprichosas techumbres de follaje, son, sin disputa, de grandiosa belleza; pero, ¿acaso no es emocionante un olivo polvoriento en una quebrada, o un pino gentil en medio de una llanura atezada? Un río que sigue su curso entre márgenes pintorescas es, ciertamente, hermoso; pero ¿qué decir del langor de un atardecer en que allá, muy lejos, cerrando el horizonte, unos montes de ensueño adquieren tonalidades violetas y anaranjadas?»

— «... El Arte no se hace nunca para los demás: se hace

siempre para el propio artista; pues en cuanto éste se preocupa de la opinión ajena y trata de adaptarse a ella, deja de ser artista para convertirse en artesano o en mercader.»

—«El cerebro de ninguna manera puede ser el creador del Arte: tiene que ser forzosamente el sentimiento. Si el cerebro interviene en la creación artística, no será nunca como factor esencial, sino como elemento secundario, como tónico.»

—«... Galdós intelectual, lleno de bondad y de misticismo, pero de un misticismo diferente al religioso; un misticismo pagano, humano; un misticismo que no es simplicidad moral ni perturbación del sistema nervioso; un misticismo que es amor a la humanidad, disculpa de sus errores y perversidades, compasión de sus miserias y dolores y deseo de mejorarla.»

ANGEL DOTOR

(De *El Día*, de Toledo.) Agosto, 1920.

GALERIA CRITICA DE POETAS DEL ULTRA

Guillermo de Torre.

Como una antena vertical en los agros de la avanzada literaria, según él mismo gusta simbolizarse, se nos aparece, en efecto, este interesantísimo poeta y vigía eréctil, poseído de un inexhaustible nomadismo mental. Henchido de gérmenes deveniristas, precursores de proteicas evoluciones, y acordando su paso al ritmo aviónico de sus cerebraciones insurrectas, surge en la ribera ultraica de la literatura novísima Guillermo de Torre y Ballesteros, caracterizado ya como poeta ultraista, prosador impecable y vertical, creador de un viril estilismo energético y crítico mayéutico de Nueva Estética.

Al constatar la edad de este intrépido literato madrileño —que roza la curva prometedora de los veinte años— asombra la fecunda trayectoria de su espíritu a través de las florestas inespaciales, desentrañando los frutos inmáculos. Desde los quince años, su sed insaciable de más allá le impulsa a superar todos los hitos limítrofes y a evolucionar

dinámicamente, ávido de perspectivas originales. El mismo nos lo revela en unas bellas líneas sinceras: «Dentro de este lustro consciente de mi vida, he cumplido más de cinco avatares transmigratorios y funambulescos, y he evolucionado «rizando el rizo», superando el vértigo de los «hangars» siderales, y ensayando raros aterrizajes sobre los polos antípodas del intelecto velivolante... Ansío todo, todo lo he disipado jovialmente, y aunque permanezco en el umbral, tengo la providencia del último vértice. padeciendo una mental voracidad, paradójicamente simultánea a una mueca desdeñosa e incrédula, y a un inmaturo hastío que me hace mirar, en la euforia nihilista, como algo marchito todo lo aún quizás fragante...»

Sólo estas palabras nos revelan ya suficientemente la calidad admirable de este escritor impar, extrarradial y nihilista, antitético de toda la cohorte de poetas frivolisantes y prosistas panúrgicos, avenidos con las secuencias ritualistas. Es Guillermo de Torre, por consiguiente, la iniciación de un nuevo tipo de intelectual descubridor y argonáutico, en nuestros agros de Iberia, tan hostiles a la aceptación de nuevas figuras, y donde tan enraizadamente penetran los tradicionalismos insolventes. Así se explica que, en lugar de alentar y conceder una alta valoración a los espíritus nuevos, de arriesgada originalidad—como aun en el radio exiguo de minorías selectas sucede en el extranjero—, aboliendo los «pasticheurs» anacrónicos, aquí imperen esos cadáveres vivientes, y se envuelva, por el contrario, en una acerba conspiración silenciosa, los esfuerzos púgiles y las voces subversivas de los lucíferos audaces, que alzan la antorcha de su modernidad. (El caso de un Cansinos-Assens,

artista puro, densamente original e inclaudicable—que en *El divino fracaso* ha tamizado el dolor de la incomprensión asesina—martirizado con sus libros inéditos durante quince años, mientras aparecían tantas estulticias; y el de un estridente Ramón Gómez de la Serna—para citar los dos ejemplos más próximos, destacados en nuestra reducida y selecta tabla de valores vivientes—imprimiendo, editando y regalando por sí mismo, durante diez años, sus iniciales libros personalísimos, son claramente representativos de la opacidad de nuestra atmósfera literaria y del imperio de los saurios conformistas y viscosos.)

De ahí que Guillermo de Torre se nos aparezca como un temperamento ingénitamente original, excepcionalmente dotado, y con una fisionomía inaudita en el área española, destinado por ello quizás a hallar su aclimatación en otras latitudes, en donde de haber nacido tendría ya una prestigiosa categoría y la seguridad de irradiar su obra germinal. No obstante, Torre está decidido a avanzar arrostradamente en su ruta enespacial, entre la comprensión dilecta de unos y las hipócritas censuras de otros, seguros de que aquello que más le reprochan es lo que constituye su intransferible *Yo*, la clave de su afirmativa originalidad.

Rasgo liminarmente característico en la personalidad de Guillermo de Torre es su amor representativo a las ciudades multánimes, donde sitúa sus concepciones porveniristas, por encima de la vida trivialmente arcádica de los pueblos-ubres de lirismo delicuescente. Su alto espíritu vivificante y optimistamente energético matiza la potencialidad verbal de sus cantos con el ritmo contemporáneo de trepidaciones maquinísticas, acordes aviónicos, bocinazos, gritos

lisiados, férreas sonoridades, silbidos fabriles, metálicos campaneos y toda la yankee decoración polifónica de un trepidante paisaje urbano. Este desdén a los pueblos y su efectivo desplazamiento hacia las ciudades de vida tentacular y multitudinarias perspectivas, asume fervorosas irisaciones de canto dionysíaco en el espasmo hipervitalista y a través de los sacudimientos energéticos del Verbo. De ahí que su lirismo posea la conmoción eléctrica de miles de watios. Y de que Torre exalte en temáticas teorizaciones —señalamos sus prosas *Apoteosis de los carteles* e *Itinerario noviespacial del paisaje*—las perspectivas plurales vibracionistas, no ocultando su epigónica admiración por Whitman, Verhaeren, Marinetti, Pound, Sandburg, Wolfenstein y Cendrars, iniciadores de un lirismo auténtico, cósmico y muscular.

Este joven escritor—el novio oficial de mademoiselle *Dadá*, como él mismo se iluminó humorísticamente en el interesante *Album de retratos* que publica la revista *Grecia*—enlaza directamente con todos los precursores de la estética reconstructiva básicamente modernos. Toda la exaltación maquinística de sus poemas, toda la amplia saturación de galvanizante dinamismo de sus prosas, tienen su gesto augural en las estéticas futuristas. Así todas las bellas audacias de los poemas marinettianos y cendrarsianos encuentran su repercusión, más peculiares aportaciones de imaginismo vital, en los libros de Guillermo de Torre. Y las imágenes de sus poemas tienen un aviónico sonido porvenirista en la cinemática estructuración cubista, cuyas innovaciones tipográficas—creadoras de un valor lírico visual por encima del auditivo, como decía Apollinaire—ha

prolongado del mismo modo que las creacionistas, con la entronización de la imagen múltiple y dinámica.

La intimal inquietud y la disconformidad de Guillermo de Torre con el viciado ambiente pseudoliterario español, dentro del cual debe sentirse extranjero, ha sido la causa de su desplazamiento espiritual hacia otras juventudes vanguardistas; y este ávido contacto con los escritores avanzados de la literatura mundial, se señala en su ruta literaria por numerosas y oportunas traducciones de Apollinaire, Reverdy, Tzara, Picabia, Huidobro, Marinetti, Dessy, Salmon, Cocteau, Dermée, Cendrars, Morand, Souppault, etcétera, y por heptacrómicos arcos triunfales de sugestivos estudios críticos de esas figuras cardinales, que forman, en unión de otras, su libro inédito *Antología crítica de la novísima lírica francesa*.

Revelando su potencialidad creadora y la órbita de su espíritu poliédrico, tiene Guillermo de Torre, próximos a aparecer—cuando el obtuso industrialismo del ambiente editorial, salvo leves excepciones, limitado a satisfacer los instintos afrodisiacos y banales de un público indiferente y procaz, rompa la cuerda que sostiene tenso el arco de su espinazo, y vuelva la vista a una minoría de lectores, de indudable buen gusto y sagaz penetrabilidad mental—los siguientes libros originales: *La hélice del Zodíaco*, selección de poemas, versiculario, aviogramas, palabras en libertad; *El Lucífero*, prosas alquímicas y politemáticas; *Hermeneusis y sugerencias*, síntesis de teorizaciones estéticas y normas ideológicas, que con la indicada *Antología crítica* y un álbum de poemas, en francés y español, *Danses de la couleur*, con ilustraciones órficas de mada-

me Sonia Delaunay-Terk, constituyen un índice valioso de su personalidad eclatante.

Guillermo de Torre—que con Eugenio Montes constituye la extrema izquierda del grupo ultraico—fué el primer intuitivo ultraísta, y como tal lo reconoció Cansinos-Assens, matizando, sin embargo, su meteórico vislumbamiento con finas ironías; pues en un artículo publicado en *La Correspondencia de España*, en noviembre de 1916, ilumina ya su audaz perfil heterodoxo, señalándolo como epígono de Ramón Gómez de la Serna, al constatar los barroquismos líricos y los conceptistas dédalos verbales en que entonces se intrincaba De Torre. Ya en 1917, éste, solitario y rebelde, impulsaba fragmentariamente—en una maravillosa providencia—desde las páginas de Revistas varias—*Los Quijotes* y *Los Ciegos*, de Madrid; *Paraninfo*, de Zaragoza; *Atenea*, de Valencia, y *Nosotros*, de Valladolid—, la intención superadora del ultraísmo, signando por ello muchas de sus composiciones con el título de *Prosas o poesías ultraístas*, sin infundir a este título genérico el propósito deliberado y transcendente de formar escuela. Cuando a últimos de 1918 llega de París a Madrid Vicente Huidobro, trayéndonos en su valija diplomática—que dijo Cansinos—el creacionismo, Guillermo forma, en unión de Mauricio Bacarisse y Alfredo de Villacián, la cohorte de sus íntimos, siendo de los primeros en comprender, amar y difundir sus paradigmas creacionistas.

En diciembre de 1918, Cansinos-Assens pronuncia la palabra *Ultra*, no con propósito egolátrico, vanidoso y absorbente, como los míopes envidiosos propalaron malévolamente, sino en un gesto de generosidad espiritual, y como

lema distintivo de un grupo de poetas jóvenes, radicales y post-modernistas. Guillermo de Torre nos da cuenta de su ingreso en esta tendencia—que ya aisladamente cultivaba con luminica intuición—en algunos párrafos pertenecientes a un *rapport* informativo que ha enviado a Gómez de la Serna para su libro *El cubismo y todos los ismos*: «A fines de 1918, tras extinguirse la humareda del último obús, Cansinos Assens, deseando cultivar la semilla lanzada por Huidobro, y sobre todo, aprovechando las anticipaciones heterodoxas de algunos ya destacados entre nosotros, me anunció su propósito de formar una pléyade de literatos vanguardistas, aboliendo toda la bisutería poética vigente y propulsando una firme tendencia de superación indeterminada, bajo el nombre genérico de *Ultra*, dentro de la cual irían luego surgiendo las individuales y características direcciones específicas. Yo entonces le recordé mis anticipaciones, y cómo era necesario seleccionar los nombres antes de arrostrarse. Después, y por no haber recibido previo aviso, experimenté asombro al leer en varios periódicos madrileños un manifiesto anunciando la aparición del ultraísmo y ver mi nombre entre los que lo suscribían. Tuve la videnia de una precipitación y de una confusión indudables, y no obstante, no estimé oportuno rectificar por no causar una defección a Cansinos, y preferí aceptar el riesgo de los equívocos a cambio del impulso confraternal que en el grupo pudiese hallar.»

Guillermo de Torre, que con anterioridad a cualquier otro evolucionó en arriesgados virajes aviónicos sobre todos los novísimos panoramas literarios —recordemos que no es sólo el aclimatador del cubismo literario, destacándose tam-

bién como el primer importador de *Dadá*, pues hace no más que un año, cuando esta modalidad era completamente desconocida en España y aun en París, él ya irradiaba hasta Zurich, en comunicación anténica con Tzara y Picabia—no necesitó de las iniciales y persuasivas teorizaciones cansinianas, como otros del grupo ultraico, para alcanzar sus módulos vibracionistas, que ya captara con anterioridad. Su interferencia ideológica con Huidobro, su desplazamiento hacia todas las literaturas de vanguardia y su cultura básicamente contemporánea, han bastado para que se sintiera «en posesión de la clave comprensiva del cubismo, y oriéntase hacia este arte noviestructural y hacia sus panoramas hiperdimensionales toda su simpatía creatriz y hermenéutica». Así, pues, en una sincera valoración debemos sostener que Torre, con anterioridad a la constitución del grupo ultraísta y a la llegada del creacionismo, había ya logrado sus plasmaciones poemáticas y sus previdentes conceptos del Ultra.

En 1919, desde las páginas de CERVANTES, comienza a exteriorizar su potentísima labor ultraica, publicando, entre otros originales, una prosa, *El peligroso silenciario*, y varios poemas: *Versiculario ultraísta*, *Canto dinámico* y el primer *Aviograma*. Escritos en 1917 y 18 son, sin embargo, de una perfecta ideología ultraica y plenamente acabados de forma—pareciendo imposible que su estilo alcanzase entonces ya los arquitecturales refinamientos y la potencial plenitud que hoy tiene—, viniendo a confirmar nuestras anteriores palabras, y dando a Guillermo de Torre una prioridad temporal con respecto a los demás del grupo. A mediados del 19 empieza a escalonar en *Grecia* sus polifacéticos poemas, habiéndose abstenido de colaborar an-

tes hasta la total metamórfosis de esta Revista. Este vibrátil escritor, que quiere para su tendencia una hermética pureza y una radical delimitación, se declara a fines de 1919 —forzado a ello por la continua admisión en el Ultra de adolescentes indocumentados y rezagados tardíos— «cubista integral y ultraísta tangencial por afinidad a ciertas figuras y matices de este movimiento». Estas palabras de mirífica diafanidad fueron erróneamente interpretadas por algún estrábico exégeta circunstancial, y dieron origen a un ligero revuelo y a la falsa creencia de la deserción de Guillermo de Torre de nuestro grupo. Mas el tiempo ha desvanecido todos los errores, y Guillermo continúa incorporado a esta pléyade, hoy ya totalmente seleccionada y de un valor afirmativo al haberse eliminado los elementos impuros.

Dentro del recinto ultraico, Guillermo de Torre aparece erguido y solitario, con una irradiante personalidad inconfundible. Su influencia se ha diversificado rápidamente. (¿Por qué ocultar el ascendiente de mi estilo?) Recordemos estas estrofas de su *Versiculario*, que tantas extravagancias han tenido después en otros prosélitos: *Por sobre el oceano ácueo bogan brazos alados, al flanco de los torsos adolescentes. Sus torsos gemmados de estrellas puntúan el horizonte esdrújulo. Y por entre el cradriculado de los hilos telefónicos se columpian los amantes libertarios. En las azules glorietas, niños inmaturos enrollan en sus dedos los hilos de los aviones. ¡Y núbiles andróginos manipulan los interruptores de las estrellas vesperales! En las bóvedas craneales insurgentes de los transeuntes rebeldes florece un trolley que enlaza su alma a la luna corniveleta. Los pungentes anhelos supe-*

radores de los discóbolos ultraístas cristalizan en arcos voltaicos.

En ninguno de sus hermanos de tendencia han tenido una aceptación tan plena y vital, con prolongaciones sugerentes, las *Mots en liberté futuristes*, de Marinetti, y los *Calligrammes*, de Apollinaire, como en este escritor dinámico y muscular, caracterizado también como pugilista polémico. Su disconformidad con los criterios de los eunucos le han mantenido siempre pulcramente al margen de los muestrarios baratos, donde triunfa la pseudo literatura circulante. Y en una fecunda labor literaria se desplaza hoy ávido y tentacular en múltiples Revistas selectas de avanzada, como *Grecia*, CERVANTES y *Cosmópolis*, de Madrid; *L'Esprit Nouveau*, *Projecteur*, *Cannibale* y *Les Lettres Parisiennes*, de París, y *Poesía* y *Dinamo*, en Italia.

En la estética de este gran poeta ultraísta—que tiene en Whitman, Apollinaire y Marinetti sus ascendientes evolutivos—destacan como antenas señeras un barroquismo atlántico—cuya progenie, en un estudio sobre Bacarisse, él fué el primero en reivindicar, iluminando el maelstrom energético derivado de Mach, Ostwald y Kelvin—y un peculiar estilismo de nuevo cuño, y de exultadora ritmización verticalista. En sus poemas y en sus prosas más características, publicadas hasta hoy—recordemos, cotejándolas, su *Epiceyo a Apollinaire* y su exaltación de Thérèse Wilms—, se hermanan una reciedumbre léxica y una delicadeza emotiva, en el conjunto fragante y energético. Su espíritu vibra helicoidalmente, devanando los laberintos barrocos y perforando las perspectivas inéditas. De ahí que en su poliedrismo noviestructural nos sea imposible carac-

terizar su efigie con un adjetivo limítrofe. Y paralelamente al sector futurista de su obra podríamos señalar ideaciones cubistas, imaginismos creacionistas y aun acrobacias dadaizantes. La aviónica psiquis velivolante de Torre se enproa nordestalmente hacia todos los horizontes del Arte Nuevo. Una lancinante inquietud de agotar los itinerarios le ha llevado a desflorar las auroras polipétalas de las estéticas enedimensionales. Así las más sagaces interpretaciones críticas y las más calurosas apologías de las nuevas direcciones intelectuales y pictóricas, tan tímida e indocumentadamente afrontadas por otros, han sido exaltadas por Guillermo de Torre, trazando una estela de consanguíneos matices hermenéuticos.

En toda su obra hay una vital predilección hacia los panoramas vibracionistas, y sus poemas, contruidos en una atrayente ultravertebración tipográfica, tienen una muscular vibración, sugeridora de todo el férreo vibrar de bielas, correas, engranajes, ruedas, poleas y todo el siderúrgico fragor peculiarizante de las maquinarias modernas, cuyo encanto estético ha sido hallado por los iniciales futuristas, y cuyas prolongaciones temáticas han encarnado en el cubismo fabril de Léger, y en el mecanicismo abstracto de Picabia. Y no es que Torre comparta las ingenuas topificaciones marinettianas de otros, sino que acepta los postulados esenciales del futurismo como algo básico en su ideología, dando una proyección *actualista* a todas esas alegorías flotantes, de nueva categoría estética, que la civilización occidental aporta al Arte auténticamente contemporáneo.

He aquí un sugerente mosaico simultaneísta de sus apo-

tegmas directivos: «Obsesión giróvaga. Espasmos de polarización dinámica. Visión multiédrica de los horizontes rasgados e insurrectos, en la yuxtaposición de las perspectivas planistas paróxicas. Parpadeo ciliar de los arcos voltaicos sobre los racimos multitudinarios. Cristalización de la salutífera obsesión vetustófoba. Dehiscencia de la Rosa polipétala que simboliza mi avidez noviespacial y mis ansias filoneístas. Vibracionismo cinemático. Simultaneísmo estético-accional. Eclosión plenisolar. Mutación de las fragantes perspectivas noviestructurales. Verbalización abstracta...»

Guillermo de Torre se nos revela en su crepitante orto floreal, henchido de dones únicos y situado en el vértice irradiante, en la confluencia triangular de la novísima planimetría estética. ¿Qué influencias prevalecerán en él, y hacia qué cumbre nórdica emproará su brújula mental en sucesivos avatares intelectivos? Difícil precisarlo. Por el momento nada tan sugerente y afirmativamente valioso como los panoramas tetradimensionales que él va audazmente rasgando. Y nada tan henchido de líricos augurios, como el meridio triunfal que logrará su obra, en su inexhaustible polarización hacia todos los vértices porveniristas...

JOAQUÍN DE LA ESCOSURA.

E - N - S - A - Y - O - S
D - E M - E - L - A - N -
C - O - L - I - A

II

Yo ante Amiel.

Voy a dar un estado de ánimo—el primero, exterior, como ante una tela—de un libro. Yo—un uno, afrontando la responsabilidad solitaria, y alejándome de los velos gramaticales del *nosotros*—he leído el *Diario* de Federico Amiel. No he logrado nada mas que una lectura de ojos, epidérmica, el calor de la sensibilidad. El sentimiento—(que es formar y estar sugestionado por el paisaje, entregarse a la vida en su retrato y en su fuerza, la rebeldía en línea recta, estar con Dios y con la carne)—no lo he alcanzado. Creo que la sensibilidad es el sentimiento en paños menores.

¿Yo ante Amiel? Como sé que estoy en la epidermis de su libro, esto me lleva a la adoración—pedagógica y religiosa—me encuentro en la humildad. Antonio—ahora un paso más—aprovecha ocuparte en la oración de sus páginas. Amiel ha escrito el libro: Yo admiro. Siempre es un consuelo—en esta humanidad de tantas realidades amargas y sueños cortos—el que algunos hombres nos hayan escrito unos libros. Salvando aquello de las margaritas y lo otro de los puercos. ¡Oh grata paradoja de la soledad del papel impreso! El orgulloso solitario—ese hipocondríaco que camina por los senderos del silencio por no mancharse con los roces de los hombres—y que acaba dándonos bajo su firma, hasta en forma bella, toda su vida. Mirando el temple actual de la lobera social es una inmoralidad entregar a voces el interior. Amiel: *He aquí un humilde que se ejercita en la oración, agradecido por tus páginas.*

* * *

Estos renglones—ya lo hemos advertido—son de mirada y saludo. El ánimo, en atención vertical, irá tapizándose en torno a la doctrina. Este propósito—¡oh dulces cadenas de la amistad!—no es penetrar. Es afirmarnos en la fe—ante el águila y su mirada divisadora de lo microscópico—de que no escribiría este libro. También hay que disciplinarse arrojando a la vanidad muestras que nos presenten nuestro enanismo.

* * *

La presencia del *Diario* de Amiel anuncia unos pasos en las tinieblas. Por la mano que nos saluda presentimos sutilmente las corrientes de un alma. ¡Oh!, cuántas veces en las manos—anécdotas de la sangre, del dolor y del ideal—hemos hecho una profética lectura.

Admiramos de este libro—(dejamos para otra ocasión la atención del interior)—la visión de tela convocando al maravilloso silencio que requiere lo solitario y lo único.

ANTONIO M. CUBERO.

Caminando por los pueblos de la línea: «Goya-Almorox.» 1920.

Antología expresionista

EL ARRANQUE

Ya una vez las trompetas desgarraron en sangre mi corazón impaciente.

Hasta que éste, saltando como un potro, tascó furioso el freno.

En ese tiempo los tambores llamaron al asalto en todos los senderos

Y la música de la lluvia de balas fué para nosotros la más magnífica del universo.

Luego de pronto se detuvo la vida. Entre árboles viejos manaron las carreteras.

Nos seducían alcobas. Era dulce detenerse y perderse, Desnudar la realidad al cuerpo como de un uniforme polvoriento

Y ahogarse en los tapices suaves de las horas de sueños.

Pero una mañana el eco de señales arremetió la niebla, Silbando cual un sable. Como cuando en la obscuridad de pronto luces chorrean,

Como cuando en el vivac de mañana irradian las
trompetas

Y los soldados cantan y ensillan los caballos y levantan las tiendas.

Yo me vi empujado en las filas que asaltan mañaneras—fuego sobre los yelmos y cornetas—.

Adelante, la lucha en la mirada y en la sangre, la rienda suelta...

Tal vez aquella noche nos acariciarían marchas triunfales

Tal vez en cualquier parte yaceríamos tendidos entre cadáveres

Pero antes del tumulto y antes de hundirnos

Nuestros ojos, borrachos de tierra y sol ardiente, se saciarían.

ERNST STADLER

1912

(Por el oleaje de sus himnos, por su entusiasmo ante las polifonías occidentales, Stadler es—con Kilke, Trakl y Jorge Heym—un precursor de los expresionistas. Cálido y convencido. Bueno, de esa bondad ecuaníme que al anochecer tienen los árboles y las fuentes. No sé qué faz romántica y rezagada en la fisonomía de su espíritu le hizo germanizar los poemas pueblerinos de Francis Jammes. El 14—en su arbitrario y trágico rol de teniente de artillería—le ultimó una bala francesa.)

LUSITANIA

Las torres de agua cierran al despeñarse una boca.
Atravesadas manipulan las lanchas.
Marineros berreantes gotean de los mástiles.

Escarabajos sacudidos.

Balidos de sirenas.

Radiante de luna se hunde la cortesana
Agujereada por la virilidad del torpedo.
Hierven las olas. Úlceras.
Plantas del mar untan las caderas de tablas.

...¡Lusitania! Palacio en los abismos flameado
Abigarrado, con jardines chorreantes—¡con antor-
chas!

Tu claro cuerpo dislocado por delirantes infiernos
(... hasta que una caricia te despierte...)
Ya lame el bajo azul el gallardete
y sirenas—¡las sirenas resuenan!
Viscosidad de arco iris tus despojos devienen.

¡Oh, te levantas! Por los oceanos vuela
Tu aliento. Una columna fresca es la mañana
que tú despiertas... Hímnicamente te meces,
Pez, ¡símbolo de las humanidades resurrectas!

JOHANNES R. BECHER

(De *An Europa*. 1916.)

(Johannes R. Becher. El más alto poeta de Alemania y uno de los poetas-cúspides de la épica pluricorde europea. Crucificado sobre el mutilado torso de Europa supo ritmar, en sus himnarios plenos de ocedónicas resonancias, la gesta de la guerra y la revolución, de la agonía y del resurgimiento. Compañero de Liebknecht. Desde las barricadas de Berlín nos tiende sus poemas: puentes elásticos de acero que iluminan las máximas banderas de las metáforas.)

ARRULLO

En la honda fuente de tus ojos solloza una canción
de la tierra.

Mi madre cansa en la tumba.

La cruz de madera de mi madre florece en la verdura.

Del rostro de tu voz se mece un eco en mi alma.

En el abiento de tu regazo acuesto el crepúsculo
y la noche florece de su seno.

Mi madre se ha despertado en la tumba.

INSTANTE

Mi corazón alza la mano.

Muchos jardines florecen.

Una mirada cae de tus ojos

Y la bebe mi alma.

Un violín.

Canto yo—¿cantas tú?
Sonamos juntos
Hacia nosotros florecen todas las rosas.

KURT HEYNICKE

(Del libro *Los violines de Dios*.)

CIUDAD

Sigue el ramaje de los vientos. Las aristas
De las esquinas van empujando las calles
Curvas de luz ondeante deslumbran
Espejadas por el brillo redondo de los lugares
¡Voltea el colorismo! Desata la madeja
De los valles cansados. Hambriento queda
Siempre algo eternamente igual en los deseos
Que se empujan hasta devenir polvorientos.
Ya cada frente se revuelve en la red
De las frentes pulidas. Ya huye el movimiento
Por los canales de follaje, matando aquellas
Líneas entrelazadas que se pegan al cielo.

WERNER HAHN

(De *Die Aktion*, 1918.)

NOCHE EN EL CRATER

Nube, cráneo sin mandíbula inferior, alisa el campo
carcomido de cráteres.

En el molusco grieta se vuelve lívida la arrugada
perla enfermo rostro
Y resbala del cordón roto. Frente que aún me tiene
por ambas manos atado.

Siempre flanqueado de infinito, bostezan en mi costado
las heridas de lanza.

Ante los ojos los malos presentimientos nerviosos de
fuego a ras de tierra, como llamas de alcohol,
un exorcismo, para no sostenernos mucho tiempo en
este heroico paisaje.

Junto a las ruinas de betún y cemento, bloques erráticos
1916-17,
y escarpadas esferitas de luz, desesperado contra-
exorcismo.

Las granadas de gas estallan como un intestino pinchado,

Las proboscis de las caretas limitan su horizonte al
mínimum de existencia.

Alrededor del yelmo de acero el ventilador viento
sopla

tras de buscar inútilmente susurros en las forestas;
aquí el lecho primordial de raíces ya no mece la
tierra,

sino la detonación de las minas, el final de la trayectoria
de terribles cometas,

Encuentros calculados en no sé qué angustiosa astronomía,

bajo las frentes rizadas como cinc rígido.

Las granadas de mano se arrojan por la borda.

Al amanecer surge como en alta mar un cadáver

Color de plata o agua. Para nosotros—cual un amuleto—íntimo e inmediato.

ALFRED VAGTS

(De *Die Aktion*, 1918.)

EL CIELO NOS SOBORNA

El cielo nos soborna
con los ojos algo entornados
Las copas de los álamos
Dicen de la paz y del viento
Hermanas relucientes
Se tienden en la pradera
Sobre las vidriosas máscaras de los bosques
Las riendas del sol cuelgan
Fuego mojado
Arde en la piel verde
Paz del recuerdo
Mana sin tregua
Un arco pardo
Lentamente vuelve
Lo toma el puente
Antes que la tarde azul aparezca.

WILHELM KLEMM

(De *Die Aktion*, 1918.)

LUCHA DE AMOR

La voluntad está
Tú huyes y huyes
No tener
No buscar
Yo
No te quiero!
La voluntad está
y arranca las paredes
La voluntad está
y tuerce la corriente
La voluntad está
y arraga en sí las leguas
y jadea
ante ti
Ante ti
y odiar
ante ti
y defender
ante ti
e inclinarse
ante ti
y hundirse
pisar
acariciar
maldecir
bendecir

alrededor
de la tierra redonda!
La voluntad está!
En el mismo éxtasis
se apretan nuestras manos
y nuestras lágrimas
ondean
en el mismo torrente
La voluntad está
No tú
No a ti
La voluntad está!
No
Yo!

ENCUENTRO

Tu paso tiembla
Al vernos muere la mirada
El viento
Juega
Cintas pálidas
Tú
Te das vuelta!
El tiempo está cortejando el espacio!

AL PASAR

En los astros arde la casa
Mi paso se retiene y tiritita.
Mi cerebro duerme en tu seno.
Las dudas me devoran!
Pleno
sombrea tu busto en la ventana
Sin ruido el espionaje me envuelve
Los astros rayan hierro ardiente
Mi corazón,
se carboniza!
La ceniza que lanzó el viento jadeante
se hiela en tu ventana
Los pies siguen arrastrando el fardo vacío!

AUGUST STRAMM

(Del libro *Du Liebesgedichte*, 1919.)POEMAS

Suave temblor
Manos inclinan fuentes de brillo
Corazones de niños se estremecen
Pliegues de cielo
Estrellas el rocío de la tierra florece
Manos cogen luz vacía

Portan luz
Queman luz
Niños erran sobre mundos
Alas apoyadas al cáliz
Derramadas en el cielo
Lloran mares
Hondo viaje
Hombre
Fulgor resbalan barcas de niños
Luz aislada
Madre plañe tinieblas

Luto desola
Sin nombre
Manos hunden ojos
Sin lágrimas
Destruído por los hombres
Cabellera de viento
Palidecer
Abandonado por los hombres
Sin mundo
Luto desola
Luto desola

LOTHAR SCHREYER

(Del *Sturm*, 1919.)

(La trayectoria subcutánea y barroca que dibujan los poemas de Lothar Schreyer reflejan su actitud de pri-

*mordial anti intelectualista y su desdén por toda piro-
tecnia teórica. Artista—ha dicho Lothar Schreyer—
es el visionario que en las visiones sufre el imperativo
categórico de modelar las visiones... «No hay arte ético.
No hay arte político. No existen leyes en el arte. Cada
obra de arte trae consigo su ley... La belleza es un error
y un engaño. La obra de arte no es ni bella ni fea. El
gusto o el disgusto no pasan de ser una opinión perso-
nal o general sobre la obra de arte... Arte es aquello
que no podemos definir. Las susodichas obras de arte
(las que admira como tales el siglo) no son revelaciones
necesarias de una visión, sino fabricaciones del libre
albedrío humano...»)*

EPITALAMIO

Pájaro rojo

El corazón voló sobre las plazas que esponjaba la
noche

Las avenidas sueltas

Colgaron sus hamacas de tus hombros

Púrpura fresca se despeñó por la desnuda ventana

Los espejos bebieron las aureolas

Los ojos fueron una vid trepadora sobre tu torso
irradiante

Bajé a tu carne como quien baja a una fuente

Trapezio sensorial estrella honda gimnasia curvilínea

En la culminación los cuerpos fueron dos alas

Yo había olvidado

Que en la tierra existían tantos jardines
Sobre tu cuerpo avión de adolescentes
Volé rompiendo los horizontes felices.

H. v. STUMMER

(Del libro *Leidenschaftliche Plakate*, 1919.)

Notas y traducción de JORGE-LUIS BORGES

BESTIARIO PINTORESCO

El viejo dromedario nómada

A D. Domingo Barnes, hombre culto
y corazón de oro, afectuosamente.

Por las calles de la ciudad el viejo dromedario pasea su larga silueta grotesca con un gesto doliente de cansancio y de pesadumbre.

El pobre dromedario siente todo el hondo pesar de su destierro en medio de estas calles urbanas de la ciudad, por las que camina torpe, nostálgico, como avergonzado de su fealdad y resignado de su mala suerte.

En la exigua caravana que pasea su dolorosa tristeza por todos los ámbitos de la tierra, el viejo dromedario es como una simple figura decorativa, sin prestigio y sin esperanza de redención.

Por eso es su vaga mirada tan profunda y tan pensativa...

De la tierra bien amada, que acaso ya nunca vuelva a ver, sólo las otras bestias de la exótica *troupe* calle-

jera le traen un recuerdo obsesionante, la única complacencia de su vida terriblemente atormentada.

Lleva en las pupilas cansadas, semicerradas por el dolor y el hastío, como un deslumbramiento del ardiente sol del desierto. Una perpetua visión de infinitos arenales candentes, de lejanos oasis maravillosos, de gloriosas e inextinguibles reverberaciones.

Y el pobre dromedario se muere de frío y de tristeza bajo las brumas gélidas y espesas de los herméticos cielos europeos, entre los artificiosos aturdimientos y las prolongadas estridencias de las calles empedradas, tan duras para su lento paso de desterrado, invadidas de gentes extrañas, orilladas de altos edificios, recios y amazacotados, que no dejan que llegue la insólita caricia del sol hasta los seres de la tierra y que entoldan el amplio jirón azul del infinito con sus colosales moles ensombrecidas y siniestras.

El viejo dromedario no sabe andar por las calles de la ciudad. Encuentra el sendero interminable... Él sólo sabía caminar ligero, flexible y hasta gracioso, por las ondulantes y muelles llanuras africanas, entre la silenciosa cabalgata, lenta e incansable, que avanza lejanía adentro en una jornada sin término.

Su horrible joroba necesita el lindo quitasol rojo, bajo el cual se entornan las negras pupilas, extáticas y fascinantes, de alguna leíla encantadora, en una laxa placidez de ensueño...

Son sus largas ancas como formidable armazón propicio para los luengos tapices fabulosos y los regios mantos orientales, sobre los que alcanza todo su pres-

tigio de sublime leyenda la grave silueta esplendorosa de algún poderoso monarca indígena, que eligió el lomo del dromedario como serena prominencia, desde la que se encuentra más grande y majestuoso, como sobre su trono único.

El viejo dromedario era noble y gentil allá, bajo los ardientes solsticios del trópico, entre el abrasar de las yermas estepas desoladas e innumerables.

Su deformidad tornábase ingrátida, casi alada, con el exiguo y pintoresco ajuar, por todo exorno, de algún poeta viajero, enfermo de melancolía, que caminase férvido hacia el encantado recinto de la Meca lejana...

Eran entonces los pasos del viejo dromedario rítmicos y acordes como tonada de guzla.

Y bajo las estrellas, en las claras noches índicas, longas y fulgentes, prodigiosas, el viejo dromedario sintió sobre sus romas orejas, tan deformes, el largo sollozar doliente de alguna hermosa princesa, deportada al destierro, acusada de alto delito de traición...

¡Cómo era feliz entonces el viejo dromedario! La dulce voz del Sarama tornábale diligente y amable. Las bellas canciones de los peregrinos a lo largo del desierto hacíanle entornar los párpados respetuosamente, mientras sus fauces se ensanchaban, presintiendo la suave frescura, la bíblica belleza, inviolable y extática del oasis tranquilo.

No debió llegar nunca el viejo dromedario hasta el tráfago insólito de la civilización.

Su gesto resignado, ese gesto grave de austero ce-

nobita irredento, pregona todo su odio, dice de todo su desprecio por los que le arrastraron al horror de su existencia gris, de sus horas cruentas, de su tristeza errante.

¡Oh, el amor de la tierra perdida, acrecentado por la ausencia; el dolor de tanta soledad, entre las multitudes irreverentes, que se burlan de su traza grotesca!

Sólo para hacer reír alentará ya siempre el pobre dromedario. Su monstruosa joroba desnuda, repulsiva, será el blanco de todas las miradas y de todos los atrevimientos.

Es lo raro, lo deforme, lo anacrónico, en medio de la civilización. Nada importan su bondad, ni su mansedumbre, ni su resistencia, ni su paciencia. Es feo, desentona, rompe la armonía de las normas estéticas imperantes y debe desaparecer.

¡Pobre dromedario viejo, nómada y triste, solo y cansado!

¡Cómo eres el espejo de muchos hombres que lloran el dolor de sus fracasos a lo largo de un camino duro e interminable!...

El pequeño tífi.

Le aseguro, lector, que no ha visto usted en todos los días de su vida mono más mono que aquel que durante algún tiempo hubo de pertenecerme.

En Arcila, la blanca ciudad mora, sugerente y maravillosa, lo encontré una mañana haciendo monadas en la plaza pública, atento y obediente a la voz de su amo y explotador, un rifeño adolescente que ganábase la vida de esa manera.

Desde el primer momento me llamó la atención, más que nada, el tamaño exageradamente menguado del monito. No medía más de una cuarta con rabo y todo. Su pequeñez ayudábale a parecer más gracioso, siendo así que de su propio defecto nacía la causa primordial de su simpatía. ¡Demonio de tití, y cómo me cautivó con sus monadas y zalamerías!

Confundido entre el pueblo indígena permanecí largo rato en aquella plaza de Arcila, viendo al monito hacer de las suyas. Dijérase que no le faltaba sino hablar, y aun esa preciosa cualidad, propia de seres perfectos, cultos y racionales, suplíala con la elocuencia del gesto, con lo vivo de la expresión y lo intencionado y preciso de los movimientos.

¡Lástima grande que el pequeño tití no entendiera bien el español! Era muy torpe para esas tareas intelectuales. Su pequeño amo, el rifeño adolescente, sólo le hablaba en árabe, y esto en dialecto, en una endiablada jerga que ni los mismos moros de la ciudad conseguían entender todas las veces.

Y claro está, el monito en cuestión sólo a su amo entendía y obedecía. Dábale un grito el muchacho y al punto quedábase el tití rígido y solemne como un diplomático en día de recepción. Mirábale a la cara fijamente y adivinaba y comprendía todo cuanto su

maestro pensaba decirle. El muchacho reía muchas veces al ver cómo el monito adelantábase a sus mandatos. Era mucho mono aquel minúsculo monito que durante algún tiempo hubo de pertenecerme.

De tal manera hízome gracia el pequeño titiritero, que, valiéndome como intérprete de un moro de la ciudad, que hablaba bien el español, propuse al rifeño la compra del tití, por lo que pidiera. Al principio resistíase el muchacho. Pero al fin fué cediendo animado y convencido por los consejos y compromisos de la concurrencia, que púsose toda de mi parte, extraordinariamente empeñada en que yo pasase a ser el dueño del monito.

Y, efectivamente. El tití pasó a ser mío, mediante el desembolso de cincuenta pesetas, cantidad poco menos que fabulosa para el rifeño, que quedó embobado a la vista de tanto dinero.

No fué poco el trabajo que me costó vencer la resistencia del mono para que me siguiera. Saltaba y gemía desesperadamente, viendo marchar a su amo, con un gesto de irreparable tristeza. Fué toda una escena. El dolor siempre conmueve, siquiera sea dolor de mono.

Mas he aquí que el mono hubo de seguirme al fin resignado, convencido de que no le quedaba otro remedio. Los primeros días de mi amistad con el tití fueron difíciles y monótonos. El pequeño animal negábase a todo lo que fuera expansión o regalo. Ni quería comer ni mirar a nadie, y mucho menos hacer alguna de aquellas monadas que tan bien le sentaban.

Estaba triste, apesadumbrado. ¡Cómo se le veía rendir su tributo de cariño, de gratitud a la estrecha amistad que le uniera con el rifeño adolescente, su antiguo amo y maestro! Era muy honrado y muy agradecido el pobre mono aquel. Y además... ¡tan simpático!

Procuré que se fuera acostumbrando a mi conversación, a mis voces, a mis gestos. Poco había yo de poder o el monito entendería pronto el español. ¿Cómo si no íbamos a valernos el mono y yo? Pero era torpe para los idiomas el diablo del tití. Costóme gran trabajo, muchas rabietas, que, después de mucho tiempo, el animalito llegase a entenderme nada más que medio bien.

Y con esto acercóse la hora de mi regreso a España. El pequeño tití, aparte su torpeza para las lenguas civilizadas, quería ya mucho. Su jovialidad era inagotable. Empeñábase en hacerme reír a todas horas. ¡Qué de monadas y cabriolas y payasadas continuamente! Parecía loco de contento cuando conseguía hacerme reír, y lo conseguía con harta frecuencia.

Saqué esta consoladora consecuencia: los animales tienen un gran espíritu de adaptación, los monos sobre todo. Sólo necesitan un poco de amor para ser los esclavos más sumisos...

Ya en España—el tití paseó su admiración por varias provincias peninsulares, antes de instalarse definitivamente en la villa y Corte—, el buen monito procuró hacerse simpático a todo el mundo, cosa que

consiguió fácilmente, porque como era tan mono...

Lo fui presentando a todos mis amigos, que quedaban admirados, aparte su gracia, de la pequeñez y viveza del tití.

Un día llegó a casa, atraído por la fama del monito, un señor acompañado de un niño muy pálido, muy débil y triste, enfermito de una extraña dolencia. Venía a que le vendiese el tití para su pequeño, aquel niño melancólico, que deseaba poseer un bichejo como aquél hacía mucho tiempo.

Sinceramente conmovido escuché al padre del niño pálido y triste. Suplicábame emocionado: «Está muy malito, se nos muere, señor... ¿Cómo negarle ese capricho, el último acaso? Considere usted que mi súplica...»

Sin más vacilaciones el tití fué a parar a las manos del niño enfermo. ¡Qué inefablemente sonrió el chiquillo! ¡Aquella sonrisa sí que valía un mundo! Era la alegría al fin, después de tan contenida e irreparable tristeza.

Y sucedió...

Que luego de mucho tiempo, aquel niño triste y enfermo recobró la salud y la alegría. ¿El monito tal vez? ¡Quién sabe! Pero lo cierto es que él se puso bueno... y que el pobre tití murió. ¡Desventurado tití!

¡Cómo hizo reír a la gente! ¡Qué noble fué su misión en la vida! Por él volvió a la salud una vida preciosa, herida de muerte. ¡Qué importaba su pérdida!

Había servido para algo más que para hacer monadas y tonterías.

Había servido para algo más que muchos hombres, que no sirven para nada...

JUAN BAUTISTA SASTRE.

BIBLIOGRAFIA

FÉLIX CUQUERELLA. — *Mariposas del placer*. — Caro Raggio, editor. — Madrid, 1920. — Este poeta, autor de varios tomos de versos ingenuos y sentidos, acaba de publicar una novela corta en la que se desarrolla penosa y melancólicamente un idilio rezagado y contrario, como tantos otros de los muchos que se manifiestan a menudo en la realidad de la vida.

El estilo de esta obrita es fácil y ameno, y el tema escogido está tratado con soltura y acierto nada comunes.

C. A. C.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, noviembre 1920.

PSICOFISIOLOGIA DEL ORADOR FORENSE

Ya en un trabajo, recientemente publicado por la revista *Cosmópolis*, apunté los datos precisos para juzgar de las nobles prendas sentimentales y científicas del profesor Saldaña en sus tentativas de apreciar con «entendimiento de amor» todo aquello que sale de la esfera de sus aficiones y aptitudes, pero que, por su carácter plenamente *humano*, vale decir, fundamentalmente social, le atrae y cautiva a merced de las invisibles fuerzas de la simpatía desinteresada y del entusiasmo investigador. Así él, que no es orador profesional, se ha sentido siempre prendido y captado por los que lo son, y ha analizado científicamente su personalidad y manera, el secreto de su arte y el fundamento de su

prestigio. Testimonio de esta emotividad razonadora es la *Psicofisiología del orador forense*, conferencia pronunciada en la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia; producción tan admirable y útil como escasamente conocida, y que el autor ofreció a los amantes de la alta crítica y de la estética; ofrenda simpática de una mentalidad recia, para quien «estudiar es la más humana forma del culto», o como dejó sentenciado Espinosa: *Neque flere, neque videre, sed intelligere*. Con trabajo tan notable, Saldaña se nos ofrece como el continuador y último epígono (hasta la fecha) de su homónimo Quintiliano, el célebre español, contemporáneo de Séneca, y a quien se deben, como es sabido, los doce libros del famoso tratado *De institutione oratoria*.

Por su título, se comprende que la obra de Saldaña no es especulativa ni preceptiva, sino experimental y pragmática. Nada le importa la oratoria como arte, y sí sólo el orador como artista. Así como no hay enfermedades, sino enfermos, no hay oratoria, sino oradores. Ni siquiera le preocupa el importante problema de sociología inductiva y crítica histórica que Voltaire planteó ya al decir: *Il eut des poètes et des orateurs, avant qu'il existât une grammaire ou une rhétorique* (1). Saldaña toma al orador tal como es en la actualidad y se atiene a la fidelidad de interpretación de sus características y a la explicación genuina de su psiquismo fundamental, espigando y ofreciendo en ordenado conjunto las ideas que sugiere el arte de la elocuencia en cuanto arte retórico social.

La psicología de los oradores no es muy compleja, ni,

(1) Véase mi libro sobre *Voltaire*, 275,

por lo general, muy profunda: es, principalmente, psicología de caracteres vanidosos, pródigos en recursos efectistas. «Empieza a hablar, el verdadero orador, suavemente, a veces penosamente, como desperezándose. Dijérase que se reproduce entre el orador y la musa, el prólogo de lucha de resistencia, que precede, en la lucha de los sexos, a la conjugación suprema del amor. Después el orador, en el pleno dominio de la verdad y de la palabra, progresivamente se exalta, se sublima, se transforma. Es un autosugestionado el orador. Y es entonces, en el torbellino ascendente de la improvisación, en delirio místico, congestionado el cerebro (porque todo órgano trabaja activamente congestionándose), en acceso febril, cuando más luminosas brillan en la mente las representaciones y arden los conceptos, y cuando surge dócilmente la palabra al conjuro mágico de la idea, como al sol las flores.» (1)

Tal es, en bloque, la sencilla y superficial psicología del hombre elocuente. Desde otro aspecto, sin embargo, la técnica oratoria, el secreto del éxito en la oratoria, estriba en un delicado problema psicológico, que Saldaña plantea. Sabido es que no podemos pensar sin representar, y que toda idea se apoya en el soporte de una imagen, porque el pensamiento es como la luz, que se arrastra sobre las superficies, y a toda idea corresponde una imagen, que es como su proyección visible en la invisible pantalla. Y como no podemos representar sin decir, y a toda imagen corresponde una palabra, exterior o interior, y toda imagen va asociada a otra u otras en la mente, y toda imagen como toda

(1) *1.ª Educación ciudadana, 7.*

idea es fuerza, es elemento motriz del alma, la primera característica del orador consiste en sugerir en el auditorio la imagen correspondiente a la acción que se insinúa. En tal concepto, la oratoria no es el arte de bien decir, sino el arte de bien sugerir, de hacer ver, de hacer sentir, de hacer representar, y por ende, de hacer obrar, de mover, de dirigir a los hombres con el pensamiento y con la palabra (¿hay cosa más noble?), de atraer a los espíritus, «de conquistar al mundo por el aire que vibra, como los aeroplanos por el aire quieto» (1).

El orador es el artista dramático completo, ya que es a un tiempo autor y actor. El ideal de toda buena oratoria es que el orador-autor sea también orador-actor, es decir, que pronuncie él mismo su propio discurso. Mas esto, entiéndase bien, no es absolutamente necesario. Leyendo el libro de Saldaña se adquiere el convencimiento de que la mayoría de los oradores fracasados lo son por su culpa y por haberse atrevido a pronunciar malos discursos propios, en vez de adquirir la costumbre de reproducir buenos discursos ajenos, que hubieran ejercitado su memoria, agudizado su imaginación y enseñado a su inteligencia a vencer, para lo futuro, los obstáculos en apariencia insuperables. Este aprendizaje sería, en realidad, la mejor iniciación del orador sincero. Saldaña (2) discute el adagio de que «el poeta nace y el orador se hace». Para él, el verdadero orador no se hace, sino que nace. Tal vez se perfecciona el que nace orador perorando, esto es, hablando en tono de oración, si

(1) *Psicofisiología del orador forense*, 13.

(2) *Psicofisiología del orador forense*, 17, 19.

la reflexión no le abandona y la enseñanza legada le ayuda y asiste. No se hace jamás *ex novo* el verdadero orador. Sin embargo, Saldaña reconoce que, siempre que sea orador-nato, puede hacerse, en el sentido de mejorar, por el ejercicio metódico y la disciplina interna. «Para hablar bien a los demás —ha dicho Cardaillac (1)—es preciso haberse habituado antes a hablar bien a sí mismo.» El orador se educa, y aquí tenemos el caso ejemplar y viviente de Maura. Él mismo lo cuenta: vino a Madrid hablando un dialecto, el mallorquín; era preciso llegar por méritos; tuvo, ante todo, que estudiar nuestra lengua, y tan bien lo hizo a la sombra de los clásicos, que llegó a superar a los castellanos, que la hablan porque la recibieron de sus madres.

Así como se ha distinguido el pintor del pintador, Saldaña distingue el orador del hablador. Ha habido pintadores ilustres como Velázquez, y ha habido habladores no menos insignes, como Canalejas. Lo que diferencia al hablador, por muy eminente que sea, del orador efectivo, es que en éste priva la *elocuencia*, el arte exquisito del verbo, y en aquél la *elocución*, la elegancia y corrección áticas. El hablador es al orador lo que el versificador al poeta. Por eso también (Cajal es un ejemplo) hay oradores-natos que son malos habladores, no de otro modo que poetas altísimos (sirva de muestra Campoamor) se han producido como mediocres versificadores. El verdadero orador es un poeta; es el poeta libre que habla; tal vez el primitivo poeta. El orador-poeta, entre nosotros, es Vázquez de Mella, inocente, de seguro, del delito común (demasiado común) de ha-

(1) *Etudes élémentaires de philosophie*, II, 384.

cer versos. El buen hablador no debe pretender pasar por orador, ni medirse con los que lo son, pero tiene su porvenir: puede dedicarse, con éxito y fruto, a conferenciante, resignándose a no hablar de pie, como quien se dirige a levantar los afectos, sino sentado, como quien se propone ilustrar y serenar las mentes (1).

El orador forense, el que en Grecia y Roma fué la más alta expresión de la ciudadanía (2), ocupa actualmente un lugar intermedio entre el orador parlamentario, que «en la esgrima de la polémica quita al florete el botón de la Academia y envenena su punta con áspid de intención», y el orador de *meeting*, que «dirige el apóstrofe como un dardo, y su lengua es un puñal, y su brazo impera». El diputado tiene una misión muy conocida, de empresa fácil, que es ver el lugar que ocupa; y por ende, lo que debe decir. El demagogo, al contrario, sabe qué es lo que debe decir cuando se presenta ante un público congregado con un motivo, al anuncio de pasquines donde se habla de injusticias, de ilegalidades, en protesta o en petición. El orador forense no tiene ni un oriente ni el otro, y posee los dos al mismo tiempo. El diputado, mirando al porvenir, *delibera*; el demagogo, pisando el presente, *demuestra*; sólo el orador forense se desespera ante lo inevitable, el pasado, y ha de hacerse cargo, como intérprete que toma el ciudadano al entrar en el esotérico reino de la justicia, de que lleva en sí toda la cantidad de pasión que supone el agravio por el que se demanda o apela, acusa o recurre, en vista de lo que

(1) *La educación ciudadana*, 7. *Psicofisiología del orador forense*, 16, 18.

(2) *Psicofisiología del orador forense*, 22, 24.

pide, por lo que solicita, la parte que representa y también toda la cantidad de razón, de serenidad, de aplomo, que la polémica exige para contender con el representante de la parte opuesta.

El tipo más popular e interesante del orador forense, es el abogado criminalista. Saldaña habla de él con humorismo trascendental, dándole en broma útiles consejos relativos a lo que ha de saber, a la educación técnica que necesita recibir, a las pasiones elevadas que deben alentarle, a los apocamientos y preocupaciones que le es preciso descartar. Estudia irónicamente sus antinomias fisiológicas e indumentáricas, le defiende con sarcasmo, le compadece por burla, y, en fin, comparándole festivamente con el verdugo, pide que no se abomine del que ejecuta, en triste sacerdocio de justicia, un fallo cruel: que éste, al fin, defiende a la sociedad, en tanto que el abogado criminalista la pone en constante y grave peligro.

Véase una muestra del humorismo del profesor Saldaña: «El abogado criminalista no ansía la corrección del delincuente: eso no le inquieta. Igual que la criminal estorba, cuanto puede, la efectividad de la responsabilidad civil. No le interesa la defensa de la sociedad, y tiene el corazón cerrado a los lamentos de la víctima y de los suyos: que si toda causa produce más de un efecto, todo crimen causa más de una víctima. ¡Humanidad! La víctima no pertenece a la humanidad, puesto que se ha muerto. Él busca, ante todo, su triunfo, y entiende que ese triunfo no es tal, si no es para él completo, y ejecutivo para el criminal, a saber, lo que se llama *echarle a la calle*. Pero esto trae peligros. El que una vez delinquiró, ¿no volverá? ¡Naturalmente!

Y si tropezó y fué detenido, por experiencia sabe ya bien en qué lugar y por qué persona puede ser puesto en libertad de nuevo, y ese abogado, el que lo salvó, es quien, al despedirle a la puerta de su despacho, conseiente, como nadie, de todos los detalles íntimos y horrendos del crimen, le abraza en presencia de los pasantes y de los clientes, y gracias si no le dice, como ciertos médicos a ciertos enfermos: *Bien, muchacho, hasta otra...* ¡Difícil profesión la del abogado criminalista! Ante todo, ha de estar a tono su fisiología con el asunto. No han de vibrar sus nervios, ni dilatarse sus arterias, ni contraerse sus músculos en la expresión, lo mismo al defender al vulgar ratero que al salvar a un ladrón y menos para éste que para el asesino. ¡Oh, la defensa del asesinato! Es una obra de arte casi tan difícil y arriesgada como el asesinato mismo. El abogado y el asesino, ¡qué dos grandes artistas! Vedles, a cada uno en su faena, pálidos, el pulso trémulo, sucediéndose en su corazón la sístole y la diástole normales noventa veces por minuto, rápido el ademán, la boca entreabierta, la mirada fría. El abogado ha de elevar los brazos por encima de la línea de la cabeza, y esto en varias direcciones: ¿qué menos si diez o doce veces por cada minuto contado? El criminalista ha de sudar. Para eso ha de beber mucha agua. Hay quien aconseja que lllore... Así, sólo así, jadeante, sudoroso, a 90 pulsaciones por minuto y 5.400 por hora, descompuesto, atolondrado, es como llega el criminalista a la meta del triunfo» (1).

Otra muestra más gallarda aún, si cabe: «La voz dere-

(1) *Psicofisiología del orador forense*. 28.

cho, en todos los idiomas, desde el *jus* al *Recht*, suena a categórico imperativo, y tiene fonético valor de mandato y música de orden. Así: ¡*derecho*! Bien pronunciada, ante un Tribunal, los jueces, ordinariamente dormidos, despiertan, y hasta los más corcovados parece que se yerguen. Hemos conseguido que nos atiendan, y atender es amar: ¿qué falta ya para ganar el negocio? Eso es lo importante: *porro unum est necessarium*... El orador forense acaso ignora lo que significa (¡qué importa!); mas sabe lo que vale, como conjuro ante un Tribunal, la palabra *derecho*. Que discutan los filósofos especulativos sobre la teoría del *derecho justo*. Él profesa su teoría del *derecho útil*, nuevo pragmatismo, el *pragmatismo jurídico*. Invocará la parte contraria ese mismo *derecho*, pidiendo a su favor la *justicia*, y aseverando que está de su parte toda la *razón*. ¡Ah, cerrad los oídos al canto de la enemiga sirena! ¡Desgraciado del abogado defensor que se levante a defender a su patrocinado, convencido de la razón que asiste a la parte contraria! No se le ocurrirían sino ceremoniales y lisonjas inútiles. Para el buen orador forense no existen ni la razón ni la sinrazón: no hay más que la causa propia, el negocio suyo y la causa ajena. Y como el traidor del drama ha de ser su más fiel intérprete (un fiel traidor), así el abogado, cuando más convencido esté de la sinrazón de su parte, más debe invocar y mejor mantener esa razón, siempre seria, siempre entonada, siempre muy razonadamente» (1).

Otro ejemplo de humorismo trascendental, todavía más penetrante, porque se refiere a algo particular: «El orador

(1) *Psicofisiología del orador forense*, 32.

forense no necesita estudiar ni aun los autos. Pero, ante todo, ha de vivir apartado de los libros.» Aquí se cita como asombro de genio del foro a aquel que apenas leyó su letra de amanuense sobre papel de oficio. Al contrario; el mérito del abogado está precisamente en no haber estudiado el negocio, y cuando sale de casa, camino de la Audiencia, preguntar a su pasante mayor: *Vamos a ver: ¿qué es eso?* Muy brevemente, por el camino, el pasante se lo explica, y le da una nota. Luego, en el foro, el obscuro y hábil pasante, el que veló sobre los autos, estudiándolos, como sobre las armas Don Quijote, armas que a otro caballero habían de servir y lucir, se sienta muy cerca de él, como en la sombra, para que, de cuando en cuando, el ilustre abogado político se vuelva y le consulte... Hay excepciones de abogados políticos que llevan personalmente un despacho monstruo, y cuando informan, sus oraciones son modelos de oratoria forense, como el caso de La Cierva; pero son casos muy excepcionales estos casos. De Martos se cuenta que, para informar en estrados, necesitaba tener delante, sobre la mesa, una pila de libros, y cuando no los veía, estaba inquieto. Libros que jamás consultaba con la vista (naturalmente), ni había mirado antes, ni leería luego, y que se tomaban, al acaso, de la vitrina más próxima, en la biblioteca del Colegio de Abogados, bien fueran de Geografía, o de Matemáticas, o ya de Química, no precisamete de Derecho. Y es que hay quien cree sinceramente que el abogado no debe abusar del estudio, y que los libros le perjudican y le desvirtúan, como el aire al vino. Si así es, hay que reconocer que el orador forense es el mayor genio de la tierra, ya que todos los demás, que cultivan especies de

intelectualidad, han de estudiar, y mucho, y no han conocido hasta ahora otro procedimiento. Un gran criminalista, hombre genial, obtuvo en España sentencia absolutoria, fundada en la fuerza irresistible moral, y nunca había leído a Lombroso, y hace poco, un joven criminalista me confesaba ingenuamente que él no conocía nada de la escuela moderna... moderna que va para medio siglo. *Ya ve usted* (me decía); *la profesión nos destroza, nos mata*. Yo estuve por objetarle: *¿Y no será viceversa?*» (1).

Todo en esta sátira contribuye a producir un vivo sentimiento de la decadencia de la oratoria forense en España, merced a la imaginación sombría y descontentadiza de Saldaña, equilibrada por una viva percepción de aspectos peculiares de la realidad, y por la perpetua movilidad y agudeza de su ingenio. Para que nada quede en el tintero, nuestro profesor termina su libro hablando mal del Jurado. Quien sólo juzgue por lo transcrito, considerará a Saldaña como un pesimista incorregible, de los que, en este como en otros órdenes, no sólo pretenden resignarse a *reconocer* nuestro actual estado de decadencia, sino que aún parece como si experimentasen cierto morboso placer en exagerarlo. Para mí, ese pesimismo aparente disimula un amor reconcentrado a la profesión, amor que las exigencias lógicas de la crítica no dejan salir a la superficie: *parcentibus viribus et extenuantis eas consulto*, como decían los antiguos. Las últimas palabras de la *Psicofisiología del orador forense* invocan el deber en que los abogados españoles se hallan de «contribuir al ennoblecimiento de ese género de oratoria, alma de la abogacía».

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(1) *Psicofisiología del orador forense*, 34.

POETAS HISPANOAMERICANOS

Piedad.

Quietud

en la suave negrura nocturnal.
La luna arde—cimitarra candente,
cuyo tajo abre como una senda
una larga herida suspirante
en el pecho del mar.

Argentea

brota la sangre que vibra y ondula,
y danza nerviosa, y chispea tremante,
mecida cual frágil arrullo
en el sobresalto crispado
del opaco dolor.

Sangre

del mar, herido y doliente,
salpica las ondas y bruñe la espuma.
¡Cómo desgarrar la entraña! ¡Cómo sacude

el alma en sosiego y, rauda, anega
su soñolienta placidez!

Ayes

y rumores se levantan. Gime el mar,
clamando: ¡Piedad! ¡Piedad!

Las estrellas acuden, brindando consuelo,
y compasivas se reclinan, palpitantes,
en su lacerado corazón.

Piedad

traen en sus alas divinas. Mas, una a una,
en el cristal ondeante, ensangrentado
de plata azogada, se resbala. Y suspira y cae
cual tierna lágrima de luz.

Resbalan

y caen... caen... caen... a lo más profundo
del acerbo dolor. Caen consternadas,
debatiéndose, frenéticas, hasta romper
sus alas de falena dorada y morir, ahogadas...
¡pobres estrellas!... en la negra pena del mar.

CARLOTA REMFRY DE KIDD.

Septiembre, 1920.

Así.

Como esa tierra yerma, así es mi alma, así.
Mira cómo da flores;

pobres flores silvestres que duran un estío
no más; flores que nacen
el primer día cálido de primavera y mueren
el primer día frío...

Así es mi alma, así, como esa tierra yerma.
Jamás se hundió el arado
en su entraña sensible; jamás la voluntad
hundió su férrea púa en ella, sólo el beso
de luz del sol sintió la tierra yerma y mi alma
el de la luz de la verdad.

Y, así, en esa sagrada pereza laboriosa
(éxtasis bajo el cielo azul y bajo el trueno
y bajo la divina nitidez de la nieve),
sensible sólo al encanto de una caricia,
da todo su calor a las semillas todas,
que el buen viento la lleve.

¡Oh, dicha! ¡Dar el día azul una flor de oro
y el día gris una pálida rosa!
Gozar ávidamente, gozar en todo instante,
tendida bajo el sol como esa tierra yerma.
¡Tendida bajo el sol! ¡El sol rubio que abraza
como un amante!...

Así es mi alma, así; jamás dió su calor
al germen de la poma
de la mano del hombre por útil codiciada;
no dió un grano de pasto al hombre ni a la bestia.

De no dar sus dos flores, belleza y sentimiento,
no da nada.

Como esa tierra yerma que contempla la noche
de plata y el topacio del ocaso y el orto
de nácar y rubí

(unas veces abrasa la planta, otras la aroma),
contemplativa, ardiente, solitaria y desnuda,
así es mi alma, así.

ABEL VARGAS.

Los versos indemnes.

Yo persigo con hondas torturas,
persigo el secreto de las líneas puras.

El orden que rige las arquitecturas
amadas por Ruskin.

(Son las siete lámparas, como siete soles,
que alumbran perennes naves y sagrarios
y arden en la sombra de las vastas moles
con la sacra lumbre de los lampadarios.)

Verso sabio y duro como los cinceles
que dan a las gárgolas su risa y su llanto
y al mármol egregio de los capiteles
el florecimiento de la hoja de acanto.

Que tiene el aliento de los medioevales
tiempos de fe y de arte—santas fuerzas vivas—
que invaden el cielo con sus catedrales

y al sol aprisionan dentro las ojivas.
Que deja en la piedra,
tal como los árabes, dibujos y rasgos,
y luego la fauna que medra
de Quimeras y Grifos y Trasgos.
Que refleja la calma de las capillas
—oro viejo de brillos crepusculares—
donde el alma unciosa y pura de rodillas
dijo la plegaria de los buenos lares.
Oh, Huysmans, enemigo del diablo,
pecador melancólico,
al salir de tu templo católico
arranqué de tu altar un retablo...
Pero te queda mi oración.
Mientras una lámpara tengan encendida,
oh, Ruskin, mis cinco dedos arquitectos,
en los bloques duros de la propia vida
buscaré sin tregua los versos perfectos.
Que infundan grandeza de naves,
y en claros ejemplos
sugieran un amplio revuelo de aves...
Sean tabernáculos, y aras y templos.
Sólo así persisten los versos indemnes:
sólo así, con latido profundo,
se alzarán de la costra del mundo
como templos de líneas solemnes.

LÁZARO P. FEEL.

(*Rafael López.*)

(Mexicano.)

LIROGRAMAS

Otoño.

Manos cortadas
señalan el camino
de la ciudad otoño...
Sobre los muros cuelgan
sombras apolilladas...
Las últimas golondrinas
pasaron bajo nuestro costado...
Esta tarde
todas las mujeres de luto
lloraban por nosotros...
En los labios de los hombres
los cigarros silbaban como trenes...
Mas yo vivo
en el verano de mis alas
sobre mis brazos desprendidos.

Invierno.

En el último árbol del otoño
colgué el pijama de los campos
que se deshacía sobre mis hombros.

Ahora, en invierno, vestiré
el gran gabán de la ciudad,

gabán maravilloso y amplio,
únicamente comparable
al gran paraguas constelado.

JUAN LAS.

EL PARIS DE MIS GAFAS

Boulevard Saint Michel.

A Rafael Cansinos-Assens.

San Miguel con la espada en la mano
asustando a Satán...

En la esquina
la estación del *metro*.

En la sala de abajo un piano
suena como una concertina
y el restaurant Rougeot.

Las termas abren su verja
a los mármoles antiguos
con hayas y encinas viejas
y el museo de Cluny.

La Sorbona en la plaza, y el niño—
hombre del Penseur de Rodin.

El Boulevard de Saint Germain
y la Escuela de Medicina

y un estudiante del Quartier latin
que fuma en pipa y usa chalina.

Cafés clásicos que huelen a besos,
a «Quelques fleurs» de Houbigant,
a carmín de fruta en mejillas,
a polissoir de blancos dedos,
a ojos pintados, a vals,
y a jolie femme exquisita.

Yo amo este boulevard
con sus equívocas cervecerías
medio alemanas y su montarde
que estalla en juveniles alegrías.

Y amo esas canciones de estudiantes
por las noches, donde una voz
dice el amor que viene tarde
a recogerse al corazón.

Amo este «Hotel des Etrangers»
y el «Hotel Cluny Square», tan discretos,
donde siempre hay una mujer
dentro de sus cuartos secretos.

Y amo el diván de cretona
y la butaca donde tú
me pusiste un beso en la boca
y llevaste a mi sangre roja
la sangre de tu juventud.

San Miguel con la espada en la mano
asustando a Satán... ¡Oh, mimosa,
felina francesita, quién tuviera en la mano
tu rosa, tu rosa...!

ROGELIO BUENDÍA.

Cuentistas españoles

LA SANGRE

I

Poco antes de anochecido, montado en su borrica, llegó al pueblo el amo Julián. Venía de la capital, donde permaneciera largos días actuando como jurado en una causa ruidosa. Le esperaban su mujer—la seña Lola—y Nieves, la criada. Al apearse cundió la noticia y se acercaron algunas vecinas y amigos.

—¿No hay pena de muerte?—preguntaron.

—Gracias a Dios, no—contestó—. Tengo esa satisfacción. Lo hemos condenado a cadena perpetua. El crimen fué horroroso, es verdad; pero mandar a un hombre al palo, a sangre fría, es horroroso también.

—Pues se merecía cien veces la horca—dijo la seña Lola aparentando una gran indignación—. Yo no tendría compasión alguna con los criminales. ¡Señor, Señor!—recapituló, suspirando.

El amo Julián, en opinión de todo el pueblo, era un hombre bueno a carta cabal. Tenía ya sus cincuenta

años y vivía del producto, bastante saneado, que sus tierras de labor rendían.

Pasado un rato, agotados los comentarios del viaje y referidas las minúsculas novedades del lugar, los vecinos fuéronse retirando.

Julián dijo a su mujer:

—Mira a ver si puedes adelantar algo la cena, que me acueste pronto. Vengo muy cansado.

—Ya lo creo que vendrás, Julián —contestó la señora Lola—. La Nieves está friendo unos chorizos de los que tanto te gustan.

—Los mozos nuevos, qué... ¿se portan? ¿Han labrao todo lo que dispuse? Tenía ganas de venir presto por la siembra.

—Se portan... ¡así, así! Hacienda, tu amo te vea. No estando tú, ya sabes...

—El Ustaquio parece mal encarao. Ya veremos...

El amo Julián cenó con apetito y se acostó. Había cerrado la noche, y con las sombras caía sobre el pueblo un gran silencio. Labradores todos, era gente que madrugaba con el alba. El ama Lola y Nieves quedaron un rato trajinando en la casa. Luego, aquélla entró en el dormitorio y tosió con fuerza. Su marido dormía. Salió a la cocina y dijo quedamente a Nieves:

—Como un tronco...

—¿Los escondo? —preguntó la criada.

—Sí; enciérralos en las cámaras. Que no les falte su buen plato de chorizos y la bota llena.

Poco después, sigilosamente, cruzaron por la cocina los mozos Ustaquio y Piritó, encaminándose a las

cámaras detrás de la criada. Vestían a la usanza del país, recias botas de soldado, pantalón de pañete negro, chaleco y una espesa faja que rodeábales la cintura. De entre la faja les salía a cada uno el mango de un cuchillo enorme.

—¿Despacharemos a escape?—preguntó uno a la criada.

—Ha dicho el ama que hasta las doce no puede ser.

—Mucho tiempo es, pero venga vino y que suba ella—dijo Pirito.

—No puede subir porque tiene que acostarse. ¿Comprendes?—replicó la Nieves.

II

El ama Lola no había tenido hijos y se conservaba fresca y guapa a pesar de sus cuarenta primaveras. En tan peligrosa edad conoció a Pirito, un chico de veinte años que, juntamente con Ustaquio, entró en la casa a servir como mozo de labor. Pirito, desvergonzado, guapo y chirigotero, dió en la flor de requebrar audazmente al ama, y de tal suerte, que a las primeras de cambio rindióse la débil fortaleza de la señora Lola. No pudo ser tan en secreto que la criada Nieves lo ignorase, y como ésta, solterona que se acercaba a los cuarenta, había también aceptado el cortejo de Ustaquio, muchacho sensual y torpe, de la propia escuela donjuanesca y temeraria de su compañero Pirito, con idéntica facilidad y presteza resbaló, vinien-

do a ser entonces la una secretaria y cómplice de la otra, y así se tapaban ambas su pecado con el sigilo que menester era para la ventura y tranquilidad de todos.

Sucedió que Pirito, no bien dueño del ama, quiso asimismo apropiarse la hacienda, y como el chico no reparaba en obstáculos y había uno muy sólido, que era el amo Julián, concibió el propósito de eliminarlo para casarse después con la viuda. Convínose con Ustaquio, sobornándole con la promesa de una cuantiosa propina en terrenos que pasarían a su poder, éste sedujo a Nieves, y después, entre la criada y Pirito, fueron tanteando el ánimo de la señá Lola, que, rematadamente loca como estaba, no escuchó el plan con escos, sobresaltos ni gritos. Tenía esta señora una cierta fama de mujer sin entrañas, y en este punto la fama no mentía, aunque en el lugar ninguno hubiérala creído capaz de crimen tan abominable, a pesar de que en el pueblo sabía todo el mundo el desamor y malos tratos que prodigaba a su marido.

Así las cosas, la repentina ausencia de Julián les dió espacio para que el mal pensamiento cristalizase, y determinaron su ejecución para la noche que el amo regresara de la capital. Aquella noche, una vecina había dicho a otra:

—¿No has visto la Lola, qué contenta?

—Como nunca, hija. Parece que está de bodas.

III

No tuvieron paciencia los mozos para aguardar a la media noche, ni la «señá» Lola tampoco, que, fugiendo dormir, estábanse queda, acostada junto a su marido y abiertos en la obscuridad los ojos como liebre perseguida.

Dormía el anciano amo de la casa con aquel sosiego y tranquilidad de quien se halla ajeno de peligro, limpia la conciencia y refugiado en su honrado hogar, al lado de su esposa, a la que da sombra y cariño, y cerca de una criada a quien desde largos años mantiene. Habíase levantado un sirrecillo frío, y en el lugar no se oía alma viviente. Sólo el ladrido lejano de los perros, centinelas en los corrales de ganado, y el sordo rumor de los árboles de la ribera, batidos por el viento.

Al dar las once, el ama se tiró de la cama con sigilo, púsose una falda y salió a la sala, donde, ya de pie, aguardaban los conjurados la señal. Sin hablar palabra, la «señá» Lola tomó a Piritó de la mano, conduciéndole hasta el dormitorio, y Nieves, que seguía con Ustaquio, encendió un candelil, y entonces, antes que se despertara, echáronse los mozos sobre el indefenso durmiente y le metieron en la boca un pañuelo, atándole a continuación manos y pies con unos finos cordeles que llevaban.

Despertado tan violentamente el viejo, omitimos la descripción del susto, que fué tal, que no tuvo ánimo

para removerse, y entre el sobresalto y la asfixia por la presión del pañuelo, comenzó a brotarle de la frente un sudor frío y copioso.

El amo Julián miró con espanto aquellas caras conocidas, maravillándose de que su mujer no estuviese atada también, ya que ni remotamente pudo pensar de ella jamás cosa mala, y antes creyera estar soñando si no la oyese que, conforme lo sacaban a la cocina, decía: «Sujetarlo bien, que no se os escape, porque es hombre de fuerzas...»

El anciano entonces la miró, y de sus ojos brotaron lágrimas.

Debió sentir esa angustia suprema de la última hora, cuando la parálisis o la asfixia inmovilizan la lengua, imposibilitando la expresión verbal del pensamiento postrero, si en el cerebro late todavía ese pensamiento con clara conciencia de la realidad triste, más luminosa cuanto más inmediata a caer en las tinieblas de la eterna sombra.

Ya en la cocina, sobre una mesa que al efecto Nieves tenía preparada, lo tendieron, y Pirito, alumbrado por Nieves, lo degolló con una frialdad y serenidad tan monstruosas, que parecía el acto inconsciente de un bruto irresponsable. La sangre arterial, humeante y roja, fué cayendo en un cubo, despacio, a borbotones, con intermitencias regulares.

Consumado el crimen, los hombres apuran los restos de la enorme bota de cuero y encendieron después un pitillo, fumando tranquilamente, sin prisa,

con la satisfacción de una tarea irreprochablemente concluída.

El ama apagó el candil y entreabrió con tiento una ventana.

—Ahora—dijo en voz baja—, a la carretera con él. Después os vais a la cuadra.

Los mozos dormían en las cuadras de un cortijo que tenían en la hacienda, junto a la ribera. Cuando salieron los mozos con el cadáver del amo Julián, envuelto en una manta, Nieves cerró la puerta. Luego cogieron ambas el cubo y arrojaron la sangre al pozo.

IV

A la mañana siguiente había gran alboroto en casa del rico labrador asesinado. Estaba el juez instruyendo las primeras diligencias, con el escribano, alguaciles, guardias y unos vecinos que prestaban declaración. El ama, fingiendo admirablemente un ataque, daba saltos y gritos. Asistíala Nieves, sujetándola, y dijo:

—Que llamen al barbero en seguida para que la sangren. Si no la sangran, se muere.

El barbero vino y efectuó la sangría, y al punto la señora se tranquilizó, volviendo en sí. Y con voz débil, dijo a Nieves:

—Tira esa sangre al pozo, hija mía. Echala al pozo, que yo no la vea.

El señor juez, que a todo estaba atento, extrañóse

mucho de aquella orden y se opuso con energía. Precisamente el cadáver del amo Julián había sido hallado en la carretera, muerto y sin gota de sangre.

Acto seguido inspeccionó el pozo, que tenía salpicaduras rojas. Luego mandó sacar agua. El crimen estaba descubierto.

ROBERTO MOLINA

LAS MAESTRAS

Nos pareció al pronto una de esas mujeres fáciles y vergonzantes que en verano van a sentarse en los bancos de los paseos públicos. Tal nos lo pareció al sentarse en el nuestro, y ya mentalmente valorábamos sus encantos, con las manos tendidas a una presa fácil. Era una mujercita pequeña y modesta, que sólo podía brindar el placer de desatar una trenza de pelo apelmazada y honesta. Traía en las manos una botella envuelta pulcramente en un papel blanco y la tenía sobre las rodillas como un ex voto. Mi amigo, francamente, alentado por ese comunismo de los paseos públicos, preguntóle: —¿Viene usted de la cola del asite?— Ambos pensábamos en esas mujeres que en aquella época de escasez veíanse diariamente así sentadas en el suelo o estoicamente de pie a la puerta de los despachos oficiales con sus botellas en las manos como si esperasen llenarlas en el agua de la mañana. La mujer sonrió y dijo: —No; vengo de la fuente de llenar esta botella de agua de las fuentes antiguas,

que es la única que puede beber mi hermana. — ¡Su hermana! — exclamamos ambos instintivamente, saludando como en un poema la aparición ideal de aquella hermana, cuya sola existencia hacía más inviolable a aquella mujer sola, complicando la conquista del tálamo. — Sí. ¿No la han visto ustedes? Vino hasta aquí conmigo y siguió de largo, dando un paseo, porque ella no se sienta nunca ni descansa su cuerpo sino cuando se aguesta por la noche... Nos impresionó la evocación de aquella mujer que nunca se sentaba, de aquella mujer-columna, y pensábamos, con un interés ya exento de toda preocupación erótica, qué haría en todo el día aquella mujer siempre de pie, qué profesión sería la suya, si tendría por misión sostener el cielo diurno o arrojar, erguida, grandes madejas al telar de las horas, o simplemente mirar empinada por una alta ventana que la obligaría a prolongar su estatura, lo que nunca vería. La mujer sonrió otra vez y nos dijo: — Es maestra. Las dos somos maestras. Es decir: yo sólo soy maestra elemental, pero ella lo es superior. Está todo el día en pie vigilando a las niñas, o junto al encerado, y ha concluido por no necesitar sentarse nunca. Descansa en pie. ¡Como es tan recta, le parece que si se sienta descuida a las alumnas, y así no se sienta nunca y se pasa todo el día dando vueltas por la clase, sin hacer ruido, revoloteando como un gran pájaro por encima de los hombros de las niñas! — Hizo una pausa, durante la cual nosotros permanecimos absortos en la contemplación ideal de aquella mujer enhiesta, de aquella mujer sin coyuntu-

ras que no descansaba sino tendida, con el reposo terrible y solemne de las ruinas. Todo nuestro interés se concentraba en ella y aguzábamos los ojos ávidos de verla surgir por el paseo, erguida como un surtidor entre los ebónimos. Para colmar aquella pausa, mi amigo, no tan hechizado como yo por la magia de aquella evocación lírica, hizo una pregunta trivial. —¿Y son maestras las dos? —Sí, señor —respondió la mujer. —Es decir, yo no soy mas que elemental; ella lo es superior. Ha hecho toda la carrera completa; ella sabe más que yo: por eso se encarga de las mayores. Yo sólo cuido de las pequeñas; les enseño la cartilla y palotes; después pasan a mi hermana. Conmigo están las *cagonas*, las que todavía no pueden hacerse un nudo en la trenza. Hasta que no son mayorcitas, no pasan a mi hermana, porque ella es maestra superior, mientras yo no soy más que elemental. Aunque maestras somos las dos y en casa tenemos nuestros títulos. — Insistía mucho en la superioridad de la hermana, con una conmovedora humildad, y hablaba de su elementalidad como de una insuficiencia, aunque era ella la que moralmente daba el pecho a aquellas inteligencias nuevas, la que hacía el trabajo más penoso y heroico, iniciando en los rudimentos del saber a criaturas totalmente ignorantes. Ella seguramente era la que tenía que esforzarse más, y, sin embargo, desdeñaba su labor y hablaba de sí misma con un tono tal de humildad, como si estuviese echada a los pies de aquella mujer-columna que era su hermana, a la sombra de su superioridad, como esas figuras

alegóricas que decoran un diploma universitario. Mi amigo, cultivando el diálogo, más por interés informativo que por intención erótica, pues la evocación de aquella mujer enhiesta era demasiado grave y daba demasiada altura a los pensamientos, siguió preguntando. Y la mujercita morena, con su botella sobre las rodillas, como un atributo humilde que no correspondía a su magisterio, se explayó en confidencias, como si encontrara un consuelo en desangrarse por sus labios. Eran las dos solteras y solas. Habían tenido otra hermana, pero se les murió. Llevaban veinte años—terrible cifra, máxima medida temporal para recuerdos, cuando no se ha dejado por completo de ser joven, que estaban establecidas en aquel barrio, con su muestra en el balcón y sus títulos en el lugar más visible de la clase, en el testero donde daba el sol. —¡Cuántas niñas habrían pasado por sus manos en aquel tiempo! ¿A cuántas habrían revelado los primeros misterios de la sabiduría?

Pero ya estaban cansadas.

—Les digo a ustedes que ya estamos cansadas; cada día más rendidas, más aburridas y más pobres...

Los padres son cada vez más tacaños para los maestros, y ellas trabajando todo el día, desde por la mañana hasta por la noche, ganaban menos que un artesano... —Les digo a ustedes que estamos cansadas, y sobre todo, de ser tontas, de sacrificarnos por la ingratitud humana... Les digo a ustedes que, si fuera yo sola, no me tomaría tantos sudores por las pequeñas...; pero como mi hermana es tan recta... Dió de

pronto un grito de alegría y dijo: — ¡Ahí está ya mi hermanal! Volvimos la vista hacia donde tendía su frente, y vimos avanzar por entre los ebonimos a una mujer alta, magra y vestida de blanco, erguida, lenta y sigilosa como una sonámbula. De lejos, con aquel traje claro y juvenil, parecía, virginal y cenceña, una mujer joven. Pero según se iba acercando a nosotros en aquel breve trecho envejecía, y al llegar a nuestro banco, bajo nuestros ojos perspicaces, ya le habían salido arrugas; esas arrugas de las vírgenes, tan finas y sutiles, que sólo son visibles en legión y siempre parecen prematuras. Al llegar a nosotros era ya una mujer vieja; pero conservaba su enhiesto talle de joven, aquel talle que no se doblegaba nunca, sino ante el sueño. La hermana nos la presentó y ella nos miró con unos ojos terriblemente serenos, como podrían mirar las columnas. La invitamos instintivamente a sentarse. Pero ella rehusó con un gesto tranquilo y sobrio y permaneció de pie, apenas apoyada en el respaldo del banco, dominándonos con toda la altura de su busto, como esas figuras decorativas que rematan un dorel. Nos dominaba con todo el sosiego de una colina. No rozaba el banco más que con la cintura, y con una mano se sostenía el seno y con la otra la barbilla, como si se la sintiera caer, según se les cae a los muertos. Y estaba en pie, más rendida que su hermana ya sentada; seria y triste y desencantada, desmoronándose como una estatua de yeso, pero llena de entereza, sin embargo, como si la desesperación de saber le prestase una extraña energía para

permanecer así siempre y atestiguar como una esfinge más la inutilidad de la ciencia. La hermana estaba ante ella como arrodillada en el zócalo de una columna y la miraba como si viese su cara muy alta entre las estrellas. Para congraciarse con ella, le contó, sonriendo, lo que hablábamos... Ella pareció condescender a la conversación, y erguida siempre, con un gesto más derruido todavía que el de la hermana, cuando expresaba su cansancio, más rendida, no obstante, su actitud vertical, nos repitió sus quejas. Parecía tener clavados en el pecho todos los puñales—más de siete—de la Ciencia. Parecía que la poma del saber se hubiera deshecho en amargura en sus labios. ¿De qué le había servido estudiar? Cada día era menos apreciada la enseñanza. Las madres regateaban el precio del saber. Las que no regateaban el precio de un fruto en el mercado, regateaban la enseñanza. Y ellas se sacrificaban, incapaces de corresponder a aquella tacañería, porque sentían el funesto amor a la enseñanza. Hablaba de la enseñanza casi con un énfasis sagrado, como el sacerdote habla de la forma. Ella era incapaz de mixtificar la enseñanza, de *sabotarla*. Y resultaba víctima de su fervor y de su integridad. —Mi hermana es muy recta—decía la pequeña, con acento de compasión, y nos miraba como si aquella rectitud fuese una deformidad.

Mi amigo, entonces, comprendiendo su intención, aventuró insinuaciones de mundanidad. Tomar las cosas tan en serio, equivalía a sacrificarse. Había que aprender las lecciones de la corte. ¿Se refería a las

lecciones de la corrupción cortesana! Él conocía maestros que comerciaban con los alumnos como con un rebaño. Les vendían los libros y hasta las plumas, cobrándoles más caro que en las tiendas. Deslumbraban a los padres con el lujo. Añadió: Ustedes debían mudarse más al centro, montar un colegio lujoso, con muchos aparatos que no sirvieran para nada, engañar a la gente como hacían todos en la corte. En la corte todo era ficticio y lo que triunfaba era la ilusión, no la realidad. Y contó el caso de un célebre obrador de Modas, donde la maestra, que no sabía ni siquiera manejar el metro, mostraba siempre un dedo entrapajado para excusarse de tomar las medidas. Y por un momento permanecimos atónitos en la contemplación ideal de aquel dedo de mujer entrapajado y suntuoso, como una de las preseas de las vitrinas de la corte.

La hermana menor escuchaba complacida aquellas lecciones de mundanidad y asentía. Decía dirigiéndose a la hermana: —¿Ves lo que dice este señor? ¡Ah, qué razón tiene! ¡Qué verdad es cuanto dice! Eso, eso era lo que debíamos hacer. ¿Qué vamos a adelantar con tanta rectitud? Tú no sabes entretener a las niñas; se lo enseñas todo demasiado pronto... —Mueren ustedes; muchas veces, cuando ve que una niña no adelanta, le aconseja a la madre que la retire del colegio... No sabe contemporizar. ¿Verdad que así no adelantaremos nada?

Nos miraba a nosotros y la miraba a ella como si quisiera confundirla con nuestro testimonio. Pero la hermana permanecía inmutable. Se sostenía la barbi-

lla y se maceraba los labios como si los tuviese llenos de amargura. Con una voz serena, terriblemente serena, marcada ya para siempre con el dogmatismo de la cátedra, una voz clara que se veía rotunda como escrita con yeso en el encerado del aula, y que daba idea de cómo habría de ser de clara su letra, rechazaba la tentación.

—No—decía—; ella no podía ser así. Comprendía que tenían razón los que eso le aconsejaban; pero ella no podía. No se sentía capaz de falsear la enseñanza. —Parecía que hubiera dicho de profanar la *forma*. No sabía *vivir*. Su vida consistía en dar la enseñanza a las niñas, como es debido, sin artimañas ni tretas, en velar por ellas, de pie todo el día. No le dolía nada de eso. Lo único que sentía es que su labor no fuera estimada en el mundo, que su probidad no fuera apreciada. Pero ella no podía ser de otro modo. Y siempre erguida, sosteniéndose la barbilla, con un gesto ambiguo de caricia, conmovedor en ella, virgen, parecía aceptar su destino, definitivamente, encarnando todo lo que había de solemne y de célebre en esa palabra de maestra que recordaba las figuras de las antiguas Normas.

Su palabra, serena y rotunda, parecía persuadir a la hermana, que, seducida por ella, nos miraba con un júbilo triste y ufano, diciéndonos: —¡Es muy recta, muy recta! —Y vencida por la maravilla de aquella recitud hasta material, parecía no sentir ya su pobreza, ni su ansia de brillar todavía un poco, de engalanarse con atavíos mientras aún fuese joven. Extasiá-

base en la contemplación de la hermana que, erguida, hundíase ya en la vejez, sin más gala que un traje liso, y parecía adquirir fuerzas para ser hasta el fin como ella la maestra pobre. —Ella es muy recta—repetía. Y alzaba los ojos para mirarla como si la viese todavía más alta. La otra, enhiesta, grave, inexpresiva como una Minerva escolar, con el alma, sin duda, llena de despecho y de amargura, pero serenado todo ello por la comprensión, como si supiera que así debía ser, ya que ella era así, cobijaba a la menor con la sombra de su busto vertical. Y parecía irse así desmoronando poco a poco. Representaba una forma, la más terrible del sacrificio: la de la víctima inmolada de pie. En pie acabaría de envejecer y el polvo y la arena de aquel barrio pobre que empezaba a levantar el aire de agosto, la sepultaría. Mi amigo, compadecido, quiso insistir en sus consejos corruptores. Yo le rogué que se callara. ¿No es hermoso que haya todavía quien se sacrifique por una vocación? Pobre maestra pobre, con discípulas más verdaderas que nuestros discípulos literarios, erguida como una columna con su hermana menor echada a los pies, como un cachorro, pobre, pero sintiéndose dotada del terrible don de saber y capaz de corregir las faltas ortográficas de esta plana del mundo y los yerros de las mujeres jóvenes y bien vestidas. ¿No es más suntuoso que mi triunfo su sacrificio y su despecho?

R. CANSINOS-ASSENS.

E-N-S-A-Y-O-S D-E M-E-L-A-N-C-O-L-I-A

Un retrato interior.

Estamos animados para ir clarificando pasos de los operadores espirituales de las sombras. Simulacros de almas y corazones. Retratos interiores. Claridad y persistencia de claridad. Hay que esforzarse en precisar el verbo literal y humano, avanzar en la liberación del verbo sueño, humo. La vida y el alma son los dos elementos. Los libros—expedientes para descifrar el verbo exacto del Ser—pueden orientar y excitar falsamente. Busquemos la claridad antietimológica. Líneas claras y líneas claras. Claridad en la catedral y en las máquinas, en la velocidad y en el reposo, en el dolor y el placer. El hombre aturdido es el personaje del sainete, la parodia de la claridad, o sea la conciencia de sí mismo. El esfuerzo de la humanidad ha creado una vida artificial, estados y hábitos de oscilación, sin correlación real. Leer eso que se llama un libro moderno, a veces, es una palabra alejada de la vida y del hombre. No sé nada más

que una especie de alegoría del esfuerzo. Yo llamaría claridad a otro nuevo esfuerzo, o desnudarlo todo con valentía, esa labor que aparece como paradógica porque descubre el paso adocenado y rutinario de los fantasmas. Este retrato interior son *papeletas* espirituales, apuntes del camino.

Interrogante formidable del después.

Toda la interrogante formidable del después—según nuestro retrato de hoy—mana de la Gimnosofía. Ciencia que está integrada en la teosófica. El antagonismo de los espíritus son los eslabones del círculo. De la Gimnosofía no sabemos nada, pero reconocemos que es una ciencia que nos lo ha enseñado todo. Ya observaréis que os muestro paradojas como paridas en el denso vacío de la máquina neumática. El deber máximo del hombre—según las doctrinas gimnosóficas—es intensificar la vida propia, o, lo que es lo mismo, la esencialidad personal. Una especie de antagonismo que nos librara de la muerte. El hortera—por ejemplo de el *bacalaísta*—tendremos el gusto de reirnos de su muerte. Todo el que ha vendido bacalao ha tirado su colocación en el infinito. La fe contenida en los cinco libros indios de los Veda—Panchatantra, Hitopadera, Mahabarata, Ramayana y Katharasitsagara—son mi fe. Porque Jesús es un discípulo de las enseñanzas colectivas de las escuelas indias de La-

hore. Escuelas que se dedicaban al cultivo de la voluntad.

Del sistema social y aspecto del conglomerado humano.

El hombre actual—mírense los días y las obras—es un infeliz. Las cosas—escuchad las lamentaciones de la sociedad, del campo, de la aldea y de la ciudad—están malas. La espiritualidad y la acción, substantivamente, se han hecho materiales. El comerciante es uno de los tantos tipos de nuestra sociedad donde todo se ha puesto en *acciones*, menos la moral. La abundancia de doctrinas espiritualista vertida por los profetas y los clásicos, ha traído el materialismo. La ley de los extremos del pro y del contra. Es lo mismo que el hombre que se ahogase, se tirase al mar para saciar su sed, o si se helaba echase a una hoguera. Pro y contra. El anhelo social encontrará la ley de Gracia.

Es una ley que ni literal ni tropológicamente sé lo que es—tal es la confusión del retrato—, pero que nos ayuda a sufrir con paciencia.

Ahora nos detendremos a conocer algunos aspectos del conglomerado humano.

Anotemos—como concepción y como carne—la individualidad. La individualidad del hortera llega siempre a la consecución de sus fines, porque la filosofía de este tipo es rectilínea y avanza lentamente.

El espíritu aristocrático, un excéntrico, por el contrario, no llega jamás a una conclusión definitiva, porque procede en trayectorias curvas y con solución de continuidad. El hortera llega porque es limitado, y el pensador no, porque sería absurdo.

El hombre satisfecho—estamos en el único aspecto humano: la felicidad—lógicamente es pesimista. He conocido a un suicida—según su confesión—que por exceso de felicidad se suicidó. Por contraposición natural, el desgraciado es pesimista y creyente. Tiene dos vidas antagónicas, y la segunda de ellas, como hechura personal suya, es una idealidad radiante.

El amor y las mujeres.

Nosotros no vemos nada más que dos amores. El lírico o el literario, y el amor pasión o psicológico. El amor literario no se encuentra en la vida. El pasional es un estado morbosó, circunstancia que se desvanece con el tiempo. El fumador de opio y el morfinómano mueren si se les suprime su vicio, pero de amor nadie muere. Considerando los aspectos anecdóticos de las mujeres, diremos que son de una vanidad insupportable. La cortesía creen que es adoración, cosa que con frecuencia las conduce al fracaso y al ridículo. La mujer legal se pone hosca ante la mujer libre, la horizontal; la desdeña, acaso por envidia.

Podríamos—en este retrato, pantomima, apunte de un interior—continuar. Pero aquí terminamos los perfiles y las difumaciones.

ANTONIO M. CUBEBO.

MADRID

Madrid, un mes, dos meses, un año viviendo entre todas tus grandezas y entre todas tus miserias, para seguir desconociéndote, ignorando tu verdadera esencia, tu único y fuerte temperamento, porque lo tendrás, aunque yo no he sabido descubrirlo aún.

Ni eres alegre, ni triste; para alegre te sobran hospitales, cementerios y gentes que carecen de ideal; para triste te falta corazón, que no lo tienes, y un alma enamorada de la verdad; posees muchas Iglesias y Academias de todas las clases; guardas en tus descascarilladas ornacinas demasiadas imágenes de anticuados convencionalismos, para que seas alegre, y estás con sobra de colores, tu carátula es excesivamente grotesca y congestiva para que seas triste. Tu alegría es la risa del idiota o la rota carcajada de una prostituída. Tu tristeza es la forzada pirueta, macabra y descentrada, de un sepulturero ceremonioso por la recompensa.

Madrid, me colmas el alma de una infinita compasión. Tu grandioso tráfico, tu aparente movimiento y loca agitación, no son sino contorsiones de enfermo, que no estándolo tanto, irrumpe un simpático silencio con ayes lastimosos, provocando por ello, más que lástima, burla.

Tienes frío y no cubres tus desnudeces, y tu podredumbre la exhibes cínicamente en las carnes flácidas y en los rostros ajados de tus mujeres, aunque crees, ilusoriamente, que la ocultas entre las sombras de algún palacio o de alguna basílica.

Eres mujer hipócrita y falsa; haces múltiples guiños durante el día e innumerables concupiscencias en la noche, para que se te pueda sospechar una ciudad franca, leal y abiertamente sincera.

Tu arte es engañoso, y lo es, porque los verdaderos artistas, los que lo son por fortaleza cerebral o por genial inventiva o por una superior educación sensible, están condenados a la dolorosa espera de un futuro que sea más sincero, menos mercantilizado que en la actualidad, y exento por completo de esa hipocresía, que hoy es la atrofia de los más santos principios y la que anula las más sublimes libertades.

¡Arte! ¡Divino ideal, dorada encarnación, que glorifica a los sufridos! ¡Arte! ¡Palabra que expresa penas, lágrimas, corazón lleno de vida y vida toda corazón! ¡Arte! ¡Mujer desnuda de ropajes de hipócrita civilización!

En esta villa aparentemente magnífica, en este Madrid fastuoso y espléndido, que tantos ensueños hace abortar, jamás el arte encuentra su acertada y justa cristalización. El arte moderno, vestido de frac y luciendo almidonada pechera, loza sepulcral de corazones podridos, cansados antes de luchar, no es, ni podrá ser nunca, un arte verdad, un arte asombro de dioses y de generaciones, sino un arte afeminado, risible la más de

las veces, enfermizo todas, genialmente satirizado en un momento de feliz presentimiento, por el maestro Goya, al darnos sus «Proxenetas estériles».

Es Madrid cofre donde se apollilla la belleza, donde el talento se desprecia y se rinde pleitesía a los desafueros de un político o a los escándalos de una *cocotte*; es farándula de pequeñas vidas, de seres comprendidos en un tono de medicina legal, guiados todos por sus vicios, por la desviación de sus sentidos e impotentes para el bien.

Los más bajos intereses, las más encanalladas conveniencias, son en ti el único ideal; la hipocresía es el galardón de los que llegaron, y la envidia, la torpe envidia, y la maldad, es el arma de los hundidos, de los que con sus amoralidades, días tendrán de florecimiento y esplendor.

Tus costumbres, como tus hembras, tus famosas hembras de obscura mentalidad, son tan rastreras, tan envilecidas y desviadas, que caen dentro del círculo rojo de la patología interna, círculo rojo irrompible, todo fuego calcinador, fatal como la muerte, y aniquilante, que parece puesto en la vida por un dios todo voluntad, para compensar el sufrimiento de los que, por ser sinceros, gravitan sobre sus destinos la vergüenza de su sano aislamiento espiritual.

No hagas, Madrid, un gesto de desdén; no intentes marcar en tus labios pintados, mujerzuela ni alegre ni triste, una sonrisa de indiferencia; es otra de tus enfermedades; ¡tu indiferencia! Crees que *eso viste*, ¡pobrel, pobre, sí, mil veces pobre de espíritu, a pesar de los co-

llares de perlas y de las joyas que te adornan, y que sólo dicen el precio de tu venta.

No encojas tus hombros: sé que son bellos en apariencia; sé también que en ellos hubo mordiscos de bocas fauninas y señales amoratadas de dientes ennegrecidos por el mercurio.

Que no llamee tu mirada por el orgullo ante el éxito de tu traje de cachemira; mira al suelo avergonzada de haber deshojado, con gracil coquetería de novata, los más hermosos ensueños, los que ponían en tu cuerpo esos goces inefables de pureza, que ya no sentirás más.

Despréciate; un esfuerzo grande has, para reconcentrarte en ti misma, y llora, llora mucho, hasta que borres de tu mejilla el colorete y los menjunjes, hasta que sientas a tu alma limpia de todo pecado y liberta de toda hipocresía.

Si tal te digo, es porque comprendo que en la actualidad no llegará ningún Mesías, ningún Bhuda, ningún apóstol de potente inteligencia, de sano corazón; ninguna fantástica visión que acabe con tanta irregularidad, con tanta farsa, y destruya tantos convencionalismos y prejuicios que hoy son, porque los amparan y acrecientan cerebros que debían estar sobre la mesa de cristal de una clínica médica.

RAFAEL ROLDÁN CASILARI

Madrid, 12-10-1920.

A M A N E C E R

A mi ilustre amigo «Azorín»,
que, como nadie, conoce el poema de Argamasilla.

Son las cuatro de la mañana, lector; de una mañana que se presenta con su amanecer de esos de julio. Gustamos madurar para contemplar toda la sugestiva nota de mística poesía que a estas horas, en las que se ofrece el tránsito del descanso —del descanso en el período de la noche, en que parece suspenderse la vida—al trabajo del día incipiente, Natura pone en las cosas y en los seres... En el pueblo apenas si leves sonidos anuncian el despertar a la cotidiana labor, a la diaria actividad, y nosotros dirigimos nuestros pasos afuera del poblado, allá donde ante la vista del hermoso paisaje podamos apreciar el momento de insuperable delectación estética en que Febo, radiante, aparece en el oriental horizonte, extendiendo la cabellera de sus rayos de oro por el cielo diáfano de impoluta limpieza, y sobre la faz del terruño dilatado, amplísimo, para presidir la vida desde las insomnables regiones del Étor; allá desde donde nos sea dado ver el sol en su orto, mientras las tradicionales campanas de la parroquia anuncian el comienzo del nuevo día con el místico hablar argentino de sus lenguas de bronce, sinfonía de ancestral invocación.

.....

A poco nos hallamos un paraje conocido, en extremo admirable por los encantos que reúne. Es junto al cauce por donde Guadiana discurrir deja el caudal imponderado de sus copiosas y cristalinas aguas, dulces cual ningunas, néctar prodigioso de riqueza y de salud. Es debajo de seculares álamos que se yerguen, punjantes, en la ribera, algunos cuyas hojas presentan la hermosa bicomía de su verde intenso por el haz y el blanco argenteo, cual monedas, por el envés. Árboles centenarios, a quienes, en tan gran número, vivifica el río, en sus varias especies. Aquí se contempla el poblado, a lo lejos, en cuyos tejados comienza a reflejarse, reberberando, con sus áureos matices, el astro rey. Más cerca ya vemos la continuada cinta del río canalizado, que atraviesa el pueblo, con el azul glauco de sus aguas—en las que se refleja el vistoso ropaje de las alamedas—e ras de tierra, y el verde de las copas de los árboles que pueblan, ininterrumpidamente, su curso. Es aquí, a nuestra derecha, donde vemos la simétrica, recta y brillante línea del ferrocarril, que corta el río, sobre el cual tiende su puente metálico. Todo nos da en este sitio y a esta hora en que poco a poco viene el día, la sensación más prístina de belleza, el sentimiento más puro de devoción a la creación. Un ruiseñor armoniza el momento con el *scherzo* inimitable de su trino polífono. Allá lejos, suenan, en la era, las juntas que reanudan el trabajo de la trilla, génesis de pan; por el camino restallan los látigos de los zagales, que en pesados carros llegan transportando las doradas mieses, tras su viaje nocturno; otros entonan intermitente canto, en el aza, mientras aran, combinando las voces labradoriles

con las frases eglógicas, hallando eco su endecha en la arboleda; se deja oír la estridente caracola del rabadán, y se percibe el leve sonar de las esquilas, al mismo tiempo que por la vereda reseca se vislumbra el avanzar, recto, del rebaño de recentales, que levanta nubes de polvo. Del poblado llegan rumores de la labor diurna, que comienza febril, y del campo brisas olorosas, ruido de frondas y sonidos bucólicos, que se mezclan con el acre olor a brea del camino de hierro próximo, formando todo un simbólico y evocador conjunto de poesía y progreso—mientras el sol levanta, airoso, su globo de fuego—que representa la augusta tradición pasada de estos lugares y la sublime evocación presente que nosotros hacemos con toda la emotividad.

.....

En este sitio, en este paisaje, que a la hora nunca asaz admirada del amanecer contemplamos, como tantos otros en este lugar, famoso entre los famosos existentes, que en maneras tantas, sitios tan varios y formas tan diversas compendia el conjunto admirable de la acción que plasma la obra celeberrima de Cervantes; en este sitio evocador, en la manera más sublime, de todo el curso de la inmortal presea de las letras, cruzada admirable, conjunto de fantasía creadora y de realismo insuperable, que da comienzo con la salida del más ideal de los caballeros «por la puerta de un corral», para inaugurar la serie de sus aventuras—aventuras que él mismo, en su generosa vesania, las creía de la inmarcesible importancia que, en realidad, desde ciertos puntos de vista de la idealidad tienen—; allí, decimos, en el sitio por que cuenta la obra pasara el hidalgo soñador en su primera salida, nos figurábamos ver a *Quijano el Bue-*

no, cuando ya fuera del pueblo caminaba, cabalgando en su rocín y prorrumpiendo, entusiasta: «Quién duda sino que cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiera no diga de esta manera: Apenas había el rubicundo Apolo...»

ANGEL DOTOR

En el pueblo en que se troqueló *El Quijote*, Argamasilla de Alba,
julio de 1920.

Muerte de un poeta sudamericano

Domingo Gómez Rojas.

La muerte, la prostituta sarmentosa se ha llevado al poeta por sus burdeles de tragedia. Se lo ha llevado joven, con el labio rojo, con el iris encendido, con las manos bravas. Le ha destrozado el corazón henchido como copa, le ha enterrado en el polvo su cabellera de rebelde, le ha roto para siempre la palabra de hombre libre y el canto azul. Gómez Rojas ha muerto. Así lo dice un telegrama. Y bien, ¿para qué decirlo? ¿Haremos estremecer el corazón de Dios con un artículo miserable? ¿Atrasaremos un minuto los punteros bestiales de la tragedia que ladra como una loba enloquecida?

Domingo Gómez Rojas murió loco. Hombre libre, se levantó contra las injusticias y las desigualdades, fué socialista a la manera de Walt Whitman, no a la manera de tanto socialista pedagogo como hay hoy, socialistas de literaturas, diplomados socialistas, fundadores de partidos políticos. Tenía la conciencia de sus actos y por eso iba solo, encerrado en un silencio de místico, con la actitud estupenda y serena de los sembradores. ¡Y ya el puñal de bruto le ha cortado la vida! No, la

boca de Judas, de Judas el Hiscariote, esta vez más traidora porque fué la boca de su compañero de juventud, el de veinticinco años, el literato, el estudiante, el obrero que le besó a traición. Gómez Rojas, acusado de rebelde, ha muerto loco en una prisión de Santiago de Chile, ante la impasibilidad incomprensible de una juventud que alardea de patriotismo y de independencia.

Nunca la manera de ser personal se cristalizó más potente que en el estilo poético de este niño suave y bohemio. La elegancia rítmica de su gesto griego cortó su rima y la melodía de su voz fué la que plasmó los fuegos de su estrofa. Él conoció la vida en todas sus faces. Se emborrachó de rosas y de vino y sorbió trago a trago las más amargas hieles, y a pesar de que la muerte le soplaban sus vientos de misterio a labio junto, iba siempre sonriente abrazando su adarga de optimismo. Aquel bohemio de pupila bruna que en las noches de fiesta empeñaba su capa para arrojar cuatro monedas sobre las mesas del café, tenía en su alma repliegues tan profundos que sus amigos no sospechamos nunca.

Una noche, en un cafetín del barrio Recoleta, nos encontramos Gómez Rojas, Francisco Aguilera y yo. El bohemio estaba parlanchín aquella noche y nos había envenenado el ambiente con sales verlenianas. Hablamos de nuestra juventud, del amor y de la muerte, y Gómez Rojas recogió ese momento en ocho versos enormes, que valen por toda la producción poética de una poca y que copio a continuación:

Miserere.

La juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere,
morirá en el futuro. ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizás la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

A pesar de la locura bendita de nuestros veinte años, a pesar de las rosas y el amor, Domingo nos entristecía muchas veces con sus sentencias de abuelo precoz, con sus frases preñadas de eternidad, con sus presentimientos astrales. Su misticismo se rebelaba contra los tambores de este siglo y el niño tendía sus brazos anhelantes a la muerte, a la novia ideal, que se acostó en su lecho como una prostituta, manchada de tragedia. En todos sus versos hay esta angustia de baby amargo y melancólico y este hipo de quietud y de eternidad. Él nos descubrirá su alma con su verso encantado:

Divina sombra.

Voy por el mundo y soy apenas sombra
de lo divino que decir no puedo...

Amo tanto los astros y la noche
que pienso que tal vez yo llevo dentro
de mis ensueños de hombre,
en mis cansados ojos mucho cielo.

Amo tanto la muerte que la vida
para mí es un instante de los tiempos,
por eso amo la sombra del camino
por donde van los muertos.

Por eso estoy soñando con la muerte
—futuro de silencio—:
es que ya tengo dentro de los ojos
todos los astros hechos noche y cielo.

Voy por el mundo y soy apenas sombra
de lo divino que decir no puedo.

Y porque era sombra de lo divino que palpitaba en su cerebro porque, para decirlo con palabras de Nietzsche, tenía el cerebro preñado, estaba predestinado para grandes acciones. Y era total como poeta y como hombre, porque si fué acusado de revolucionario y condenado a muerte, se iluminaba su corazón en San Juan de la Cruz y en Garcilaso y sus labios de místico decían bajo las estrellas:

Corazón.

A veces se trasluce en mis pupilas
un corazón divino que me tiembla
y, en el silencio de mi vida, quedo,
el rumoreo de una fuente interna.

(Frente al cielo dormido por las noches,
clavo en mis ojos todas las estrellas.
Frente al paisaje como en un milagro,
siento el ritmo profundo de la tierra.)

Quizás somos el polvo de los astros
que cayeron, ha tiempo, de otra esfera,
quizá si en nuestro corazón, dormido,
Dios mismo alienta, calla, vive, sueña.

El hombre que escribió estos versos antes de los veinticinco años, acaba de morir en una de las cárceles de Chile, loco y desamparado. Sus amigos escribirán amargos DE PROFUNDIS. Así lo han hecho a la muerte de un Pezoa Véliz, de un Alberto Moreno, de un J. M. Rodríguez. ¿Y bastará la mentira de unos cuantos artículos a salvar todo lo que había en gestación, todo lo ido para siempre y antes de plasmarse, todas las visiones alucinantes que se rompieron con el cerebro de este poeta malogrado?

Pero ya no debemos hablar en contra de la injusticia de ios hombres. La figura de Domingo Gómez Rojas pertenece a los siglos.

ARTURO TORRES RIOSECO.

(Chileno)

Octubre de 1920.

Cuentistas americanos

Madona Laura

¿Qué tal?... Ya ve usted, doctor, ¡se vive!... Miraba bostezar al tigre real con un aburrimiento aristocrático de un londinense en domingo... Sí, doctor, vengo todas las tardes. Es un jardín discreto y sin niñeras... Mujer espléndida ¿eh? Vamos por allá, que no me vea. Estoy pálido, es verdad, pero ya pasó. Al verla azuzar a la fiera con la sombrilla, acudí con todo Kipling en la cabeza. No fué nada. Pero no puedo olvidar la triunfante procacidad del rostro acerbo. Usted, que leyó cincuenta libros sobre las expresiones de la emoción, dígame si es posible ver con la misma mueca a un tigre airado y la agonía de un marido.

Tiene usted razón, doctor; le estoy hablando en enigmas. Necesito calmarme... ¿La miró bien? Es una compatriota mía. Belleza de mujer célebre y de maniquí de costurero, una Madona de Sandro vestida por Paquín, como decía un escritor modernista de mi país que nunca viera cuadros de Botticelli ni toilettes de Paquín, probablemente... En efecto es algo de eso. Pero le gustan las modas algo excéntricas y la Madona sería en todo caso de Bellini, una de esas venecianas de piel melada que no pueden retener en la gra-

vedad del lienzo santo su retozona alegría de contadinas... Unos treinta años, la edad peligrosa de Balzac. Ahora está en sazón y más flamenca. Yo conservo otra imagen adorable, la de una señorita fina, pálida, que bajaba los ojos claros a su breviario de carey, volviendo al arrodillarse, con disimulo tunante, desde la nave penumbrosa de la Iglesia, una mirada inexpresiva al galán del atrio. Yo era el galán, doctor. Nada oficial ni decisivo. Dos bostons seguidos en un baile, la inevitable espera en la puerta de la iglesia con la correspondiente persecución discreta, la kermesse en que yo le pagué una flor con los ahorros de cinco meses y un ademán prestigioso de millonario. Ni siquiera nos hablábamos en la reja, a pesar—tal vez a causa—de una madre liberal, pero urgente, que en seguida os llamaba hijo y, sin decencia, preparaba ya el ajuar. Había también, rondando, jadeando, un hombre poderoso que tenía en provincia, según aseguraba la señora con respeto, innumerables leguas de pan llevar... ¡Madre imparcial, si las hubo! Nos miraba como un juez de llegada en las carreras... Y yo no era el más veloz. El hombre poderoso estaba decidido—me lo anunciaron—a llevar con los sombreros encargados a París los títulos de dos casas limpias de hipotecas, y sólo «esperaba un sí» para hacer publicar los bandos.

El sí esperado no llegaba. Y mi rival continuaba visitando la casa los domingos con un cartucho de dulces finos. Yo también, estratégicamente, prudentemente, venía a compartir los dulces con la muchacha, a reírme con ella de la peluca mal pegada y de las pomposas levitas de don Remigio... Un nombre terrible, doctor... Para asesinar al párroco... ¿Se casó con él? Por supuesto Pero espere un momen-

to, voy a contarle la historia de San Remigio, soltero y mártir... ¿No ha leído un libro de Havelock Ellis sobre España? Pretende ¡humoradas de sabio! que en las novelas españolas la mujer ideal tiene siempre los ojos claros, y en las novelas inglesas los ojos negros. De aquí deduce consideraciones semejantes a las que hiciera el filósofo con aquella nariz de Cleopatra... ¿recuerda?... que aguda o roma cambiaría el destino de los imperios. No sé si mudaría esta verídica historia y su desenlace, si Cecilia hubiera tenido pupilas negras. Pero estoy seguro de que sólo se le puede tolerar iniquidades a una mujer... Con esos ojos color de la piedra llamada aguamarina... Excúseme usted, es una flaqueza que comparto con don Remigio y los novelistas españoles: el prestigio de los ojos claros, de dulce mirar alabados.

Según y conforme, doctor. De cruel mirar a veces. Nunca los vi volverse a don Remigio sino con una alegría enfadada, premisa ardiente de burlas. Un día, en un paseo a que él invitara—ya estaba su noviazgo tolerado y yo me retiraba con decencia—, le espantó Cecilia el caballo hasta la acequia en que estragara unos soberbios pantalones. Otra vez en el Carnaval, después de la tregua del té... Pero, ¿a qué voy a contarle tantas travesuras? La última fué terrible. Era en un balneario por la mañana, cuando media Lima se bañaba y la otra mitad estaba en el *malecón* murmurando de los bañistas... ¿No le he hablado del postizo de don Remigio? Una peluca fanfarrona que no se limitaba a la mentira convencional de unas mechas ralas, sino que quería calumniar bucles magníficos... Pues bien; Cecilia, traidoramente, por la espalda, se la arranca de un tirón y fuga a la

orilla chapaleando. Todo el balneario estalló en una carcajada. El hombre estaba amarillo. Yo le vi salir inclinado, lastimoso, con veinte años más. Pero no indignado, sino ¿cómo le diré?... Con esa lívida sumisión que vimos en las historias romanas del colegio y en los grabados de *Fabiola*. Era un santo de edición popular con su leona.

Después los recuerdo, ya más cubiertos, en París. Ella con finos velos de Redfern; él, ponderado y grave, en su levita de Lesley, partida por gala en dos, una peluca admisible.

Los arrastraba hacia el bosque su *limousine* ancha y tonante como un carro de guerra. Cecilia, adormecida en esa cuna de paño gris, volvió apenas a mí—oscuro transeunte—los vagarosos ojos divinos. Pero él hizo detener el automóvil con algazara, para caer redondo y jovial en mis brazos amigos... Porque le dicho que se casaron, pero no que don Remigio me quería entrañablemente... ¡Misterios del alma y del matrimonio!... Quizás me agradecía que no hubiera puesto en seria competencia su madurez desvencijada y mi juventud... No, doctor; no es fatuidad, no se ría. ¡Si yo te hubiera querido! Pero me asustaron la inminencia del hecho, aquella madre urgente... Voy a serle franco. Yo imaginaba el matrimonio como una alameda... Sí... Una alameda en cuyo final remoto están, sin duda, la gravedad de una cuna, los chiquillos berreando, la mujer deformada y lívida; pero había bancos en el camino para sentarse a conjugar sandeces divinas... Después el beso que tolera la abochornada timidez de la novia intacta... El moroso cambio de anillos en una tarde lánguida o en la noche... Toda la luna en cantares y azahares, ¡qué sé yo! Pero así,

en redondo, a plazo fijo. Me aterró. Y vine a Europa fugando.

Usted, hombre tunante, va a pensar que alargué la piedad en el automóvil buscando pisotones de connivencia y preparando mentalmente la *garçonnère*. Probablemente, sí. Para decirlo en lenguaje de Santo Padre: toda iniquidad está en el hombre. Pero hallé tan ofendida mirada de gran señora, que murmuré frases finas de idealista empedernido — mientras rodábamos por alamedas color de gruta — sobre la gracia nemorosa y estos cisnes, digno paisaje para Madona Laura. ¿No le dicho quién llamaba así a Cecilia? Fué el escritor modernista que no había leído a Petrarca. Y Madona Laura la llamaba yo, recordando la beatitud de aquella francesa naturalizada en el Parnaso de Italia, petrarquizada en la más suave lira... Beata Laura tenía ahora la misma sonrisa de martirio que yo recordaba en un don Remigio calvo, mojado y abrumado... Imaginé con asco los amores de don Remigio, o, mejor dicho, no; me resistí a pensar. No era tan viejo, ¡qué diablo! ¡Pobre Laura!...

No lamentemos demasiado, doctor, el destino de mi novia. Se casó, seguramente, obedeciendo a los consejos de la madre y a la estrechez en que los dejara, después de mi venida, el desfalco de un banquero... Pero, en fin, no la llevaron con dogal a la vicaría, ¡ah no!... Sino con un soberbio collar de perlas que regalaba el novio. ¿Lo confesaré? Era muy poco romántica mi Cecilia. Siempre amó las perlas caras, los encajes de Valenciennes y los chocolates de Turín. Yo sólo pude ¡ay de mí! satisfacer su pasión por los chocolates.

Había adorado este lujo y lo adoraba aún. Lo adiviné en

la manera de decir «nuestro automóvil», «estamos en un hotel muy confortable, una bombonera». Quedé invitado a comer el día siguiente, en la bombonera, un palacete de la calle de la Faisanderie, en cuya verja os recibía un italiano magnífico con modales y obesidad de cardenal. Cuando, más tarde, en la puerta del salón, anunció: «la condesa está servida», abrí los ojos con divertido asombro. Cecilia enrojeció. ¡Ah! ¿No lo sabía? Los hizo condes el Santo Padre, porque Montera... ¡No le llamaba Remigio! Usted dirá que no era nada aquel Montera helado. Para mí fué una dulzura extraña. Y en toda la comida, pasando sal o lisonjeando un escabeche, miré a Cecilia doloridamente, como si despertara de nuevo el novio tímido que la espiaba en la iglesia... junto a la puerta izquierda, para darle a la salida agua bendita. Todo ha pasado, como mi juventud... ¡Qué tonteería, doctor, iba a enternecerme!... Estábamos, si no me equivoco, en la bombonera, con la señora Cecilia de Montera, condesa de Trujillo, y cuatro invitados más. Como si hubiera adivinado mis congojas, una dama habló de la vida que pasa sin sentir, «se diría ayer, ¿no es cierto?» A tan juiciosa observación repliqué con unos versos de Manrique, y cuando sirvieron el café suspiramos todos. Descaradamente ya, mis ojos, se anegaban en el remanso de unos ojos claros...

Cómo pasamos a hablar de Napoleón no sabría decirlo. Tal vez el postre exige siempre temas elevados. Yo no prestaba atención al diálogo, hasta que *mi* Cecilia, levantando sobre tanta incompetencia una mirada de doctora eclesiástica—Santa Teresa o su suave compatriota Rosa de Lima—, opinó que había sido aquel guerrero genio admirable y

bandido a la vez. Era defendible. Ella citaba a Chateaubriand, y precisamente en ese instante el marido, lanzando al aire el humo de su veguero, moreno y magullado, decidía sin remisión que era «un hombrazo aquél como Dios manda...» ¿Fué la cita de la señora, fué el epílogo de alguna disputa borrascosa o le encendió la sangre simplemente este *sauterne*, cuya edad—1880—nos murmuraba en el oído, con discreta elegancia, el camarlengo? Pero descompuesto, plebeyo, vociferó:

—¡Qué disparate! En vez de repetirnos tonterías. .

No era disparate, ni juzgué decente gritar así. Creo que estuve a punto de intervenir. Pero nos acostumbraron en la niñez a rehusar la golosina, a no poner los codos en la mesa... ¡Pésima enseñanza, doctor! Nos hace tímidos, cobardes. Llevé a los labios la copa vacía de *sauterne* y de reojo miré al vecino, un compañero de infancia de don Remigio: hacía bolas de miga que disparaba, certeramente, contra el salero, como en un *bowling* menudo. Una señora salvó la situación balanceando sobre el ubérrimo descote su abanico con un perentorio «¡Qué calor!» Uno por uno, como de acuerdo, nos acogimos al bochorno del día. Y entonces levanté los ojos, compasivos, a mi martirizada amiga. ¡Fulminaba!

Por parecidas escenas fuí comprendiendo las singulares relaciones de la pareja. Él la amaba, a su manera, mas con deseo evidente de mostrar a todo el mundo el absoluto dominio de quien ha pagado todo. Era tirano ante las gentes, pero nunca fuí a la casa sin sorprender un regalo nuevo: ¡perlas caras, encajes de Valenciennes y chocolates...! De que ella lo aborrecía estoy seguro. También lo estoy de

que no se divorciaba por odio... «¿Se burla usted, doctor? Ya verá cómo es clara esta sinuosa lógica de almas.» Ella lo odiaba salvajemente. No me lo dijo, ni tuve ocasión de interrogarle, porque jamás pude verle a solas. Como en las comedias, le deslicé el billete clásico en la mano. Se fué a su cuarto a leerlo, volviendo luego a mirarme con ojos más humanos. Desde entonces las charlas más triviales dieron lugar a sentidos arcanos, como en los dramas simbolistas... Bruscamente, el viaje de placer que ya temía.

—Una película de cinematógrafo—dijo él.

—Un viaje de novios—murmuré con sonrisa aleve.

Cecilia me probó que no me olvidaba, mandándome postales en ese estilo incoloro, impersonal, que ni siquiera exige el vocativo. De cada montaña suiza una fotografía. «Linda vista»; de Sorreno: «Bellísimo paisaje»; del Partenón: «Muy pintoresco». Era poco; lo menos «carta de amor» posible; pero yo coleccioné las postales por fechas, poniéndoles número de orden como un cajero y flores secas, como un poeta... Un año, dos años... Me prendé de una tendera rubia: amé con desgano y tuve canas.

La esquelita decía: «Querido amigo; Acabamos de llegar. Montero está mal de resultas de un ataque nervioso que tuvo en el viaje. Lo esperamos cualquier día de éstos. Su amiga, *Madona Laura*.»

Firmaba así, generosamente. Dos horas después, en el hotel, hallé una madona más, dorada místicamente, veneciana en la bata azul. El marido, en cambio, estaba flácido, cavernoso.

Dirigía mal, titubeando, la mano sudorosa que me entre-

gó. Al despedirme salí acompañado por Cecilia hasta la verja. Allí, en voz baja, connivente, murmuró:

—Es una parálisis. El doctor teme un nuevo ataque y entonces...

Bajé los ojos, sacudí la cabeza con la tunante desolación que adoptamos ante el pariente del muerto. Al levantarlos, casi espantado, retrocedí. ¡Ella sonreía! Sonreía, doctor, deslumbradoramente... ¿La libertad, los millones? No, doctor; veo que no comprende las sinuosidades de las almas femeninas... Cuando yo estudiaba «fundamentos de la fe», me probaban que no tendrían fin las llamas del infierno, porque la afrenta al Infinito Ser merecía un castigo infinito. Un dulce padre de la Iglesia había asegurado esta cosa tremenda... Aquella mujer opinaba lo mismo... Una venganza en proporción con el martirio de su matrimonio. Fué implacable.

¿Lo fatigo, doctor? Es que quisiera desmontarle esta alma interesante. Fuí al día siguiente y continué visitando al paralítico. Con mano torpe podía mover las fichas del tablero de damas. Parecía mejorar; cuando una tarde, al contarme las bellezas del viaje, se quedó inmóvil, babeando, con una ficha incrustada en el puño... Salí corriendo, vino el médico del barrio, me llamó aparte para decirme que advirtiera delicadamente a la señora, porque temía un nuevo ataque: el definitivo. Había que evitar al enfermo toda impresión. Ella no quiso que buscara enfermera. Prometí volver mañana...

Volví, doctor, turbado como un chiquillo. Me sorprendió que no viniera a abrir la verja la criada, sino ella misma. Todo se acelera desde entonces en mi memoria. Me

queda la impresión de una vaga náusea. No sé nada, doctor. No sé, por ejemplo, a cuál de nosotros dos le correspondió la iniciativa del beso en el salón. Pasamos al cuarto; el enfermo me sonreía ya penosamente, y yo alababa sin convicción la prosperidad de aquellas mejillas pálidas, cuando Cecilia murmuró:

—No le engañes. De hoy no pasa.

En voz alta, doctor; como le estoy hablando. La miré asombrado. Ella prosiguió..., y ya estaba loca, doctor..., prosiguió con voz serena:

—¡Bien merecido lo tiene este canalla!

Creo que el «canalla» se irguió casi, y ya Cecilia aplastaba sus labios en los míos. Hoy mismo, al contar estos recuerdos, me avergüenzo. Perdí entonces el poco juicio que me quedaba... Ella en mis brazos, su piel hirviendo, aquellos ojos tan plácidos y aquella boca de fuego. Y allí, en el fondo de la alcoba, algo sombrío, inmóvil y crispado como un Prometeo que Rodin esbozara en un bloque negro. Y maullando ese lamento aterrador que baja de los tejados en primavera, la boca esponjada, rechinando...; ese divino semblante del amor que nadie ha visto sin espanto... Ya adivina usted la tarde de lujuria entre agonías, pues el marido falleció la noche misma. Por precaución me levanté; dispuse todo; fui a buscar un médico, que cercioró la muerte; adopté un rostro compungido, consolé aparatosamente a la linda bacante, que me dió cita para el día siguiente. Infatigable.

Y nada más, doctor; nada más. ¿Comprende? Como otra vez escapé en seguida. Hubiera sido la pérdida de mi libertad, de mi dignidad; me hubiera convertido en el esclavo

vo de esa mujer. Tal vez le tuve miedo. Usted dirá que conmigo no tenía motivo..., pero las fieras no me gustan sino en jaula. Ella era demasiado orgullosa para escribirme. No nos hemos vuelto a ver. Y hay noches de primavera en que oyendo las orquestas de los tejados siento otra vez la gula immaculada... Tiene usted razón, doctor; no hablemos de cosas tristes...

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

(Peruano.)

Ensayistas Americanos

José Ortega y Gasset

El Espectador

Se prolongan vanas discusiones en el ágora, y vidas enteras se pierden agotadas en perennes propósitos. Todo lo consume la plaza pública: el divino tesoro de la juventud y el privilegio inmarcesible del pensamiento. Se anquilosa el mundo bajo el Imperio de la política: —lo útil como lo verdadero, luego la mentira. Y del utilitarismo como pensamiento surge una llamada filosofía de lo práctico—el pragmatismo—que sólo con William James puede aparecer dignificada. El pensamiento «queda reducido a la operación de buscar buenos medios para los fines, sin preocuparse de éstos».

Espíritus voluntariosos van a la soledad en busca de refugio: posible será que con la paz del espíritu les llegue la sabiduría. Así El Espectador fué a la soledad, y la soledad sensibilizó prodigiosamente su alma joven, colmándola de innumerables inquietudes. Y allí elevó su promontorio de visionario, sobre los campos de la

política. Promontorio expuesto a todos los vientos, a los grandes vientos del cosmos—y no torre de marfil—de donde se contemple ampliamente el espectáculo de la vida, tal como desde allí pueda aparecer. Del gran Todo parten innumerables vertientes que van a coincidir en la conciencia de cada ser. Cada cual tendrá una visión distinta y particular de la vida, según la vertiente que en él se refracte; y una suma de todos los aspectos individuales, podría considerarse como una interpretación de la Unidad. Afanarse en precisar cuál sea para nosotros la sombra mística que los seres y las cosas proyectan sobre el mundo, sobre nuestro mundo, y proponer interpretaciones, es acercarse a la Verdad.

El Espectador conoce cuántas interpretaciones han dado los hombres al eterno enigma: ha empapado su espíritu en la filosofía griega, «fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual» (1). Confiesa haber vivido varios años bajo el influjo de Platón, maestro de la ciencia de mirar. Y de Platón ha extraído, naturalmente, un misticismo desbordante que cruza por sus meditaciones, creándolas, como soplo vivificador. Misticismo es clara visión espiritual de las cosas y de los seres, insinúa un supremo crítico de América, Manuel Díaz Rodríguez, en su «Camino de Perfección».

Y en sus primeros tiempos, según el propio Ortega Gasset, nos dice: los libros de Renán hubieron de cal-

(1) Pedro Henríquez, «La Cultura de las Iberoamericanas».

marle ciertos dolores metafísicos que acometen a los corazones mozos sensibilizados por la soledad. Esta influencia de Renán es sensible, y en sus primeros ensayos se asemeja a aquel gran espíritu, semejante a Platón, según el juicio de Brunetiere. No se trata de filosofías sistemáticas—los tiempos de los sistemas han pasado ya—, sino de aisladas meditaciones, ya sobre temas de alto rumbo, ya sobre motivos humildes. Todas, sin embargo, están unidas por un lazo de amor.

El Espectador no se contenta con mirar, en el sentido platónico—que es ya sobrepasar nuestra limitación. Mira, y cuanto ve se filtra y depura por un caudal de conocimientos anteriores, para al fin esplender en amorosa meditación. La forma tangible de esa meditación, es lo que piadosamente nos ofrece.

El Monasterio de El Escorial

Todo espectador supone un espectáculo y un punto de contemplación. (Aunque la vida no es un espectáculo, sólo como tal puede presentársenos, puesto que surge el modo espectacular de vivir, al ponerse el sujeto en relación directa con las cosas.) Una inteligencia perfecta sabrá buscar su sitio en el Universo, su único sitio insustituible, hacia el cual convergerán todas las perspectivas circundantes. Presumimos que gran número de fracasos se han originado en la falta de la única y propia situación. (La historia de muchos fracasos sería la historia de una máquina descentrada.) El hombre que

se sitúa allí donde es más propio su ritmo cordial, y en todo lo circundante encuentra como un complemento a sus ansias—y hasta un contraste inevitable—, puede creer que ha descubierto en el espacio su piedra angular. Su palabra nos llegará siempre como retumbando desde aquella colina ideal, hasta introducirse y rebotar en nuestro corazón. Es interesante observar cómo la mayor parte de los hombres representativos se nos aparecen siempre en una particular actitud, con la cual, esparciendo su mirada, han sorprendido el chorro rauda de la vida. Sócrates (a través de Platón) nos aparece como que cazara sus pensamientos a la sombra de los plátanos de Atenas, orillas del Illiso; Kant meditó su sistema a lo largo de la avenida de Koenisberg, bajo los altos tilos; Beethoven arrancó a la Naturaleza, con amor entrañable, el secreto de su desbordante alegría en el dolor (*Durch Leiden Freude*). Nos será frecuente, al pensar en ellos, representárnoslos como si estuvieran en aquella actitud preferida.

El Espectador ha situado su centro cosmológico en el Monasterio de El Escorial. Algún día se dirá cuánto haya influído en su serenidad el contacto con la austera maravilla, que por su sola severidad y leyenda ha de conducir a la meditación. Nosotros no tenemos de tal Monasterio sino confusas «menciones», referencias a él.

Sólo sabemos algo, que el mismo Espectador nos dice, ya sobre el manto de espesura tendido a las plantas del edificio, modificando su carácter en sucesivas estaciones con el vario matiz del follaje, ya a propósito del curvo

brazo ciclópeo que extiende hacia Madrid la sierra del Guadarrama y que de El Escorial se mira.

Sucedará, y será lo frecuente, que El Espectador fije muchas de sus meditaciones lejos del vetusto Monasterio; pero ello no importa: todos sus pensamientos participarán de la grandiosa austeridad de El Escorial, riguroso Imperio de la piedra y la geometría, en que nos dice haber asentado su alma.

La imitación de las cosas

Las cosas suponen un orden preestablecido, colocado por encima de nosotros, y al que nos es fatal someternos, cuando menos, e interpretarlo, cuando queremos vivir la vida con toda plenitud. Adentrarnos en las cosas, trabar intimidad con ellas, equivale a hallar en su tercera dimensión—dimensión de profundidad—in sospechadas perspectivas que ampliarán infinitamente nuestro mundo de realidades. Las cosas son como intermediarias entre nuestro espíritu y la vida; y para quien no sepa hallar en ellas su oculto sentido, no será comprensible el sentimiento trágico de la existencia. «Por los ojos te salvarás», ha dicho Alfonso Reyes, y ya Goethe había expresado: «El órgano con que yo he comprendido el mundo es el ojo.» Pleno sentido de la vida, discernimiento, disciplina....., los más preciosos dones no hallados frecuentemente, nos llegarán de nuestro trato amoroso y comprensivo con lo que llamamos inanimado. Y hasta posible será que, después de

mucho andar, lleguemos, a través de las cosas. «Abra-
cémonos a las hermanas cosas, nuestras maestras: ellas
son las virtuosas, las verdaderas, las eternas», dice Or-
tega y Gasset en el cristiano lenguaje de Francisco de
Asís. Abracémoslas, abrámosles nuestro corazón, que
ellas, en cambio, nos prodigarán tesoros de emociones.
Sólo a través del amor, con nuestro «ser» propio y no
con la mente, es que las hacemos «prójimos» (1), es
que nace el vínculo fraternal. En vano nos allegaremos
a las cosas si no vamos alentados por el afán de com-
prender, porque sólo ante el amor ellas dejarán de ser
herméticas.

Laten mil corazones en el viento (¿corazones de las
cosas?) y el tosco oído ni aun percibe su rumor. Mas
ello nada prueba. Llega un Rodembach o un Francis
Jammes, y a través del amor, interpreta las misteriosas
palpitaciones del silencio, del estanque dormido, y aun
la vocecita algo cascada del viejo aparador familiar.

Recuerda Ortega y Gasset la luz de Rembrandt,
aquella atmósfera lumínica e irradiante en que aparecen
envueltos los más humildes objetos, como si el artista
hubiera querido santificarlos con la aureola de la pleni-
tud. Esto que con su luz hacía el autor de la «Ronda
Nocturna», hagámoslo nosotros con nuestro amor, de-
rramándolo sobre las cosas circundantes, que ellas res-
plandecerán con el más prístino brillo, mostrándonos
en todo su posible sentido.

(1) Unamuno.

Amor intelectualis

Hubo un tiempo en que vivieron hombres consagrados al más puro desinterés y al más acendrado amor intelectual. Ellos sabían despertar las inteligencias, llevándolas a la serena cumbre de la especulación, tal como Leibnitz hizo. Era el mundo menos utilitario, y los hombres concedían más importancia a la vida espiritual.

Mucho se ha perdido de entonces acá: el lazo de amor que atraía las inteligencias es difícil hallarlo en nuestro tiempo, en que no existen sino esfuerzos individuales y aislados. Faltan los hombres de buena voluntad, y cuando aparece uno, vemos con asombro cómo es aún posible resucitar el clásico amor especulativo. Si nos trae una doctrina de amor, él podrá cosecharnos aquella secreta abundancia de la verdad, de que Nietzsche hablaba, y muchos seguirán su ejemplo, brotando como un fresco oasis intelectual en la aridez de la arena.

En torno a ese hombre surgirán otros espíritus contemplativos, contagiados de su amor, que afanosamente buscarán también su verdad. Y ved cómo irá levantándose, por la virtud de un espíritu selecto, un claro templo de amor en que, integrándose con todas las verdades singulares, podrá surgir al fin un aspecto de la verdad única.

No otro que José Ortega y Gasset pudiera ser este hombre para los españoles, aparecido en un instante de ansiedad, en que los espíritus necesitaban orientación.

Él ha traído esa doctrina de amor de que tanto menester había, y la ha ofrecido piadosamente a la juventud, presentándole el espectáculo de un hombre agitado por el vivo afán de comprender. Es esta la actividad de amor que él quiere contagiar a los demás: el «afán de comprensión»; y en torno suyo han surgido discípulos y ha cundido su ejemplo. En la «Residencia de Estudiantes» se condensa el esfuerzo común: la excelente lectura de Federico de Onís (1), las tres conferencias de Luis de Zulueta (2), y otros trabajos, son luminosos destellos, que delatan a Eos, la de los dedos sonrosados.

El nombre de Ortega y Gasset está bien ligado a este serio y fecundo movimiento. No encontramos para él nada mejor que esta cita de Platón: «El espíritu que mejor ha percibido las esencias y la verdad, deberá formar un hombre que se consagre a la sabiduría, a la belleza, a las musas y al amor.»

FÉLIX C. LIZASO

(Cubano)

(1) «Disciplina y Rebeldía», por Federico de Onís.

(2) «La Edad Heroica», por Luis de Zulueta.

Modernos poetas mexicanos

Lázaro P. Feel.

Con este nombre romántico se cubre, como con una dalmática recamada, un gallardo caballero del verso, que lleno de audacias y arrogancias, en actitud de paladín de las antiguas justas, cabalga triunfante hacia la Thulé ignota, en donde la Belleza, divina castellana, desde el alto vitral de su ebúrnea torre, muestra a sus favoritos la flor de su sonrisa eterna.

Efectivamente, Rafael López, que así se llama, en realidad, este poeta que, a la manera de otros insignes, ha desechado, sin duda por vulgar, su verdadero nombre, sustituyéndolo con un anagrama eufónico, da en su obra la impresión de un caballero de romance antiguo; hay en sus versos algo como el temblor sedeo y decorativo del penacho; como el desgaire elegante de una capa roja; como el fulgor acerado de una espada. En su persona, también parece una figura de otros tiempos, que ha tenido la fatalidad de nacer con siglos de retraso. Hay en él algo de Don Alvaro y Don Juan. De haber vivido en el siglo de hierro de la Conquista, hubiera

sido un poeta guerrero, como Ercilla, formando entre los lugartenientes de Cortés, a la manera del fabuloso Pedro de Alvarado, bello como un efebo y valiente y temerario como un héroe de la Ilíada. Nació en esta edad farisaica, y se refugió en el arte, que es también lucha y conquista. Es mexicano y vive en México. Su nombre, siendo popularísimo en su patria, tal vez no despierte aquí ningún eco, porque vaya usted a distinguir un Rafael López entre los innumerables del mismo nombre y apellido, que pululan en nuestra gran patria hispanoamericana. *Lázaro P. Feal*, ya es otra cosa; el que le haya leído una vez tan sólo, ya no puede olvidarle; así es de sugestivo, personal, fuerte y cautivante este escritor. Sus poemas, sus crónicas, sus cuentos, han dado la vuelta por la América castellana; pero a la Madre Patria, apenas han llegado.

Si él, como otros autores de su calidad, viniera a España, estamos seguros de que se impondría y triunfaría desde el primer momento. Pero mientras esto no suceda, consideramos, hasta cierto punto, un deber moral de cuantos americanos escribimos presentar desde una alta tribuna, como esta de CERVANTES, aunque sea, como en esta ocasión, sumaria y toscamente dibujadas a grandes trazos de lápiz, las interesantes siluetas de tantos amigos y maestros que se destacan con vigoroso relieve en el vasto y maravilloso escenario de esa América nuestra. En el presente, estamos ante un verdadero artista de la palabra, y fuerza es que nos detengamos un momento para contemplar tan notable y sugestiva figura que, plena de dones líricos, se yergue en las ilimi-

tadas y luminosas perspectivas de la Belleza y del Ensueño.

El caso de Rafael López es el de una existencia dedicada por entero al arte. Esto le hace honor, y hablando muy alto de sus gustos y de su temperamento, le torna en una excepción de calidad, ya que en América es frecuentísimo que los escritores sean una multitud de cosas más, comerciantes, industriales, diplomáticos, políticos, etc.; sobre todo, políticos. De ahí que una gran parte de ellos no sean escritores totalmente logrados, y de que tanto abunde el *diletantismo*. El que nos ocupa, sin ser un escritor definitivo, sí es un escritor de raza, de vocación, maduro y pleno. De él casi no hay que decir sino que nació en Guanajuato, capital del Estado azteca del mismo nombre, en 1875; y no ha sido otra cosa, en toda su vida, sino poeta y literato. Fué el *Benjamin* de la célebre *Revista Moderna*, que a tantos admirables poetas dió a conocer. Venido a la vida del arte cuando Darío, Lugones, Díaz, Mirón, Nervo, Chocano, Silva, los máximos líricos de lengua castellana, que estaban en el apogeo de su numen creador, Rafael López logró sacar adelante su personalidad y conservarla indemne de extrañas influencias. Él, como Musset, podía decir: «mi vaso es pequeño, pero bebo en él.» Hábil dominador de la técnica, conocedor experto de las literaturas extranjeras, literato en el más amplio sentido de la palabra, verdadero maestro de la juventud, ha educado a dos generaciones desde su cátedra del Instituto de México; y, al público, desde las páginas vivaces, inquietas, movidas, de *Revista de Revistas*, y desde las columnas de

los grandes rotativos mexicanos, de los que *Lázaro P. Feel* ha sido siempre el cronista interesante y emotivo, el cronista maestro que, en este género, no creemos que pueda reconocer, en la actualidad, más émulo, en América, que Enrique Gómez Carrillo y Ventura García Calderón.

«Con los ojos abiertos» se titula el máximo libro de versos de *Lázaro P. Feel*, libro que es una vasta síntesis de un espíritu de selección y de un enorme temperamento de poeta. En ese volumen, con perfecto conocimiento de la técnica y de los modernos procedimientos del verso, valiéndose de imágenes de una gran plasticidad, armonía, viveza y colorido, el autor nos da toda su alma, que ha ido siempre por la vida, «con los ojos abiertos», clavados en la ardua quimera, llena de brumosas nostalgias de belleza y «por el mal de Saturno largamente embrujada». En los años mozos pagó el tributo romántico al primer amor, y como todos nos dijo, en versos suaves, delicadamente aromados de ensueño, su pena, más ficticia que verdadera, puramente literaria. Este poeta no es un sentimental; es, más bien, un sensualista que gusta embriagarse de vida bebiendo a grandes sorbos sus mieles y aspirando a todo pulmón sus capitosos aromas. Ver y sentir es todo su afán. Ama a la naturaleza, de la que llega a darnos una fuerte sensación. Le place reconstruir las épocas pasadas, «más bellas por difuntas», como dice él mismo en sus momentos culminantes en que la historia despliega la majestad de sus pompas: el fabuloso imperio de Moctezuma, la lucha de Aguilas y leones de la Conquista, la ceremo-

niosa corte de los Virreyes, y la reconstrucción no está hecha con el afán paciente y minucioso del arqueólogo, sino con el poder creador y evocador de una suntuaria fantasía de artista.

No son cuadros históricos los que nos presenta, sino grandes paneles en los que los asuntos antiguos están tratados con una gran libertad y con una brillantez y una intensidad, verdaderamente deslumbrantes, de colorido. Las cualidades que distinguen a este poeta y le hacen destacar entre la legión de tantos versificadores, que no poetas, de México y de toda nuestra América, son la plasticidad, la rotundidad, la policromía, el garbo, y una especie de desgaire que elegantiza y da carácter bien definido a todas sus producciones. «Rafael López—dice crítico tan exigente como Alfonso Reyes—es maestro del color y del ritmo; pero por momentos, porque su estro mismo parece arrebatarse un poco, carece de unidad interior. Tampoco es un enamorado de su idioma. Adelante. No por eso es menos escultórico. Ya he escrito de él que sus alejandrinos acusan los procedimientos del escultor, los golpes del pulgar y la majestad de la materia que se levanta... No se trata, pues, de un poeta sobrio, sino de un poeta rebosante. Canta la apoteosis del sol y del mármol, y entiende la fiesta de toros bajo un prisma homérico...»

Las esencias ideológicas de que se ha nutrido este espíritu ávido han sido, principalmente, francesas. La tradición castiza, si bien la conoce y la respeta, no la sigue; la reputa pesada, densa, sombría, triste, como esos cuadros obsesionantes de la genuina escuela española

de la que son prototipos Ribera y Zurbarán. A este respecto ha inventado, entre otras, una frase que, si bien ingeniosa, no responde a la realidad, y que, vertida en una carta dirigida a un compañero eximio, ha circulado, luego, por los cenáculos literarios de México. Dice así: «Los franceses escriben con tinta; los españoles con aceite de olivo, con excepción de Valle-Inclán, en cuyo tintero cabrillean las aguas de la Castalia.»

Pero éstos y otros decires análogos, no son sino retozos, puro jugueteo, de un ingenio jocundo y fértil. En el fondo, este poeta es un gran hispanófilo y uno de los más gallardos paladines con que cuenta nuestra raza en América. Los atentados que se han cometido contra nuestros derechos, contra nuestra integridad y soberanía, le han arrancado apóstrofes tan vibrantes como aquellos que fulguran en su poesía *La Bestia de Oro*, que parece troquelada para la inmortalidad y que recuerda el formidable clarinazo bíblico que Rubén Darío lanzó sobre los oídos de Roosevelt.

Al pasar por México, hace tres años, el cronista tuvo la fortuna de conocer y tratar a *Lázaro P. Feal*. Representa éste menos edad que la que tiene: la faz ascéticamente rasurada, como que el de la poesía también es un sacerdocio; los ojos brillantes y profundos, de toda su persona, irradia una rara sugestión. Y qué temperamento de artista, siempre vibrando, siempre tremante de emoción lírica. La poesía le exaltaba, le embriagaba, como un filtro. Siguiendo el consejo de Baudelaire, «de estar siempre borracho de algo», él lo estaba de poesía. Noctámbulo empedernido, solíamos encontrarle, ya muy

avanzada la noche, rodeado de *su grupo*, a las puertas de un teatro o en un café céntrico, hablando siempre de arte, con una exaltación de visionario. Alguna vez nos unimos a ese pequeño y escogido cogollo de artistas, y hasta corríamos juntos alguna juerga, bajo la gloria lunar. Por las rúas bañadas de luz de plata de aquella ciudad encantadora y pecadora, *Lázaro P. Feel* marchaba siempre delante de nosotros, animoso y gallardo, como un mosquetero, esgrimiendo, más que recitando, sus versos fulgurantes. Iba a cuerpo gentil; pero de sus hombros, diríase que prendía la capa blanca de Almagro y que en su frente brillaba el yelmo glorioso de Mambrino...

CÉSAR E. ARROYO.

España y América

Emigración Española

Se ha dicho en diarios y revistas y aun en libros que la emigración de los españoles a América era perjudicial; los motivos principales aducidos son: falta de brazos para la agricultura, industria, comercio, etc., y el creer que el descenso de población indica de hecho descenso de la raza.

Nada de lo anterior es exacto, y voy a probarlo:

En España no hacen falta brazos para el trabajo, ni faltarán tampoco durante muchísimos años. Lo que se necesita en España es método, orden y buena fe en las personas que arrastran a las masas populares y cantar menos *socialismo*, *comunismo*, *republicanismo*, que exaltan los ánimos de una parte del pueblo, el cual piensa con el cerebro de sus ídolos y no ve más allá de la conveniencia de éstos ni piensan sino lo que desean hacerle pensar.

Con menos huelgas el proletariado sufriría menos, se trabajaría más, la producción sería mayor, y la misma época actual de evolución social redimiría al pueblo en

su beneficio sin tener que recurrir a la violencia ni al desgaste de sus energías. Veintiuna Repúblicas americanas prueban la verdad de lo que digo, y conste que no es el sistema de Gobierno tal o cuál el que esto hace, puesto que libertad hay tanta en España como en América, y si yo no fuera sudamericano diría que hay más libertad en España que en ningún otro país del mundo.

La lucha por la vida es más fuerte en los Estados Unidos que en España; pero debido al gran respeto mutuo entre sus habitantes y a lo práctico de sus costumbres, todos trabajan, todos ganan y todos se sienten más o menos satisfechos.

Si el pueblo español fuera poco a poco cerrando la lucha de sus ahorros y, en consecuencia, prescindiendo de tantos directores que viven del trabajo de ese pueblo con gran lujo y despilfarro; si tomara como ejemplo a otros de naciones adelantadas, también comenzaría por estudiar el lado práctico del sistema de su vida, y el trabajador alcanzaría el progreso material por sí mismo, sin necesitar de terceros, que más de una vez lo han llevado al fracaso y a la ruina.

En los Estados Unidos, la Argentina, el Brasil, Cuba, un jornalero gana cuatro y cinco veces más de lo que gana en España, trabajan ocho horas los días laborables y viven con relativo confort y comodidad. Un criado, en esos países, cobra de 40 a 50 duros mensuales, a más de tener pagados todos sus gastos, y en ciertos servicios, como en restaurantes, cafés, cines, hoteles, un mozo saca propinas que ascienden a 100 y 150 duros al mes. Esto por lo que se refiere al pueblo; a la

clase media educada y culta se le facilita mucho la vida en América ocupando puestos en almacenes, fincas, Bancos, haciendas, etc., en donde el español es muy solicitado.

Por otra parte, América no está formada por los Estados Unidos, Argentina y Cuba solamente; diez países más en América del Sur y Méjico y cinco en la América Central ofrecen trabajo y riquezas a todo extranjero que llegue a sus costas, y si es español se le considera en todo como miembro nato de la gran familia hispanoamericana, adquiriendo, por el hecho de ser español, el inmediato cariño y confianza de todos.

No puedo decir que cuantos españoles han pisado playas americanas han triunfado, no; pero sí aseguro que la inmensa mayoría ha conseguido bienestar, y que los que no han triunfado viven en América, en medio de su pobreza, con más comodidad que vivieron en España.

Si los españoles emigraran a otros países y no a hispanoamericanos, pudiera creerse, aunque no con gran fundamento, en un descenso de raza, si esa emigración se hiciera en cantidad tal que igualara a los nacimientos y muertes en conjunto; pero no siendo así, como no lo es, y además que la gran corriente emigratoria española se dirige a la América de lengua hispana, lo que se hace es unificar más la raza, purificarla, si esto cabe, con la mezcla de españoles e hispanoamericanos.

En España hablan el castellano 25.000.000 de personas; en América son 70.000.000 los que se dirigen a Dios en el idioma de Cervantes. Con la emigración española a las naciones hispanas de América se ha vigo-

rizado la raza en vez de degenerarse, y en el cruce de unos y otros, los que de aquí van y los que allí están, no se ha hecho otra cosa que elevar el número a 100.000.000, que piensan y sienten en el mismo idioma, que sienten cruzar por sus venas la misma sangre, que poseen virtudes y vicios iguales, y en ellos la virilidad hispana no ha decaído un minuto ni en los padres ni en sus hijos.

Los españoles, al ir a América, no van a suelo extraño; van a lo suyo, a lo de sus hermanos; por esta razón, cuando en la América hispana se habla de extranjeros, se dice al último: «y españoles», separándoles de todos, puesto que les consideramos en las mismas circunstancias nuestras.

Espanoles: vuestro porvenir está en América cuando no lo encontréis en vuestra patria; allá encontraréis cariños, consideraciones, riqueza; y si esto último algunos no tenéis la suerte de encontrarlo, siempre tendréis trabajo bien remunerado. No os pedimos sino una cosa, *trabajo y buena voluntad*, y que olvidéis, al pisar tierra americana, ideas bastardas revolucionarias, que allí no tienen cabida, ni tampoco los hombres que las proclaman.

Libertad, sí; eso tendréis siempre: libertad como en España, dentro de la Constitución y las Leyes, recordándoos al mismo tiempo que vuestro glorioso pabellón, que una época fué nuestro, también es allá altamente respetado por todos.

CÉSAR A. ESTRADA

(Ecuatoriano.)

PAGINAS CLASICAS

Literatura árabe

Harun Arrachid y la esclava negra

Cuéntase que tenía Harun Arrachid un esclava negra, de mal aspecto.

Y un día arrojó dinares entre sus esclavas:

Y se pusieron las esclavas a buscar los dinares.

Y aquella esclava estaba en pie y miraba a la cara a Rachid.

Y éste le dijo: ¿Cómo no buscáis los dinares?

Entonces dijo ella: Ciertamente; esas codician los dinares, mas yo codicio al dueño de los dinares.

Y maravilló a él su decidir, y la mandó acercarse y la agasajó.

Llegó a oídos de todos los reyes el rumor de que Harun Arrachid había perdido el juicio por una esclava negra.

Y como él supiese esto, envióles mensajeros a todos los reyes, hasta que se reunieron en su palacio.

Y mandando que compareciesen las esclavas, dió a cada una de ellas una copa de Jacinto y mandóles la quebrasen.

Y todas abstuviéronse.

Entonces intimó la orden a la esclava fea, y ésta cogió la copa y la estrelló.

Y dijo (Harun): Mirad a esta esclava su color feo y su porte feo y su acción fea.

Y díjola el jalifa: ¿por qué quebraste la copa?

Entonces dijo ella: He aquí que me mandaste la rompiese. Y así comprendí que en el romperla infringía menoscabo al tesoro del jalifa y en el abstenerme de romperla menoscababa tu mandato y el menoscabo en lo primero dejaba a salvo el honor al mandato del jalifa y comprendí que en el quebrar la copa sería motejada de sin juicio y en el no hacerlo sería tildada de díscola y lo primero más grato para mí que lo segundo.

Entonces maravilláronse los reyes de ella y la alabaron y disculparon al jalifa en su amor. Y Alah el más sabio.

(Del «Libro de anécdotas, curiosidades, maravillas, donosuras, rarezas y exquisiteces», por Chihab Ad-Din Ahmad Alkalyubí.)

* * *

De la poetisa Ibnat-as-Saccan a un cuervo.

Pasó un cuervo ante nosotros
rozando el filo del monte.

¡Adiós! —le dije— ¡oh color
De los cabellos de un joven!

* * *

De Uallada bent el Mustakfí sobre las miradas amorosas.

En las entrañas nos hirieron
vuestras miradas de reojo.

En las mejillas las nuestras
os han herido a vosotros.

Herida por herida
poned tanto por tanto:
¿a qué viene entonces un desdén
tan injustificado?

(R. C-A., TRADUXIT.)

Prosistas americanos.

Ternura.

—¿Qué grito es ése?

—Alguna mujer borracha...

—Y vieja.

Luego percibimos un llanto—llanto de muchacha. Iban pasando frente a la ventana del cuarto de mi amigo.

—¡Yo salgo a ver!

—No seas infantil...

Sin sombrero, poniéndome el vestón mientras bajaba la escalera, me abalancé a la calle.

Se trataba, en efecto, de una anciana y de una muchacha; pero aquélla no iba ebria, como creyéramos. O, mejor dicho, sí iba ebria: ebria de ira. Unos cuantos curiosos las seguían. Los hombres, en silencio. Las mujeres decían: «¡Pobrecita!» Todos decían para sus adentros: «¡Pobrecita!» La anciana vociferaba y daba golpes en el rostro de su hija, que avanzaba lentamente, como agobiada por un peso enorme. ¿Su hija? Sí; aunque yo no com-

prendia lo que decía (una mezclanza de italiano y de ira hacía incomprensibles sus palabras), inferí que la víctima era hija suya, porque sólo una hija podía soportar sin protesta, sin siquiera tratar de protegerse, tan horribles puñadas.

Se acercaban nuevos curiosos. A todos los dominaba la conmiseración más honda. «Señora», por Dios...», osó exclamar una mujer. Esta vez, la anciana se explicó más claramente: ¿Cómo no castigarla si la había sorprendido con un hombre? ¿Cómo no castigarla si le había mentido a ella, a su madre? «¡Dime quién es tu amante, para mandarlo a la cárcel!», gritaba. De nuevo la cólera se apoderó de ella, y reanudó los golpes. Ni el ruido del tren, que en ese momento pasaba por la línea aérea, lograba apagar el ruido de la mano descarnada al azotar el rostro de la niña.

Un policía interviene; pero su papel se reduce a tratar de apaciguar a la madre. Ella da razones de tal modo convincentes, que arremete nuevamente contra la culpable. El guardia nada más puede hacer; no está dentro de sus atribuciones prohibirle a una madre que aplique correctivos. El guardia se aleja. Ella corre tras él: ¡quiere prisión para la infame! Mientras los demás siguen a la señora, yo me acerco a la joven. No se da cuenta de que estoy junto a ella: el pañuelo le tapa los ojos, que han de ser un raudal. Solloza. Su pecho, de niña todavía, se estremece bajo la blusa de seda barata. Implora calladamente: «Mamá, mamá, vámonos a casa...»

En el pañuelo hay manchas de sangre. Cuando lo aparta, veo el rostro de una bella mediterránea. Los ojos, grandes y oscuros, son un poema nocturnal. Las lágrimas ruedan en constelación. Por abismarme en su hermosura, olvidé que estaba frente a una mujer que sufría. Fué algo que duró muy poco, pero debo confesarlo: sentí celos, unos celos atroces del hombre con que la habían sorprendido. Mi concupiscencia se representó con todos los detalles el momento en que la doncella dejara de serlo. ¡Pecho joven, recién exprimido! ¡Labios que supieron del beso en los supremos estertores! ¡Brazos que cayeron como dos alas exánimes en el momento de la exhaustación! ¡Cabellos que se empaparon en sudor agónico! ¡Cuello, hombros, nidales de besos sangrientos! ¡Pecho, labios, brazos, cabellos, hombros, cuello, toda, toda tú, que podrías ser mía!

Por segunda vez el policía trató infructuosamente de calmar a la señora. Pidió a la gente que se dispersara. Casi todos obedecieron. Yo me quedé arrimado a una puerta. Repitiéronse los golpes implacables... Jamás criatura humana me había producido mayor impresión de desamparo que esa desdichada niña. Como el atacante era su propia madre, no podía defenderse, ni guarecerse, ni pedir auxilio. Estuve a punto de intervenir; ardía de indignación contra la torpe mujer; experimentaba la necesidad física de golpearla, como cuando se sorprende a alguien en una acción monstruosa. Pero

me contuvo un detalle: el andar sin sombrero. No fuera a creer la anciana, en su ofuscación, que yo era el seductor de su hija, y que venía a disputarle la presa sin haberme dado siquiera tiempo para componerme luego de cometido el atentado. ¡Mi cabellera revuelta era tan propia de un fauno que acabara de oficiar!

«¡A casa!», ordenó la vieja arpía.

Y, la una con sus lágrimas y la otra con sus denuestos y puñadas, echaron a andar por la calle ya un tanto desierta. Al llegar a la esquina doblaron con dirección a la estación del ferrocarril aéreo. Como la muchacha se pasara de largo (cuando se está llorando sólo vemos nuestra pena), recibió algunos puntapiés como lección. Subieron la larga, la interminable escalera. La vieja informaba a los empleados de la Boletería acerca de la falta de su hija. Prometía darle un castigo «para toda la vida» cuando llegaran a casa. Yo, que las había seguido a distancia, las escuchaba al pie de la escalera. Súbitamente veo que alguien se precipita escalera abajo. Al pasar junto a mí reconozco a la pobre niña. «¡Deténganla!», clama la madre. Yo me di a correr tras la joven. La anciana, como una loca, hizo otro tanto. Pero las piernas jóvenes tienen sus privilegios. Alcancé a la perseguida, y, sin decirle una palabra, la tomé de un brazo y la hice subir a un taxi que por ahí pasaba. «¡Que no me alcance, que no me alcance, porque ahora me mataría!», decía la pobre sollozando sobre mi pe-

cho. Comprendí que esa muchacha no volvería más a su hogar. Toda ruindad huyó de mí: me sentí único protector de una víctima más de la hipocresía social. Traté de consolarla; le aseguré que jamás se impondría nadie de su paradero; le prometí sacarla de Nueva York. Ella me besaba las manos y me miraba con ojos confiados.

Es curiosa la facilidad con que, en ciertos estados de dolor colindantes con el terror, se pasa a estados de sosiego y alborozo, meramente transitorios, por cierto, porque con la misma facilidad vuelve el terror a crispar el alma.

Así le ocurrió a mi pecadora.

Llegados a mi cuarto, le di agua para que borrra todo rastro de lágrimas. Entretanto, le preparé una bebida caliente. Justamente era domingo, día en que se hace un aseo y un arreglo meticulosos de mi departamento de soltero. Así que nos rodeaba la placidez de un interior bien ordenado y limpio.

Cuando terminó de componerse, se acercó adonde yo preparaba el té. Las tazas humeaban esparciendo un perfume delicioso. (Sé preparar el té tal como los hijos del Celeste Imperio: reminiscencias de mis años de marino.) Ella se ofreció para tostar el pan. Me ayudó a seguir la pista de la mantequilla, que por fin hallamos oculta debajo de la funda de la máquina de escribir. Ella prorrumpió en una carcajada de colegiala en vacaciones. Coloqué unos almohadones en el sillón más amplio, y la acomodé como a un bebé. Mudos, pero sin pensar en nada,

atentos sólo a las espirales que brotaban de nuestras tazas, nos bebimos el té sin prisa. Ya era pasada media noche. Una doméstica felicidad nos saturaba. Estábamos en sendos asientos mullidos; no nos esforzábamos en hablar ni en hallar tema—tal como marido y mujer—. Le pregunté si trabajaba. Me dijo que recién había entrado a una oficina de Wall Street. No sé en virtud de qué asociación, se me vino a la mente el recuerdo de que en la historia de esa mujer había un amante. Tal vez no supe disimular, porque ella retiró la vista como avergonzada y rompió a llorar. En vano traté de consolarla. Después de largo rato pudo articular algunas palabras. Quería irse. Trabajo me costó hacerla desistir. No hallaba la palabra justa para darme a entender «algo». Yo le aseguré mi estimación y respeto. Parecía estar anonadada por el peso de las miradas que, como a una mujer caída, le habían dirigido los veinte testigos de los golpes y acusaciones de su madre. Por fin, como si yo hubiera sido el mundo, lloró sobre mis rodillas jurándome que no era cierto que fuera culpable; que su única falta era haberle dicho a su mamá que iba a pasar el día con una ex compañera de colegio, cuando en realidad iba a reunirse con un compañero de la oficina. Tal como lo hace cualquiera honesta hija de familia, esa tarde había ido a Coney Island, había comido en un restaurant de Broadway, había asistido a un teatro. Estaba despidiéndose de su amigo, cuando, inopinadamente, aparece la madre, que llevada por

su modo de ser, dió proporciones de pecado a lo que no pasara de mentira muy natural en la juventud para burlar reglamentaciones ilógicas. Yo me explicaba sin dificultad el significado trascendental que tenía, en la vida de mi dolorosa, un domingo en Coney Island, gozando de las mil una diversiones mecánicas que allí funcionan; un domingo en un restaurant, libre de la plebeyez de su familia; un domingo en el teatro, viendo trajes en la escena y oyendo a los actores decirse palabras de amor. Un domingo entre gentes que creen divertirse, entre músicas y luces; ¡un domingo entre los felices de la tierra! ¡Oh, un domingo así es un día único en la vida gris de esta escenografía neoyorquina! Nueva York es tan áspero que la risa y el baile y la montaña rusa son indispensables para una criatura joven. Pero su madre era de esas señoras europeas que no conciben que una muchacha pueda salir sola con un amigo sin perder la doncelléz. Comprendí que sólo por la torpeza de la madre pudo la joven, que lloraba sobre mis rodillas, parecerme una de las tantas sacerdotisas del amor libre.

A medida que transcurrían las horas, se iba dando cuenta de que el paso que había dado era decisivo. No era posible pensar en volver a la oficina: su madre la iría a buscar allí, y, si la hallara, «¡ah, la mataría!», ahora más que nunca, ahora que la falta era efectiva. La pobre se estrechaba contra mí y me pedía que no la abandonara. A más de haberme dado esa noche su pureza, me

ofrecía su vida, su vida entera, sin reticencias.

«¿Quién te dió tus ojos, tus ojos nocturnales?», le susurraba yo al oído. Y ella los limpiaba de lágrimas y me pedía que los besara: «A ver si me quieres». «¿Quién te dió la endrina cabellera?» Y ella la anudaba en torno a mi cuello: «Para que nunca me dejes».

Era una criatura sedienta de ternura. Por lo que en los momentos de sosiego me contaba, pude irme trazando fielmente la aspereza de la vida que había llevado en su hogar, un hogar mal organizado, donde la pobreza, la ignorancia, la histeria y el alcohol eran causas y consecuencias correlativas. En mí halló ternura, pero no por largo tiempo—aunque no esté bien el decirlo...

Así como en el caso de esta muchacha, creo que es por falta de ternura por lo que muchas mujeres dan en la prostitución.

FRANCISCO AGUILERA

(Chileno.)

TOPICOS HISPANOAMERICANOS

Impresiones y anhelos.

¿Mis impresiones de España? ¿Por dónde principiar, si son tan múltiples y variadas las que en el ánimo de un americano produce esta noble tierra?...

Mis ojos conservan aún los cuadros de juventud y lozanía del Nuevo Mundo, faltos de pasado, suerentes, sí, de risueñas visiones de porvenir. Al llegar a España, ¡con qué devoto y nostálgico fervor he contemplado la austera llanura castellana, donde se levantan, orgullosas, en su aislamiento secular, ciudades cuyos solos nombres remembran techos de insuperable grandeza: Burgos, Toledo, Avila, cuán excelsas cumbres de la historia hispana y cuán predilectos refugios de almas delicadas!

Viviendo unos días en esta Corte, que por mil títulos sintetiza la multiforme actividad española, veo en el presente el renuevo de las energías de la raza, la ardiente vida pública, caracterizada por

una inquietud política y social que es el mejor signo de la robustez de un pueblo en busca de nuevos derroteros, insatisfecho siempre porque siempre anhela algo mejor. En España, las fuerzas sociales parecen equilibrarse; aquí coexisten la aristocracia y la democracia, la tradición y la revolución, el Arte y el comercio, la ciencia y la industria. Este país está, cual todos hoy, en plena efervescencia, y la buena sed de reformas solivianta por igual el espíritu de los hombres representativos de bandos opuestos. ¿No fué D. Alfonso XIII quien proclamó «el derecho a la vida», y no es el Sr. Maura un reformador que intenta hallar el nexo del ayer con el mañana?... Estos nombres nos excusan enumerar los de la brillante falange de las izquierdas españolas que están preparando aquí la nueva era humana, tan ineluctable como el rodar de las estaciones. Que no llegue precedida de tempestades tal es el voto de los que amamos a España.

* * *

Un americano suele seguir con vivo interés, notwithstanding la distancia, los acontecimientos de la nación que con cariño y orgullo llamamos Madre Patria. Pero hay otras impresiones que reclaman especial atención: las de estos días inolvidables de octubre, en que los delegados al actual Congreso Postal, hemos sido acogidos por la espléndida hospitalidad española, que nada ha ol-

vidado para la comodidad y agrado de los hijos y amigos que agasaja.

Iluminado por la aureola de soberana hermosura de la Reina, el Rey D. Alfonso nos ha recibido en el fastuoso Palacio de sus antepasados, con el tradicional esplendor, al mismo tiempo que con la gentil simplicidad de un verdadero grande... de España, tan seductoramente campechano como un madrileño de los madriles. Las fiestas del Ayuntamiento y de Palacio, con la brillantez de los uniformes, la gala de las condecoraciones, la magnificencia de las joyas, lo señorial de las amplias escaleras, guardadas por alguacilillos o alabarderos, casi únicamente en la Corte de España pueden verse. ¡Quedan tan pocas hoy en día! Y para muchos de nosotros, extraños a la pompa cortesana, esas fiestas han tenido agradabilísimo sabor de cosas olvidadas o muertas, evocadoras de épocas bellas... a pesar de todo...

Las corridas de toros, las funciones de gala en los magníficos teatros de Madrid, las excursiones a El Escorial y a Toledo (no obstante la «profanación» que entrañaba el ir en banda a aquellos sitios de arte y de ensueño), los mil agasajos, en fin, de que tan delicadamente hemos sido objeto, nos han dejado recuerdos imborrables. Más es en el trato diario con los amigos que nos salen al encuentro por todas partes; en las salas de redacción de la ilustrada Prensa madrileña; en los espléndidos y acogedores Casinos; en las calles, por donde

pasa la terrible tentación de la linda y airosa madrileña; por toda esta ciudad que cada día se nos mete muy adentro del corazón, que los americanos apreciamos mejor la cariñosa hospitalidad de esta tierra.

* * *

El atractivo especial de Madrid para los americanos consiste, como se sabe, en encontrarnos cual en nuestra casa, en saborear el castizo lenguaje, algo maltratado en América; en escuchar nombres familiares de personas y de lugares, en encontrar siluetas y rostros conocidos de antemano y en añorar recuerdos de la primera juventud grabados en nuestra fantasía gracias a aquella literatura esencialmente madrileña que suele ser nuestra primera lectura al salir de las aulas.

Y con qué placer observamos que la compenetración espiritual entre España y América, el ensanchamiento del común acerbo literario e histórico, son realidades consoladoras o tienden cuando menos a serlas. Rubén Darío es tan poeta español, sus versos son repetidos en Madrid con la fruición con que repiten las colegialas de Quito, Bogotá o Lima, estrofas del dulce confesor de mujeres que muestra su plácida frente en los jardines del Retiro. Costa, Pi y Margall, Galdós y Valera, valgan por caso, han sido maestros de América, como el pensamiento de Montalvo y Rodó encuentra eco

simpático en España. Nuestra historia es una sola ya: Bolívar es cantado por poetas españoles y la prodigiosa epopeya de la Conquista es ensalzada por plumas americanas. Conquistadores y Libertadores son fruto del mismo impulso heroico y fecundo del alma castellana.

Pero lo que es más e importa más para las grandes tareas de la hora presente y para las luchas de mañana, es que la afinidad racial e histórica, basada en el fuerte vínculo del sentimiento, nos hace descubrir mejor cada día la comunidad de aspiraciones y de intereses, la urgencia de aunar esfuerzos que aceleren nuestra común evolución. Vamos tomando conciencia de que la gran raza dispersa que puebla la Península y las vastas comarcas americanas, está llamada a los más altos destinos de la Historia.

Si el sentimiento existe, si el anhelo es uno sólo, no hay sino que concretarlo, que encontrar formas viables para una fecunda colaboración entre España y América. Todos estamos de acuerdo en que los lirismos del Día de la Raza no bastan, ni con mucho...

En el orden de la política internacional, la primera Asamblea de la Sociedad de Naciones, el 15 de noviembre, nos ofrece hermoso campo para una acción solidaria. Cuán hermoso sería ver a España y a sus hijas de Ultramar, animadas de un mismo ideal noblemente pacifista, con igual y profundo sentido de la justicia internacional y de la

justicia social, ayudarse mutuamente en sus respectivas reivindicaciones ante el Aereópago del Mundo y colaborar unidas en la hermosa obra humana de preparar a los hombres días serenos y venturosos. Si en opinión del ilustre historiador Ferrero, es preciso que la humanidad limite sus aspiraciones y no olvide el saludable fondo pesimista del cristianismo, no es menos cierto que los impulsos optimistas son indispensables para toda gran labor, y naciones como España y las jóvenes repúblicas de América, no pueden olvidar que en el pasado y en el presente han sido paladines del Ideal.

Varios de los delegados iberoamericanos al actual Congreso Postal, han respondido a la inteligente encuesta de *La Voz* sobre interesantísimos asuntos económicos y comerciales. El Sr. Ortega y Manilla reveló también al público madrileño, en un hermoso artículo de *A B C*, los proyectos que en materia postal se hallan en gestación y a punto de realizarse entre España y todo el Continente americano. Considerarse como un solo territorio postal, rebajar las tarifas, proclamar, quizá, la gratuidad del tránsito, complemento de la solidaridad internacional, facilitar el intercambio del libro, la revista, el periódico, llegar a otros acuerdos de gran importancia, he aquí los interesantísimos proyectos.

Los tales se relacionan íntimamente con el de la extensión por América de los servicios de las Com-

pañías de navegación, de modo que, merced a viajes redondos por el Estrecho de Magallanes y por el Canal de Panamá, así los puertos americanos del Atlántico como los del Pacífico, se familiaricen con la bandera española, prefieran sus buques y sellen con los sólidos vínculos comerciales la unión de España y de América. Anhelemos en tal sentido que el viaje al Pacífico de la Misión del infante D. Fernando, que va a celebrar un descubrimiento, sea precursor de nuevos *descubrimientos* que lleguen a la cierta y definitiva *conquista* de América.

* * *

Mas si los vínculos comerciales merecen hoy, como no pueden menos de merecer preferente atención, precisa no olvidar que paralelamente a ellos pueden y deben desarrollarse los vínculos espirituales que fusionen las dos almas y hagan de España y América, no solamente un territorio postal único, según la fórmula de los proyectos de este orden, sino también un solo campo de actividad intelectual, un solo y vasto dominio señoreado por la armoniosa y rica lengua que hablamos.

Mucho se ha hecho en tal sentido; pero mucho queda aún por hacer. Indispensable es, por ejemplo, que las bibliotecas de España inicien, metódica y periódicamente, un canje de publicaciones con las de los países hispanoamericanos, proporcionan-

do a éstas, sobre base de reciprocidad, cuanto de más valioso salga a luz en materia de libros, revistas y folletos, estadísticas, memorias, ponencias, de modo que un investigador americano encuentre en seguida en América informaciones de todo género sobre España, y viceversa. Sería sumamente provechoso seguir allá el progreso de la evolución social de España en las ponencias o acuerdos del Instituto de Reformas Sociales de Madrid, valga por caso, como aquí el de nuestras leyes agrícolas, obreras, etc.

Las Universidades, las Escuelas y Ateneos, deberían comunicarse mutuamente sus publicaciones, programas, reglamentos, además de tender a establecer la costumbre de los viajes de estudio entre España y América, viajes que, bien organizados, suelen ser tan provechosos.

En el hermoso dominio del arte cabría expresar aquí un viejo anhelo mío, concebido con ocasión de un viaje a Roma. España tiene allí, como todas las grandes naciones de Europa, una Academia destinada al perfeccionamiento de los jóvenes pintores que han alcanzado tal distinción. De América solemos igualmente enviar a nuestros artistas, quienes, faltos de un centro que les discipline y les preste facilidades de estudio, se dejan muchas veces tentar por la fácil vida de una bohemia artística, si ingeniosa y pintoresca, poco propicia al trabajo metódico, sin el cual toda excelencia es imposible. Y yo me digo: ¿sería muy difícil que acepte

la Academia de España, en Roma, previo acuerdo con los diversos Gobiernos americanos, a nuestros pintores, escultores y arquitectos, convirtiéndose así en hogar hispanoamericano, si bien conservando el nombre tradicional de Academia de España? Y avanzando más en este mismo orden de ideas, la Academia Velázquez, de Madrid, de reciente fundación, según creo, ¿no podría también ser abierta a los iberoamericanos?

El provecho para nosotros sería seguramente muy grande; pero el homenaje que España recibiría con ello es digno de tomarse en cuenta. El mutuo conocimiento se desarrollaría en vasta escala, y la compenetración espiritual entre la vieja madre heroica que entre lo más preciado nos dió su magnífica lengua y su fiera concepción del honor, y los jóvenes países que nacieron al calor de su seno, daría de este modo prácticos y fecundos resultados.

LUIS ROBALINO DÁVILA.

(Ecuatoriano.)

Madrid, 31 de octubre de 1920.

SUTILEZA

¿Es la sutileza corona necesaria de la alta inteligencia? Sutileza es flor de ingenio penetrante, es flor de cultura aristocrática; afinación y refinamiento que denuncian acendrada experiencia de cosas exquisitas—como la mano afilada hace pensar en largas generaciones desdeñosas de todo menester mecánico; como la pierna, según George Meredith, delata al caballero inglés, y, a pesar de Wellington, evoca la Corte de Carlos II.

La sutileza oscila entre dos peligros en el mundo de la acción intelectual: los laboriosos, los enérgicos, la temen y aun la repudian, no por frívola (con la frivolidad sólo tiene semejanzas de *forma externa*), sino porque le atribuyen fuerza disolvente; los amantes de *cenáculos* exclusivos la erigen en tipo único de distinción espiritual.

La alta inteligencia es como vasto campo donde no se conocen desigualdades. Allí, la sutileza levanta su castillo gótico, sobre cuya torre se entrega a todos los vientos la veleta de la paradoja. Acaso ningún hombre de genio deja de visitarlo.

El verso inicial de la *Odisea* indica ya sutil observación de hombres complejos, *de muchos recursos*. De la sutileza se vuelve, rico de *recursos* intelectuales, para realizar la obra definitiva en campo abierto. Entre los prodigios de *liberación* que alcanzó Goethe, ninguno superior al de su esfuerzo contra los excesos de complejidad a que le inclinaba su mismo poder. El *Hermann y Dorotea*, obra maravillosa de artista sutil que se esconde bajo la perfección sencilla, se nos brinda como deleitable casa griega frente al castillo gótico de complicados aspectos.

No es la sutileza corona única de la alta vida intelectual, pero sí es piedra de toque y signo revelador, inequívoco. Erramos a veces al esperar magños desarrollos del talento que da señales de posible fortaleza, o elegancia, o vigor de asimilación. No cabe error cuando los signos son de sutileza; el metal es de fino temple, y resiste la más alta tensión espiritual.

Como la sutileza es flor de cultura, también, donde aparece, revela terreno social propicio. Podrá cultivarse en soledad, pero si sale al mundo y no halla quien la comprenda, retrocede a encerrarse en sí misma. Necesita, al menos, del *grupo corto*, donde el ejercicio diario, la alta tensión del espíritu permitan volar sobre las alusiones y llegar certeramente al secreto de las cosas complejas.

En nuestra América española, pensamos a menudo, la extendida incultura y la propaganda del sentido práctico, falso y obtuso, amenazan llevarnos a

la más *mediocre* de las civilizaciones. De pronto, la página sutil o la fina estrofa de artista lejano, desconocido, nos inquietan descubriéndonos potencia inesperada de refinamiento. En nuestro mundo, lleno de imperfecciones, no hay público para el diario aprecio de la sutileza; ésta es esporádica en sus manifestaciones; pero es quizás la mejor certidumbre para apoyar nuestras esperanzas de mejora intelectual. No tenemos público como el que en Europa—reducido siquiera—hace en su biblioteca ideal un rincón de sonrisa medita-bunda para el *Hipólito velado* de Walter Pater, y *La sagrada fuente* de Henry James, y las *Moralidades legendarias* de Jules Laforgue, y los poemas de Richard Dehmel. Y, sin embargo, una alquimia secreta—¿larga cultura individual, ejercicio espiritual intenso, influjo de grupo superior?—se nos revela de súbito, en los versos de Guillermo Valencia o en la prosa de Díaz Rodríguez, como aspiración de América hacia las virtudes *européas*. ¿Cómo nace la sutil percepción de la vida inglesa que nos sorprende en el artículo de Varona sobre el proceso de Oscar Wilde? ¿Qué largos análisis y discusiones hay detrás del diálogo entre Hamlet y Don Quijote, de Lugones, insuperable renovación del trillado paralelo? ¿Cuánta experiencia refinada, de naturaleza y de arte, no suponen los sonetos de Julio Herrera y Reissig? ¿Cómo alcanzó Ricardo Jaimes Freire la exquisita disciplina de su instinto métrico?

Asonbra la contradicción que implican esos flo-

recimientos, aislados todavía, en nuestro medio social. En los tiempos que corren, se dirá, acaso los favorecieron las exigencias de cultura y de selección que el actual movimiento literario impone a los artistas conscientes. Más aún: la selecta y un tanto celosa intimidad intelectual de cortos grupos superiores siempre produce refinamiento. En la literatura mexicana, por ejemplo, hay una corriente de pensamiento e imaginación sutiles que parte de Gutiérrez Nájera, si bien tuvo antecedentes como el de Ignacio Ramírez, y hasta podría invocar, como figura epónima, a la admirable Sor Juana Inés de la Cruz. El cuento de *Rip-Rip*, de Gutiérrez Nájera, es joya de arte sutil. ¿Y cómo no reconocer que fué aprendido en la escuela de la sutileza el arte *latino, horaciano*, con que se desenvuelve la imagen del combatiente caído en *Non omnis moriar*, la despedida del poeta, tan sobria y grave, sin embargo? La corriente que de él arranca nació y persiste gracias a la intimidad intelectual de grupos sucesivos: la *Revista Azul*, la *Revista Moderna*, el actual Ateneo, donde hallaron hogar toda audacia y todo refinamiento, sin estorbo para la creación de obras *sustantivas*. Así se ve en Nervo, Gonzalo Martínez, Alfonso Reyes, Julio Torri.

Individualmente, exige vigor de voluntad el vivir en oposición, aun silenciosa, con el ambiente todavía pobre de cultura. Pero el esfuerzo individual se estrellaría donde faltara el *grupo*, el corto *grupo* cuya labor y cuya influencia diarias, desinteresadas

y libres de vanidad, estimulan no sólo la sutileza, que no sería la más completa conquista, sino toda riqueza y toda perfección intelectual.

PEDRO ENRÍQUEZ UREÑA

(Dominicano.)

Letras hispanoamericanas.

El poeta Adán Coello.

Por segunda vez escribo la necrología del poeta que—epílogo de su melancólico destino—acaba de desvanecerse en el rincón oscuro de su tierra maternal. Pero entonces, la muerte de Adán Coello fué sólo una humorada que acaso él mismo, diablillo burlón, inventara; hoy es la despiadada realidad que se ha cumplido, el *Thanatos* inexorable, vencedor de la vida, vencedor de todo, que ha llegado al fin. No habrá ya rectificación. El pobre poeta yace bien muerto en su tumba.

Conocí a Adán Coello en la alegre primavera de sus años mozos. Vienen a mí en este momento, a la luz de la evocación, su figura gallarda de gentil garbo; su nariz de un patricio perfil aquilino; sus ojos azules, denotando la excelencia de la estirpe, y su brava y blonda cabellera merovingia. Era entonces el poeta en su avatar naciente. Por aquellos días el novecentismo, que tenía sus biblias y coranes en las *Prosas profanas*, *Las montañas del oro* y

Los ritos, soplaban como un gran viento de renovación por toda la América hispana. Adán Coello era en su tierra el abanderado de la nueva estética. Sus versos, plenos de juventud desconcertante, hacían de él como el jefe de la caravana de los líricos noveles. Se le aplaudía, se celebraban sus posturas bizarras, se admiraban sus exotismos, las imprevistas *trouvailles* de su poesía, y como sucede siempre en estos casos, cada nuevo verso suyo hacía presentir un mañana de frutos definitivos, de gloria también definitiva. Aquellos cantos juveniles que el poeta soltaba con la inconsciencia del pájaro en la alborada de su numen, eran sólo el preludio de las sabias y armoniosas canciones del futuro. Tras aquella florescencia de la primera hora, vendrían los grávidos frutos de los años serenos de la plenitud. Los esbozos, con sus imperfecciones bisoñas, decían ya para algunos la creación del porvenir, la obra que queda incólume e imperecedera, la obra que reta al tiempo y al olvido. Gustamos de esta suerte de ilusiones. Sobre cada escritor nuevo de talento que llega, poeta o prosador, trazamos augurios y nos lanzamos a los más confiados vaticinios. La esperanza de los de la «última barca» nos consuela de la pesadumbre de los que, al fracasar, defraudaron también otras esperanzas. «Este irá lejos si la vida no lo mata» —nos decimos con orgullo. Los nuevos serán los vencedores, los que pasarán sobre los huesos de los vencidos, los que plantarán el gonfalon de su victoria en el más azul fastigio.

Adán Coello, el pobre poeta fallecido, era de esos inminentes triunfadores del porvenir. Poseía talento, imaginación, dones poéticos brillantes. Tenía, como aditamento de sus excelencias espirituales, una gallarda presencia de buen mozo para hacer suya, encadenándola a su paso, a la femenina fortuna...

Pasaron los días, pasó el tiempo, el tiempo que nos trae el esplendor del fruto, el vigor del ala, la fuerza creatriz del numen. El modernismo hiperbolizante de los primeros momentos, hacía lugar a una serenidad casi clásica. Pasaba el período fumanbuiesco de los gestos y las contorsiones inverosímiles, para evolucionar a una era en que las actitudes se avecinaban al decoro de esas estatuas que se recogen con elegancia parsimoniosa al pliegue de la túnica. Adán, el poeta que parecía lleno de destino, seguía produciendo versos al viejo modo; pero ya no como los de las lejanas horas de la inclinación. La musa languidecía. El vigor imaginativo, la riqueza verbal de la adolescencia del poeta, decaían visiblemente. El verso se hacía clorótico, de una vulgar insipidez, a veces. En sus días de juventud despreocupada e indiferente, de melena y chambergo, después de leer a Baudelaire y a De Quincey, había sentido la tentación de los paraísos artificiales, y el que por snobismo o curiosidad imprudente cayera en ellos, no supo o no quiso después librarse a sus mortales encantos. El vate buscaba el «hada verde» que inspirara al autor

de *Sagesse*, o la fatal deidad a cuyo influjo el gran Reissig escribiera los esotéricos *Éxtasis de la montaña*. Pero el paraíso artificial, el «hada verde», el terrible clorato, traicionaron a nuestro poeta, negándole aquella beatitud interior, donde él buscaba el verso perdurable. Mas no por eso era menos el rescate. Los inefables venenos, ya se sabe, cobran siempre caro, sobre la carne de sus adoradores, el precio de sus delectaciones.

Cuando vi a Adán Coello la última vez, fué grande mi asombro ante el espectáculo de su decadencia física. No había arribado a los treinta años y ya su fisonomía, su máscara humana, ostentaba una vejez de siglos. La morfina, el alcohol y la mujer, eran la fatal trinidad en cuya ara él había consumado el estéril sacrificio. Pero más que este derrumbe fisiológico, me conmovió otra cosa: la degradación de su musa. El poeta de los versos refinados y las coturnescas elegancias, el modernista que antaño considerábamos como un cachorro de Mallarmé o de Verlaine, hacía ahora, en la capital de su provincia, rimas de feria, populacheras y festivas.

Y mientras el numen se esfumaba, mientras la musa, antes principesca, descendía ahora al arroyo igualitario, el ser fisiológico naufragaba en una agonía lenta. Adán Coello supo del tremendo martirio de la carne enferma. Job, los grandes doloridos, los leprosos, fueron sus hermanos. La muerte, que parecía paladear su suplicio con una feroz vo-

luptuosidad de bandido, ha tenido al fin un gesto piadoso y compasivo, al acabar con él, sumiéndolo en la noche leteica del nirvana.

El caso de Adán Coello puede ser asunto de meditaciones. ¿Fué un poeta fracasado por el ambiente y los tósigos? Esta es la preocupación de un criterio ya vulgar entre nosotros. Nuestra historia literaria está llena de esos «malogrados». Pero aquí hay una ilusión. Asignamos a todo poeta novel que surge con cualidades más o menos específicas, un ciclo de evolución semejante en todo a los que a diario nos ofrece la naturaleza. El poeta, tan pronto es un árbol que, tras la florescencia juvenil, va a echar el fruto acidumbrado de la madurez; tan pronto es el aguilucho a quien le crecerán las alas para beberse los azures; tan pronto el astro que tendrá su zenit de gloria y también su ocaso de muerte.

Todo el error está en estos símiles. Más bien que poetas malogrados, lo que hay son poetas sin destino. La vida sólo defrauda a los que debe defraudar. Ese poeta a quien los paraísos artificiales, el «medio ambiente» llevaron a la mediocridad o al esterilizamiento, no era ciertamente un predeterminado.

Los verdaderos elegidos, los que vienen a la vida con un signo mesiánico en la frente, esos escapan al medio, burlando la asechanza, triunfan del tósigo.

Coello era un poeta, indiscutiblemente; pero su

destino, si lo tuvo, fué ser efimero como las rosas.

Los poetas efimeros... Sueltan su trino, dan su perfume en una alborada del tiempo, y desaparecen...

SALATIEL ROSALES

(Guatemalteco.)

Guatemala, octubre de 1920.

BIBLIOGRAFIA

CONCHA ESPINA.—*El metal de los muertos*, novela.—Editorial «Gil Blas», Madrid 1920.

Anunciada con exagerado elogio, esta novela ha sido para nosotros una decepción y una sorpresa al mismo tiempo.

Decepción, porque *El metal de los muertos*, como novela, no acusa ningún progreso en las facultades literarias de Concha Espina; y sorpresa, porque se nos revela su autora como propagandista de las ideas libertarias que hoy conmocionan al mundo y son la más vibrante actualidad de España.

Siempre tuvimos a Concha Espina por una de las figuras más destacadas del tradicional conservatismo español y uno de los adalides del catolicismo actuante; de modo, que ese cambio brusco e inopinado hacia las ideas condenadas por impías y nefandas, ha de asombrarnos forzosamente. Todo se podía esperar de Concha Espina menos una evolución semejante. Claro que su socialismo incipiente no es todo lo clarificado que fuera de desear, y en él se entreverán aún algunos sentimientos e

ideas extraños. Así vemos que el libro termina con una invocación al Dios de Kempis.

Concha Espina padece un error, mejor dicho, dos errores: uno, creer que el abusivo uso de provincialismos y términos de raro empleo dan presancia a su prosa, cuando lo cierto es que la hacen fatigosa y a ratos ininteligible; otro, extenderse demasiado en descripciones y relatos accesorios, diluyendo la acción de la obra y cansando la atención del lector.

Para que *El metal de los muertos* fuese una novela que respondiera a los ditirambos pagados por la casa editora, fuera preciso que en Concha Espina hubiese un gran temperamento de artista, cosa que, por desgracia, no ocurre así.

La visión del magno conflicto de Ríotinto carece de la grandeza que en sí tiene. Un artista de poderoso aliento creador hubiera hecho de él una epopeya gigantesca. Así, apenas logra llevar al ánimo la emoción que los relatos periodísticos nos transmiten.

Después de leer el voluminoso tomo que forma *El metal de los muertos*, nos quedamos perplejos. La sorpresa que el brusco cambio ideológico operado en Concha Espina nos produjo, se resuelve en una impresión indefinible. A ratos nos gustó; a ratos nos cansó; unas veces sufrimos; otras esperamos la llamarada del genio, sin verla surgir, y, por último, sentimos que *El metal de los muertos*, como novela, no era ni mejor ni peor que otras obras de

la misma autora: muchas intenciones y pocas realidades.

A pesar de todo, a Concha Espina le cabe el honor de haber sido el primer novelista español que se ha sentido preocupado por uno de los más trascendentales problemas de lo que se llama en la jerga periodística «palpitante actualidad».

* * *

R. CANSINOS-ASSENS.—*En la tierra florida*, novela.—Editorial «Mundo Latino», Madrid 1920.

El fértil ingenio del admirable prosador, que es hoy una de las personalidades más sugestivas de nuestra literatura, queda en esta obra mejor patentizado que en otra alguna, por lo mismo que está al servicio de un propósito más amplio y erizado de dificultades.

Consinos-Assens ha abordado esta vez el difícil empeño de escribir una novela de grandes proporciones y hondura sentimental, y si el crítico, el cuentista y el poeta en prosa y verso alcanzó las cumbres más altas, el novelista consigue iguales ascensiones, y así vemos en su nueva obra cómo el acierto y la originalidad suyas reconocidas nos encantan en la pintura de caracteres y análisis de psicologías.

En la tierra florida no es sólo una novela de emoción y ternura, sino un poema en que el dolor humano canta sus más bellas y conmovedoras estrofas.

Cansinos-Assens ha puesto en esa obra todas las galas de su lirismo enojado y fastuoso, rico en matices cual ninguno.

Más que la trama, son los personajes que desfilan por la novela los que nos cautivan. Tan humanos y tan magistralmente vistos y descritos están, que desde el primer momento nos sentimos identificados con ellos y vivimos sus rencores, sus sacrificios, sus heroísmos, sus mezquindades, sus grandezas y sus sueños.

En la tierra florida es una historia de almas escrita por uno de los espíritus más delicados y selectos de nuestro tiempo. Las procacidades y las fáciles triquiñuelas de que se valen tantos otros novelistas para sorprender la buena fe del lector, están desterradas de este libro impecable, sencillo y grandioso, que nos habla de las vidas humildes, nos empapa de melancolía y nos satura de belleza. Porque Cansinos-Assens, además de escritor singularísimo, maestro en el decir, es un hondo poeta de inagotable ternura y un artista exquisito. Todo en él, aun lo más mezquino, se transforma en manantial de arte de cuantioso venero.

Libros como *En la tierra florida* honran a la literatura que los produce.

* * *

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.—*En la verbena de Madrid*.—Ediciones «América Latina», París 1920.

En la verbena de Madrid es un libro de crónicas

y ensayos críticos. Sabido es que García Calderón, con Gómez Carrillo, con quien tiene afinidades y semejanzas muy notables, es uno de los maestros de la crónica; así que parece ocioso decir que su libro es admirable. Gracia, desenfado, vasta y dúctil cultura, sorprendente espíritu crítico, singular espíritu de observación, tales son las características que sería dable señalar.

Quizá en algunas ocasiones, muy pocas, no vamos de acuerdo con el autor y sus apreciaciones nos parezcan exageradas; pero su galanura de estilo y sus grandes dotes temperamentales nos rinden siempre a su favor. Por lo menos no le falta nunca el mérito de hacernos pensar, de obligarnos a hacer una revisión de nuestras ideas y nuestras creencias. A nuestro entender, bastaría con eso para que un escritor mereciera los plácemes más entusiastas.

En este sentido, *En la verbena de Madrid* es uno de los libros más interesantes que se han publicado últimamente. Y lo es tanto más cuanto que en él se estudian las personalidades más salientes de la literatura española contemporánea.

* * *

ROGELIO BUENDÍA. — *Lusitania*. — «Editorial Reus». Madrid 1920.

Rogelio Buendía, el joven y notable poeta que a pesar de consagrarse a la medicina sigue siendo poeta, ha hecho un viaje por Portugal, el país her-

mano que tan cerca está de nuestro corazón y de nuestras fronteras políticas—y digo políticas, porque entre Portugal y España no hay ninguna verdadera frontera geográfica ni etnográfica—que tan cerca está de nuestro corazón y tan alejado parece, y producto de ese viaje es el libro que con el título de *Lusitania* acaba de publicar.

Se esfuerza Buendía en hacernos comprender y sentir el romanticismo del pueblo fraterno. En su obra palpita el más noble deseo, el más laudable propósito, cual es acercar los espíritus de quienes fueron una misma nación y contribuir al conocimiento mutuo, inspirando amor.

Libros de tal naturaleza tienen en esta casa, baluarte del iberismo, la más franca, la más cordial, la más entusiasta de las acogidas.

* * *

ANTONIO CASES.—*Por ser buena*.—Novela. «Editorial Bergamín». Madrid 1920.

La novela que acaba de publicar el infatigable escritor valenciano, nos parece algo precipitada. Esto no quiere decir que no se vean en ella las huellas del talento juvenil y vehemente de Antonio Cases, sino tan sólo deplorar lo que evidentemente ha impedido un frutecimiento que prometía ser lozano.

Cases ha vivido mucho Madrid, esta vida tan genuina y tan particular, y por eso es más de sentir

que no la haya descrito en toda su amplitud e intensidad.

Suple esto con la percepción exacta de los caracteres, que están bien observados, y demuestran las facultades de psicólogo que le adornan.

Por ser buena es un relato que conmueve por la verdad que encierra, por ser la historia de tantas modistillas madrileñas, estas pizpiretas y risueñas modistillas que son el mayor encanto de las calles cortesanas, víctimas siempre de una tragedia sentimental, abocadas al fracaso de las más bellas ilusiones y encantadoras esperanzas; pero que ríen, sin embargo, y cantan como pajarillos sueltos en primavera.

* * *

R. BLANCO-FOMBONA. — *Dramas mínimos*. — «Biblioteca Nueva». Madrid 1920.

Viene este libro a consolidar la fama de que goza el ilustre escritor americano.

Dramas mínimos es un sugestivo tomo de cuentos que nos muestra el polifacético espíritu de su autor. Desde la narración espeluznante, a la naturalista y descocada; de la historieta burlesca y humorística, a la delicada y sentimental, las hay en el volumen de todas las tendencias y todos los matices, y si en instantes la brusquedad y tosqueza del autor nos hieren, en la mayor parte, en cambio, logra complacernos o deleitarnos cuando no consigue conmovernos.

Blanco-Fombona es un amargo filósofo y un implacable observador; pero también es un poeta, y las hieles y los pesimismoes suelen trocarse en ternura y amor, como se visten de verdura y flores en primavera los campos que en invierno fueron desolados y yermos.

* * *

RAFAEL LÓPEZ DE HARO.—*Fuego en las entrañas*. Novela.—«Biblioteca Nueva». Madrid 1920.

Rafael López de Haro tiene, a nuestro entender, un defecto capital: que se prodiga demasiado. Ha cogido el tranquillo de las novelas y las enjareta con la misma facilidad con que extenderá un acta notarial. Del arte de novelar ha hecho un oficio, y debido a eso lo que en sus obras resplandece con mayor fuerza es la habilidad.

Fuego en las entrañas no es más que eso: una hábil novela. Con factores vulgares, harto manoseados, incluso por el mismo autor, ha urdido una trama ni más trascendental ni más nueva que sus obras anteriores; pero que al lector lerdo y poco exigente interesará.

López de Haro, como Carretero, no persiguen sino captar al público pazguato y satisfacen su gusto ineducado con fácil prodigalidad. Claro está que López de Haro tiene algunas ventajas sobre Carretero; pero, a decir verdad, a nosotros no nos interesan estos industriales de la literatura.

* * *

JOSÉ M.^a SALAVERRÍA.—*Alma vasca*.—«Editorial Enciclopedia». Madrid 1920.

El espíritu ambulante, ponderado, analítico y escrutador de José María Salaverría, se ha detenido esta vez por breves instantes en su tierra natal, la áspera, fuerte e ingenua Vasconia, país de agricultores, obreros, mercaderes y argonautas, y con la firmeza de su estilo depurado y maestro, nos va describiendo en breves y precisas descripciones sus paisajes, sus costumbres, sus características y sus particularidades.

Alma vasca forma un magnífico tomo, profusamente ilustrado, con reproducciones fotográficas de cuadros de los más prestigiosos pintores vascos, los cuales ocupan en el actual renacimiento pictórico español lugar preeminente.

A nosotros nos parece una obra llena de encantos, pues el autor sabe aunar el sentimiento artístico, la visión de la realidad y la serena reflexión.

B. DE M.

* * *

FRANCISCO LÓPEZ PASTOR.—*Un beso y unas flores*. Novela, con un prólogo de Juan Soca.

He aquí lo que dice Juan Soca del novel autor de este libro:

«Con emoción de adolescente y serenidad de estoico, deseáramos asistir, cada día, al bello espectáculo que festeja la aparición de un nuevo libro. ¡Guarda para nosotros tan intensa emoción este

festejo, tan lleno de belleza y tan poco frecuente, sin embargo! Contrariamente, ¡se nutre con tan demasiada avidez, el actual momento, de lo severamente material! ¡Ha llegado a alcanzar la «estética» de los números tan ponderable valor!

Así, el espectáculo que festeja la aparición de un bello libro, tal como una clara estrella que descubrimos en la más tenebrosa noche—en nuestro desacorde desinterés por los bellos mundos luminosos—nos llena de júbilo y nos predispone a la exaltación artística.

Pudiéramos decir que se ha transmutado el orden de nuestros ligeros mundos interiores: que el sol de la tarde es más intenso y fuerte, y que la pesadez ingénita que el desencanto que los hombres y las cosas pusieron sobre nuestro corazón, es sencillo espejismo, ligera lluvia de pétalos de rosa...

Francisco López Pastor, que tal es el nombre de este nuevo hermano, llega signado en la frente con una clara estrella de Ideal. En sus ojos muestra encendidos carbones de esperanza, y trae el pecho herido por una aguda espina. El nuevo caballero que entra en noble liza de Ideales, nos cuenta una bella historia de amor. Este corazón nuevo, que guarda la virtud de amar con ingenua locura, sueña en el sereno ambiente del pueblo, con la noble ilusión de ser amado. Sus palabras son las encendidas palabras de un vidente que aún no ha cruzado todos los senderos. Si bordeó todos los caminos, fue dejando a su paso rosas de juventud, llenas de

tiernas espinas. Y así son éstas, páginas de amoroso dolor que quieren ser abrasadas en el divino fuego del corazón humano.

Sin exaltaciones fuera de ambiente, sin flores de retórica, con el lozano encanto de una melodía, López Pastor nos cuenta una sencilla historia, tierna, apasionada, sentida. Calla lo que zafamente ha podido suceder y cuenta lo que debe vivir en una historia llena de nobles intenciones. Si se aparta para dejar hablar al hombre que vive en la acción, lo hace de modo discreto, hasta poner en los puntos de la pluma un panal de sazonadas mieles. Habla el autor por sí, pero nunca en el tono docto del preceptor. Sabe muy bien que el corazón humano no es fácil de «domesticar» con látigo de acero, ni le inquietan las inflexibles palabras de cenovita. El agridulce sabor de la realidad idealizada, es muy discreta norma que no escucha las graves admoniciones. La rosa de un madrigal gana, con su sano perfume, un centenar de corazones, mientras que una espada sólo consigue doblegar los cuerpos.

Así este nuevo hermano, que nos llega sin pretensiones de lírico, gana nuestro corazón a la segunda página. No sienta cátedra cuando discurre por los vivos hechos, y cuando sueña nos da el dulce bebedizo de agudizar nuestra sensibilidad. Muéstrase correcto, sin las trabas clásicas del obligado tópico. Pone matices nuevos a las flores que nos son conocidas, y deslígase de las marcadas pautas, para seguir una clara y sencilla exposición.

No busque, pues, el lector, esos vulgares «pica-dillos» del diálogo que suelen esperar en todo libro los adversos espíritus morigerados. El diálogo llega con la oportunidad debida, mas nunca por obligada exaltación. Así este bello libro tiene la espontaneidad de un poema íntimamente sentido. noblemente soñado, a semejanza de un fruto maduro que se nos ofrenda a nuestro paso, como en aquella edad dorada en que «nos eran comunes todas las cosas»...

Bienvenido sea este nuevo hermano, que canta al amor con el ingenuo entusiasmo de un lírico y la serenidad de un escolástico. Así hoy es día de júbilo para los espíritus que gozan del bien ajeno, para los hombres de firmes propósitos, para los de recia voluntad.

Por este libro de lozanas esperanzas, de noble realidad y de ingenua belleza; por este libro, signado en su primera página con la más roja rosa del Ideal, con una ofrenda al árbol viril, al cariño paterno del autor, elevemos a los cielos del Arte nuestras manos y nuestros corazones.»

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, diciembre 1920.

La joven poesía ecuatoriana.

La literatura americana, tan fértil en grandes e incomparables poetas, tiene en el Ecuador un florecimiento desconcertante y tropical, completamente desconocido en España. Fuera de las fronteras del país, el del malogrado Medardo Angel Silva, ningún nombre suena de toda esa grey potente y fecunda de jóvenes cerebros. Y hasta para mí, peruano viviendo en las puertas del Ecuador, fué, lo confieso, una sorpresa, encontrarme, al visitar Guayaquil, con admirables artistas de veinte años—en América el genio tiene veinte años, ha dicho no sé quién—, qué orgullosamente humildes trabajan con fe y entusiasmo en una suprema obra de belleza. E igual impresión reveladora sentirán los que lean los versos que acompañan estas rápidas líneas.

La literatura, la alta y verdadera literatura de toda la América latina, nace junto con el siglo xx. En la segunda mitad del siglo anterior pocos son los talentos que como Juan Montalvo o Ricardo Palma se han remontado por sobre la ruindad y cursilería literarias imperantes. Y antes de ellos, ninguno. El acróstico estúpido de góticas mayúsculas o la pomposidad huera del tambor, cuando no el romanticismo falso o las lágrimas plebeyas de un Melgar—seminarista y soldado—, triunfaban en esas tierras... porque no había otra cosa. Sólo en el siglo xx aparece la lírica en América con los nombres de Lugones, Herrera Reissig, Darío, Nervo, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, González Martínez, Chocano, Remigio Crespo Toral y Falguez Ampuero, ecuatorianos estos dos. Pero donde más alta se muestra es en las plumas jóvenes del 1918, en esos artistas que se levantan, anhelantes de Belleza, sin otro fin que cantar porque sí, porque es dulce cantar; que no hay nada más puro que hacer Arte por sólo el placer de hacerlo. Estos poetas, algunos ya no jóvenes, son, entre otros, en Chile, Pedro Prado y Gabriela Mistral; en el Plata, Juana de Ibarbouru; en el Perú, José M. Eguren y Alberto Guillén; en Colombia, los dos López, Luis Carlos y López Pehua, y en el Ecuador, toda una falange asombrosa.

En esta calida república los maestros han sido Crespotoral y J. Falguy Ampuero. Éste, sobre todo, es una cumbre en la literatura y en el pensa-

miento americanos. Como poeta nos ha dado, entre la infinidad de versos publicados en diarios y revistas, su exquisito libro *Gobelinos* (1919); pero donde hay que buscar al maestro es en el hombre, en su rectitud, en el altísimo valor de sus concepciones filosóficas y políticas expuestas en *Sintiendo la batalla*, y en dos libros más que tiene en Prensa. Siendo un González Prada ecuatoriano, ha creado con su pensamiento luminoso y su estilo ático y cincelado, como éste en el Perú, todo un pueblo de discípulos.

Entre ellos el primero es Arturo Borja, a quien cuatro años de labor le han hecho inmortal, y en seguida Medardo Angel Silva, exquisito y alto poeta muerto trágica y prematuramente. Sintió un día, como él mismo lo anunció, «la bella tentación de darse muerte», y

«como el clown de Banville, él hizo una pirueta y de un salto mortal voló hasta el infinito.»

Audaz, precoz y multiforme es muy difícil de clasificar. Y este no es su mayor mérito. Era un poeta niño, un niño prodigio de veinte años, y con esto está dicho todo; su arte admirable y sincero—los niños nunca mienten—y su afán de conocer y adivinar, su sensibilidad y su talento, su presciencia y su vibrante emotividad. Influido por Herrera Reissig, publicó su revelador y único volumen—¡no tuvo vida para más!—*El Arbol del Bien y del Mal* (Guayaquil, 1915). Es en él donde dice:

«Sé ingenuo como el agua de las puras cisternas
o el remanso que copia todo el celeste cielo,
y así verás friunfar la aurora de tu anhelo
y será tuyo el reino de las cosas eternas.

.....
auscúltate en la sombra, mírate, lee en ti
como en un libro abierto de Verdad y de Vida.
Calle el interrogatorio del Porvenir que ofusca;
yérguete alto y sereno en la gracia del día
rosa;
y, en toda cosa,
eternamente busca
la Armonía, la Armonía, la Armonía...»

Y después, doloroso, dirigiéndose a «Nuestra Señora la Muerte»:

«Esposa inevitable, dulce Hermana Tornera,
que al llevarnos dormidos en tu regazo blando
nos das la clave de lo que dijo la Quimera
y en voz baja respondes a muchos *cómo* y *cuándo*.»

Ha sido en el Ecuador donde floreció—efímero
como todo florecimiento—este altísimo poeta.

J. A. Falconi Villagómez es otro de los nuevos
valores. Hijo de Baudelaire, primero, con versos
sabáticos como «Amo las flores raras», fué después
discípulo del autor de «Los peregrinos de Piedra»,
como en los dos sonetos que copio, para terminar
siendo él, inimitador e inimitable.

Oriental.

Rasgóse el velo de penumbra fina
y, al amparo de túnica escarlata,
surgiste como amable danzarina
agitando tus crótalos de plata.

Y luego, como loca serpentina,
que se envolviera en una columnata,
fingiste, por movible y venusina,
el ritmo de la danza que arrebatara.

Y cuando, fatigada de la plástica
forma, esfumóse tu silueta elástica
tras unos gobelinos que se alzaban,
evocando quedé ritos perversos,
mientras la mirra de su incienso daban
las lámparas votivas de mis versos.

Angelus opaco.

La tarde estuvo lánguida esa vez como una
novia que se desmaya... Tú, rimando su angustia,
fotografiaste lívida dentro de la laguna
su faz, con un misterio de sonámbula mustia.

Todo se hizo plumizo... El camino fingía una larga película de gelatina sucia: microscópicamente, a lo lejos, se veía, montados en jamelgos, una pareja rucia. Regresamos muy paso, pianamente, silente-mente por la avenida. Tú, como que rezabas una dulce plegaria por mi incredulidad.

Lo plomo se hizo obscuro... Yo vi que te mustiabas y sin saber ni cómo ni cuándo, lentamente, tal un espectro lívido, me hundí en la oscuridad.

Y la trinidad de estos jóvenes maestros se completa con otro espíritu sutil y fervoroso, con José María Egas, autor de «Plegaria lírica». Melancólico y místico, susurra con las manos elevadas y juntas:

Ruega por la virgen que traduce en vano su vida en un libro, su amor en un piano y hace confidencias a la soledad...; mientras los anhelos, en su desvarío, tiemblan como leves gotas de rocío sobre la magnolia de su castidad.

Ruega por el sabio de miradas frías que agudizan flechas por cazar teorías en los laberintos de un mundo irreal; mientras que a su esfuerzo la verdad más pura se queda en el polo de la conjetura como una imposible Groenlandia ideal.

Ruega por la novia que pudo ser buena
hermanita dulce para toda pena,
sedante armonioso de toda inquietud;
pero que olvidamos, en farsa truhanesca,
sin probar el cáliz de su boca fresca
ni el áureo tesoro de su juventud.

Alrededor de estos tres elegidos—cuatro con Arturo Borja—se ha agrupado una pléyade de poetas. Son muchos, muchísimos: el raro Humberto Fierro, J. J. Pino de Icaza, parnasiano y lírico; el inquietante y diabólico Esnesto Novoa Camaño; los hermanos Jorge y César Carrera Andrade; Olmedo del Pozo, Arizaga Luque, Vicente de la Cuadra—diez y ocho sorprendentes años—, Guillermo Intriago, Escudero Moscoso, Castillo y Castillo, Avila Solano, González Arboleda, Ramírez Pérez, Colón Serrano, Monroy, Garaicoa y cien otros que dominan el verso. Todos ellos han dejado de ser promesas para convertirse en realidades; ninguno ha llegado a los veinticinco años, y todos, todos, llevan en el pecho una fuente de idealismo que—en otro medio que no fuese el reducido de América latina—les llevaría a la gloria.

LUIS DE LA JARA

POETAS HISPANOAMERICANOS

Presentación para un libro

Esta que véis aquí, de ojos azules,
Es mujer y hace versos.

Parece inofensiva a simple vista,
Pero estaos atentos...

Cuando este libro vaya a vuestras hijas,
Madres, quemad incienso;

No sea que debajo de esta capa
Suave, de terciopelo,

Lleve una cola larga esta muchacha,
Y un par de cuernos...

La estatua

A orillas del agua pusieron la estatua,
Entre juncos verdes quizá para que
Procure mirarse, ella que no siente
Y ella que no ve.

Así, junto al agua, yo que veo y siento,
Desearía estarme del tiempo a merced...
Mas lo que yo anhelo lo tiene la estatua
Que no puede ver.

La historia es muy vieja: lo que me sucede
A todos los hombres le ha de suceder,
Hasta que cansado se exclama algún día:
...¡Mejor!... ¿Para qué?...

ALFONSINA STORNI.
(Argentina.)

La Espera

Perdido para siempre lo que hasta entonces fué
 bríos, amor y fe,
 yo buscaba un amigo
que su pena y mi pena compartiera conmigo.
Le conocí una noche del modo más casual:
un pobre can hambriento tendido en un portal.

Le di un sitio en mi cuarto. Siempre mudo y austero
él fué mi confidente y fué mi consejero.
Sus ojos me decían su gratitud inmensa
(se sabe que en las bestias gratitud es amor),
pero era tan humilde que por no hacerme ofensa
nunca lamió mis plantas ni gruñó en mi redor.
Como se daba cuenta de su mísero aspecto,
nunca marchó a mi lado, ni me siguió siquiera.
En él la discreción llegaba a ser defecto,
pero en el fondo había una lealtad sincera.
Practicaba el retiro como buen derrotado.
En los días de sol instalábase al lado
de afuera de la puerta. En los días de invierno
no salía del cuarto. Saber que me aguardaba,
tras la jornada diaria, un corazón fraterno
que nada me pedía y que todo lo daba,
era un suave consuelo. Debido a su adhesión
no perdí totalmente la confianza en la vida.
Enfermo, cierto día, tendióse en un rincón
para no alzarse más. Fué triste su partida...
Luchaba su estoicismo contra el dolor tenaz;
mas si el cuerpo era lucha, la mirada era paz.
Desde entonces, ya nadie me espera en mi guardilla;
pero sé que al llegar mi barca a la otra orilla,
en ese día y hora de que al pensar me aterro,
esperándome, fiel, encontraré a mi perro.

FRANCISCO AGUILERA
(Chileno.)

Los Poemas Blancos

A RAFAEL CANSINOS-ASENS

Estrella

Estrella pensativa
Estrella blanca
Fruto luminoso
de la Noche perfumada
Blancura palpitante
con humedad de lágrima
Perla del Infinito
Ventana
abierta a lo Azul
en el jardín de las distancias
Virgen
de túnica de plata
Cuando ilumine mis altares
en la Noche de mis bodas claras
con la Esposa
de la última esperanza
dame tus místicas unciones
sin palabras.
¡Oh! Estrella pensativa
Tú que estás triste y eres blanca
como el primer sueño
de mi alma.

Nieve

Frío. Han nevado palabras
en la estancia.

Una sombra enlutada
sobre el campo de armiño de mi alma.

Las ventanas
abiértas hacia el mar, frente a la playa.
El frío le ha traído la gaviota blanca
que vino esta mañana
con las alas
cortadas

El frío le ha traído la gaviota blanca
Naufragan mis miradas
en las olas lejanas

¿Quién tenderá el puente de plata
que una nuestras distancias?

Vendrá la Luna luego, toda blanca,
como la gaviota que vino esta mañana
con las alas
tronchadas.

La sombra en la ventana
la aguardará, callada,
como a dulce Hermana

que hiló sus sueños de oro con su madeja blanca
Y en la rosa secada
de una vitrina de la estancia
sola con la penumbra de la Tarde — mi alma —

—¡la pobre Luna malva!—

tejiendo en el tejar de las distancias
las rosas de la vida cotidiana

El frío de las olas entumece mis alas

Para volar ya es tarde. Llega la Noche blanca

Se ha caído una estrella sobre el mar de esmeralda

Caen náufragos los versos en el mar de esta página

Se deshizo en la nieve la Luna de mi alma

Y lejos sobre el oro de las estrellas náufragas

las olas marineras

cantan:

—«Ha pasado en la nube la gaviota blanca

con el frío de todas las tumbas en las alas»

Cenizas

Cenizas del crepúsculo

Tu amor

en el marfil de mi recuerdo

Las calles enlutadas de tus besos.

Crucificábamos las almas

sobre las cruces de los muertos.

Cipreces

Nos hallará la Muerte

fundidos en sus vértices

Cipreces negros de las noches blancas

Pararrayos de las almas.

Cirios de velatorio

riegan tus manos mi silencio

Vendrán los ruiseñores
a cantar en las ramas de tus dedos.
La estampa de la luna
en el cristal azul del cielo
como el retrato
de un niño muerto—todo blanco---
y una lágrima náufraga
sobre el mar de un recuerdo
Cenizas del crepúsculo
del cielo de mi vida
vendrá un viento de otoño
que avente las cenizas

Día

El Altar encendido.
Sol votivo
Ardieron las fachadas
del horizonte
Se descorrieron los telones
Oro envuelto en azul
Canción Milagro de la luz
En los aparadores de los árboles
se estremece la fina
vajilla primorosa de las hojas
Bandadas de aeroplanos
tienden su vuelo romántico.
Va cantando el dinamo
la múltiple canción

de los modernos pájaros mecánicos
Tú recoges la clara maravilla
del día, Amor-Milagro,
El Sol se rompe
como un juguete entre tus manos.

Sol náufrago

Bajo el puente del arco iris
ha pasado el Sol náufrago.
Las rosas de los parques
le despiden llorando
Abren sus bocas húmedas
las fuentes del silencio
¿Quién sembró las estrellas
en la tierra del cielo?
Por un río de ocasos
se marchan nuestras almas
siguiendo a soles náufragos.

Novia

Cuando empezaron a temblar
los cálices
bajo las alas de aquel astro
que se cayó en mis manos,
en la copa
maravillosa de mi vida

se suicidó la mariposa
De su polen de oro
nacieron estos versos
El cristal de sus ojos
como dos claras perlas, soñaban en el fondo.
Y sus manos de sombra
deshojaban mis sueños.
como si fueran rosas.

ERNESTO LÓPEZ PARRA

Lirogramas

Sueño

Sobre mi pecho
la linterna sorda de la noche.
Y los revólveres de todas las estrellas
apuntando a mi frente.
Yo aleccionado por los cines,
levanto mis dos brazos.
Alguien piadoso dice:
—El cloroformo.
Y entre todos me lanzan a ese sótano
—¡oh maravilla!—ya dispuesto.
Más al amanecer, sobre mi lecho,
con mis manos ligeras yo desato
los últimos nudos de mi sueño.

Amanecer

La última noche suicida
se despeñó por el Viaducto.
El sol ahora
guillotina las primeras sombras.
Las hojas secas se ofrecen por nosotros
para salvar nuestras cabezas.
El paisaje matinal
se baña en el incienso de la primera misa.
La ciudad viaja sobre los ómnibus.
Los poetas noveles llevan sus hojas verdes
a los buzones de los tranvías...

JUAN LAS.

GALERIA DE ESPEJOS

Ondulación

Al movimiento de sus olas el bosque reluce como el agua.

Marismas, torbellinos de luz.

El viento subleva los arrecifes verdes en el fondo de la ensenada profunda.

Algas, corales.

Islas de plata absortas y en declive.

Oquedales violetas se dilatan en laberintos de columnas sin fin.

La hora avanza pletóricamente fundiendo en la pleamar celeste voces, inmensidades y matices.

Senderos borrosos bajan a los valles sombríos como trombas sonoras y atrayentes.

Las riberas se extienden a lo largo del horizonte, bajo montañas de nubes redondeadas.

Arenas relucientes, nieves y plumajes.

Arbustos de todos los colores.

Deliquio

Sol y vida.

Gloria del azul al medio día y la media noche entre las cadencias más recónditas.

Las rosas de las aguas llenas de irisaciones.

Abundancia de esfuerzos desconocidos.

El astro nocturno prosigue su carrera.

Flores y esencias como un vasto espejo.

Ahora la estatua palpitante de amor, rima secretamente su acorde silencioso.

Melodía sensible constantemente renovada.

Nuestro amor siente el ansia indefinible de extenuarse jubiloso al consumir sus tránsitos sobre todas las cimas.

¡Oh, palpitación! ¡Oh rauda y sensible aurora!

Arde la vida en cada rosa cual las luciérnagas.

La escala que se ofrece a nuestros pies pende del cielo como ventana abierta.

Millones de mundos en la hora de los sueños cumplen los destinos fugaces del alma siempre despierta.

Canta el deseo en la ráfaga inmensa terrenal matizada por el juego de los surtidores en vuelo.

Tiembla nerviosamente de emoción y esperanza.

En el centro del patio la fontana es todo el misterio y toda la expresión de la noche bajo los arcos de som-

bras blancas, entre columnas de mármol y floridas trepaderas.

Quietud palpitante y silenciosa.
Rosales y estrellas.

Es ahora cuando en las copas de los naranjos, los ruiseñores cantan y extraen la miel del presente que es ya, sin embargo, remembranza.

Hora

Esta hora viene suspendida del pico de un cuervo.

Sale de las nubes que la luna entreabre como cavernas heladas y desiertas.

Gira alrededor de las veletas rechinantes y agota como el viento las oscuras chimeneas.

Rebota en las campanas de las torres lejanas.

Se precipita verticalmente en el silencio sobre los patios, las calles, las sombras.

Busca todos los intersticios, llena todas las oquedades.

Rueda por los aleros que gotean como el cló cló después de la lluvia.

Y se diluye en el lago de la ciudad.

Antes del crepúsculo

Alegría de altas banderolas flotantes.

Puentes, plataformas, torres de hierro, grúas y humo blanco de vapor.

Desde las terrazas tras las arboledas del paseo, mástiles, cordajes encontrados en el aire, arabescos y nubes blancas como espumas abundantes de jabón en un cielo del más límpido azul.

El teatro en su recinto de jardines orienta su oriflama de verano en las tardes regadas.

Músicas interiores sorprenden al tránsito urbano.

Carros, coches de lujo, automóviles, transeuntes.

En las terrazas la multitud bebe cerveza y licores.

Detrás de las verjas del jardín conversan los comparsas.

Hay afiches multicolores, danzarines, ecuyeres, entre relinchos, gritos de fieras enjauladas y el ruido callejero ensordecedor.

Los niños juegan en los parterres de boj diminutos.

Risas en el tobogán, suspiros bajo las soledosas quietudes de la alameda a espaldas de la avenida tumultuosa y riente.

El circo canta y maniobra. Orquesta humorista entre murmullos de risas, aplausos atronadores, ecos.

Al otro lado el trepidar de los vehículos, los silbatos de las locomotoras y los talleres próximos, las sirenas de los buques en la ría.

Y arriba en el azul, entre las nubes blancas como

abundantes espumas de jabón, reflectores de sol y verdosos estandartes,

islas encadenadas, ráfagas vaporosas, cadencias, inmensidades y distancias;

y el humo denso y negro del carbón que sale de las altas chimeneas de ladrillos, esponjándose en el viento.

Pubertad

En los marmóreos plintos se erige resonante la armonía triunfal. Esplendores, trasiegos de la orgía, siempre última.

Cantos, pomos, sueños, flores.

Fiesta espiral.

El sueño azul jamás interrumpido, enciende más los ojos que no descansan acariciadores y ávidos.

Ósculo de fuego, alma de sangre.

Nerviosamente excelso el corazón hace insaciable sed la luz que se respira.

Vertemos aquí los perfumes, las perlas, los matices de nuestros sentidos.

Todo arde y resucita.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.

Cuentistas españoles

El amor heroico.

Romeo: ¡Vos! ¿Y qué habéis soñado?

Mercucio: Que un sueño se parece a un cuento.

Romeo: ¡La verdad se parece también muchas veces a los cuentos!

(Shakespeare.)

I

Villa Cristina y su propietario.

Villa Cristina, edificada sobre una roca, semeja una case flotante. En las mareas altas de septiembre el agua salpica las terrazas. Hay una casi al nivel del mar. Cubierta por un toldo que el aire agita de continuo, se experimenta en ella la grata sensación de estar embarcado. El edificio es blanco y de caprichosa construcción. Diríase que no tiene otro objeto que el

de facilitar a sus moradores aire, luz y puntos de vista. Parece una jaula de cristal.

Todo el mundo, en veinte leguas a la redonda, conoce la Villa, que es, por otra parte, una de las pocas curiosidades de San Fermín, pueblecito de la costa cantábrica.

El pueblo es feo, de calles sucias y tortuosas, pueblo de pescadores y labriegos. Aquí, como en otros muchos lugares, la naturaleza lo ha puesto todo. Un paisaje fresco y coloreado como una acuarela inglesa. Celeste el cielo; glauco el mar; rubia la playa; verdgay el color de los prados y maizales; verdenegro el de los montes que cortan y circundan el horizonte terrestre. Todo nuevo y jugoso, envuelto y matizado por los transparentes cendales del vapor de agua.

Si la Villa es citada y conocida en todo el contorno, lo son más aún sus dueños, don Pablo Sotomayor y su hija Cristina.

Don Pablo es una figura tan popular en la política española, que sería ocioso tratar de describirla. Jefe de una fracción conservadora, ha sido ministro varias veces y es casi seguro que, a la muerte o renuncia de Dato, el cetro del partido pase a sus manos por derecho propio. Nadie más identificado que él con la dulce y borreguil política de don Eduardo. El ideal de ambos es el quietismo. Los más graves problemas concluyen, si se dejan, resolviéndose por sí solos de un modo feliz. La intervención del gobernante es siempre inoportuna y funesta.

Sólo en caso de una violenta alteración de orden

público, debe el gobernante dejar sentir el peso de su mano mediante el empleo de la fuerza. En los demás casos debe practicarse el *abstencionismo*. En esto, y anotar cuidadosamente los años de servicio de los que militan en las filas del partido, con objeto de repartir por orden de rigurosa antigüedad las prebendas y sinecuras, consiste todo el secreto de este arte de gobernar que, aunque muchos lo ignoran, se inspira directamente en Maquiavelo y Baltasar Gracián.

Y conste que don Pablo ni ha leído una sola línea de estos dos autores, ni tiene concomitancias espirituales con ellos. Sotomayor, pública y privadamente, es un bendito: un caballero íntegro y bondadoso que disfruta y administra con acierto y limpieza los cuantiosos bienes de fortuna que heredara de su difunta esposa, y que *hace política* por afición y porque estima como un deber de toda persona adinerada la defensa de sus intereses.

Este es el hombre, y, como complemento de su tipo, diré que ni ha tenido ni tiene más que una sola, única y verdadera pasión: el amor de su hija.

Pero Cristina, que ha cumplido ya los veinticinco y se ha educado en Inglaterra, es mujer digna por todos conceptos de un estudio más detenido.

II

Cristina.

Si no he retratado a don Pablo físicamente es debido a que, por un extraño fenómeno de asimilación, se parece a Dato como una gota de agua a otra gota. Es un caso de mimetismo que recomiendo a los psicólogos. Quizás ese parecido, lejano en un principio, acentuado después día por día, sea el origen de la vocación política de Sotomayor. ¿Cómo explicar si no que un hombre sin preparación alguna, sin cualidad relevante que lo distinga del vulgo de los mortales, aspire a regir los destinos de un pueblo entero? Tiene, pues, nuestro caballero la misma traza elegante y melíflua del jefe de los conservadores. Traza o pergeño que pudiera definirse diciendo que ambos nacieron para la levita y el sombrero de copa.

No he diseñado la figura de Sotomayor; pero, en cambio, me tendría por muy feliz si consiguiera dar una ligera sensación de la gracia y de la belleza de su hija Cristina.

Pudiera decirnos que es de mediana estatura; de cutis moreno muy claro; delgada, pero de formas llenas; de ojos color tabaco; de boca un poco grande y dientes blancos como leche cuajada. Pudiera añadir que usa el cabello corto y que sus lustrosos y ensortijados rizos prestan a su rostro un aire infantil y ligeramente masculino.

También pudiera hablaros de la desenvoltura y distinción de todos sus gestos y movimientos, o del tono melodioso de su voz, o de la perfección de sus manos; pero convencido de la inutilidad de mi empeño, seguro de que no hay modo de fijar con la pluma algo tan fugitivo e inefable como el encanto de una mujer, renuncio a la empresa, dándome por muy satisfecho si llego a daros una idea del noble y singular carácter de nuestra amiga.

Lo que la distingue y pone a cien codos de altura sobre las demás jóvenes de su edad y condición, es el pleno dominio de sí misma y la ausencia total de coquetería.

Cristina es seria sin ser triste. Tiene un humor sonriente y sereno que se altera muy pocas veces. Es seria porque es comprensiva y está dotada de una aguda sensibilidad.

Es sencilla, porque no obstante el conocimiento de su propia belleza, jamás se le ha ocurrido hacer de ella un motivo de exhibición, ni mucho menos el emplearla para seducir.

Todo el secreto de estas excelencias nace de dos causas: un alma exquisita, noble y elevada, y el género de vida practicado por la muchacha.

Cristina, durante los años que estuvo en Inglaterra, se asimiló las costumbres de aquella aristocracia, la primera del mundo. Por eso tiene predilección por la vida del campo y gusta extraordinariamente de todos los deportes, en alguno de los cuales ha llegado a adquirir notoriedad.

Cristina es una nadadora intrépida. Adora el mar y se complace en desafiarlo. Permanece en el agua horas enteras y se aleja de la orilla hasta perderse de vista. Don Pablo, prudente y previsor, la hace acompañar de una lancha.

En tierra, y como jugadora de *tennis*, no tiene rival. Son muchas las copas ganadas por ella aquí y en Inglaterra, donde hilan más delgado en estas materias.

Pero su deporte favorito, el que prefiere a todos y practica diariamente, es la equitación. Cristina, como los ingleses, tiene fanatismo por los caballos. Es una afición decidida que le ocupa gran parte de su tiempo. Es quizá su único derroche. En las cuadras hay siempre cuatro o cinco animales de raza, de tipo y condiciones distintas, según el uso a que su dueña los destina. Aquí, en la costa, durante el veraneo, monta de preferencia una jaca irlandesa, pequeña y resistente, propia para andar por las montañas, cuyo pelaje rojizo es igual al de sus dos setters.

En ella, vestida de blanco y acompañada por los perros, recorre la hija de Sotomayor todo el contorno. A veces se aleja muchos kilómetros de San Fermín. Su linda figura de amazona se ha hecho popular en todo el término. Pescadores y campesinos la saludan con respeto al pasar. — «Ahí va la señorita» — dicen. Sin que haya en esto la menor sombra de animosidad o malquerencia. Cristina es popular y muy querida de sus colonos y arrendatarios.

Porque sus paseos y excursiones no son sólo depor-

tivos o de placer. Sino que, uniendo lo útil a lo agradable, la joven visita los caseríos, habla con las mujeres, regala y acaricia a los niños y se entera de pe a pa de la vida y necesidades de cada uno.

En más de una ocasión, si don Pablo no ha exigido la entrega inmediata de una renta vencida, fué por consejo de su hija, quien está enterada de la verdadera situación del colono y sabe que no puede pagar.

Si hay enfermo grave en algún caserío, allá va el médico del pueblo por cuenta de don Pablo, y con él, las medicinas y socorros que el caso requería.

Así entiende y practica nuestra amiga la caridad. No como un vago sentimentalismo, sino como un deber preciso e inmediato que nace de la estrecha relación que existe entre el pobre y el rico.

No es, pues, la muchacha una deportista frívola e insustancial; ni es tampoco lo que en el lenguaje corriente suele llamarse un marimacho. Cristina es mujer antes que nada. Y como prueba de ello, ahí está la casa de su padre, que ella rige y administra con admirable acierto.

Y aunque la vida de sociedad no sea su cuerda, hace, si llega el caso, los honores de las fiestas y chipandas con que don Pablo celebra sus triunfos electorales, y aún le queda tiempo para conocer al dedillo la literatura clásica y la moderna, que por algo los libros son los amigos de los que gustan de la soledad.

III

Cristina y el amor.

Estamos en Villa Cristina, a la caída de la tarde de un día de agosto del año 1916. Cito la fecha porque es la del apogeo de la guerra europea, tragedia que se relaciona íntimamente con el desarrollo de este relato. Estamos en la terraza que ya he mencionado y que ocupa lo que pudiéramos llamar proa del edificio. El mar se toca con la mano casi. Las masas transparentes y verdosas se hinchan y deshinchán a nuestro alrededor con un ritmo poderoso y vital. La brisa fresca y salobre sacude los toldos, los infla como si quisiese emprender un vuelo con ellos. La luz dorada del atardecer irradia en el aire con fulgores de apoteosis. Es uno de esos momentos felices en que se da uno cuenta de que vivir es algo divino y milagroso.

En un extremo de la terraza, Cristina Sotomayor y su amiga Conchita Camposagrado, toman el té. Ambas visten de blanco con delicada sencillez.

Conchita es una rubia lindísima, de ojos verdes, cutis nacarado y boca fruncida. Parece una muñeca.

Cristina adorna su cuello con un collar de perlas. Son grandes, parejas y de un soberbio oriente. Hay entre el cutis trigueño de la muchacha y el brillo amarillento del collar una extraña compenetración. Cristina usa siempre este adorno, que es un recuerdo de

su madre y ha llegado a formar parte de su belleza como si fuese un adorno nativo.

En el otro extremo de la terraza, don Pablo lee la prensa. A su lado, doña Carlota, su hermana, hace labor de estambre.

Doña Carlota desempeña en la casa el papel de señora de compañía. Es un tipo pálido y simpático, que no se distingue por concepto alguno. Reza mucho y trae siempre entre manos alguna labor para niños pobres. Adora en Cristina y es siempre de su misma opinión.

Ambos grupos están distanciados y pueden hablar libremente, al amparo de la eterna canción de las olas.

Las muchachas sostienen desde hace rato una conversación interesantísima. Oigámoslas:

Conchita.—La verdad es que yo no te entiendo: No crees en el amor y vas a casarte con Alvaro. (Alvaro Roldán es el lugarteniente de don Pablo y su ojo derecho. Hombre de treinta años, abogado de nota, excelente orador, ha sido ya subsecretario por dos veces y será ministro en cuanto el escalafón lo permita. Le espera, pues, un brillante porvenir.)

Cristina.—La cosa es bien sencilla: me caso por razón de Estado, como los reyes.

Conchita.—¡Ya!

Cristina.—Y eso de que yo no crea en el amor, dista mucho de ser como tú y otras amigas lo entendéis. Es algo muy distinto; verás...

(Cristina está recostada en una chaise-longue de

junto y tiene una taza de té en la mano. Su amiga, sentada en un taburete muy bajo, se halla casi a sus pies y en actitud recogida y mimosa.)

—El amor, tal y como yo lo concibo, no se da apenas en la vida. Hay algún que otro caso en la historia, y muchos en la literatura, como creación de la poesía. ¿Quién no recuerda los nombres de los enamorados famosos? Son los nombres, verdaderos o fingidos, que han pasado a la posteridad como modelo de ese amor que, por su rareza y violencia, pudiera llamarse heroico o sublime.

Se trata de algo singular y extraordinario, que no se alcanza con la voluntad, y es como un don del cielo o un privilegio de la suerte: algo así como nacer con una voz maravillosa, o ser un genio en el arte, o llegar a multimillonario... ¿Comprendes?

Cristina.—Ni una sola plabra. Pero sigue, porque eso que dices es muy bonito. Tienes un talentazo...

Conchita.—Como ese amor de que hablo no existe, o, mejor dicho, como es rarísimo y no está en nuestra mano el alcanzarlo, lo más prudente es renunciar a él. No se debe desear más que aquello que puede conseguirse. Queda luego el amor corriente, el que se da en el mundo a todas horas, el cual es de dos clases: la ciega pasión de los sentidos, que es el que sienten los que llaman enamorados, y el amor amistad, fundado este último en la simpatía, en la concordancia del carácter y en la mutua conveniencia. Este es el que yo he escogido, y por eso me caso con Alvaro. ¿Lo entiendes ahora?

Conchita.—¡Vaya si lo entiendo! Como que me recuerdas a doña Carmen, mi profesora... Pero no me hace maldita la gracia que trates así, con tanto desprecio, a los que, no pudiendo alcanzar el amor sublime, nos enamoramos como simples mortales.

Cristina.—Desprecio, no; más bien me dan lástima y un poquitín de asco o repugnancia. Dos novios pegajosos, de esos que en público se comen con los ojos, bebiéndose el aliento, me parece algo deshonesto e indecoroso. *Pas convenable; shocking*, que dicen los ingleses.

Conchita.—Sí; tienes razón; deben quedarse en casa.

Cristina.—Pero, además, tengo el convencimiento de que esa clase de amor acaba casi siempre de un modo lamentable. Todos los hombres que aman de ese modo pertenecen a la categoría de los sensuales. Un sensual es un enfermo, tan enfermo como un morfómano o un alcohólico.

Conchita.—Chica, sabes unas cosas... ¿Por qué no has estudiado medicina?

Cristina.—Búrlate, que no me molesto; pero lo que te digo es el Evangelio. Un sensual no puede, aunque quiera, serle fiel a ninguna mujer. Si te casas con un hombre de esa clase, te engañará necesariamente. Es inútil el que lo vigiles, porque está en su naturaleza el burlarse de ti, y, tarde o temprano, te será infiel. Es como si tuvieses a tu lado un ladrón. Y a mí, la verdad, no me gusta el oficio de policía. Yo creo que el matrimonio es un contrato y obliga por igual a am-

bas partes. No tengo vocación de víctima. Por eso he buscado un hombre de otro tipo: un ambicioso. Estoy segura de que Alvaro no piensa más que en su carrera política. Además, ya sabes que esta boda es obra de papá, que tiene un afán loco por verme casada, temeroso de morir y dejarme sola. ¡Claro; para los hombres somos siempre menores de edad!

Conchita.—Bueno; ¿y cuándo es la boda?

Cristina.—Allá, para fines de invierno. No hemos fijado fecha todavía.

Conchita.—(Se levanta y besa cariñosamente a su amiga.) Eres encantadora. ¿Pero sabes lo que te digo? Que no debías casarte con Alvaro, porque no lo quieres. Todas esas teorías sobre el amor son fantasías tuyas. Como andas siempre sola y lees tanto, piensas demasiado y eso te perjudica. Ese matrimonio es un disparate. Tú eres una mujer de mucho corazón. Quién te asegura que después de casada...

Cristina dejó la chaise-longue, y sin contestar a su amiga se puso de pecho en el barandal.

La brisa jugueteaba con sus divinos rizos, mientras que el candilazo del anochecer teñía de azul y rojo su rostro moreno.

Parecía un idolo de expresión indescifrable.

IV

Moros en la costa.

La guerra europea se hallaba en todo su horrible apogeo. Eran aquellos días luctuosos en que Francia, con un heroísmo ejemplar, oponía su pecho valeroso a las bárbaras acometidas de su secular enemiga. Una ola de heroicidad y de salvajismo corría por el mundo. El hombre más tímido y pacato había llegado a familiarizarse con la idea de la destrucción y la muerte. Las empresas más temerarias, los hechos más contrarios a nuestros conceptos de la moral y del honor, se nos antojaban entonces cosas naturales y corrientes.

A San Fermin, por su pequeñez y alejamiento, llegaban los fragores de la lucha mundial muy amortiguados. Le ocurría con la guerra lo que con el mar; alborotado y bravío allá lejos, pasada la barra; manso y tranquilo como un lago, dentro del puesto de los pescadores.

Esto no obstante, había algo que, por tocar muy de cerca a la vida costea, mantenía en constante tensión los nervios de los habitantes del pueblo y sus contornos.

Y no se crea que este *algo* era cosa baladí y sin trascendencia; se trataba nada menos que de los submarinos alemanes y de sus estupendas fechorías.

Durante lo que iba de verano, tres barcos habían sido hundidos en aguas jurisdiccionales. Uno de ellos

fué echado a pique a cañonazos y a las doce del día. Muchos bañistas y marineros presenciaron el hecho criminoso. Fué un acontecimiento memorable del cual se hablará siempre en San Fermín.

Pero los comentarios suscitados por el hundimiento iban más allá del hecho real y positivo, perdiéndose en un sinnúmero de suposiciones más o menos fantásticas.

Se decía que el submarino autor de tales desaguisados tenía una base de aprovisionamiento a muy corta distancia de San Fermín.

Nacía esta suposición de algunos indicios vagos y confusos; pero que, abultados por la curiosidad y el miedo, bastaban para darle pábulo y sostén.

El mar muerde la costa en muchos sitios, formando pequeños esteros o ensenadas donde un submarino puede fácilmente encontrar refugio. A uno y a otro lado de San Fermín hay varios puntos de esta naturaleza. Por uno de ellos, sin que se llegase a saber cuál fuese, recibía el submarino agua potable, víveres, gasolina y cuantos pertrechos le eran necesarios.

Allí se refugiaba y de allí salía, repentinamente, como un ladrón que deja su cueva y sale al camino real para atacar y hundir a los indefensos barcos mercantes.

De no ser así los hundimientos ocurridos eran inexplicables. Además, desde hacía algún tiempo, se notaba en aquella región un tránsito inusitado de camiones automóviles, que iban y venían, sobre todo

de noche, sin que fuese posible saber a punto fijo la finalidad de las andanzas.

Los pescadores, por otra parte, afirmaban que al regresar de la pesca, ya obscurecido, habían visto en la costa señales luminosas: algo así como avisos, o quizá una conversación sostenida mediante signos convencionales.

Y como complemento y corroboración de todo lo expuesto, como dato de mucha mayor seguridad e importancia, se señaló en aquellos contornos la presencia de dos extranjeros, los cuales aparecían y desaparecían de un modo misterioso y sin que fuese posible averiguar su residencia.

Fueron vistos varias veces, y en sitios distintos. Todos los que se cruzaron con ellos estaban conformes en que eran dos, y siempre los mismos. Vestían de blanco y usaban gorras con visera, pero no llevaban insignia alguna.

Eran rubios los dos; uno, recio y fornido, con barba roja muy poblada; otro, mucho más joven, lampiño y de agradable presencia.

Se les vió por los montes que rodean San Fermín, de preferencia en el que lleva este mismo nombre; punto elevado desde el cual se otean la tierra y el agua, y desde donde, con el auxilio de unos poderosos gemelos, se tocan el pueblo y las villas casi con la mano.

Villa Cristina, edificada al pie de dicho monte, está, por su construcción ya referida, a merced de un cu-

rioso que, emboscado entre la maleza, se proponga averiguar la vida de sus moradores.

Por puro pasatiempo, o por otro designio ignorado entonces, los dos extranjeros se dedicaron durante muchos días a esta singular ocupación.

Diríase que vigilaban a don Pablo y a su hija Cristina, como si tuviesen algún interés en conocer sus hábitos en todos sus pormenores.

Entregados a tan singular espionaje fueron sorprendidos varias veces los dos extranjeros, cuya misteriosa procedencia nadie conocía y que, por su aspecto de marinos alemanes, habían confirmado la hipótesis de que un submarino tenía su guarida en un punto de la costa próximo a San Fermín.

V

Los piratas.

El día 20 de agosto constituye una fecha memorable en la vida de Cristina Sotomayor. Más tarde, fué poco a poco atando cabos hasta reconstituir por completo el empleo de su tiempo durante aquella jornada famosa.

Por la mañana se había dado un baño muy largo. La mar estaba bella y el tiempo caluroso.

A la una almorzó en la terraza en compañía de su padre, de Alvaro y de doña Carlota.

Cristina habló poco. Estuvo somnoliente y *distante*,

en un momento de concentración propio de su carácter. Don Pablo y Alvaro, en cambio, charlaron hasta por los codos, de una reunión de ex ministros que iba a celebrarse en San Sebastián y de la que se esperaban decisiones de mucha monta para la vida del partido.

Después del almuerzo, Cristina cambió de humor y sostuvo con su novio una larga conversación. Hablaron del plan de vida que habían de seguir cuando estuviesen casados.

Era cosa convenida entre ambos el conservar una relativa libertad dentro de una unión muy estrecha. Cristina no quería vivir en Madrid más que por temporadas y como de paso. Como Alvaro no podía descuidar su bufete, tendrían casa puesta; pero Cristina residiría de preferencia en San Fermín o en la Malpica, finca magnífica que don Pablo poseía en la provincia de Toledo y en la que solían pasar la mayor parte del invierno.

La vida del campo y el manejo y administración de sus heredades atraían cada vez con más fuerza a la hija de Sotomayor.

La charla de los novios fué muy cordial, pero de tono nada amoroso. Diríase que eran dos amigos que preparan los detalles de una larga expedición.

A las cinco se ausentó la joven unos momentos para cambiar de traje.

Luego, en el *toneau* guiado por ella, condujo a su padre y a Alvaro a la próxima estación.

Los dejó camino de San Sebastián y regresó al paso.

Por el camino se detuvo en un caserío para tomar un vaso de leche y hacerle una visita a la mujer de un colono que había estado enferma.

Cuando entró por la cancela de la Villa era ya de noche. Una espléndida noche de verano, sin luna, pero de cielo claro y luminoso.

El mar era una enorme masa oscura y ondulante, llena de atracción y de misterio. El agua iba y venía sobre las rocas con un murmurio desmayado y monótono que invitaba al sueño.

Cristina y su tía cenaron lentamente, mientras hablaban con desgano de cosas sin importancia. Ambas sentían cansancio; ese momentáneo acabamiento que produce el calor en los seres nerviosos.

Cristina le dió un beso a su tía y se marchó a su habitación. Allí, se despojó de la ropa de calle y se puso un ligero *pyjama* de seda azul. Calzó sus pies con unas zapatillas de tafilete rojo, y luego de pasarse un peine por los rebeldes y ensortijados rizos, se miró un momento en el espejo.

El azulado cristal reflejaba la graciosa figura de un muchacho, algo así como un pierrot que hubiese olvidado de pintarse la cara, o el sutil personaje de un poema de Verlaine.

Cristina apaga la luz y sale a la terraza.

Contempla el mar unos instantes, se espereza; se deja caer luego unos en una *chaise-longue* abandonándose en los frescos brazos de la obscuridad.

Desde este punto los recuerdos de la joven se hacen cada vez más borrosos. Diríase que sale de la realidad para entrar en una pesadilla. Nunca pudo precisar el tiempo que tardó en quedarse dormida. Los criados iban y venían por la Villa retirando el servicio. Fuéronse apagando las luces, una a una.

El mar y la noche lo envolvieron todo en sus velos sombríos.

.....

Habría transcurrido como una hora, cuando una ligera embarcación, tripulada por dos hombres, se acercó a las rocas, al pie mismo de la terraza: Estando el mar tranquilo el acceso es fácil.

Saltó a las peñas con un cabo en la mano uno de los tripulantes y lo sujetó con rapidez en una argolla que hay con ese objeto, y de cuya existencia debía tener noticia. Se le unió acto seguido su compañero, y juntos, treparon con agilidad hacia la terraza. Llegados al pie del barandal se detuvieron y miraron cautelosamente por entre las columnas.

Como la noche era muy clara, mucho más para ojos acostumbrados a la obscuridad, no les fué difícil el encontrar lo que buscaban.

A muy pocos pasos, casi al alcance de la mano, dormía la encantadora hija de Sotomayor.

Asegurados de su presencia, sacó del bolsillo el más corpulento de los intrusos un frasco de cristal y se lo dió a su compañero. Tomó luego a éste por la cintura, y, como si fuese una pluma, lo alzó a lo alto de la baranda.

Saltó el muchacho dentro de la terraza y, hecho un ovillo, permaneció unos segundos en espera.

Todo estaba tranquilo y silencioso. Pierrot dormía como un niño; una mano caída blanqueaba en la obscuridad. Un suave perfume de violeta emanaba de aquella sombra azul.

El pirata, entretanto, destapó el frasco y vertió en un pañuelo gran cantidad de su contenido. Se acercó luego rápidamente a la muchacha, y le aplicó el pañuelo a la cara.

El efecto fué rapidísimo. Hizo Cristina algunos movimientos, como si tratase de apartar de sí aquello que la ahogaba, y perdió después el sentido. Tomóla en brazos el marino cuidadosamente, como si se tratase de una criatura; hizo pasar a manos de su acompañante la preciosa carga; saltó a las peñas y, juntos, se embarcaron en un santiamén.

A Cristina, dormida, la colocaron en el fondo del bote envuelta en un capote de marino.

Uno de éstos, el más corpulento, se puso en el timón. El otro soltó el cabo. Puso después en marcha un motor, y la gasolinera hendió graciosamente el agua, dejando tras de sí una estela blancuzca.

En la bóveda del cielo las estrellas brillaban temblorosas y diamantinas, seguras de que el hálito de la humana maldad no llega a la pura región en que gravitan.

VI

Barbarroja.

Las estrellas, luminosas e innumerables, fué lo primero que vieron los ojos de Cristina cuando, disipado el efecto del cloroformo, recobró el sentido. Sueño le parecía también el dulce vaivén de la canoa y el húmedo frescor de la brisa.

Durante un rato se dejó llevar por aquel sueño que nada tenía de desagradable. Pero el isócrono y acompasado tic tac del motor en marcha, le hizo sospechar que quizá estuviese despierta.

Sin moverse, tumbada boca arriba en el fondo de la embarcación, volvió suavemente la cabeza hacia un lado. Sus ojos tropezaron con una figura blanca y hercúlea que, a muy corta distancia, se destacaba sobre el fondo negro de la noche.

¿Quién era y por qué estaba allí?—se preguntó la joven, sin acordarse de su propia y extraña situación.

Volvió con lentitud el rostro hacia el lado contrario, y también tropezó su mirada con otro bulto blanco, de menos tamaño y relieve, que parecía darle la espalda. Nuevo enigma y nueva interrogación.

Y ella, ¿dónde estaba?—se dijo al fin.

Como no podía explicarse lo ocurrido y el hecho era tan inaudito, siguió pensando que era víctima de una pesadilla.

En el entretanto, la canoa, luego de internarse en

alta mar, describió una curva y puso proa hacia la costa, guiada por una luz roja que a intervalos aparecía y que era, sin duda, una señal.

Cristina, convencida al fin de que estaba despierta, así como de que iba embarcada en compañía de dos desconocidos, los mismos que ella encontrara más de una vez en los alrededores de su villa, recobró poco a poco el dominio de sí misma, nota culminante de su carácter, y se puso a analizar fríamente la causa o motivo de la anómala situación en que se encontraba.

Sin duda había sido raptada de su casa durante el sueño y valiéndose de algún narcótico. En cuanto al objeto de aquel acto infame, no podía ser otro que el exigir por su persona un fuerte rescate. Estaba, pues, en manos de unos bandidos y sólo se trataba de fijar la suma que su padre (¡pobre don Pablo! ¡Qué susto y qué angustia la suya cuando supiese que su hija había sido secuestrada!) había de dar por ella. Este razonamiento la tranquilizó en cierto modo. Se incorporó, y, sin decir palabra, tendió una mirada a su alrededor.

La canoa, guiada por una mano muy experta, se deslizaba en aquel momento por un canal o pasadizo formado por las rocas y que tendría a lo sumo treinta metros de anchura.

La obscuridad era muy densa. Las peñas se columbraban a uno y otro lado como masas borrosas. En cambio, el cielo, ostentaba una luminosidad blanca y difusa, que hablaba al corazón en un lenguaje mudo y desconocido.

Las rocas se ensancharon y la lancha acortó su velocidad. Debía existir allí un estero de mucho fondo a juzgar por la quietud del agua.

El motor cesó de funcionar. El más joven de los marinos se colocó en la proa. De la sombra brotó a pocos metros la chata y prolongada silueta de un submarino.

Atracó la canoa.

Habló el más recio de los marinos algunas palabras en alemán a su compañero, y éste, dirigiéndose a Cristina y en correcto castellano, le dijo:

«Señorita: Federico Von Rupecht, comandante del U 18, tiene el honor de ofrecer a usted hospitalidad en su barco. En nombre suyo le ruego encarecidamente que esté tranquila, puesto que se halla entre caballeros y nada malo puede ocurrirle. Yo soy primer teniente y, por orden de mi jefe, me veo obligado a servir de intérprete.»

—No comprendo el sentido de lo que dice usted— contestó Cristina—, ni cómo se atreve a hablar de caballerosidad cuando acaban de raptarme de mi casa de un modo infame y alevoso. Sin duda ignoran ustedes quién soy y las consecuencias que este acto criminal puede acarrearles. Ruego a usted que me diga cuanto antes el objeto de esta violencia y qué es lo que desean de mí.

Consultó el joven brevemente con su jefe y respondió:

—Von Rupecht suplica a usted que entremos en el

barco, pues no le parece este sitio oportuno para comunicar a usted sus pretensiones.

Saltaron los tres al submarino. Abrió el teniente una escotilla, y por una escala de hierro descendieron al interior.

Quiso el comandante ayudar a la joven; pero ésta lo rechazó con energía.

Atravesaron un corredor estrecho y mal alumbrado y entraron en un camarote, que, a juzgar por lo esmerado del exorno, debía ser el del comandante.

De pie los tres, Cristina tomó la palabra y repitió la pregunta que hiciera con anterioridad. Para corroborarla, añadió:

—Dígale usted al jefe que, si como supongo, el objeto de este inicuo atentado es exigir por mi persona un fuerte rescate, puede, desde luego, fijar la suma, en la seguridad de que, de no tratarse de algo disparatado, lo tendrá en sus manos a las pocas horas.

Cuando Von Rupecht oyó de boca del teniente lo que la muchacha decía, rompió a reir de un modo seco y estridente.

Entonces pudo Cristina darse cuenta del aspecto extraño de aquel bandido.

Era muy alto y muy fornido. Tenía el cráneo puntiagudo, pelado a rape, y una barba aborascada y rojiza que le llegaba al pecho.

Los ojos eran claros, pequeños y de duro mirar.

Tieso y correcto, daba la sensación de un carácter duro y helado.

La barba le servía de caleta. Como enemigo debía ser implacable.

Rompió a reir, repito, de un modo irónico y estridente, y de un tirón sacó de debajo de la mesa una maleta de cuero, la cual abrió, exponiendo su contenido ante los ojos de la joven.

Estaba llena de dinero y de alhajas. Collares, brazaletes, relojes, cadenas, alfileres y pendientes, se confundían en revuelto montón con la plata, el oro y los billetes de Banco.

Hablando por boca del jefe (y así lo entenderemos de aquí en adelante para no cansar al lector), el teniente exclamó:

—El dinero es para el comandante algo vil y despreciable. No se trata, pues, de un rescate. Se trata de algo más noble y de mayor importancia. Federico Von Rupecht tiene el honor de pedir su mano.

Barbarroja sigue en escena.

Todo lo que le ocurría aquella noche a la hija de Sotomayor era tan anómalo y extraño, tan fuera de la realidad y sus convencionalismos, que aquella singular demanda hecha a quemarropa y sin preámbulo alguno, lejos de parecerle algo grotesco y disparatado, se le antojó la cosa más natural y corriente.

Su delicado instinto de mujer le hizo presentir el riesgo que corría. Comprendió que su honra y su vida quizá estaban en peligro. Se dió cuenta exacta de que,

bajo la ceremoniosa cortesía del comandante, se ocultaba una fría y calculadora brutalidad capaz de los mayores crímenes.

Sintió todo esto instintivamente, y lejos de amilanarse, se dispuso a afrontar la situación. Ganar tiempo, fué la primera idea clara y concreta que cruzó por su mente.

—Esa petición—dijo—me honra mucho, y me siento orgullosa de que el comandante Von Rupecht se haya fijado en mi humilde persona. Lo único que me atrevo a reprocharle, es la manera violenta y desusada de que se ha valido para hacerme conocer su deseo. En España esas peticiones suelen dirigirse a los padres. El mío hubiera atendido de fijo a Von Rupecht como se merece.

Además es costumbre cortejar antes a la novia y obtener su previo consentimiento. Es la segunda o tercera vez que tengo el gusto de ver al comandante e ignoraba que hubiese merecido su preferencia.

—Von Rupecht—contestó el teniente—conoce al dedillo las costumbres que siguen en la buena sociedad, costumbres que son las mismas que están en uso en Alemania. La circunstancia de ser comandante de un submarino y hallarse éste oculto en las costas de un país neutral le han impedido darse a conocer con objeto de pedir, con toda la solemnidad propia del caso, la mano de la señorita de Sotomayor.

Estas mismas circunstancias justifican el que no la haya cortejado en regla y de modo ostensible. Pero hace más de tres meses que tiene el placer de verla y

admirarla casi a diario, y la impresión producida por su belleza durará tanto como su vida misma.

Von Rupecht pertenece a una excelente familia, emparentada con la casa imperial, y es, por añadidura, muy rico. Su corazón y su fortuna están a los pies de la señorita de Sotomayor.

Así en este tono de inusitada galantería, se desarrollaba tan singularísima escena. La joven, envuelta aún en el capote azul, se había sentado en un taburete. Los hombres permanecían de pie. La luz era escasa y el espacio muy reducido. Los ojos del comandante brillaban en la penumbra como dos placas de metal bruñido. El teniente, que recibía la luz de plano, estaba densamente pálido. Ni un solo músculo de su rostro se alteró durante el diálogo. Parecía un autó-mata que hablase o un alumno recitando una lección aprendida de coro.

Hubo unos momentos de embarazoso silencio. Rompiólo, al fin, Cristina, diciendo:

—Todo esto es muy serio, muy grave, y completamente nuevo para mí. Exijo de la cortesía del señor comandante algunas horas para reflexionar. Mañana le daré una contestación definitiva.

Accedió Von Rupecht. Saludaron ambos marinos a la joven, y salieron del camarote, cerrando por fuera.

Cristina Sotomayor se dió cuenta de que era prisionera de los alemanes.

El amor heroico.

Al quedarse sola, todo el artificio sostenido por obra de su poderosa voluntad se vino a tierra de repente.

La realidad de su situación se hizo clara a sus ojos. Estaba en manos de un bandido, ansioso de satisfacer en ella sus torpes apetitos, y sólo un milagro podía salvarla.

La demanda matrimonial ni podía ser ni era más que una burla descarada y sangrienta.

Allí, a dos pasos, en la pared del camarote, había una prueba indudable de su presunción. Un retrato en el que aparecía Von Rupecht vestido de uniforme, y en compañía de una señora y varios niños.

Von Rupecht era un pirata desalmado y cruel que, a manera de los felinos, se complacía en jugar con sus víctimas antes de devorarlas.

Si aceptaba aquel matrimonio burlesco, estaba deshonrada y perdida. Si se negaba y resistía, su suerte sería más negra aún. La esclavitud, el mal trato, la violencia quizá... Sólo un milagro podía salvarla. Y Cristina cayó de rodillas y, hecha un mar de lágrimas, rezó fervorosamente.

El rezo y las lágrimas la reconfortaron. Su espíritu valiente reaccionó de nuevo. Aún estaba viva e intacta—pensó—. Otras mujeres se habían visto en lances más apretados y habían salido triunfantes de ellos.

Además, siempre le quedaba el recurso de darse muerte.

¡Sí, morir; morir cien veces antes que entregarse a aquella bestia repugnante!

Pensó en su padre, en su tía y en su novio. ¡Ellos que la creían dormida y en el seguro del hogar! ¡Qué ajenos y descuidados estaban de la horrible situación en que se veía!

Y volvió a dudar de si estaba despierta y tuvo la loca esperanza de despertar y encontrarse de nuevo en la terraza de su hotel.

Pensó después en cien cosas vagas e incoherentes, y, apoyada la cabeza en la pared, comenzaba a rendirla el cansancio, cuando le pareció escuchar un leve rumor detrás de la puerta.

Sobresaltada, dispuesta a defenderse, vió un papel blanco que, empujado desde fuera, había caído en la habitación. Tomólo en el acto y, acercándolo a la luz, leyó:

«Señorita: Tenga ánimo, que hay quien vela por usted. Dentro de una hora, cuando todos duerman, iré a libertarla.»

La carta estaba escrita con lápiz y no traía firma. Pero Cristina tuvo la certitud inmediata de que era obra del teniente.

Una ola de alegría bañó su corazón. El milagro, el milagro que con tanto fervor había pedido a la Virgen iba a realizarse. ¡Libre! Dentro de una hora estaría libre, y aquella horrible pesadilla se habría por fin desvanecido.

Y entonces apareció con fuerza ante sus ojos la imagen del que iba a ser su libertador.

Era un adolescente bellísimo. Un muchacho de veinte años a lo sumo, rubio como las candelas, de cutis tostado y facciones correctas.

Un tipo varonil aún no cuajado del todo, que recordaba por la proporción y pureza de sus líneas las obras maestras de la escultura antigua.

Cristina, reblandecida por la emoción hasta las entrañas, sintió la repentina revelación de un mundo para ella desconocido.

Era que, sin saberlo, había puesto la planta en el umbral del amor heroico.

El beso.

La hora que transcurrió después, podría contarla la joven entre las más largas y penosas de su existencia. De fijo que los hilos de plata que, caprichosamente, brillan en el ébano de sus bucles, nacieron durante aquellos sesenta momentos de angustiosa espera.

Cien veces releyó el papel que en la mano tenía, temerosa de que fuese una nueva ilusión, algo así como un sueño dentro de otro sueño. Cien veces creyó que la puerta se abría y, el héroe, pues en su entusiasmo había elevado a su futuro salvador a esta noble categoría, el lindo teniente boquirrubio, llegaba a libertarla.

Y su ardiente deseo vióse al fin cumplido. Se abrió

la puerta con lentitud y Otto Wagner, que así se llamaba el muchacho, apareció en ella.

Vestía un *jersey* obscuro sin mangas y un pantalón blanco sujeto a la cintura por una correa. Sus brazos y su pecho brillaban en la penumbra como mármol pentélico. Pero era más intenso el brillo de sus ojos que animaban su rostro con el centelleo de la más pura y noble emoción.

Con andar tácito se acercó a la muchacha, cuyo corazón latía con violencia, y tomándole una mano le dijo:

—Sígame usted sin titubear. No hay un momento que perder. ¿Podría usted nadar durante un cuarto de hora?

Contestó la joven afirmativamente, y cogida de la mano del héroe, echaron a andar por el corredor, donde la obscuridad era casi completa.

Sin tropiezo alguno llegaron a la cámara central. De allí arrancaba una escalera de hierro que iba derecha al periscopio. Antes de subir se detuvieron unos segundos. No se escuchaba rumor alguno. Todo parecía dormir en el barco.

Treparon por la escala. Abrió el teniente la escotilla, y el aire fresco de la madrugada les azotó el rostro.

La dulce sensación que Cristina experimentara al ver de nuevo las estrellas, no es para descrita. Respiró con fuerza y las lágrimas nublaron sus ojos.

La noche, ya en su último tercio, se había hecho más pura y diáfana. El aire era más frío. El mar y las montañas más claros. El silencio hablaba majes-

tuoso en el lenguaje no expresado de la inmensidad.

Los fugitivos cogidos aún de la mano y, como dos sombras, se deslizaron hacia la proa del barco.

Allí, dijo el teniente con voz queda:

—El agua debe estar muy fría. Voy a nadar delante. Si se cansa usted, apóyese en mi hombro. Ahora imite usted todos mis movimientos.

Otto se agarró a la cadena del ancla y se deslizó suavemente hasta el mar. Le imitó Cristina, y, juntos, comenzaron a nadar hacia la playa.

No obstante la frialdad del agua, como ambos eran excelentes nadadores, avanzaban con rapidez.

A las primeras brazadas, Cristina recobró todo su aplomo. El mar era una de sus pasiones. Diríase que la helada caricia del agua era a modo de un contacto amistoso que la reconfortaba.

Nadaron en silencio durante diez minutos largos.

Otto, que iba delante, volvía la cara de trecho en trecho. Nadaba con brío, sacando el pecho fuera a cada brazada.

Cristina, que le seguía a corta distancia, se guiaba en la obscuridad por el blanco relucir de sus hombros.

Tocaron tierra al fin, y salieron del mar por entre unas peñas.

—Espéreme usted unos momentos—dijo el marino—. He visto esta tarde ropa de campesinos puesta a secar ahí arriba, a la espalda de un caserío, y puede ser que tenga la suerte de proporcionar a usted algo con que abrigarse.

Se perdió en la sombra y la joven se quedó al so-

caire de una peña, temblando de frío, pero satisfecha y animosa.

Volvió al poco rato con una chaqueta echada sobre los hombros y un bulto obscuro bajo el brazo.

—Ahí tiene usted lo que he encontrado. No es muy fino, pero es de abrigo y le sentará bien. En cuanto al tamaño, allá usted.

Era un traje de lana azul, de los que usan los marineros de la costa.

Se ocultó Cristina tras una roca, y a poco apareció disfrazada con aquel traje, en el que cabían holgadamente tres cuerpos como el suyo.

¡Lo que se hubiese reído de sí misma al verse ante un espejo! Pero ni la obscuridad ni el momento eran para pararse en barras. Estaban aún muy cerca del submarino y de su feroz comandante, y era preciso poner tierra de por medio.

Pasadas las rocas, tomaron una senda que serpentea a media ladera. El teniente debía conocer el camino a cierra ojos, pues ni una vez sólo le vió la joven titubear.

Llegados a la cumbre, se detuvieron a descansar.

—Ahora podemos respirar tranquilos—dijo el muchacho—. Aunque notasen su fuga, cosa no probable, sería muy difícil que diesen con nosotros. Además, el comandante está en tierra, y yo era el encargado de vigilar a usted, así que...

—Ha faltado usted por mi causa a su obligación, y esto podrá quizá acarrearle un castigo.

—¡Un castigo! ¡Buena es esa! Usted no sabe con

quién trata. Si Von Rupecht descubre que yo he facilitado la fuga de usted, es fácil que me mate como a un perro de un pistoletazo.

—Pero, entonces, ¿ha expuesto usted su vida por mí?

—La cosa no tiene el menor mérito. He expuesto mi vida una vez más, como la expongo diariamente. ¿Puede usted acaso figurarse lo que es tripular en un submarino? Pero Von Rupecht no sabrá nada. No hay prueba alguna de que sea yo quien haya ayudado a usted a escaparse del camarote. Antes del amanecer estaré en mi puesto. Cuando el comandante vuelva se encontrará con que el pájaro ha volado y el nuevo crimen que meditaba no podrá realizarse.

—¿Pero usted lo creía capaz?

—De todo. ¡Si usted supiese! Pero el tiempo vuela y es preciso que antes del alba esté de regreso.

Emprendieron la marcha de nuevo. Iban por un camino carretero hundido entre zarzales. Un recio olor de tierra saturaba el ambiente. A lo lejos ladraba un perro. Un cuco dió su alerta en la noche. Caminaban de prisa. No hablaban porque nada tenían que decirse; pero un hilo invisible enlazaba sus corazones por toda una eternidad.

Después de media hora larga de caminar, desembarcaron a la cumbre del monte San Fermín. Abajo, en el valle, algunas luces señalaban la presencia del pueblo. La silueta de Villa Cristina se adivinaba en la obscuridad.

—Ya está usted en su casa—dijo el muchacho—. Que Dios la proteja y que alguna vez, en sus oracio-

nes, se acuerde del teniente Otto Wagner. Yo no la olvidaré jamás.

Cristina se sintió presa de un extraña emoción.

—No; no puede usted irse así—exclamó—. Me ha salvado usted el honor y la vida y no sé cómo pagar un servicio de tanta monta...

Por una súbita inspiración se acordó del collar de perlas. Soltó con rapidez el broche y le tendió la alhaja al muchacho.

—Tenga. Llévase esto como recuerdo mío.

Comprendió el joven que se trataba de algo de mucho precio y se lo devolvió con sencillez.

—No. Vale demasiado. Si fuese una flor, la aceptaría... Pero puede usted darme algo que estimo en mucho más: un beso.

El teniente Otto Wagner se hincó de rodillas, y Cristina, con un gesto apasionado y generoso, le ofreció su boca.

Fué un beso puro en el que sus almas juveniles se unieron para siempre bajo el manto protector de los astros.

Huyó el teniente monte arriba, mientras la joven descendía con lentitud hacia su casa.

Cantaban los gallos. El cielo se iba volviendo blanco. Un divino frescor flotaba en el aire. El mar recobraba su azul. Amanecía.

Epílogo

Ha transcurrido un año. Estamos en Villa Cristina y en la misma terraza, donde la hija de Sotomayor fué raptada por los piratas. De este misterioso suceso ha tenido conocimiento muy contado número de personas. Don Pablo y Roldán, enterados minuciosamente del lance, decidieron, después de pensarlo muy despacio, echar tierra sobre el asunto. Una reclamación diplomática hubiese sido completamente inútil. Además, se daba el caso pintoresco de que tanto don Pablo como su lugarteniente, eran germanófilos convencidos. Se hicieron algunas pesquisas, cuyo resultado fué corroborar que, en efecto, el submarino *Ur8* había estado durante tres meses en constante comunicación con la costa, de donde recibía toda clase de pertrechos. Se cogieron los hilos de una organización muy extensa y complicada de espías, los cuales, valiéndose de la telegrafía sin hilos, avisaban la salida de los barcos mercantes. Pero en esta organización figuraban nombres españoles muy respetables, y no fué posible ahondar en el asunto.

Particularmente, Cristina, su padre y su novio, se juramentaron para que nadie supiese lo ocurrido. Como los tres estaban muy interesados en el cumplimiento de su promesa, la curiosidad pública se quedó burlada y con tres palmos de narices.

Estamos en la terraza y en una hermosa mañana

del mes de junio. Cristina y su amiga Conchita Camposagrado, como en otra ocasión memorable, hablaban de cosas íntimas. Acodadas en el barandal, frente al mar, reciben de pleno la luz del sol.

Conchita es la misma de siempre. Una primorosa muñeca, de ojos azules y boca fruncida. No ha pasado el tiempo por ella.

Cristina ha envejecido. Un velo de gravedad cubre sus facciones. Pero su belleza no ha perdido nada. Se ha hecho más íntima y más honda. Tiene en el rostro esa leve y simpática descomposición que producen las penas o las emociones intensas.

Hablan de cosas íntimas. Seamos indiscretos por segunda vez, y escuchémoslas.

Conchita.—Entonces es cosa decidida que tus relaciones con Alvaro no siguen.

Cristina.—Sí. Hemos roto amistosamente y de común acuerdo.

Conchita.—Claro. Bien te dije que no le querías y que tu boda era un disparate. ¿Te acuerdas?

Cristina.—Tenías razón.

Conchita.—Pero lo que me hace más gracia es que en aquella época no creías en el amor y pensabas casarte y ahora...

Cristina.—Ahora no me caso porque creo..

Conchita.—¿Luego estás enamorada?

La hija de Sotomayor no contesta. Conchita hace un mohín despectivo, porque pasan de una docena de veces que ha intentado, sin conseguirlo, conocer el secreto de su amiga.

Ambas guardan silencio frente al mar y bajo la dorada caricia del sol.

Cristina sueña despierta, y hoy, como ayer, espera que las aguas del Océano se abran para dar paso al bello adolescente, a quien entregara su corazón en una noche inolvidable bajo la pura luz de las estrellas.

JUAN HÉCTOR PICABIA.

Santa Teresa.—Avila, julio 1920.

PROSA LÍRICA

Ensayo de galerna.

Crepúsculo septembrino, tejido por ritmos frívolos
y mirajes de melancolía.

El hechizo nostálgico de las primitivas autumnales
emproa los corazones hacia el retorno.

Epílogo veraniego en la Cytherea del litoral.

La acuosidad marina, se riza
sinuosidad en lontananza.

Entre el rítmico oleaje de la penúltima pleamar,
se mecen las nostálgicas cadencias del crepúsculo.

Un resol «snob», gesticula indolente, tendido en el
confín del horizonte escenográfico,
desde la bañía aconchada.

Las tenues nubes pluricolores, son tules que trans-
parentan

los senos verdorosos del monte Urgull.

Sobre la tremeluciente diadema voltaica, que en-
guirnalda la garganta de la ciudad maravillosa,
se irisan lumínicos matices vesperales, y flotan eróticas emociones leticias.

La cantábrica brisa salobre
pone tonalidades cárdenas, y líquenes musgosos en
las fachadas de los hoteles fastuosos.

¡Oh la bella perspectiva geométrica de las anchu-
rosas vías rectilíneas,

ubérrimas de elegancia y cosmopolitismo!

Desde la isla microscópica,

situada en el peristilo de la bahía encantadora,

se contempla un súbito encrespamiento del mar...

Pluviosamente undivago, en lejana tangencialidad,
el horizonte atónito se enrojece en centelleos de ru-
bís hemorrágicos...

Hialinas nubes inmóviles, devienen bermejas esfin-
ges amenazadoras,

reflejándose en la índiga pradera marina.

Las aguas tumultuarias, se combinan en múltiples
tonalidades jaspeadas.

Submarinas trombas aéreas, de intraoceánico ener-
gotismo,

polarizan la epilepsia oceánica...

(El aura cariciosa, que antes esmaltaba los rostros,
se ha transmutado subversivamente—¡oh Boreal
asolador!—en un nihilista vendaval.)

Galerna post-estival en el mar de etiqueta, que ciñe
la ciudad voluptuosa

—ánfora del «ethos» mundanal...

A los flancos de esta roca señera—broche limítrofe
de la rubia bahía—, tapizada por musgos esmeraldi-
nos y líquenes primorosos,

salta el oleaje bravío...

El mar vibra pluricolor y tornátil:

Espumas opalescentes. Se diluyen barras de malaguita. Y, entre la antagónica palpitación acuosa, surcos de sanguina trágica...

El horizonte es un ajado cendal pluvioso.

Huyen del rompeolas prominente, los últimos veraneantes dispersos.

Gritos fugitivos, risas obligadas—tras el sombrero que vuela—y reproches joviales,

lanzan los veraneantes a la infidelidad del mar septembrino.

Cabeceantes, desfilan costeros, en retorno medroso, los vaporcitos sorprendidos y lanchas de recreo desarmadas.

En el brumario panorámico, solo los esbeltos balandros inmóviles

recortan su nítida silueta.

Una fuerte fragancia salobre—algas, yodos, perfumes de otoñalía—, aterriza en ésta isla roquídea.

El mar se increspa indomable, como un corcel ahijarado por invisibles espuelas. Se diría que su tensa columna dorsal, se ha roto desvertebrándose rebelde!

¡Se diría que su organismo atlántico, se ha quebrado, en un desbordamiento de vísceras henchidas.

(—Y pensar que el mar era antes, sólo un espectáculo exultante,

como un nepenthes emocional, para los espíritus viajeros.

Glosan así, en un clamor concéntrico, los veranean-
tes rezagados.

Y tienen una incauta mueca admirativa, como gen-
tes de la meseta
ante la galerna espectacular—sólo un ensayo teatral
de las marejadas invernales.)

Un telón pluvioso—en que traza sutiles arabescos
el «sirimiri»—

complementa la escenografía pre-otoñal.

Al fondo, en la playa, hay un pintoresco naufragio
de casetas invadidas.

Se apagan las últimas baterías luminosas del cre-
púsculo.

Y surge, en la noche interrogante,

un novilunio adolescente, que el mar—insaciable—
sumergerá.

GUILLERMO DE TORRE.

(San Sebastián y septiembre de 1918.)

EL CANCER Y LAS CORTESANAS

En casa de la cortesana, ya madura y otoñal, que empieza a sentir el anhelo del descanso de los guerreros veteranos y de los bandoleros que ya no son jóvenes—hay una edad romántica para todo—, y se queja de sordos dolores, a veces en el vientre y en el costado, como si ya tuviese quebrantadas sus dos armas gloriosas. La cortesana cuenta a una amiga suya que ha subido a verla, la visita que hizo el domingo a una antigua compañera que se muere de un cáncer en la matriz, en el hospital. Es un crepúsculo de invierno, en el que las calles están llenas de cáscaras de naranja y de fango, y el cielo es del color rosa de las grandes pantallas familiares. A la conversación asiste como un testigo discreto y solemne, el tálamo, semioculto por una cortina oscura y vestido de rosa, de ese rosa que disimula el color de las heridas. La cortesana habla:

LA CORTESANA

Fumios a verla. Le llevábamos unas manzanas para que las viera y se alegrase, porque no puede comer nada. La sostienen con inyecciones. Está muriéndose. El cáncer le tiene ya roídas las entrañas. ¡Pobrecilla! Su cuerpo parece ya, todo piel, la cáscara de un fruto.

LA CRIADA

(Una mujer honesta, madura ya, pero colorada y fuerte, sana e ingenua, mostrando en la cara la nieve y el rosa de las montañas nativas.)

¡Pobrecita de mi vida! ¡Lástima daba verla! Se ha quedado en los huesos. ¡Parece ya una muerta! La tienen puesta en el suelo, en un jergón, porque no se halla a gusto en la cama. Todos los que van a morir, buscan ya el contacto de la tierra.

LA AMIGA

¿Pero de qué le vino esa enfermedad? ¿Y cuánto tiempo hace que está así?

LA CORTESANA

¿Quién sabe de qué se pondría enferma? Dicen que se le corrompió la sangre. Como, según parece, la matriz es un bolso de sangre. ¡Oh, cuántas cosas no ten-

dremos en ese saco misterioso! ¿No has sentido a veces movimientos y quejumbres en su interior, como si estuvieras grávida? ¿Quién sabe cuántas cosas guardamos en esa bolsa tenebrosa?

(Las tres mujeres se miran instintivamente al vientre, como interrogando a la viscera secreta y se estremecen al sentirse ellas mismas misterio, no sólo para nosotros, sino para ellas, que parecen tener la clave de todos sus secretos.)

LA CRIADA

He oído decir que el cáncer es enteramente como un animal, como una lombriz, que roe y roe, enteramente, a la manera de la polilla en un tejido, o del gusano de la seda en la hoja de la mora, y así lo va destruyendo todo.

LA AMIGA

¿Pero cuánto tiempo estuvo así?

(El anhelo del tiempo siempre, el afán de reducirlo todo, dolor y dicha, a la medida temporal, como si lo interesante fuera eso sólo, para nosotros, los grandes relojes.)

LA CORTESANA

¡Oh, mucho tiempo, mucho! ¡Tardó mucho tiempo, años y años, en enterarse de que tenía un cáncer! Se-

gún me ha dicho un interno, el cáncer va muy despacio: tarda años y años en consumir la parte del cuerpo en que se fija. ¡Hace muchos años que ella está enferma! ¡Hacia la vida nuestra, se vestía, se adornaba ante el espejo, seducía a los hombres, y ya llevaba el cáncer en la matriz, como un hijo! No se le conocía nada...; únicamente, a veces, se quejaba de dolores sordos y ligeros, sobresaltados, como los que yo algunas veces siento en los ovarios...

YO

(Que escucho el diálogo, tiemblo sin hacer un gesto, pensando en el secreto pavoroso de las cortesanas engalanadas y en el *otro terrible*, que a veces comparte nuestros coloquios con ellas, y eso en las caricias extremas y peligrosas que la gran ternura de ciertos libertinos solitarios prodiga a las ramera. En las noches antiguas de la mujer que hoy tiene el cáncer, ellos, en su anhelo de alcanzar el último fondo del goce, le amaron y acaso fundieron su saliva con su pus.)

La amiga, en tanto, piensa en el tiempo, en el tiempo enorme que el cáncer tardó en corroer la matriz, y permanece fascinada en la contemplación de aquel número temporal; aquel cáncer le sugiere la noción de eternidad, de que siempre está ávida el alma, lo mismo que a otras criaturas inocentes, la contemplación de la cándida hostia.

LA AMIGA

¡Conque tanto tiempo! Yo no creía que una matriz tuviese tanto que devorar. ¿Tan grande es la matriz? Verdaderamente yo, alguna vez, me la he sentido llegar hasta el ombligo; pero de todos modos, no parece que sea tan grande.

LA CORTESANA

No es tan grande, mujer, aunque parece que se la siente una en todas partes. Pero es que el cáncer devora muy despacio. Es muy lento; tarda años enteros en dar un pasito. Va taladrando, a la manera de la polilla, ¿no es verdad?

YO

Sí, eso dicen; años tarda en avanzar. Roe poco a poco, como goloso. Camina tan despacio como la luz de las estrellas, que también tarda años y años en llegar a nosotros. El cáncer de tu amiga ha saboreado su matriz como un manjar inagotable. Durante años y años ha estado sacando miel de esa colmena y embriagándose de ese vino. Piensa cuantos amores habrán terminado, de entre las criaturas, mientras él seguía fiel a su matriz elegida.

Era un amante incomparable.

LA CORTESANA

Pero ahora ya termina también. Ha consumido ya a la enferma: ya no tiene nada que roer. ¡Verdaderamente, la ha consumido como un amor largo! ¡La ha dejado en los huesos!

LA CRIADA

¡Pobrecita de mi alma!

LA AMIGA

(Estremeciéndose.)

Pero bueno, ¿y por qué habéis ido a verla? Lo que es yo no volvería. Se os puede pegar eso.

LA CORTESANA

(Con un temblor.)

No. Yo tuve cuidado de no tocar su mano, ni acercarme a su colchón. La hablaba desde lejos.

LA CRIADA

Pues yo, no. Yo la abracé. ¡Pobrecita! ¿Verdad, usted, que el cáncer no se pega por eso?

YO

No, mujer; no... Eso nace de la corrupción de la sangre. (Repito las fábulas que he leído y que no recuerdo bien.) Para que se comunicase el cáncer sería preciso que hubiese un contacto directo por medio de una herida...; si no..., no. El cáncer es muy exigente, tanto como un amor. (En mi interior: ¡Oh, cáncer de esa cortesana, cuántos no te habrán besado con sus labios, convertidos en una herida! ¡Acaso yo mismo te habré sentido temblar bajo mi caricia temeraria!)

LA CRIADA

¡Ya decía yo que eso no se contagiaba!

LA CORTESANA

Pues yo, si voy el domingo que viene, no le daré tampoco la mano. ¡Tengo miedo! ¡Como yo también siento a veces esos dolores en el vientre!...

LA CRIADA

Eso es en los ovarios, y no es nada. Ya se lo dijo a usted el interno; aquel jovencito que la miraba tanto. (¡La miraba el interno, el eterno estudiante de Medicina, enamorado y calavera! El que ha visto los reversos más tristes de la belleza femenina todavía tiene el

valor de mirar a las mujeres de entrañas lamentables; aún se deja seducir por la belleza de los semblantes, el que ha sacado de los vientres sondas llenas de pus. Su temeraria juventud interpreta como un gran madrigal la ginecología, y la historia patológica de los úteros le excita como una novela erótica. ¡Oh maravilla! La fantasía de los ascetas está poblada de harenes y los internos de hospital se dejan seducir por ese rosicler de las gasas teñidas de rosa hemorrágica. El amor a la mujer—¡oh, qué gran esperanza!—no se acaba nunca.)

LA CORTESANA

Sí, es verdad; me decía eso. Pero, sin embargo... (Se palpa el vientre con afanosa inquietud.) ¡La verdad es que antes que tener un cáncer preferiría morirme! Si supiera que estos dolores eran de un cáncer, si lo supiera de cierto, me quitaría la vida...

LA CRIADA

¡No diga usted eso, mujer! ¿No vió cómo no se la quitó su amiga? No diga usted eso...

LA CORTESANA

(Insiste.)

¿Pero por qué no me la había de quitar? ¿No sabía ya que había de morir al fin y después de grandes

dolores? ¿Por qué no me la habría de quitar de una vez? (Párecle evidentísimo que sí habría de suicidarse, y se indigna de que lo duden. Y me mira a mí buscando apoyo.)

YO

¿Quién sabe? Las mujeres estáis tan acostumbradas a sufrir... (Recuerdo de una bailarina que salía a escena con el vientre lleno de gasas. ¡Magnificencia de ese cáncer mecido y bailado!)

LA CORTESANA

¿Pero sabiendo que no tenía remedio? ¿Para qué sufrir?

LA AMIGA

Pero, por Dios, no habléis de estas cosas. ¡La verdad es que, después de esto, tener que salir a la calle a enamorar a los hombres! Dan ganas de meterse en un convento. ¡Oh, dolor! Se cansa del papel de seductora. ¡Otra vez el paganismo muere en este aposento!)

LA CORTESANA

Verdaderamente que ya estamos cansadas de esta vida y le vamos tomando miedo. (Cristo vuelve, Cristo vuelve.) Tenemos ya quebrantados los costados de

tantos golpes. ¿Crees tú que esta vida pueda influir en lo del cáncer?

YO

(Apiadado.)

(¡Qué fácilmente ponen los demás su horóscopo en nuestras manos!)

No; según las estadísticas, esa circunstancia es indiferente. Hay también vírgenes que tienen el cáncer. ¡Oh, cáncer de la matriz de una virgen! ¡Cáncer cenobita de una celda blanca!—No; esa circunstancia no influye.

LA CORTESANA

(Sosegada.)

¡Menos mal! ¿No te parece que a nosotras debían respetarnos esas enfermedades? ¿Que la muerte debía herirnos en otro sitio, menos en ese?

YO

Es verdad. Esa es vuestra viscera artística, y debería ser sagrada para el morbo. Debería ser sagrada como el talón de las bayaderas.

LA AMIGA

¿Pero vamos a vestirnos? ¡Mira que ya es tarde!

(A pesar de todo el instinto de la costumbre. La necesidad. ¿Para qué sería tarde si existiese el cáncer?)

LA CORTESANA

¡Entraña misteriosa! ¡Cuánta cosa hay encerrada en ella! ¡Cuánta cosa buena y cuánta cosa mala! Por ella nos purificamos. ¿No es verdad? En cada luna, todo nuestro mal se vierte por ese cáliz, y nos quedamos de nuevo como recién nacidas. Y por ella también morimos... ¡Oh, entraña misteriosa!

(Permanecen otra vez atónitas en la contemplación de sus vientres, como si esperasen ver salir de ellos, como pájaros libertados, sus matrices redimidas. Se extienden en reminiscencias pueriles. Alguna vez, sondando con sus dedos, llegaron a palparla. Piensan en ella como si tuvieran el presentimiento de que algún día ha de salir de su cárcel. Se muestran un instante, como si la llevasen en las manos a guisa de trofeo.)

LA CORTESANA

(Al amigo.)

Oye, ¿y no se puede extraer la matriz?

(A la amiga.)

¡He oído decir que te hacen una operación y te lo sacan todo!

(Al amigo.)

¿Es verdad que eso es así?

YO

(Con aire de suficiencia—ahora dispongo de las vísceras de las mujeres—.)

Si, así se hace. Te extraen la matriz y también los ovarios, y te dejan completamente yermo ese paraíso del cáncer.

LA CRIADA

(Escandalizada, como si oyera una monstruosidad.)

¡Ah! ¡Quite usted allá, mujer! No piense en tal cosa. Eso viene a ser igual que dejar de ser mujer. En mi pueblo le hicieron esa operación a una conocida mía y quedó como alelada para toda su vida. No hacía más que suspirar, y los ojos se le llenaban de tristeza cuando veía a alguna de nosotras. Dicen que se agotan los pechos y se consumen las mejillas de una mujer en faltándole la madre. ¡Eso viene a ser lo mismo que dejar de ser mujer!

LA CORTESANA, suspira.

¡Entonces! (¡Todo antes que dejar de ser mujer! ¡Antes que perder el derecho a ser amada!)

LA CRIADA

¡Y ya no pueden tener hijos!

LA AMIGA

¡Lo que es por eso! (Reconoce la misión artística y estéril de la cortesana.)

LA CRIADA

No hable usted así... ¡Nunca puede decirse! ¡Eso es siempre como perder la última esperanza! (Reconoce el carácter esperanzado de los úteros, su eterno augurio de algo nuevo, de donde procede el carácter festivo del vientre de una mujer, aún senil, y ese alborozo con que se estremece la cámara más sórdida, cuando una mujer estremece su velo íntimo, aunque sea como una bandera negra, alborozo comparable al calofrío que en la madrugada se extiende por el mundo cuando la noche agita su alcandora como una mujer ebria. Y tiene miedo al andrógino, al huésped misterioso y nefando de los lechos, que convierte en un crimen de sodomía la caricia, de otro modo, lícita y gloriosa.)

yo, sin hablar.

Sí, el útero es absolutamente indispensable aun a las meretrices, para que su sexo profundo no se convierta en un saco oscuro y cerrado, y para que el gesto del hombre que las ama no se asemeje al de quien hace un desgarrón en un lecho. La presencia del útero, con su vaga promesa, es necesaria aun para los li-

bertinos, que nada perdurable le piden. Y es también indispensable, como fuente de dolor, para vengarnos a nosotros del que ellas sean tan bellas y no convertir su belleza en una alegría insulsa. Por lo demás, tan poca importancia se le ha reconocido siempre a ese sexo, que hasta la Iglesia, que veda el matrimonio a los hombres vasectomizados, se lo permite a las mujeres que han perdido ovarios y matriz. (Véase P. Ferreres.—*De muliere excissa.*) ¡Admirable confianza en el poder germinador de la viscera que puede regenerarse a sí propia y retornar inesperadamente! ¡El vientre de la mujer sigue siendo un arca misteriosa! Y su vida es enteramente aleatoria: se pierde y se gana a cada luna. ¿Será ésta la tela de Penélope, que tejen y destejen todas, vírgenes y ramera, de igual modo que entre todas hacen y deshacen el velo de cada mañana? Por eso está bien que al menos estén expuestas al cáncer de la matriz y al zaratán de los pechos. De otro modo, serían demasiado felices. Y además nada en ellas tiene importancia. Pero en nosotros es fatal la caída de un cabello.

La criada, de pronto, como para desmentir mis palabras:

¡Pobrecita! ¡De seguro que, cuando vayamos a verla el domingo, ya habrá muerto!

Yo, mirando de reojo al tálamo:

Todo esto, ¡qué alto e inaccesible te hace, amigo! ¡Cómo te agigantas, oh lecho, al ras del suelo! Verdaderamente está justificado nuestro miedo ante ti, el recelo con que nos acercamos a tus anchas orillas, oh

rio tenebroso... ¿Quién, después de oír a estas mujeres, no temblaría al escalarle, oh colina peligrosa? Porque, ¿quién podría decir las cosas que se nos brindan en tus manteles sonrosados, oh mesa de un convite ambiguo? ¿Quién sabe si ese cáncer voraz ha estado alguna vez bajo nuestro labio!...

LA AMIGA

Pero no hablen ustedes más de eso. Concluirán por asustarme.

LA CORTESANA

(Con una sinceridad espantosa.)

Verdaderamente, no somos más que vasos de inmundicias... No sé cómo los hombres nos aman (con inmensa dejadez se despoja de la bata casera para vestirse el traje de salir, el bravo traje de colorines que en la noche de bruma atraerá los ojos de los libertinos sentimentales. Sus senos cuelgan flácidos, como una cabellera desmadejada). ¡Ah, mis ovarios!... (Se lleva ambas manos al vientre como si se clavase dos puñales.)

LA CRIADA

¡No se asuste usted, mujer, no sea aprensiva!

LA CORTESANA

(Mirando a la criada, como si sus sanos colores le trajesen la sugestión de las aldeas.)

Mira; cuando deje de ser joven, nos iremos a tu pueblo. Allí seremos honradas y envejeceremos en paz, entre la nieve blanca. (Afán a lo blanco, horror a la sombra funeral, horror pueril, pues también mueren los armiños entre la nieve y el Papa vestido de blanco, y también la blancura es mortal en las estepas y en los desiertos... La cortesana repite.) ¡Cuando ya deje de ser joven, me iré contigo a envejecer a tu pueblo!

YO

Tiene miedo al cáncer. Lo interpreta como un castigo. Convierte el morbo en Teología. A cierta edad surge el concepto de la vida como pecado. Mas no lo evitará, ¡oh, ambiguo consuelo de las estadísticas! Lo tienen las madres de familia y las vírgenes y las meretrices como ella. Lo llevará mucho tiempo en las entrañas, como la amiga, hasta que sea vieja, ¡oh, dolor del cáncer senil que obliga a las ancianas a recoger sus vestiduras con gesto que remedan las antiguas fiestas y a recordar, a pesar suyo, que fueron mujeres! ¡Oh, espanto el nuestro, que hemos amado cortesanas!...

LA CORTESANA

(Repíte aún.)

¡Me iré contigo a envejecer a tu pueblo! ¡Estoy harta de esta vida!... ¡Ah! ¡Cuánto daría por no salir esta noche!

YO

Y en los monasterios esta noche las vírgenes encaustradas señarán con las orgías de la gran ciudad y sentirán el ansia de desgarrar sus blancas vestiduras como se desgarró una bandera triste, y los anacoretas, en sus cavernas, se macerarán las escuálidas carnes para ahuyentar de sí las tentaciones con que les atormenta la belleza imaginada de las meretrices. Y he aquí que éstas, en la presunta casa del placer, tiemblan ante el infierno de sus matrices y me muestran un corazón ascético que suspira por los hábitos blancos de la virginidad o de la senectud. ¡Oh! Cenobitas atarazados por las tentaciones, ¿habéis pensado alguna vez en el cáncer de la matriz, para enfriar vuestra lascivia? ¿No sería él, ¡oh vírgenes!, más eficaz para templar vuestros ardores que ese bolso de alcanfor, nieve fragante, que lleváis al cuello?... ¡Oh cáncer, digno de ser engarzado en marcos de oro, como una reliquia sacra y edificante! Esta noche ellas serán para mí inviolables, más que si hubiesen hecho un voto; ellas serán sagradas para mí por el cáncer de

la amiga, de esa amiga que yo acaso haya amado en lo antiguo, posibilidad que marca un índice enorme de bravura para mi amor de otro tiempo, atrevido y profundo como un uteroscopio.

Y a mis labios afluyen espontáneas, como los versículos de una letanía de amor y de espanto, las estrofas de un himno que deberíamos entonar entre todos a ese cáncer de meretriz, tan edificante y santificador como esa viscera sacra de los escapularios, ya que pensando en él dos cortesanas y yo, que las he amado, nos sentimos superiores en castidad e indiferencia para las tentaciones a los mismos cenobitas, nosotros sólo, porque la sierva del meretricio se considera ahora feliz de no haber compartido la dignidad de sus amas, de no haber hecho otra cosa que verter aguas turbias en las letrinas.

—¡Oh, cáncer pavoreso y terrible, cáncer que penetras en las entrañas, grábate indeleble en nuestra memoria y sálvanos de toda tentación! Tú que eres más puro que la rama de alcanfor que se suspende al cuello de las vírgenes enclaustradas, y que esa calavera monda que el eremita tiene sobre una piedra de su antro.

—¡Oh, cáncer, terrible amador que penetras donde no llega la caricia más profunda y osada, cáncer que consumes más eficazmente que esas noches de amor en que creemos desfallecer para siempre, respeta nuestro pobre vientre tan martirizado ya, y nuestros ovarios que tiemblan doloridos bajo una caricia de-

masiado viva! Respétanos ¡oh cáncer, a nosotras, que somos más puras y frías que las vírgenes!

—¡Cáncer sagrado y pavoroso, con nuestras preces unidas te conjuramos! Respeta nuestra pobre carne, ávida de castidad. Ya ves cómo temblamos ante ti y nos golpeamos los pechos como ante la viscera sangrienta y sagrada de los altares. Y nos asustamos ante ti de haber subido a los tálamos, a los que verdaderamente, tú lo sabes, nunca subimos movidas por el anhelo del placer.

—¡Sé ya, oh cáncer benigno, como esa viscera traspasada y redentora! Agota tu poder en nuestra amiga y no visites nuestras entrañas. Que en ella se ensuelva todo y que en adelante pueda ser invocada como Nuestra Señora del Cáncer. Y a nosotras respétanos. Conténtate con vernos arrodilladas ante ti, trémulas como ante esa pasión profunda y larga que roería nuestra piel y disecaría nuestros huesos!

YO

—¡Oh cáncer, respeta a mis amigas, respétame a mí que practico la caricia osada y generosa! Mira cómo ante ti me inclino como ante un hermano, todavía más perseverante en el amor que yo mismo, ¡oh cáncer que has habitado tantos años en la matriz de una cortesana! Mi mayor avidez palidece ante la tuya, mi lentitud en el deleite te reconoce superior a ti ¡oh *gourmet* exquisito que así paladeas la miel de un sexo! Tórnate, pues, benigno a mi homenaje. Respeta a las

que amo. Ya por la sospecha de encontrarte al extremo de mi caricia más osada, me estremezco, intimidado, como ante un vientre que se sospecha grávido. Tú eres, ¡oh cáncer, el amante perfecto que consume nuestra obra tímida y realiza nuestro más temerario pensamiento. Acuérdate de nosotros por lo que te cedemos. Pues tú sabes muy bien que, a pesar de todo, nuestra alma que no puede prescindir de la mujer, es capaz de aceptarte a ti también, y de hecho te acepta cada día como a ese gusano que taladra una manzana; pues al fin y al cabo, tú, morador consecuente de una matriz de cortesana, eres ya también mujer y debes entrar en la totalidad de ternura con que ungen nuestras caricias, esa carne femenina tan corruptible y lacerable, de la que no nos es posible prescindir. ¡Respétalas a ellas, por piedad de ellas mismas, no por nosotros que, después de todo, te aceptamos perdido en su carne, como una víscera más de las que se guardan en ese vaso de inmundicias y de deleites! Y de este modo el paganismo muere otra vez en la alcoba de una meretriz y el cristianismo nace de nuevo, con sus preces asustadas, su pávida liturgia y sus llagados iconos, ¡oh, Nuestra Señora del Cáncer!

R. CANSINOS-ASSENS

CUENTISTAS AMERICANOS

La canción de moda

La luz cobarde del crepúsculo, pasando cernida por cristales, visillos, stores y cortinas, inunda la estancia de un claror lechoso, suave, en el que naufragan los muebles blancos tapizados de seda de un tono rosa pálido. En el tocador, en las rinconeras, en una mesilla redonda que emerge en el centro de la estancia, como una isla en un lago congelado, sobre búcaros de plata y cristal de roca, se abren pomposas unas hortensias, única flor que se ve en aquel elegante gabinete-peinador, en el que ella y él parecen estar solos, sin embargo de estar juntos. Él, Ramiro de Peralta, está tumbado sobre una *chaise-longue*, de espaldas a la ventana; parece abstraído en la lectura de un libro primorosamente encuadernado en tafilete, y, como está al contraluz, su cabello negrísimo brilla con reflejos metálicos; apenas se marca el modelado de su

frente; se insinúa recta la línea de su nariz, y se afirma, como un trazo breve y curvo en la sombra, la sombra de su bigote recortado; sus manos saliendo de unos puños blanquísimos cerrados con gemelos de oro, están en la claridad sosteniendo el libro: son unas manos largas, esmeradamente cuidadas, en las cuales sólo hay una ancha sortija de oro y ágata con un sello en bajorrelieve. Ella, su mujer, María Teresa de Iturbe, va y viene; diríase que revolotea, como una mariposa por la habitación, como una mariposa cuya luz y centro fuera el espejo biselado del magnífico tocador, que triplica su figura gentilísima, esbelta, de dulces curvas armoniosas, que se modelan al través de la seda color acero de aquella túnica de corte irreprochable, que la envuelve en pliegues estatuarios. Es una espléndida belleza rubia, ideal. El oro vivo de sus cabellos armoniza a maravilla con el azul profundo de sus grandes ojos. Melodiosa, suave, elástica, diríase una Venus helénica encarnada por milagro. Purísimo el perfil, tersa y traslúcida la garganta, de la que pende un hilo de perlas; los senos duros y erectos, estrecha la cintura, las caderas amplias, liso el vientre, en el que no había alentado el latido sacrosanto de la maternidad; los muslos finísimos, las pantorrilas torneadas, los piececitos menudos, en arco sobre la punta inverosímil y el alto tacón de unos zapatos primorosísimos; si algún reparo podía ponerse a su belleza, sería el de ser demasiado perfecta. Exhala de su cuerpo un aroma exquisito, una fragancia, como si ella fuera una flor viva. Mueve los labios, habla a

solas, tararea a ratos, las notas de diversas canciones. Se acerca a la jaula dorada que hay cerca del balcón y le dice mil ternezas al canario que, encogido ya, duerme con el plumón esponjado, como un capullo de seda floja. Se vuelve y se desliza por la habitación, ya casi en penumbra, en la que el rostro de la dama es como un astro. A sus pasos menudos y leves dados sobre la alfombra se levanta un acariciante fru-fru de sedas. Se acerca a él y le dice en un susurro:

—¿Enciendo?

—Como quieras—contesta él volviendo a sepultar su espíritu en el libro.

Ella da luz. La lámpara central que prende del artesonado de la estancia se enciende como un sol; las bombillas sostenidas por estatuas colocadas sobre el tablero de cristal del tocador se iluminan como ofrendas votivas de luz a la belleza. A la claridad plenaria de la habitación, la figura de la dama resplandece; el alabastro de su cutis se torna traslúcido como si la luz, a la manera de ciertas figulinas y bibelots de porcelana de Sajonia, brillara interiormente. Sigue ante el espejo de triple luna. Ahora se pule las uñas, brillantes como esmaltes; ahora deshace y torna a rehacer su peinado; sonríe y frunce el ceño ante el espejo; ensaya actitudes, poses artísticas; ejecuta mil movimientos de ingenua coquetería. Está por completo satisfecha de su belleza. Por fin se ha sentado un momento y queda contemplando sus piecitos admirablemente calzados, que se apoyan en un pequeño taburete de madera blanca con rejilla dorada.

Parece aburrida; le mira a él, tan abstraído en su libro; pero nada le dice. Es que ya nada tienen que decirse: en dos años de matrimonio se han dicho todo. Él apenas si levanta los ojos del libro, y la mira sin verla... Es algo horrible y angustioso, una pequeña tragedia íntima llena de mortal congoja. Este hombre es rico, joven; está casado con una mujer bellísima, y, sin embargo, no es feliz, con esa inenarrable certidumbre que teniéndolo todo ya nada espera. Este hombre y esta mujer están juntos, estarán juntos toda la vida; pero hace ya mucho tiempo que sus espíritus se separaron, y cuando los espíritus se separan ya no vuelven a reunirse jamás. Pesa sobre ellos la fatalidad ineluctable de lo que ya no puede ser. Esos largos silencios, cuando están más juntos, tienen el sentido del más amargo de los reproches. No se odian, pero tampoco se aman, y tienen que vivir juntos, pero siempre distantes, siempre lejanos, la eternidad de una vida.

El tira el libro con un gesto atediado.

Entonces, ella le dice:

—¿Iremos hoy al Real?

—Ya te dije que no podía ser, que tenía que asistir a una reunión de la Comisión de asuntos internacionales del Congreso.

—Siempre lo mismo—replica ella—; parece que no quieres acompañarme a ninguna parte. Y yo que pensaba estrenar esta noche el vestido de tul brochado de oro...

Hace un mohín, como de niña mimada a la que se le contraría en un capricho.

—Telefona a tu padre para que venga a buscarte con tus hermanas y vayáis juntos. A mí me es imposible acompañarte, y de veras lo siento.

—¡Lo sientes!...

El timbre, que acaba de sonar, corta el diálogo. Se oyen pasos. La puerta se abre. Es la criada. En una pequeña bandeja de plata trae la correspondencia de la tarde.

—Ha sido el cartero, dice, que ha traído esta carta para el señor, y este paquete para la señora.

—Es la revista de modas, que trae las nuevas creaciones para la temporada. La estaba esperando; venga, venga—dice con júbilo María Teresa.

Toma el paquete, cuya faja rompe y tira en el lujoso cesto de los papeles. Son varios números de una gran revista de modas. Empieza a hojear y a contemplar esas páginas con avidez. Se absorbe por completo en esa lectura, que parece deleitarle. Acaba de penetrar con los ojos y con la mente en un mundo fantástico, en un intrincado laberinto de telas, pieles, tulles, gasas, crespones, plumas, encajes, joyas, avalorios. Nada de lo que pase a su alrededor logrará distraerle. Así no ve que su marido toma la carta, con mano ligeramente trémula; despide, con un gesto, a la criada; rompe nervioso el sobre y lee el pequeño pliego que en él se contenía. Es una carta venida por el correo interior. Su letra y sus faltas de ortografía son, para Ramiro, tan familiares. El pliego blanco tiembla entre sus manos como si fuera una cosa viva. Al terminar de leerlo, él ha puesto sus labios en el pa-

pel, tembloroso. Es una carta dolorosa y desolada de Pilar, la amante de su vida, despidiéndose de él para siempre. Le dice que es imposible seguir sosteniendo por más tiempo una situación que debía haber concluido cuando él se casó; pero, entonces, no tuvo el valor suficiente. Además, existía el niño, y él les unía, a pesar de todos y por encima de todo. Ahora, muerto, por desgracia, el niño, hacía ya un año, todo terminaba entre los dos. Él tenía deberes que cumplir; ¡sus vidas eran tan distintas, llevaban caminos tan opuestos! Pedía que la olvidara; ella también trataría de olvidarle. Decía que no le guardaba rencor ninguno y que él había sido el único hombre a quien había amado. Toda la historia de un amor difunto se compendia en ese billete, que tiene la significación definitiva de una lápida. Por eso el hecho de besar ese papel frente a su propia mujer, que no le mira siquiera, y ajena a sus martirios y a sus penas, embebe su espíritu en mil cosas fútiles: es algo revelador y definitivo.

Ramiro de Peralta guarda la carta sobre su corazón. Se levanta y se acerca a la ventana, sobre cuyos cristales, después de apartados los visillos, apoya la frente, que comienza a quemarle. Mira al cielo, suspirante. Sus ojos parece que se han humedecido. La tarde muere dulcemente, y la noche comienza a envolver al mundo con su inmenso manto de terciopelo negro.

Al contemplar las láminas de la publicación que lee, los ojos de María Teresa brillan como joyas; de su garganta se escapan, a veces, pequeños, casi im-

perceptibles gritos de sorpresa, de júbilo; a ratos, parece como que aplaude; a ratos, como que rechaza, censura y se burla.

De pronto se oye en la calle el carraspeo de unos violines. Empiezan a subir los primeros compases de la canción de moda. Son unos sonos luctuosos, humanos, desgarrantes.

—Ya está allí esa murga—dice ella—; no la puedo resistir: me pone nerviosa.

Recoge sus revistas, y con su cortejo de perfumes, con su *fru-fru* de sedas, leve, casi ingrávida, la rubia madona de la frivolidad sale de la estancia.

Entonces él saca la carta del bolsillo interior de la americana; la vuelve a leer, como absorbiendo con los ojos y con el alma cada palabra. Cuando termina, apaga las luces y vuelve a su sitio, tan solo como antes. Esa carta ha evocado la historia de su antiguo amor, ha removido todas sus ternuras, le ha traído la certidumbre de su fracaso sentimental. Envuelto en la sombra que le agiganta, sepulta la cabeza entre sus manos, y piensa en su pasado y en su presente con enorme amargura.

Está solo en la vida, como lo está esta noche. El amor, la juventud, han sido Pilar, y ésta se despide de él para siempre.

De lo hondo de la rúa, angustiosa, sangrante, como tórtola herida, sube la estrofa de la canción de moda, que, con acompañamiento de la murga callejera, canta:

*«Por fin de mis brazos cansado te alejas,
por fin terminamos como yo temía;
pero no hay rencores, ni llantos, ni quejas,
que, al fin, es tu pena mayor que la mía...»*

Ramiro de Peralta está viviendo en esos momentos esa canción tan en boga, que tiene el poder de emocionarle y que no ha podido olvidar, desde que la oyó en el teatro a su creadora, a Raquel, la incomparable, la Duze de la canción; aquella artista única que posee el secreto de infundir un aliento eterno a la más insignificante de las coplas, al más vulgar y pueril de los cantares, porque ella pone en sus creaciones toda su gran alma de artista y siempre sabe ser humana, profunda y dolorosa. ¡Qué impresión le causó al verla por vez primera! Estaba en el palco con su mujer y unas amigas. María Teresa sólo atendía al público, observando con los gemelos a las otras mujeres, para luego deducir que ella era la más bonita e iba mejor vestida que todas, pues su única preocupación era ser siempre la más bella y elegante. Cuando oyó esa canción, él presintió lo que iba a pasarle: en la mujer amante, resignada, sacrificada de las coplas, veía a Pilar, que le amenazaba ya con la ruptura definitiva, que ha llegado ahora, cuando esos sonos desgarrados, rotos, lancinantes, vuelven a sonar en su oído, como un ritornelo de amor y de dolor. Siente en su corazón que todo un pasado se derrumba. Hace ya tanto tiempo que amó a Pilar, y la ama todavía. Fué el idilio inevitable entre el estudiante

rico y la gentil modistilla. Luego vino la terminación de su carrera de abogado; su ingreso en la política; su acta de diputado obsequiada a su padre por el ministro, y, por fin, su boda con la novia oficial, a la que nunca se preguntó si amaba en verdad. Él continuó visitando asiduamente a Pilar en el pisito soleado y tibio, como un nido, que le puso en los barrios bajos. ¡Qué rara dicha sentía cuando la tenía en sus brazos! ¡Con qué pasión, con qué ahinco, con qué frenesí la deseaba, sobre todo cuando no la tenía junto a sí! Ella era el amor, la verdad, la única verdad de su vida; lo demás era lo falso, la posesión social, la conveniencia. Ya lo decía la copla:

*«Yo sé que en tu pecho mi amor siempre late,
yo sé que por eso que llaman deber,
como eres mezquino te asusta el combate,
y el mundo te enlaza con otra mujer...»*

Sin querer, a pesar suyo, se ha llevado la mano al corazón con un gesto lento y dolorido.

¡Su pasado... su presente... su vida, su corazón, el hijo, ese hijo que tuvo con Pilar, el hijo del amor, que murió llevándole toda su esperanza y haciendo que concluyera en él un ser que venía del fondo de los siglos!

... Desde entonces, desde siempre, ¿qué ha hecho él de su yo? Sin voluntad se ha dejado arrastrar por la corriente arrolladora de la vida, por los cauces fatales

de lo establecido, prisionero en la red intrincada de las conveniencias. La realidad se imponía: era en vano forcejear, en vano resistirse. La carta de Pilar resultaba lógica, definitiva y hasta necesaria; a pesar suyo, él la había aceptado de antemano, y aún podía decirse que la había sugerido. Era preciso, era irremediable. Condenados los pobres seres humanos a ir por la vida de dos en dos, él, como muchos, como la mayor parte, iría no con la que él quisiera, sino con la que los demás quisieron. Así envejecería en la mentira, en la equivocación, en la indiferencia, en el frío, en el tedio, junto a la bella estatua de una mujer sin alma. Mientras tanto, el objeto de su amor iría rodando por el plano inclinado de la vida.

*«Sin fe, ni esperanzas, ni amor, ni creencias,
yo en mis aventuras tendré libertad,
y tú, entre las redes de la conveniencia,
ni un punto eres dueño de tu voluntad.»*

Decía chabacanamente, pero con verdad la copla. ¡Ah, esa canción, que le atosiga, que le martiriza, que le da la certidumbre de que todo ha concluído para él, de que le es imposible rehacer su vida!... Porque ya es inútil implorar, inútil rebelarse contra el Destino. Está cogido en el engranaje férreo de la sociedad, en la prieta urdimbre de lo estatuído. No será nunca feliz, y ni siquiera podrá tener el derecho, el consuelo de llamarse desgraciado...

Sintiendo que algo como un dogal le apretaba la

garganta, y que un amargor salobre le llenaba la boca plegada en un rictus doloroso, se incorpora en su asiento y se dirige, como una sombra entre la sombra, hacia la ventana, en busca de aire, de consuelo, de sedación, de calma.

Permanece un momento ante los cristales cerrados y mira al cielo suplicante, como en demanda de algo, de un amor, de una gloria, de una aventura estupenda, inesperada, que venga a romper la monotonía abrumadora de su vida.

Experimenta una angustiosa sensación de vacío dentro de su ser, que sólo puede llenarse de infinito, de amor; pero el amor se ha desvanecido como un perfume. Y no será él ya sino un pobre hombre condenado a representar en la farsa de la existencia el papel que otros le asignaron. Lanza su espíritu a lo alto, en un anhelo desmesurado. El cielo, palpitante de estrellas, se abre sobre la doble hilera de casas como un abismo... El espíritu, que se ha lanzado como una saeta, rebota en la negra bóveda impasible y cae fracasado, rotas las alas, sobre las duras losas de la realidad. Se incorpora interiormente, se mira dolido: la sombra le absorbe por completo; en la oscuridad, sólo sus manos tienen forma y contornos, sólo sus manos viven. Tiene miedo a la sombra; no se ve; sólo se siente y se adivina, en su inocuidad, en su debilidad. Con las manos crispadas, con las manos en garra, abre los cristales del balcón al cual se asoma, como huyendo de sí mismo, como huyendo de su vida; pero su vida le sigue. ¿Qué hacer?... ¿Adónde ir que no le siguie-

ran su verdad, su vencimiento, su vida? Una ráfaga de locura cruza por su cerebro anulando su razón y el instinto de vivir. El espectro del suicidio acaba de presentarse de súbito a su mente. Se mataría tirándose por el balcón, como un héroe de novela sentimental. Pero en seguida reacciona. No; él, que para otras cosas no tuvo voluntad, tampoco la tiene para terminar de una vez. Le falta, además, el valor: se desprecia a sí mismo. Tras esta crisis aguda, tornaba a ser el señorito bien, el hombre correcto de siempre. Pero, en su interior, volvía a reanudarse, exacerbada, su íntima tragedia.

Mira a la calle, por la que pasan sus hermanos de dolor, el rebaño humano, que se desperdiga sobre el pavimento. Los músicos callejeros, que ya han terminado de tocar, pasan bajo su balcón. Ramiro de Peralta los ve, y sacando precipitadamente de sus bolsillos todo el dinero que lleva, lo arroja a la calle.

Las monedas caen, como una lluvia de estrellas, rebotando luego sobre las baldosas, argentina y jubilosamente. Los pobres músicos ambulantes, acostumbrados a que les arrojaran siempre sólo roñosa calderilla, al ver que les caen pasetas y duros, se quedan como viendo visiones; esbozan a lo alto, sin saber a quién, saludos grotescos, y, ávidos, se inclinan sobre la tierra, recogiendo presurosos los dispersos discos fulgurantes.

CÉSAR E. ARROYO

(Ecuatoriano.)

NI LIMITES, NI REGLAS, NI TEMORES

En 25 de noviembre de 1919, escribí una carta al director del periódico *Bases*, de Buenos Aires, valiente y jugoso campeón de la juventud estudiantil argentina que sabe sentir, pensar y querer. En dicha carta dejé consignado el párrafo que sigue:

«Me complace la orientación que llevan ustedes, y ojalá no se detengan en su camino, persuadidos de que detenerse vale tanto como suicidarse. La ruta del Progreso es infinita; por eso, plantar un solo límite, aun en las más adelantadas de sus etapas, sería desconocer el verdadero sentido del verbo *progresar*. Buscar un término definitivo es absurdo, es buscar el anquilosamiento y la putrefacción.»

Hoy quiero ampliar y completar el conjunto de ideas que inicié tan sólo en aquella fecha.

No hay, no debe haber, no puede haber limitaciones. Las palabras término, conclusión, fin y todas sus similares, han de tener un concepto de perpetua relatividad. Un fin cualquiera, que no se transmutara en

seguida en medio para llegar a otro fin, sería la muerte plena, no representaría ningún valor, resultaría paralizador o regresivo.

La misión esencial e indeclinable de la Humanidad, de Todo lo que vive, ha sido y es y será caminar; caminar en uno u otro sentido, pero caminar siempre; nunca llegar. Llegar es fenecer. La Vida no llega jamás. Toda llegada es convencional y aparente. Si no se transforma con la mayor presteza en el comienzo de una nueva partida, sus equivalencias son atrofia, tristeza, enfermedad, esclavitud, descomposición, anadamiento. Vivir es andar y más andar; es darse sin vacilaciones en cuerpo, en cordialidad y en inteligencia; es consumirse gradual y gozosamente, dejando a través de todos los caminos los elementos del propio ser, que irán nutriendo y elaborando la contextura interior y externa de otros seres jóvenes. La Vida es una sucesión jamás interrumpida de ortos y de ocasos, un dinamismo incontenible y perenne.

Los viejos, por la edad, son siempre mozos por el espíritu y la resistencia, si han gastado y gastan su vida en ir alimentando, bajo todos los aspectos, a las juventudes que han de sucederles. Entonces y sólo entonces, un recio e incortable hilo vital concatena lo que ha sido con lo que a ser comienza. Puede aseverarse que así los viejos siguen viviendo en la persona de los nuevos; que la caducidad de los primeros ha conseguido remozarse en la lozanía de los segundos. Pero cuando los viejos se tracen fronteras en su sensibilidad, en su mentalidad, en su amor, están perdi-

dos; han nulificado su existencia, se han asesinado por dentro antes de morir por fuera, han caído en la desoladora y mayúscula torpeza de sobrevivirse, han roto el nexo prodigioso y sutil que había de consorciarles con las generaciones posteriores y hacerles rebrotar en ellas.

El fenómeno vespéral de toda forma orgánica que declina, debe ser la base y el pasto del fenómeno auroral de la forma reciente que surge. Sólo de tal guisa, las formas descendentes habrán recorrido las gradaciones completas de su desarrollo y habrán culminado en su profícua y madura plenitud.

Una de las principales razones por las que yo he sentido siempre hondas simpatías hacia la raza judía, contra un sistemático e irreflexivo proceder bastante generalizado, ha sido precisamente su nomadismo, su cosmopolitismo, su expatriación continua, su destino de ser la fracción de la especie humana condenada a deambular sin tregua por nuestro Globo.

A mí, esa pretendida condenación, más me parece una bendición. Decir a un grupo de seres: marchad, marchad, marchad, vale lo mismo que decirles: vivid, vivid, vivid.

Por no tener una patria fija y limitada, los judíos, cual los gitanos, han sido quienes mejor han llenado el cometido primordial y sustantivo de la vida: ser de todas partes sin ser con exclusivismo de ninguna.

Ellos mismos no lo entienden así, según parece, puesto que luchan por constituir una patria localizada y circunscrita como las demás. Yo lamentaría que

semejante propósito se consumara, tanto por ellos cual por el resto de los humanos. Más atinado considero continuar su historia y enlazarla con la nuestra, procurando acelerar la ya ebullente disolución de las patrias en el armónico y variadísimo concierto de la Humanidad fraternizada.

Y, sin embargo, en esa carencia de una demarcación patriótica, en ese trashumante género de vivir, encuentro yo la raíz de su poder, de su resistente vigor frente a los seculares ataques y las sanguinarias persecuciones de los fanáticos de todas las edades. Hasta su gentileza corporal y sus correctas líneas faciales se derivan, a juicio mío, de igual raigambre. La belleza de las mujeres judías es reconocida por todos, después de haber conquistado la fama con justo merecimiento. Y en cuanto a los hombres, es muy difícil tropezar con un judío verdaderamente feo.

Para evitar dudas y suspicacias, creo conveniente declarar que no soy judío, ni lo ha sido ninguno de mis ascendientes, según todos los informes y todas las probabilidades. Lo cual quiere decir que cuanto dejo escrito responde sólo a los más espontáneos y levantados impulsos de mi raciocinio, de mi conciencia y de mi ardor por la justicia.

En corolario de todo lo expuesto, los únicos seres que logran inspirarme alguna envidia son los bohemios erráticos, sin patria ni ley, que llevan su hogar consigo y que ambulan por toda la Tierra, sufriendo la hostilidad de todos los vulgos; pero gozando también el deleite insuperable de la movilidad persistent-

te. Quien viaja pierde, aunque no lo pretenda, la noción de valladar, de confín, de lugarización, de apriamiento. Muy pocas actuaciones hay en nuestra vida tan hermosas, tan espléndidas, tan encantadoras, tan pródigas en deliciosas emociones como el viajar.

Mas en esto, al igual que en otras profundas cuestiones, la pobre Humanidad, desviada por rutinas y prejuicios, se ha pasado las centurias rehuyendo lo que debiera buscar y buscando lo que debiera rehuir, reprochando lo que debiese aplaudir y aplaudiendo lo que debiera reprochar.

* * *

Igualmente, las reglas, las pautas, las normas, son contraproducentes y ponzoñosas en todo y para todo. Una regla es un límite, y ya hemos constatado que los límites guardan en sí la ergastulación, la parálisis y la purulencia.

Las reglas invariables y rígidas fueron siempre las trabas ortodoxas, opuestas al desenvolvimiento de toda libertad, de toda bondad, de toda belleza; tanto en la Vida como en las Artes y en las Ciencias. Las culminantes liberaciones, las supremas bondades, las augustas bellezas prevalecieron y fulguraron en toda época, por encima y en contra de los moldes establecidos.

Si las primeras reglas que trataron de imponer los hombres hubieran sido respetadas, la Humanidad ha-

bría fenecido de quietud, de uniformidad, de tedio, de perversión, de fealdad, de miseria.

Todo reglamento cerrado es un callejón sin salida. Los cánones, como los linderos, tienen a lo sumo una importancia muy relativa y transitoria, jamás absoluta y permanente.

Desde todos los mirajes, las modalidades de una edad son distintas de las modalidades de las edades siguientes. Gracias a esta incesante función evolutiva, la Belleza pudo ser cultivada y reproducida en todos los tiempos. De lo contrario, al estabilizarse las modalidades, se hubiera estabilizado idénticamente la Belleza. Por eso, en un ciclo histórico, cuando los estatutos y los modelos artísticos no se renovaron o fueron renovados con dificultad y con estrechez, las obras bellas de toda especie carecieron de abundancia o adolecieron de menguadas y anodinas.

La Belleza, que es infinita, vive necesitada de una infinitud de formas, para florecer y granar. Así, las reglamentaciones han de cambiar sin remedio, si se quiere que cambien consecutivamente las formas. Tales cambios nunca se obtendrán mejor que dejándolos al arbitrio, al gusto y a la visualidad de cada personalidad creadora. De la sinceridad y de la libertad sumas es donde nacen la suma belleza y la suma longanimidad. Los seres más libres son siempre los más eurítmicos, los más lozanos, los más graciosos, los más geniales, los más bondadosos.

Toda originalidad es la ópima eclosión de una o de varias individualidades generadoras, que actuaron li-

brememente, francamente, ingenuamente, por intermedio de diversas y múltiples formas. Una traza única, una forma exclusiva, remataría por ser la estrangulación de lo bello y de lo magnánimo.

Como no faltan quienes confunden el orden con la legislación, yo quiero asegurar que puede haber y hay orden sin Códigos y organización sin disciplina. No sólo existen tal posibilidad y tal realidad, sino que lo de veras ordenado y lo bien organizado están en razón inversa de lo codifical y de lo disciplinativo.

Los rigores legalistas y disciplinarios han sido, en todo lugar y tiempo, la rémora de las iniciativas, de las acciones, de las concordias, de los amores, de las engendraciones, de las prosperidades.

* * *

Tampoco los temores de cualquier clase sirven para nada más que para obstaculizarlo, empequeñecerlo, embrutecerlo, desnaturalizarlo, afearlo, descomponerlo todo. El temor es tan sólo una faz de la limitación y de la reglamentación.

Limitar, es reprimir la extensión; reglamentar, es paralizar la intensidad; temer, es refrenar a la vez la extensión y la intensidad, es aprisionar y desquiciar el curso de todas las fuerzas vitales.

Al miedo se le suele llamar sensatez. No hay nada más insensato, más cohibitivo, que el miedo. Los me-

drosos son siempre torpes, incomprensivos, supersticiosos, atolondrados, en proporción descomedida. Temer equivale a pretender impedir la marcha forzosa de todos los desarrollos, el fluir naturalísimo de todas las corrientes, el discurrir obligado de todas las savias y de todas las sangres.

Temamos o no, lo que tenga que ser, conforme al complicado determinismo funcional de las energías universales, será ineludiblemente. Al contrario, el miedo no evita ni detiene ni aleja ningún mal, sino que los provoca y los agrava, y los acerca todos. El miedoso es un sér que no sabe, que no puede defenderse siquiera. Las catástrofes son temores, cansancios, flojeras que llegan al colmo de su gestación. Los temblores de la Tierra producen los cataclismos sísmicos.

Y como el temblor es una característica de la medrosidad, cuando la Tierra tiembla, ¿no será que también padece sus miedos?

En resumen de todo lo razonado, los espíritus sin duda selectos son reconocidos con facilidad, porque nada temen, porque de nada se asustan ni escandalizan, porque a nada le imponen leyes ni aledaños, porque saben volar por todas las rutas con sapiente serenidad, y quieren que los demás seres, sin ninguna distinción, puedan desplegar también sus alas con toda la libérrima potencia de que sean capaces.

Con este breve y sencillo ideario por orientación y a pesar de todas las simulaciones, los espíritus de limitación y de dogmatización y de cobardía, que me-

nudean por doquier y gozan fama muy poco merecida de selectos, van siendo ya destapados y aquilata-dos, y lo serán más cada día.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO

Panamá.

Prosistas americanos

Azul pálido.

Es cierto que en el primer instante, cuando me fué confirmada la noticia y tuve que rendirme a la evidencia de los hechos, protesté a gritos, lloré y maldije. El desengaño me hirió en la sombra, traidoramente y con demasiada brusquedad, para no desesperarme, como, en efecto, me desesperé, hasta volverme loco. Pero esa locura mía sólo duró una noche. Después, vinieron días melancólicos y pálidos. Nube de tristeza envolvió durante esos días mi alma, y de la misma nube de tristeza bajó el rocío del consuelo. Dolor y melancolías cristalizaronse, a la postre, en un pensamiento consolador y generoso. Muy pronto volvió la sonrisa a mis labios, y volví a ser bueno.

¿Por qué y contra quién me rebelaba? Rebelarse contra el destino es pura insensatez. ¿Tenía acaso el derecho de acusar a nadie? Figúrate que un ser bueno, cualquiera que él sea, se complazca en derramar en tu corazón, durante mucho tiempo, sin que hagas

esfuerzo ninguno para ello, el tesoro de sus bondades, y que un día, de improviso, porque tal es su deseo, interrumpa su obra de caridad y amor y te deje entregado a ti mismo... ¿tendrías derecho a reprocharle nada? Harías algo semejante a lo que hice: Altivo y noble, como eres, te refugiarías en la fortaleza de tu orgullo, guardando siempre, en lo íntimo de la conciencia, un caudal de gratitud para quien te colmó de beneficios.

Dirás que en todo eso no hay nada semejante a lo que me ha sucedido. Pónme atención y verás que, en el fondo, es una misma cosa. Se trata, sin duda, de un engaño, de una mentira manejada con habilidad suma, con arte maquiavélico, que es arte de mujeres; pero no puedes negarme que de engaños y mentiras resulta a veces algo muy bueno. Pues bien; a la mentira de esa mujer debo mucho, quizás todo lo que ahora valgo. Su mentira habría sido crimen repugnante si ella la hubiera prolongado con esa misma perfección que te choca, hasta más allá de la Vicaría. En sus manos estuvo hacerme la risa y la murmuración de la multitud, en sus manos estuvo el clavarme en la frente la corona del ridículo; pero ella, con tacto exquisito y maravilloso, supo detenerse en el instante necesario, en el límite justo, más allá del cual no iba a quedarle sino el recuerdo de haber sido honrada. Yo, por este solo hecho, le debo gratitud. Pero, además, su mentira fué salvadora. Sin ella, ¿qué habría sido de mí durante los tres últimos años? Arruinado, herido de la adversidad, casi completamente solo, vic-

tima del desaliento, quién sabe en qué surco habría caído a morir, obscuro y miserable. Su mentira me alzó del polvo y me sostuvo, me comunicó energías, me llenó de esperanzas, dió un fin a mi existencia y me hizo trabajar con entusiasmo, con furia, hasta que rehice, como lo sabes muy bien, una posición que había perdido y una fortuna que había arrojado, en un delirio de prodigalidad, a los cuatro vientos. En más de una ocasión probé la amargura de los reveses; pero al fin y al cabo conocí también la alegría de la victoria. Mi triunfo lo debo a su mentira. ¡Y qué triunfo! No sólo he rehecho mi fortuna, sino que me he rehecho a mí mismo, física y moralmente. Y ahora, porque esa mujer no quiere seguir mintiendo y me ha causado, al revelarme el vacío de su amor, un momento de tortura, una noche de negra desesperación y algunos días tristes, ¿quieres que maldiga de ella? ¿Qué es todo el mal que me ha hecho, sino breve instante penoso, comparado con tres años de esperanzas y lucha, tres años de vida, en una palabra?

Maldecir de ella sería, por otra parte, maldecir de mí mismo, o de lo mejor de mí mismo, del pedacito de alma, todo fragancia y virtud, en donde guardo como en un relicario precioso mis primeros ensueños de amor y el perfume de los primeros besos.

La vida no es otra cosa que una serie de ilusiones, y la vida mejor es aquella en la cual las ilusiones se han conservado casi intactas. Por eso no quiero menoscabar esa última ilusión mía, la más hermosa y más fecunda en bienes que he tenido. Si por tal menosca-

bo ha de padecer alguien, no será yo quien padezca, sino ella, que fué la que asestó el golpe.

Creo que en todo lo acaecido no hay para mí ni la sombra de una injuria, pero si ésta existiera, estoy dispuesto a perdonarla. Largo tiempo he estado recibiendo beneficios, ricas prendas y dádivas de amor, y bien puede permitírseme que trate siquiera de pagar la deuda contraída con un poco de nobleza que me sobra.

Y bien puedo mostrarme magnánimo, pues de los personajes que figuraron en ese drama pequeño y sin ruido, soy el menos perdidoso, por más que parezcan desmentirme las apariencias. No te supongo tan cándido como para creer, así como creen muchos, que el hombre que me ha sustituido, según dicen, en el corazoncito voluble de mi antigua novia es el que realmente gana. Él, a los ojos de casi todos, es el vencedor, yo el vencido. Sin embargo, yo, el vencido, compadezco a mi adversario afortunado. Y no es mi soberbia la que habla. Cada vez que me encuentre por las calles y me vea frente a frente, ese hombre sentirá en lo más hondo la bofetada de la humillación, y echará sangre su orgullo. Veloces y terribles, como centellas, lo traspasarán mil pensamientos amargos. Pensará que yo fui el primero; pensará que para mí fué toda la frescura del alma de la que es hoy prometida suya, cuando esa alma no era sino botón entreabierto. En cada una de sus delicias de amante caerá una gota de veneno. Cada vez que ella le vea o le sonría amorosamente, pensará que para mí tuvo son-

risas y miradas iguales, y cuando en el vergel bien cultivado del amor abran las rosas de los besos, por lo menos le sobrecogerá la duda de si fueron para mí los primeros besos que dió su boca de virgen. Y conocerá la peor de las torturas: rabiar de impotencia, considerando que con todos los poderes y todos los tesoros de la tierra, no alcanzaría a rebatarme la frescura que robé a un alma, ni borrar de mi memoria y de mis labios la vaga huella de unos besos. Poco a poco, la sierpe de los celos irá en él creciendo y abrazándose al amor, hasta matarlo.

Como ves, nada tengo que envidiar al que, según las apariencias, me ha vencido. Ojalá disfrute de su triunfo. Con toda sinceridad te digo que en mi alma no germinan deseos malos de venganzas futuras. ¿A qué he de perturbar la existencia de nadie, si todavía soy bastante joven y puedo reconstruirme otra ilusión, tal vez más hermosa y perdurable, en cuyo palacio encantado viva feliz? Todavía soy bastante joven y puedo mantener corazón abierto a una nueva esperanza, a un ideal más puro.

Vas probablemente a decirme incorregible y loco, viéndome resuelto ya, todavía bajo el golpe de un desengaño reciente, a dejarme seducir y extraviar por un nuevo espejismo de amor. Me parece haberte dicho que hay mentiras, las cuales, en vez de sernos dañosas, hácenos mucho bien. Y es inútil que me aconsejes, como siempre lo haces, el no pensar en amoríos vanos, sino en ocuparme en cosas serias. ¿Crees que exista ocupación más seria que la de abreviar el espa-

cio de hastío y de dolor que nos separa de la tumba? Pues la mejor manera de abreviar ese trayecto doloroso, es llenarlo de ilusiones y de amor.

¿Que el amor es mentira? No importa. En todo caso, es en la vida del hombre lo que es el azul en el cielo y en los mares; mentira, pero la más encantadora y bella de las mentiras.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

(Venezolano.)

IMITACION

Mi vida se ha roto...

I

Sutil perfume y delicadas esencias de virgen casta exhalan tus blondos cabellos. ¿Te agrada la vida, gozas con ella? Rompe las violetas flores de candor que la tarde marchita duramente y piensa en un brillante cielo que vendrá mañana, que se vislumbra para siempre! ¡Tu castidad intocable de camelia suave debe tener un triunfo! ¡Posible en breve!... ¡Espera!... ¡Espera!...

II

Cuando en mi corazón rebosen mis tristezas y rompan el cristal que las contienen; cuando el dolor no pueda más sufrirse, explotará en un poema bellamente admirable, de sutiles cadencias, de notas armonio-

sas, cual su bellisima garganta de donde brota tu cabeza.

III

La enredadera, tejiéndose a sí misma, ha trepado a tu ventana; ha formado en ella el pórtico del trono que guarda a la joven virgen madre; en el centro, sobre el dosel, un grupo de avecillas de múltiples colores cantan bulliciosas al dios de la alegría. ¿Es que debo reír?... ¡Bien! La risa que mis labios arrancan cruelmente al cristal destrozado de mi alma, la encontré perdida en las profundidades pavorosas de mi vida agitada; con esa risa atormentadora que al salir de los labios los despedaza hasta arrancarles sangre, ha configurado sus pliegues en dos interrogaciones. Reír cuando no hay alegría, es más cruel que llorar cuando se sabe por qué se llora.

IV

Rayas inmensas de luz a mil colores rodearon tu semblante de diosa; un misterio profundo vislumbé en tus ojos; en tu pentamiento leí una frase, frase vaporosa, sutil, intraducible, como estrella errante que se distingue lejos, muy lejos. ¡Sultana amiga, reina hermosa, quién pudiera besar sobre tus labios la seda no desflorada por otros hombres!

V

Deja que refresque mi rostro ardiente en la mata espesa y fragante de tu lujuriosa cabellera. Deja que mis manos enfermas tomen vida, revolviéndose nerviosas con la pedrería de tus cabellos. ¡Así..., de este modo..., así! Tú, mujer, mujer divina, eres noble, eres buena... ¿Deseas un triunfo? ¿Lo quieres?... Posible en breve. ¡Espera!... ¡Espera! ¡Mi vida se ha roto y moriré riendo!

CÉSAR A. ESTRADA.

(Ecuatoriano.)

VERTICAL

Manifiesto ultraísta

por Guillermo de Torre

Guillermo de Torre, la arista más avanzada de la cordillera ultraica, el audaz señero que ha hecho suyas todas las palabras que señalan la altura conquistada por los modernos velívolos, ha publicado un manifiesto ultraísta, en el que desentraña el sentido e interpretación que en su psique, apenas púber, asume la palabra *Ultra*, esa palabra múltiple y refrangible, que en su sencillez verbal recoge, irradiada y maleable, toda la pluralidad de una poliantea.

(Señalemos de paso cómo entre nosotros se establece, al fin, la costumbre de los manifiestos literarios, de las hojas volantes en que los escritores exponen sus credos estéticos, de los lábaros en que graban sus lemas de combate. El primero que entre nosotros lanzó manifiestos de esta índole, fué Ramón Gómez de la Serna, que en *Mis siete palabras* (1910), y en esas en-

cíclicas, forjadas en las prensas de la Cripta de Pombo—esas hojas anchas y grandes como para alfombrar itinerarios—¿por lo demás no es toda la obra del inquieto escritor como un manifiesto de arte?—hacia donación a la ciudad dormida de sus más recónditas intenciones. Siguiéronle Goy de Silva en 1917—proclamando un neolirismo semejante al de Phileas Lebesgue en Francia—, Vicente Huidobro en 1918 con su promulgación del creacionismo, y en 1918 también los poetas lo ultraístas, con aquella breve y conminatoria nota a la Prensa, en que anunciaban la abolición de un régimen literario y se erigían, tan jóvenes aún, en precursores de sí mismos. Y ahora, este Guillermo de Torre, que ha cogido para su apellido la letra central del tema, esa I ahorquillada, esgrimiéndola como una especie de tridente o como esa I de ciertos anuncios de filamento metálico que no puede verse sin un calofrío eléctrico. Los modernistas no llegaron a lanzar ningún manifiesto de esta índole; sus nombres sólo ilustraron un documento bélico: la protesta contra el homenaje a Echegaray. Saludemos, pues, la era del advenimiento de los manifiestos literarios y de la expresión resuelta de esa voluntad que dota de alas a los prólogos y les da vida independiente y autónoma, desligando así en toda libertad esa placenta del libro.)

Guillermo de Torre elige como emblema de sus intenciones estéticas la palabra *Vertical*, cuyas letras dispone, según aparecen en el título, en forma de surtidor o de plomada literal. Acaso pudiera asombrar

esa palabra, sirviendo de lema a un manifiesto de arte ultramoderno. Diríase que tiene ya un abolengo parnasiano: que los *incroyables* del primer imperio la actuaron ya en sus actitudes engoladas, que querían emular la impasibilidad soberbia de la estatua clásica. Ya entre nosotros, Alejandro Sawa habló de cierta frase, vertical y luminosa como un faro. Vertical sugiere una figuración arquitectónica; hace referencia a la plomada y al dorso erguido de la estatua antigua. Sin embargo, su empleo está justificado en un manifiesto de arte juvenil; pues...

La palabra *Vertical* evoca también en nosotros la idea del surtidor, que es la plomada inestable, la plomada dinámica y rebelde, que no se resigna a sostener el dorso de la estatua antigua como ese travesaño oculto en el interior de ciertas esculturas, sino que se afana por alcanzar un límite más alto, por prolongarse en el sentido opuesto al que le marca la fatalidad de la ley de gravitación, por no ser fatídica en suma; y de ahí su sollozo y su vulnerabilidad; pero de ahí también su suprema victoria de cambiar la plomada en airón, venciendo, aunque sólo sea intencionalmente, las fatalidades físicas. Además...

Nunca como ahora la actitud vertical se impone y justifica, pues, en realidad, la aspiración de los surtidores y de las cimeras románticas ha sido lograda en nuestros días, ya que los hombres que realmente volaron en los horizontes han alargado y realzado la figura humana, elevándola adonde no lo lograron los antiguos coturnos trágicos. En realidad, la frente del

hombre moderno, actual o futuro volador, toca en las nubes, y es él—y así habrá de concebirse en lo futuro al Mercurio de los pies aligeros—como un gigante enhiesto y vertical que camina llenando el espacio entre la tierra y el cielo en toda su materialidad y representando en cada instante el eje sobre que gira el universo. (Retorno al antropocentrismo clásico.) La palabra *Vertical* puede ser por lo tanto lema de un lábaro de arte moderno.

Por lo demás, Guillermo de Torre exalta y glosa el simbolismo de esta palabra, en adelante su verbo fatídico, en inspirados ditirambos, que recuerdan por su ingenuidad efusiva los gritos reiterados y matinales de los nautas ante la tierra nueva. *Vertical* ha de ser la intención de su arte, y él nos explica esta intención primordial desdoblándola en otras, como si abriese ante nosotros series de conchas, todas agraciadas con la misma perla. A veces adopta un aire grave y algo impertinente de profesor, e imita con gran fortuna las más arduas y remotas abstracciones mallarmeanas. Pero en ciertos momentos logra desenrollar a nuestra vista panoramas ideológicos, que por el apresuramiento con que desfilan las palabras y el aire de folletín actuado que asumen los conceptos, recuerdan las cintas cinematográficas de gran metraje, con tal eficacia, que hasta nos parece oír el ruido que hace—de música para sordos—la manivela del operador. Sí: Guillermo de Torre maneja en realidad una gran máquina de impresionar películas, que sin reparar en ningún obstáculo ni guardar ninguna medida,

refleja y archiva cuanto desfila ante su objetivo. Así a veces creemos reconocer en su *film* ciertos rostros y paisajes ya vistos. Por ejemplo: «Femias cygneas, en la ribera nostálgica, punzan su endocardio ablucionándose con sangre sentimental.» ¿No nos recuerda esta frase el duro punzón de Vargas Vila o de Herrera Reissig? Y «En el Museo hay un cuadro anacrónico: campesinos de égloga exprimen la ubre de un sol que tramonta vespéral.» ¿No traen a nuestra memoria con apremiante evocación unos versos de Huidobro? Por la pantalla cinemática desfila toda la era ultraica y como el registro dactilar de muchas manos delinquentes y gloriosas.

En realidad, el manifiesto de Guillermo de Torre es un resumen de las últimas tendencias artísticas, desde el futurismo hasta el dadaísmo. Pero hay un punto en que el lucífero ultraísta acierta a ofrecernos su hallazgo personal; y es cuando, con rara videncia, logra conciliar las ideas de la plomada y del surtidor, o sea los emblemas del arte clásico y del arte romántico operando una ejemplar metamorfosis de símbolos, en la que «Psiquis, mariposa, deviene aviadora; Laocoonte se desenlaza las sierpes de sus barrocas ideaciones, y Ariadna marca con su hilo la brújula del laberinto ultraespacial». Estos tres conceptos, tan afortunadamente expresados, adquieren involuntariamente una magnitud magistral y merecen ser retenidos en la memoria e inculcados a los neófitos de todas las criptas futuras—también la guerra ha justificado las criptas—como la fórmula mediante la cual el

arte más moderno continúa y prolonga al antiguo. Esos tres conceptos tienen en la estética moderna el mismo valor que cualquier teorema de las ciencias exactas, y ellos nos dan la clave del metabolismo por el cual el audaz poeta, que en su calidad de velivolante debería considerarse emancipado de la verticalidad de la gravitación, ha elegido para divisa de su obra el epíteto de la plomada. Pues la actitud vertical es la escogida por la antigua serpiente órfica que, erguida sobre su cola, aspira a la posesión de la poma sapiente; vertical es la actitud con que los atlantes, nunca definitivamente cansados, sostienen el orbe con siempre renovada energía; vertical es la actitud del individuo puro e incontaminado de la horizontalidad de los tálamos, y vertical, en suma, es la actitud en que los priapos de las hermes de Somotracia expresaban, en sentir de los gnósticos, la plenitud integral del hombre primero o *Urmensch*, tan semejante al *Uebermensch* nietzscheano, lanzando, erectos a los cielos, evohés jubilosos y jocundos peanes. Así interpretado, el manifiesto de Guillermo de Torre es como un gran grito nubil, un alarido ancestral de combate y de amor, un documento íntimo y pudiendo y la forma más adecuada en que podría expresarse una voluntad de arte individualista y personal.

En resumen: pudiera objetársele al autor del manifiesto que la actitud vertical, la adopción de la línea de la plomada, no responde al concepto modernísimo del infinito abstracto como una sucesión de curvas quebradas, según la teoría de Einstein que de

Torre cita incidentalmente. La actitud vertical impone una rigidez hierática, ya excesivamente estilizada por todo el arte antiguo, y que es como una dictadura impuesta por el espinazo. Un arte verdaderamente moderno ha de ser más ágil y oblicuo. Pero, en fin, la actitud vertical es aquella de la que se deducen los cuatro puntos cardinales y las cuatro sombras que viajan en torno a la estatua inmóvil, es la condición primera que se requiere para orientarse y para engendrar en rotaciones sucesivas el poliedro total, y en este sentido está bien como actitud inicial de un poeta joven..

R. C.-A.

BIBLIOGRAFIA

José Francés.—*La mujer de nadie*. Novela.—Editorial Mundo Latino. Madrid, 1920.

Nos apresuramos a registrar el triunfo grande y merecido que el ilustre escritor José Francés acaba de obtener con la publicación de su novela *La mujer de nadie*, primorosamente editada por la casa Mundo Latino, que en poco tiempo se ha colocado en el primer puesto de las editoriales españolas, no sólo por el cuidado que pone en la presentación de los libros, sino por haber logrado reunir un conjunto selectísimo de escritores mimados por el éxito.

La mujer de nadie es la obra de un temperamento que ha llegado a la plenitud de sus facultades. Serena y fuerte, varia y ponderada, se equilibran en ella todos los valores que pueden determinar la excelencia de una producción; de suerte que desde que se abre la primera página de la novela hasta que se dobla la última, el lector no ha sentido ningún cansancio, sino que ha seguido la lectura cada vez más interesado en el ameno y admirable relato, sugestiona-

do por la diversidad de vidas que ante sus ojos se desarrollan y por la trama que de manera tan magistral se desenvuelve.

No faltan en la obra el momento de lirismo ni el de fiel reflejo de la más prosaica y escueta realidad; el de drama, ni el cómico; el sentimental, ni el irónico. El lector pasa de unas sensaciones a otras sin que por un instante haya dejado de cautivarle la prosa, cuidada y pulcra, y el talento flexible y reposado del autor.

Gran conocedor del ambiente artístico madrileño, José Francés pinta de mano maestra tipos e interioridades que nos hacen vivir la realidad y que a cada paso nos sugieren identificaciones con personas y cosas que hemos conocido y presenciado.

Para nosotros, el mayor mérito de *La mujer de nadie* es el de hacernos creer que estamos viviendo en un mundo nada extraño, tratando con gente a quien saludamos todos los días.

Este poderoso realismo se avalora con la creación de algunos tipos singulares. Así, por ejemplo, la heroína de la novela, esa *Heliana* rebelde y noble, que hasta en el pecado sabe ser generosa y digna, y *Matilde*, esa resignada y noble mujer, víctima sumisa de una culpa de amor, tan digna de compasión y tan merecedora de cariño...

En estos tipos de mujer ha concentrado José Francés todo el sentimiento y la emoción, y en virtud de ello dejan una honda huella.

Manuel Ugarte.—*Cuentos de la Pampa*.—Editorial Calpe. Madrid, 1920.

No en balde han transcurrido bastantes años desde que se escribieron estos *Cuentos de la Pampa*, hasta que se publican reunidos en un tomo en castellano. En esos años, lo mismo el ambiente que en ellos se pinta, como los gustos literarios, han variado mucho. Sin embargo, es tan potente el talento del ilustre escritor argentino, que logra darles cierto valor de actualidad para todas las épocas.

Además, en *Cuentos de la Pampa*, se sigue un precepto que debieran imitar todos los escritores americanos, y es que el autor, en vez de pintarnos costumbres europeas y contarnos historias internacionales, se circunscribe a su país natal y son personajes, historias y ambientes argentinos los que refleja y nos relata.

Por ser argentino y por no querer ser otra cosa, es por lo que este libro de cuentos merece, por nuestra parte, una entusiasta acogida.

Esa es la manera de crear literatura nacional, no en el sentido político de la palabra, sino en el sentido de independencia, necesario para que toda manifestación artística adquiera personalidad representativa en el conjunto universal.

Con los *Cuentos de la Pampa*, Manuel Ugarte ha renovado uno de los éxitos más verdaderos de su vida de escritor.

Valentin de Pedro.—*Rimas de pasión*.—Editorial Pueyo. Madrid, 1920.

Rimas de Pasión es un bello tomo de versos sencillos e ingenuos.

Valentin de Pedro canta sus cuitas amorosas con una voz tan sincera y emocionada, que se conquista la simpatía, y tras la simpatía la admiración.

El poeta no se ha sentido torturado por los afanes revolucionarios que hoy conturban a la lírica europea. Sólo ha querido expresar la verdad de su sentimiento, y como este sentimiento aún late en infinidad de corazones y como se manifiesta con naturalidad exenta de ficción y vanas declamaciones, penetra el alma del lector y se identifica con él.

B. DE M.

11

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.—MADRID

CATÁLOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

OBRAS COMPLETAS

DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa.

	<u>Pesetas.</u>
I.—La caravana pasa.....	4,00
II.—Prosas profanas.....	4,00
III.—Tierras solares.....	4,00
IV.—Azul.....	4,00
V.—Parisiana.....	4,00
VI.—Los raros.....	4,00
VII.— Cantos de vida y esperanza.....	4,00
VIII — Letras.....	4,00
IX.—Canto a la Argentina.....	4,00
X.—Opiniones.....	4,00
XI.—Poemas del otoño y otros poemas.....	4,00
XII.—Peregrinaciones.....	4,00
XIII.—Prosas políticas.....	4,00
XIV.—Cuentos y crónicas.....	4,00

XV.—Autobiografía.....	4,00
XVI.—El canto errante.....	4,00
XVII.—Viaje a Nicaragua e Historia de mis libros.....	4,00
XVIII.—Todo al vuelo.....	4,00
XIX.—España contemporánea.....	4,00
XX.—Prosa dispersa.....	4,00
XXI.—Lira póstuma.....	4,00
XXII.—Cabezas.....	4,00

Ediciones especiales de lujo, con decoraciones a
mano de Enrique Ochoa.

DE FRANCISCO VILLAESPEA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro.....	3,00
II.—Luchas.—Confidencias.....	3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma.....	3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias...	3,00
V.—Las horas que pasan (Veladas de amor)..	3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El mi- lagro del vaso de agua.....	3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales.....	3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrec- ción.—Amigas viejas.....	3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pan- tera.—El último Abderramán.....	3,00

Colonia Escolar de Santo Domingo

(Verdadera residencia de estudiantes)

Záncara (Ciudad Real)

En pleno campo y con los mejores adelantos pedagógicos y excelente Profesorado, está llamada a cumplir una misión educativa verdaderamente formidable.

Explotación Agrícola en la misma finca, que permite enseñanzas especialmente prácticas, que difícilmente pueden conseguirse.

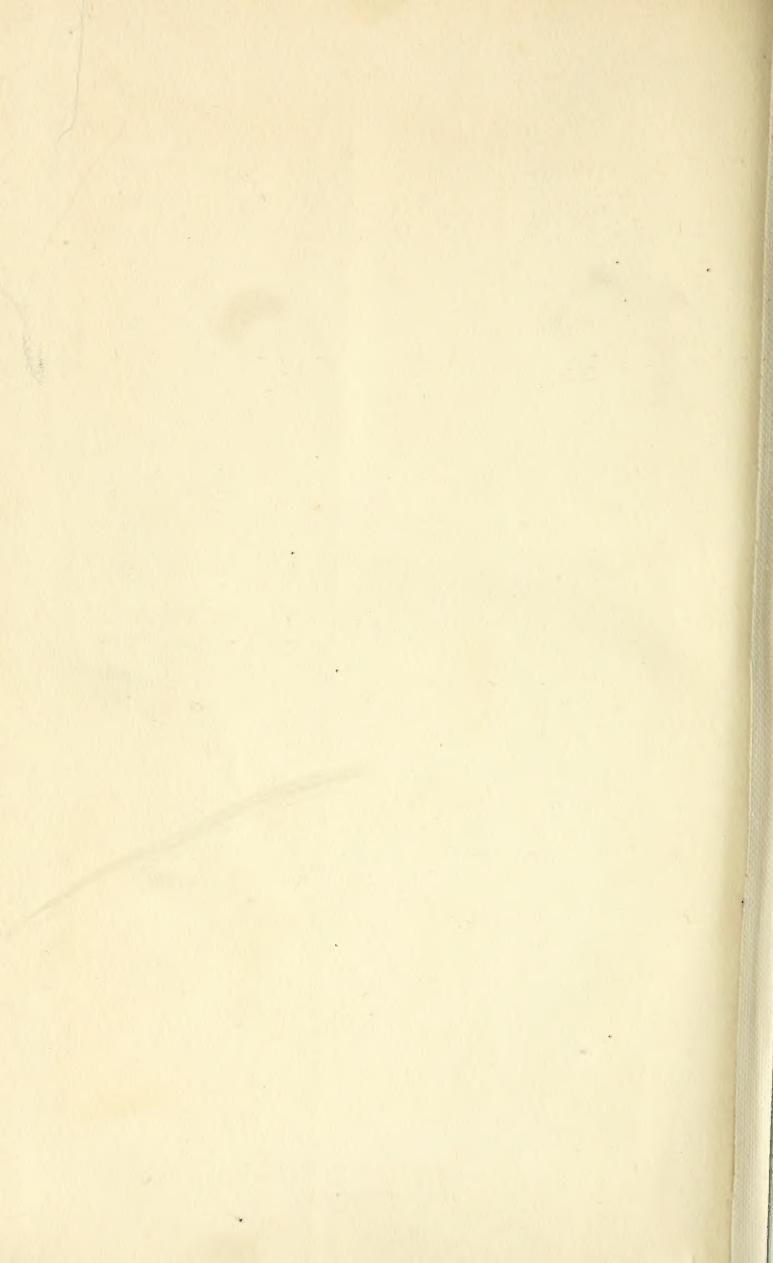
Director propietario:

J. Fernando Fraile

Dirijase la correspondencia al Secretario de la Colonia,

D. Angel Dotor

Záncara (Ciudad Real)



AP

60

C4

1920

set.-dic.

Cervantes; revista hispano-
americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

